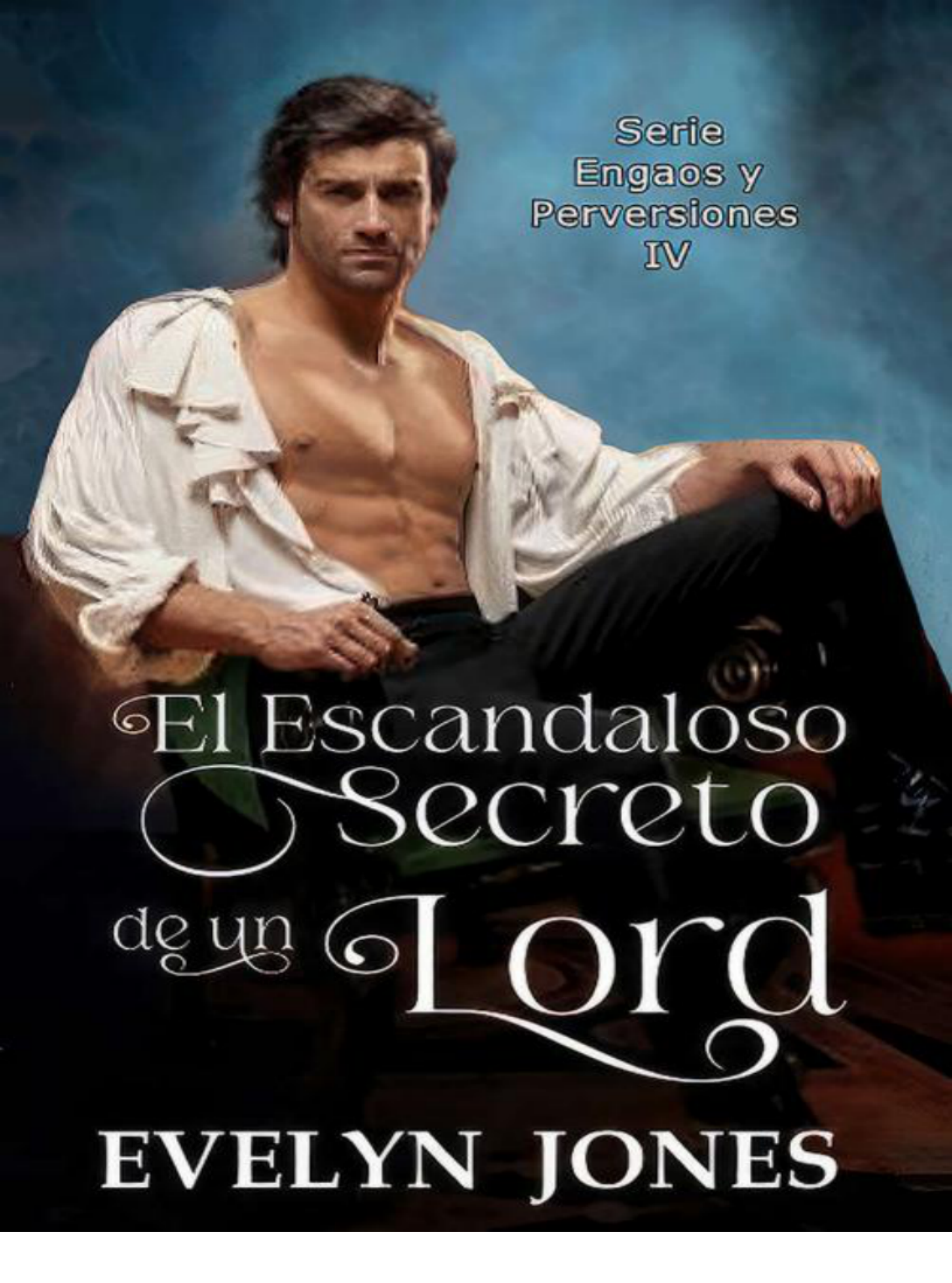

Serie
Engaos y
Perversiones
IV
El Escandaloso
Secreto
de un Lord
EVELYN JONES

El Escandaloso Secreto de un Lord

EVELYN JONES



Publicaciones Romance



Sinopsis

Tras años desaparecido en el mar, lord Patrick Bellingham aparece reclamando su título, pero, ¿es realmente él o solo un impostor?

Cuando casi todos daban por muerto al heredero del difunto lord Fenton Bellingham, aparece ante las puertas de Raven House un hombre sin memoria y curtido por años de duro trabajo como marinero.

Pero no le será fácil reclamar su título. Solo contará con la ayuda de su madre, que nunca perdió la esperanza de encontrarlo, y con la pupila del difunto lord Brllingham, la señorita Phoebe Foreman. Una mujer que le hace sentir cosas que creía olvidadas.

Phoebe es una huérfana que fue acogida desde niña por lord Fenton Bellingham. Desde el primer instante se siente atraída por Patrick, aunque ella sabe que si fuera realmente el nuevo conde, jamás estaría a su alcance.

Patrick no solo deberá enfrentarse a las acusaciones de impostor, o al peligro que acecha en Raven House, sino que deberá demostrarle a la señorita Phoene que su amor está por encima de los perjuicios de la sociedad.

Patrick sabe lo que es el peligro, los engaños y la soledad, pero nunca imaginó que fuera más peligroso regresar a Raven House.

Aunque… ¿es Patrick el verdadero lord Bellingham?

Índice

Prólogo

Diciembre de 1804

El barco se tambaleó sobre el mar agitado como si fuera el juguete de un niño. Era un día oscuro, el cielo gris plomizo de la mañana se había oscurecido con el paso de las horas y amenazaba con abrirse en cualquier momento y llover a cántaros. El viento feroz ya había dificultado el viaje, pero parecía que cuanto más se acercaban a su destino, más difícil se hacía. Lady Marion Bellingham se preguntó si sería un presagio.

El cielo estaba casi negro por la tormenta que se avecinaba y el viento azotaba con furia las velas, rompiéndolas con tal fuerza que parecía imposible que el barco entero no se fuera abajo. El aire rasgaba la tela de su falda y tiraba de su pelo, cuidadosamente recogido, hasta que unos largos mechones se escaparon y bailaron alrededor de su cara.

Lady Marion reprimió un gemido cuando se apoderó de ella otra oleada de náuseas. Habían huido de Francia tras el plan del vil

emperador de invadir Inglaterra con su banda de malhechores. Había sido una catástrofe tras otra. Todos habían enfermado durante el viaje, incluso los marineros más experimentados. Algunos murmuraban que no era mareo, sino veneno y ella se preguntó si sería cierto. Había sido un ejercicio de desdicha desde el momento en que embarcaron.

Pero no era solo eso, una voz traidora susurraba en su mente. Lo echaba de menos. A pesar de todo lo que había aprendido, a pesar de conocer la dolorosa verdad sobre él, seguía añorándolo. El contacto de su mano con la suya, la forma en que la había besado como si estuviera hambriento del sabor de sus labios… Aquellos recuerdos la perseguían e imaginaba que lo harían durante el resto de su vida. Nada estaría a la altura de la alegría que había sentido con él ni de la angustia que sintió cuando descubrió que todo era una mentira.

El barco volvió a cabecear con una ola enorme. Se agarró a la barandilla y luchó por mantenerse en pie. Permanecer arriba y observar la tormenta era arriesgar la vida y la integridad física, pero bajar y permitir que la horrible enfermedad la invadiera, una vez más, estaba fuera de su alcance.

—Esto es interminable —dijo jadeando.

—Pronto estaremos en casa y dejaremos atrás toda esta tontería —dijo lord Bellingham.

Se había acercado por detrás y ella no lo había oído hasta que lo tuvo encima, debido al viento embravecido y al crujido del barco.

A Marion se le revolvió el estómago por otro motivo. Él nunca la dejaría olvidar, igual que nunca permitiría que se olvidara su

indiscreción. Su marido, que antes la adoraba, la miraba de otra manera, como si hubiera sido mancillada más allá de toda redención, y suponía que eso era bastante cierto. La culpa y la vergüenza serían sus compañeras para siempre. Nada la avergonzaba más que saber que volvería, corriendo con su amante a la menor provocación, si supiera que él la aceptaría.

—¿Dónde está Patrick? —preguntó. Su hijo era el único tema de conversación que no provocaba tensiones entre ellos.

Había poco más de lo que hablar. Él la despreciaba, como debía ser.

—Está abajo… sufriendo por el mareo. Deberíamos llegar a tierra firme en unas horas. Una vez que lleguemos, todo será mejor —respondió con rigidez.

—Debería ir a ver cómo está —comentó ella.

Él se burló.

—No lo conseguirás sin empezar a vomitar. Quédate aquí al aire libre y yo iré a ver al chico. —Hizo una pausa y se volvió hacia ella—. Ten cuidado, Marion. El mar es vicioso y codicioso.

Ella no discutió el punto, ya que la sola idea de apartar la vista del creciente trozo de tierra en el horizonte le revolvía el estómago. Inglaterra. Su advertencia sonó a lo lejos y envió un escalofrío que serpenteó por su espalda. Aquellas palabras no tenían nada que ver con la niebla y el viento frío que soplaba desde las olas.

Debería sentirse feliz por regresar a casa, por volver a Raven House y a una vida tranquila con su familia. El hecho de que Fenton

fuera lo bastante indulgente como hombre como para volver a contar con ella era un testimonio de su carácter. Ciertamente había rencor entre ellos. Y la habría, tal vez, para siempre. Pero él no la había denunciado. No se había divorciado de ella ni la había dejado en la ruina en París. Estaba en su derecho de pedir el divorcio a la Cámara de los Lores y a la Iglesia, y abandonarla a su considerable vergüenza. Pero no lo había hecho. A pesar del dolor que podía ver tan claramente en él, se había limitado a decir que volverían juntos a Inglaterra y dejarían atrás su breve locura. Debería estar agradecida.

Pero solo podía pensar en Philip, el hombre por el que casi lo había tirado todo por la borda. Incluso en ese momento, con su hijo bajo cubierta y su marido cuidándolo, volviendo a su vida como miembro de la alta sociedad británica, lo tiraría todo por la borda si él lo quisiera.

Pero la horrible verdad de la traición de Philip era innegable. Lo había amado y él la había utilizado, se había aprovechado de su soledad y de la debilidad de su carácter, que ella nunca había sospechado. Su único interés había sido tener acceso a los papeles de su marido, averiguar con precisión lo que sabía sobre los movimientos de los operativos británicos que trabajaban en secreto en Francia. Fue una incauta y arriesgó todo lo que apreciaba, por un momento de pasión con un hombre en el que nunca podría confiar.

De modo que, gracias a la misericordia de su marido, se le permitía volver a la vida que casi había destruido.

El barco volvió a tambalearse, con tanta violencia que perdió el

equilibrio y tuvo que agarrarse a la barandilla para no caer por la borda. Se levantó una ráfaga de viento especialmente violenta que rasgó las velas. Sonó un crujido ominoso, pero los gritos y las carreras frenéticas de los marineros encendieron de verdad su alarma.

—Patrick —susurró, olvidando su sufrimiento e infelicidad. Tenía que llegar hasta su hijo y su marido.

Luchó por ponerse en pie y se dirigió a las estrechas escaleras que conducían a la cubierta inferior. Cuando sus pies tocaron el suelo, el agua le llegaba los tobillos. Se estaban hundiendo. El barco se hundiría y ellos con él.

Apenas pensó en ello, lo vio: Fenton.

Su marido salía corriendo de su camarote sujetando a Patrick.

—Vuelve a subir esas escaleras y ve a uno de los botes —gritó.

—¿Qué está pasando? —inquirió ella.

—El mástil se ha roto. El barco zozobrará y se hundirá. Nuestra única oportunidad es llegar a uno de los botes. ¡Vamos, Marion! ¡Date prisa! —Volvió a gritar él.

Nunca le había levantado la voz. Siempre había sido tranquilo, razonable, y un bastión de fuerza y cordura en un mundo de locos. Sin embargo, ella podía ver el miedo en él, podía ver que estaba aterrorizado. También sabía que su pánico tenía poco que ver con su propia supervivencia, sino con la de ella y la de Patrick. Incluso después de su traición, él seguía siendo desinteresado y perfecto. Ella no lo merecía.

—Marion —gritó de nuevo, suplicante. —No puedo llevaros a los dos hasta esa cubierta. No me hagas elegir a cuál de los dos salvar.

Aquellas palabras le hicieron ver la horrible realidad de su situación. Con un movimiento brusco de cabeza, se dio la vuelta y subió las escaleras hasta la cubierta principal. Fenton iba detrás de ella y Patrick se aferraba a su cuerpo con el terrible mareo que les había asolado desde que embarcaron en Calais. Entonces les pareció un suplicio, pero en ese momento, ante el verdadero peligro, parecía algo sin importancia.

Una vez en cubierta, reinaba el caos. Los miembros de la tripulación corrían de un lado a otro mientras el barco cabeceaba y se balanceaba, haciendo cada vez más agua. Ya estaba volcado sobre un lado de forma peligrosa.

—¡Lady Bellingham! —El primer oficial corrió hacia ella. La agarró del brazo en una violación de la etiqueta, pero dadas las circunstancias, uno difícilmente podía aferrarse a las reglas de la sociedad—. Debe subir al bote.

Ella lo hizo, aunque con dificultad. Inclinada a estribor como estaba, tuvo que saltar a la barca, con las faldas enredándose en sus piernas. Cuando levantó la vista, Fenton estaba trepando por la borda y subiendo también al bote. Levantó la mano para coger el cuerpo débil y casi sin vida de Patrick cuando el barco volvió a cabecear de repente. Las cuerdas que sujetaban un extremo del bote se rompieron. Marion gritó, mientras se aferraba a los costados del barco. Su marido la alcanzó, agarrándola por las muñecas para sujetarla.

—Tengo que soltar el bote —dijo el tripulante.

—¡No! —gritó ella.

Patrick seguía en el barco.

El hombre hizo caso omiso de sus protestas, cortó las cuerdas que sujetaban el barco y lo lanzó contra las olas. El agua del mar estuvo a punto de inundar la embarcación, pero Fenton estaba allí, achicando agua con rapidez.

Cada ola los alejaba más del barco, más lejos de su hijo, que aún permanecía allí con la tripulación del condenado navío.

—¡Vuelvan! ¡Vuelvan a por él!

—Si estamos cerca del barco cuando se hunda, nos llevará con él —dijo Fenton, agarrándola de los brazos.

—¡No me importa! Debes salvarle.

—Debo salvarte a ti —insistió él—. Y al niño que llevas en tu vientre.

—No es tuyo —admitió ella.

—Lo sé —indicó él. —Pondrán a Patrick en otro barco. Lo encontraremos pronto, Marion. Pero por ahora, por tu bien y el del hijo que vas a tener, debemos esperar aquí.

Ella lloró de forma desgarradora. Era consciente de que él llevaba razón, tener que elegir, entre la seguridad de su hijo y la del bebé que todavía llevaba en su vientre, era una posición en la que ninguna mujer debería verse jamás.

El barco emitió un fuerte gemido y empezó a romperse en

pedazos, con las tablas quebrándose bajo la presión del agua que se precipitaba sobre él. Solo pasaron unos minutos hasta que desapareció por completo, tragado por el mar embravecido.

—Dios me está castigando —murmuró ella, con la voz enronquecida por la histeria. —Dios me está castigando y yo me lo merezco, pero él no. Por favor, querido Señor, devuélveme a mi hijo... devuélveme a mi hijo.

Todavía murmuraba aquella frase en voz baja, su voz se había debilitado por la tensión horas después, cuando su pequeño bote llegó a tierra. Había otros supervivientes. Había cadáveres en la playa, arrastrados por la furia del mar. Estaban tendidos como trozos de madera a la deriva. Pero todos eran hombres adultos, marineros. No había niños pequeños.

Patrick, el único hijo y heredero de lord Bellingham del Raven House, había desaparecido, arrastrado por el mar vicioso y codicioso del que su marido le había advertido.

Capítulo 1

Diciembre de 1822

Los vientos aullaban en el exterior y azotaban los muros de piedra de la mansión, mientras los truenos y los relámpagos surcaban el cielo. Era el tiempo típico de aquella época del año y, en general, no era motivo de alarma. Las tormentas eran algo habitual cuando se vivía tan cerca del mar. Sin embargo, aquella noche parecía especialmente ominosa, como si el tiempo en sí fuera un presagio de lo que estaba por venir.

En los años que llevaba viviendo allí, siendo una niña huérfana, Raven House había cambiado exponencialmente. En aquellos años, acosado por la tragedia y la negligencia derivada del dolor, había llegado a hacer honor a su oscuro apodo. Con solo seis años, llegó a la puerta sin saber si sería bien recibida. Con sus padres fallecidos y sin familia que la acogiera, la tenue conexión del difunto lord Bellingham y su padre como compañeros de colegio no había sido un buen comienzo. Bien podrían haberla convertido en sirvienta de la casa o,

peor aún, haberla enviado a un asilo para que se abriera camino en el mundo como pudiera. En cambio, lord Bellingham y lady Marion la recibieron con los brazos abiertos. Tenía que preguntarse si, de haber llegado más tarde, si hubiera sido después de la desaparición de Patrick, con sus corazones endurecidos por el dolor, el resultado habría sido el mismo.

La señorita Phoebe Foreman espantó los horribles pensamientos con un ligero escalofrío y esperó a que su doncella le diera los últimos toques en el pelo, antes de bajar a cenar. Sin duda, la familia ya estaba reunida y ella recibiría miradas severas y de desaprobación por llegar tarde. Pero como su espesa y oscura melena parecía desafiar cualquier intento de sujetarla en un moño, era lógico que nunca llegara a tiempo.

—Creo que con esto bastará para mantenerlo en su sitio, señorita —indicó la doncella sin mucho convencimiento.

—Gracias, Josie. Si es así, será toda una victoria. Si se deshace, será como todas las veces. Debería cortarme el pelo y acabar con esta maraña de rizos —reflexionó Phoebe.

—No, señorita. Hay que trabajar mucho en sus peinados, pero tiene un pelo demasiado bonito para cortarlo —protestó la joven—. Algún día tendrá un marido que apreciará su belleza.

Phoebe no podía imaginar una circunstancia más improbable. Antes del fallecimiento del difunto lord Bellingham, había pasado dos temporadas en Londres para consternación de sus tutores. Ambas fueron un rotundo fracaso. No era demasiado llamativa ni lo bastante

ingeniosa como para causar la impresión que una mujer, prácticamente sin un céntimo y sin rango, necesitaría para conseguir un marido que mereciera la pena. En palabras de lady Marion, fue un dinero malgastado y no iban a ser tan tontos para tirar más en la misma dirección.

Observó su reflejo una vez más. Era bastante guapa, aunque no a la moda. Tenía los labios demasiado carnosos y la boca demasiado ancha, con unos ojos grandes y muy abiertos del mismo gris tormentoso que el mar embravecido. Un caballero comentó una vez que sus ojos eran inquietantes. Por supuesto, solo hizo ese comentario cuando ella le señaló que aún no los había mirado, ya que su mirada se había fijado permanentemente en sus abundantes pechos.

Sacudió la cabeza ante la preocupación de la doncella por la mención de ceder a la moda popular y cortarse el pelo.

—No importa —admitió—. Estaría demasiado asustada para cortármelo. Su peso, en este momento, es lo único que lo hace manejable. Sin eso, ni siquiera puedo imaginar cómo quedaría.

La criada sonrió ante aquella ocurrencia mientras colocaba un chal de cachemir sobre sus hombros.

—Bueno, de momento queda precioso.

—Así es —asintió ella—. Gracias de nuevo, Josie.

—Si debo decir, señorita, que no parece muy emocionada ante la perspectiva de bajar a cenar. Siempre puede pedir una bandeja en su habitación —le sugirió con complicidad.

Phoebe se lo pensó.

—Podría, pero me temo que, si no estoy allí, William intimidará a lady Marion hasta que ceda a sus exigencias. Se ha vuelto implacable.

—No quiero ser atrevida al decirlo, señorita, pero ¿no cree que es hora de declarar muerto al hijo mayor de lord Bellingham? Han pasado casi veinte años... seguramente, si estuviera vivo, ya habría vuelto con nosotros.

La doncella no había vivido en Raven House en el tiempo en que Patrick estuvo presente. Empezó a trabajar allí el año siguiente a su desaparición.

Josie llevaba razón, la probabilidad de que Patrick hubiera sobrevivido fue descartada hacía mucho tiempo. Nadie tenía ninguna razón real para creer que seguía vivo, pero tampoco se atrevían a robarle a lady Marion aquella última esperanza. Era mejor dejar las cosas como estaban. Cuando ella falleciera, se solicitaría a la Cámara de los Lores una declaración y sería la forma más misericordiosa de actuar. Pero William tenía poco uso para cosas como la misericordia.

Estaba en su derecho de pedirlo, pero la forma en que lo exigía le ponía los pelos de punta. Después de dieciocho años, ¿qué otra cosa que la muerte podía explicar semejante ausencia? Por supuesto, aunque Patrick estuviera vivo, William no sería mejor persona. De niño había sido cruel y despiadado, se burlaba de ella, la empujaba, le tiraba del pelo y, cuando lloraba, se reía de ella. Todas sus travesuras, como las llamaba el difunto lord Bellingham, eran inofensivas, pero lo que había marcado su crueldad mucho más que cualquier otra cosa

había sido su regocijo al verla llorar.

Sonó el gong de la cena y Phoebe suspiró. Llegaba incluso más tarde de lo habitual. La cena no era algo que se esperara con impaciencia en Raven House. Al menos, no mientras William estuviera presente. Siempre era más tranquila cuando el sobrino de lady Marion no estaba. Pero su tardanza tenía poco que ver con el temor a la comida o a la compañía. Era una maniobra táctica por su parte, una estrategia para evitar las insinuaciones indeseadas de William. Había aprendido por las malas que era mejor que no la sorprendiera en los pasillos. Recordarlo la estremecía.

Y, sin embargo, tendría que sentarse frente a él en la mesa. Era irritante, tenerlo sentado allí, con su mujer, Priscila, a su lado. Por supuesto, ella rara vez se molestaba en salir de sus aposentos, por lo que normalmente no estaba presente para presenciar cuando su marido le dirigía miradas lascivas a su pecho. Él no había tenido éxito en forzarla, pero solo porque ella tuvo el ingenio de meterse en la habitación más cercana y tocar el timbre. Cuando dos doncellas llegaron para determinar qué necesitaba, William intentó despedirlas. Sin embargo, ella insistió en que se encontraba mal y necesitaba que la ayudaran a llegar a su habitación. La treta no engañó a nadie, pero le permitió escapar con su virtud intacta.

Al bajar las escaleras, entró en el comedor y encontró a los demás, sentados a la mesa. Naturalmente, el acoso de William ya había comenzado. Priscila estaba a su lado y parecía aburrida mientras bebía un sorbo de vino.

—Lady Marion, sé que no desea seguir discutiendo, pero hay que tomar decisiones.

Phoebe se acomodó en su silla mientras el lacayo la empujaba hacia la mesa. No tenía nada útil que interponer en sus conversaciones y, por su parte, sabía que haría mejor en atraer lo menos posible la atención de William. Se trataba de un tema familiar, sacado a colación al menos a diario por uno de los muchos ocupantes de Raven House. Miró a lady Marion y notó la palidez de la mujer. El constante acoso le estaba pasando factura. Su piel era cenicienta y sus manos temblaban terriblemente. En las últimas semanas había habido muchos días en los que no había salido de su habitación, quedándose en cama, al cuidado de su doncella.

Adoraba a lady Marion desde siempre, ya que ella era su único vínculo con la respetabilidad. Si fallecía, le sería imposible permanecer en Raven House con Arthur, el hijo menor. Además, temía que, sin la influencia tranquilizadora de su matriarca, el comportamiento de William iría más allá de simples insinuaciones indeseadas y se convertiría en algo más violento.

—William —empezó a decir lady Marion, llevándose la mano al corazón como si le doliera—. No puedo rendirme. No hay pruebas de que se haya ido.

—¡Y no hay pruebas de que permanezca, milady! Si aún estuviera entre los vivos, ¿no habría encontrado ya el camino de vuelta a nosotros? —inquirió él con impaciencia—. ¿Qué hay de Arthur? Obligado a vivir como un hijo menor sin perspectivas cuando

no hay heredero frente a él.

Al final de la mesa, Arthur estaba sentado en un hosco silencio, claramente desinteresado en todo lo que ocurría a su alrededor. Su única atención era la copa de brandy que había llevado del salón. Últimamente parecía que nunca se le veía sin una copa en la mano.

En realidad, Phoebe sabía poco de él. Lo habían enviado a la escuela, a la que rara vez regresaba, y luego a Oxford, a donde lo habían devuelto sin ninguna explicación. Vivía entre ellos como una sombra; siempre presente, pero haciendo poco para llamar la atención. El chico siempre había sido reservado y evitaba a todos. Dudaba que tuviera alguna idea de cómo llevar la finca, ya que nunca había hecho ningún intento de aprender.

Sin duda, aquel era el plan de William. Deseaba que Patrick fuera declarado muerto, que Arthur asumiera el papel de lord Bellingham y, entonces él, William, podría ser su consejero de confianza.

En tiempos pasados, habría sido un adulador del Rey. Si William hubiera tenido el sentido de la moda y el garbo que exigía la corte, se habría trasladado a Londres para competir por un puesto a los pies del príncipe.

Lady Marion se levantó y se tambaleó de forma alarmante, mientras se agarraba el pecho. Su rostro se había vuelto más pálido y parecía a punto de desmayarse.

—Si mi hijo hubiera muerto, lo sabría —afirmó, con voz sorprendentemente firme dada su frágil apariencia—. Lo sentiría. Una

madre siempre lo sabe.

—¡La finca se está arruinando! —protestó William—. ¡Mientras esperamos su regreso, se está pudriendo a nuestro alrededor! Si regresa, solo habrá pobreza y ha llegado el momento de actuar.

Su rostro estaba casi amoratado por la rabia y había un destello salvaje en su mirada que resultaba preocupante. Phoebe nunca lo había visto tan enfadado, tan indignado por el atrincheramiento de lady Marion. Se preguntó, qué era lo que impulsaba tanto. ¿Qué había hecho para que ahora más que nunca sintiera que el *statu quo* ya no podía mantenerse? Aunque aquel era un tema que William había pregonado durante años, parecía más intenso que nunca.

Phoebe quiso intervenir. Quería exigirle que dejara en paz a la viuda, pero nunca había sido tan consciente de lo endeble que era su posición en la casa Bellingham. Fue pupila del difunto lord Bellingham y, cuando él falleció, lady Marion asumió el papel, ya que no había lord Bellingham que se ocupara de la tarea.

De no ser por la mujer, la habrían echado a la calle hacía tiempo. William no había hecho ningún esfuerzo por ocultar su desdén hacia ella.

Durante su desagradable encuentro aquella noche en el pasillo, le había dejado muy claro que solo había una manera de que ella permaneciera en Raven House, después de que lady Marion se hubiera ido. Sería su amante, instalada delante de las narices de su esposa, o la echaría a la calle sin un penique para abrirse camino de la única manera que una mujer podía hacerlo.

—¡No discutiré más! —replicó lady Marion. Se estaba debilitando, la voz le temblaba por la emoción y también por la misteriosa dolencia que la aquejaba desde hacía meses. Poco a poco le iba restando fuerzas. Su cuerpo flaqueaba, pero su voluntad era de hierro.

—De verdad, William —intervino Priscila—. ¿Tenemos que volver a pasar por todo esto? Si tu tía desea seguir viviendo en sus delirios, déjala que lo haga. ¡Deja de gritar, por el amor de Dios! Me está dando un dolor de cabeza tremendo.

Él se giró hacia su mujer y su ira se trasladó rápidamente a ella.

—Si no tienes nada útil que añadir, ¿por qué no te retiras? Pediré que te suban una bandeja, aunque me atrevo a decir que nada de la comida te interesará tanto como el vino.

—¡Basta! —gritó lady Marion. —Esta conversación debe cesar... inmediatamente.

Antes de que William pudiera replicar, el mayordomo entró en el comedor. Había desaparecido momentos antes, cuando llamaron a la puerta. Todo era muy misterioso, pero había muchos misterios en Raven House.

—Milady, perdóneme —se dirigió a ella—. Hay un caballero en la puerta que afirma que es urgente que la vea.

—No se encuentra bien —protestó William—. No se la debe molestar con visitas que no tienen la decencia de venir en horario normal.

Phoebe lo fulminó con la mirada. Le había importado muy poco

la salud de lady Marion cuando la había estado regañando para que declarara muerto a su hijo desaparecido. No había necesidad de que ella interviniera. Enferma o no, lady Marion seguía siendo una fuerza a tener en cuenta.

—Yo decidiré a quién puedo ver y a quién no —espetó con energía—. ¿Tiene noticias de Patrick? ¿Es el investigador que contratamos?

—No, milady —dijo el mayordomo, claramente inseguro de qué decir. Tras arrastrar los pies y aclararse la garganta un par de veces, prosiguió por fin—: Afirma, milady… —carraspeó otra vez—. Dice que es lord Bellingham. Patrick, lord Bellingham.

La sala enmudeció por completo. La caída de un alfiler habría sonado como un cañonazo. Phoebe se levantó de la silla al tiempo que la mujer se desvanecía en el suelo. Se arrodilló junto a ella, comprobó que su corazón seguía latiendo y, afortunadamente, así era, aunque muy despacio.

Mientras enviaba a un sirviente a buscar sales aromáticas, las voces de la sala asaltaron sus sentidos. Parecía imposible que un grupo tan pequeño de personas hiciera tanto ruido y, sin embargo, la habitación se llenó de gritos, la mayoría de William. Despotricaba y despotricaba sobre impostores y engaños.

Priscila siguió bebiendo su vino, observando el cuadro con vago desinterés mientras los lacayos reunidos en la periferia de la sala empezaban a cuchichear en voz baja sobre los escandalosos acontecimientos. Arthur fue el único que permaneció completamente

en silencio, pero siempre tenía poco que decir, prefería permanecer hosco y callado.

—¡Ella no lo verá! —declaró William, señalando con gesto beligerante a Phoebe.

—Eso no te corresponde a ti decirlo —amonestó ella en voz baja —. Lady Marion está en su sano juicio y es capaz de tomar sus propias decisiones.

—¿Lo está? —inquirió él con burla—. Ha insistido en que su hijo perdido en el mar hace casi dos décadas está vivo porque lo «siente». ¿No son esos los desvaríos de una loca?

Lady Marion se agitó y dejó escapar un suave gemido. Phoebe le tocó la frente y la encontró fría y húmeda.

—¿Dónde están esas sales aromáticas? —preguntó, alzando la cabeza.

—En su habitación, señorita… La doncella ha ido a buscarlas —dijo el mayordomo, mientras abanicaba a su señora en el suelo.

—Tendría que haberla declarado loca hace años —se mofó William.

—¡Silencio! —pidió Phoebe—. Cállate ahora mismo. No tienes derecho a decir eso. Está claro que está enferma y esa debería ser tu única preocupación. Sin embargo, lo ves como una oportunidad de conseguir más poder y prestigio para ti. ¿No tienes vergüenza?

Él la agarró del brazo y la levantó. Todos los criados miraron horrorizados cómo la sacudía.

—No eres más que una intrusa. No tienes derecho a involucrarte en las decisiones de la familia... ¡Una huérfana sin un centavo a la que se le permitió quedarse por lástima! Por compasión. ¿O era otra cosa? ¡Eras terriblemente cercana al viejo lord Bellingham! Dime, Phoebe, ¿cómo te ganaste su confianza?

Sus feas acusaciones resonaron por toda la habitación. Los susurros cesaron por completo y solo quedó el silencio. El horror de lo que insinuaba estaba más allá de los límites de cualquiera.

—Lord Bellingham fue como un padre para mí. Sus atenciones nunca fueron más que las de un padre hacia su hija... ¿cómo te atreves a insinuar lo contrario? Eres un ser odioso y cruel —siseó—. ¡Solo ves esa maldad en los demás porque existe dentro de ti!

Él retiró la mano para golpearla. Por primera vez, Arthur habló:

—¡Alto! No te permito que hagas algo así. Hoy no. —Luego se dirigió a los lacayos y pidió que llevaran a su madre al sofá de la biblioteca, para que se recuperara—. Russell, lleve a ese caballero al salón y, en cuanto mi madre despierte y nos dé instrucciones, entraremos en acción. Hasta ese momento, que todo el mundo mantenga la calma y deje de gritar.

William la soltó tan bruscamente que ella tropezó y, de no ser porque se agarró al borde la mesa, se habría caído. Le dolía el brazo por donde la había agarrado, pero no le dio la satisfacción de frotarse la zona maltratada. En lugar de eso, siguió al lacayo que había recogido cuidadosamente a lady Marion y fue a la biblioteca. Era demasiado. El mundo entero parecía haberse vuelto loco en los

últimos momentos

Capítulo 2

Parado en medio del gran salón de Raven House, no había ningún recuerdo, ninguna agitación de viejos sentimientos o sensación de *déjà vu*. Estaba allí como lo estaría un extraño, ligeramente asombrado por la magnitud del lugar, pero el parentesco que había creído sentir simplemente no existía. Los muros de piedra, grandes e imponentes, parecían burlarse de él. ¿Quién era él para estar allí sino un despreciable lobo de mar, arrojado de un barco a otro desde que fue descubierto? No recordaba nada de su vida anterior.

Echó otro vistazo a su alrededor y se preguntó cómo lo recibirían. El escudo de armas ornamentalmente tallado, flanqueado por armas medievales cuyo nombre desconocía, se cernía sobre él. ¿Le llamarían impostor? ¿Podría defender adecuadamente su posición de que no lo era? Ni él mismo estaba seguro de creerlo.

—Perdóneme, señor —dijo el mayordomo al volver al gran salón desde lo que él solo podía suponer que era el comedor—. Lady Marion está muy afectada y necesitará recuperarse de la conmoción antes de

poder verle.

Frunció el ceño.

—¿Está mal de salud? —Era natural pensar que su regreso, si es que en realidad era el lord perdido de Raven House, como lo habían calificado los periódicos, sería perturbador o chocante. Sin embargo, no quería que le causara un daño irreparable.

El mayordomo pareció escandalizarse ante la sola mención, como si hacer una pregunta tan personal fuera de alguna manera una violación de la etiqueta. Tal vez lo fuera. Las reglas de la sociedad educada no eran algo que hubiera tenido una importancia primordial en su vida durante casi dos décadas. Sobrevivir, mantener los pies sobre la cubierta y el látigo lejos de su espalda habían sido sus principales objetivos en la vida. Apenas le habían dejado tiempo para preocuparse por aquellas sutilezas.

—No sabría decirle, milord —respondió con rigidez el hombre—. Por favor, sígame.

Patrick no lo hizo. Se estaba poniendo a prueba tanto a sí mismo como a los criados que lo observaban como si fuera una efímera aparición entre ellos.

En lugar de eso, pasó junto al mayordomo y se dirigió al vestíbulo. Abrió la puerta del salón y entró, dejando tras de sí a un grupo de criados estupefactos. Ninguno de ellos estaba más sorprendido que él mismo. Podría haberle estallado en la cara, salir solo sin la ayuda del mayordomo. La verdad era que se estaba probando a sí mismo. Quería saber si realmente podía encontrar su

camino y eso le daba más fuerza.

Detrás de él, podía oír los susurros de los sirvientes.

—¡Sabe cuál es la puerta! —murmuró uno de los lacayos, con voz temerosa y un susurro más teatral que reservado.

—¿Crees que podría ser él? —replicó una criada atónita.

Estaba claro que las especulaciones entre los sirvientes se dispararían.

Patrick se volvió, lanzando una dura mirada al pasillo más allá de la puerta, directamente a los criados. Se dispersaron como ratas asustadas. Tal vez era un lord, después de todo. Sabía adónde ir sin que nadie se lo dijera y había conseguido, con solo una mirada, poner nervioso al servicio. Al menos parecía un buen comienzo, suponiendo que su presencia y su reivindicación del título no llevaran al lecho de muerte a la que podría ser su madre.

Al darse cuenta de que estaba siendo observado, de que cada uno de sus movimientos era catalogado por los criados, sin duda ocultos tras cada panel de acceso y puerta secreta de la maldita habitación, Patrick decidió que al menos debía intentar parecer un caballero. Se dirigió a un pequeño sofá y miro con inquietud el delicado mueble. Se caería de culo si se sentaba en él, sin duda, y no serviría más que para hacer leña después. Así que no se sentó.

Vigilado o no, no quería hacer el ridículo. Pero estar ocioso no era algo a lo que estuviera acostumbrado.

Así que se paseó por la habitación. De vez en cuando, cambiaba de dirección para variar. Mientras tanto, sus ojos escudriñaban cada

mueble, cada cuadro de la pared o cada jarrón de la mesa, con la esperanza de que algo le resultara familiar. Nada le resultaba familiar. A pesar de ello, no se sentía fuera de su elemento ni como si no perteneciera a él. Desde el momento en que entró en el condado, tuvo una extraña sensación de pertenencia, de conexión. Era algo que nunca había sentido en ningún puerto al que hubiera llegado a lo largo de los años. Tal vez fuera solo un deseo, pero el campo y el rumor del mar a poca distancia le habían dado una sensación de, por muy sentimental que fuera decirlo, vuelta a casa.

Sin embargo, estaba decepcionado. Había llegado a Raven House, convencido de que desbloquearía sus recuerdos congelados, que podría cerrar los negros abismos de su mente. Pero fue una tontería. Su primer recuerdo seguía siendo el de estar a bordo de un barco, con la piel quemada por el sol y una sed que aún le hacía doler la garganta cuando lo recordaba. Vestido con ropas demasiado finas, incluso arruinadas como estaban, para ser un sirviente o un campesino, lo habían tomado como grumete y, como mínimo, le habían dado cobijo y comida, aunque hubiera trabajado por ello como un perro.

Un alboroto en el pasillo detuvo su paso y sus frustrados recuerdos. Enderezó los hombros, miró hacia la puerta y esperó lo que seguramente sería un aluvión de acusaciones. No podía estar más equivocado. La mujer que irrumpió en la habitación, con el pelo canoso recogido en un suave moño, le echó un vistazo y exclamó.

—Oh, cielos… eres tú. ¡Realmente eres tú! ¡Patrick!

—Soy lord Patrick Bellingham —respondió rígidamente. Todavía era extraño oírlo de él mismo. Patrick, sí. Siempre había usado ese nombre. Cuando no recordaba nada más, recordaba eso. El apellido y el título eran recuerdos recientes, si es que eran recuerdos y no simplemente el resultado de ver una noticia cualquiera que reciclaba la historia del Lord perdido. Seguía pareciéndole ridículo y, sin embargo, allí estaba, aparentemente aceptado por ellos.

—No saquemos conclusiones precipitadas, lady Marion —le amonestó con suavidad un hombre cercano a su edad, cuando entró desde el vestíbulo—. Todavía tenemos que averiguar si dice la verdad.

—¿Por qué iba a mentir? —preguntó ella, acercándose aún más a él.

La mujer se tambaleaba al caminar, como si fuera a desmayarse. De algún modo, siguió adelante y acortó la distancia que los separaba hasta que pudo alargar la mano de él, agarrarla y llevársela a la cara. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras lloraba en silencio. Se aferró a él con fuerza, como si temiera que volviera a desvanecerse si lo soltaba, aunque solo fuera un segundo.

—Por el título. Por la propiedad. Por muchas razones —continuó el hombre. Su tono era brusco, desdeñoso y muy irrespetuoso. Al instante, Patrick se tensó—. Déjenos hacer las preguntas pertinentes, al menos, antes de concederle las llaves de la mansión.

—¿Qué preguntas pertinentes? —exigió Patrick.

Su discurso carecía de la perfecta dicción del caballero. Era más áspero, su acento se había agudizado por los hombres con los que

había navegado y con los que había bebido. Sonaba más como un marinero que como un Lord, salvo por el tono autoritario que utilizaba.

La puerta volvió a abrirse y la mirada de Patrick se clavó al instante en la joven que entraba. A medida que se acercaba, se dio cuenta de que no era tan joven como había pensado en un principio. No llegaba a los treinta, si tenía que adivinarlo, pero no estaba lejos de esa edad. Sin duda era una solterona. Basándose en su vestido y en el severo peinado de su cabello, solo podía suponer que ese era el caso. A pesar de la severidad de su vestido, era guapa. Su rostro tenía una dulzura que le llamó la atención, una suavidad en la curva de su mejilla y en el suave surco de su labio inferior. Le vino a la mente la imagen de una joven morena en medio del campo, dando vueltas y más vueltas en un lecho de flores silvestres, hasta que se mareó. Bruscamente, desvió la mirada.

—Patrick, ¿te acuerdas de Phoebe? —le preguntó esperanzada la mujer que estaba a su lado.

—No, Milady. Tengo muchas lagunas en la memoria. Hace poco que recordé mi nombre completo y que pertenezco a los Bellingham —admitió, vacilante. Su voz sonaba rígida y sus palabras se entrecortaban al pronunciarlas.

¿Lo echarían a la calle? ¿Lo considerarían un impostor o un aventurero y lo pondrían de nuevo en camino?

—¿Puedes decirme qué te ha pasado? Te perdimos de vista cuando tuvieron que soltar la barca en la que íbamos... el barco se

hundió y… —Se le quebró la voz y empezó a llorar suavemente.

Sin saber qué hacer, Patrick miró alrededor de la habitación en busca de alguna ayuda, de un rostro que no llevara una máscara de sospecha y animosidad como mínimo. Buscó a la joven Phoebe. Ella lo miraba con preocupación y posiblemente también con desconfianza, pero la preocupación tenía prioridad.

La vio adelantarse y poner las manos sobre los hombros de lady Marion.

—Venga, nos sentaremos y podrá contarnos todo lo que recuerde… Y, tal vez, podamos compartir con él aquellas cosas que no pueda. Está cansada y alterada, milady. Por favor —imploró la joven.

Lady Marion asintió y permitió que Phoebe la acompañara hasta el sofá. Ambas se sentaron con elegancia y luego volvieron los rostros expectantes en su dirección.

—William —pidió lady Marion—. Trae una silla cómoda para Patrick, para que pueda sentarse cerca de mí y contármelo todo.

—¿Ahora soy su sirviente? ¡Míralo! —soltó William, con la saliva volando de su rostro amoratado—. No es un caballero… Ni por nacimiento ni por educación. Es obvio para cualquiera que todo esto es una farsa.

Lady Marion cuadró los hombros y dijo en un tono severo que no admitía discusión:

—William, harás lo que te pido y guardarás para ti tus sospechas y tus opiniones, hasta que hayamos tenido la oportunidad de escucharle. Estoy segura de que todo podrá explicarse a su debido

tiempo. Tráele una silla o vete.

—Tiene razón al cuestionar mi presencia aquí y dudar de mi historia —intervino Patrick—. No tengo pruebas de mi identidad. Nadie tiene.

Ella sonrió con tristeza.

—Mi querido muchacho, no necesitas ofrecer pruebas más allá de tu rostro. Porque eres la viva imagen de mi querido Fenton, un hombre amable e indulgente, más cariñoso y misericordioso de lo que yo merecía. —Su voz tembló por la emoción—. En cuanto te he visto, he sabido que eres un Bellingham. No podías ser otra cosa.

—Podría ser un bastardo... Lord Fenton Bellingham era un hombre maravilloso, pero seguía siendo un hombre con las necesidades de un hombre. Su fidelidad o falta de ella no cambiará eso —la corrigió William, como si valorar la posible infidelidad de su marido no fuera una ofensa grave.

Phoebe lo fulminó con la mirada.

—¿No se suponía que tenías que traer una silla y callarte?

Patrick se tensó cuando William dio un paso adelante, con un brillo asesino en los ojos mientras miraba a la joven. Inconscientemente, se colocó entre ellos, su instinto protector alertado por la amenazadora postura del hombre y la cruel mueca de su rostro.

—¡William! Haz lo que te digo o vuelves a Londres. —Volvió a decir lady Marion—. No permitiré que conviertas esta casa en una zona de guerra con tus feas sospechas y acusaciones. Si estamos tan cerca de la indigencia como tú dices, seguro que ha ayudado que tu

esposa haya vaciado nuestras bodegas.

—No puedo consentir esto, lady Marion... no tenemos pruebas de que este hombre sea quien dice ser. ¡No me quedaré de brazos cruzados mientras le da rienda suelta para arruinar las finanzas de esta familia! Notificaré a los abogados en Londres de inmediato, así como a los banqueros. La desangrará si se lo permite —insistió William.

Ella suspiró cansada y dejó caer los hombros.

—Déjanos, William, y haz lo que debas. ¿Qué me importa el dinero cuando mi hijo ha vuelto a mí?

Patrick vio cómo el hombre giraba sobre sus talones y salía furioso. Al instante, el aire de la habitación cambió en su ausencia. Todo el mundo pareció respirar aliviado cuando se marchó.

—¿Es siempre así? —se interesó.

—Lamentablemente, sí.

La respuesta procedía de Phoebe. Se giró hacia ella y notó que estaba más relajada. Al suavizarse sus rasgos pasó de ser simplemente bonita a algo totalmente distinto y le pareció peligroso que una mujer se volviera más atractiva cada vez que la miraba.

—Debes decirme dónde has estado todo este tiempo —pidió lady Marion, tendiéndole de nuevo la mano.

Aquello era algo extraño para él, ya que no estaba acostumbrado a un tacto tierno. Aun así, lo toleró y se armó de valor para contrarrestar las extrañas emociones que sentía en su interior. Quería

ser lord Bellingham y no tenía nada que ver con el dinero, los títulos o vivir en una buena mansión. Quería ser lord Bellingham porque, por fin, quería pertenecer a algún lugar, sentir una conexión con otro ser humano.

Cruzó la habitación, agarró una silla de aspecto robusto que había cerca de la ventana y la acercó, sentándose lo bastante cerca de lady Marion como para que ella no tuviera que estirar el cuello para mirarlo.

—Milady... me encontraron en una barca en el mar, muy quemado por el sol y casi muerto de sed.

—Dios mío... —Ella emitió un sonido de angustia y Patrick se dio cuenta de que, por el bien de su bienestar, no podría contar toda su historia. Tendría que relatarla con cautela.

Su rostro palideció al oír sus palabras y pareció empequeñecerse aún más, hundiéndose en sí misma.

—Me rescataron un amable capitán de barco y su tripulación. Solo pude decirles mi nombre de pila... Patrick era todo lo que recordaba. Me había golpeado en la cabeza —añadió—. Posiblemente cuando el primer barco se hundió. Me quedé en ese barco y me hicieron grumete. Me enseñaron un oficio, a navegar, y eso es lo que he hecho desde entonces.

—¿Nunca pudiste ver las hojas informativas o los anuncios que hicimos sobre tu desaparición? —inquirió lady Marion—. ¡Te buscamos, querido mío! Hasta los confines de la tierra.

—No, milady, no los vi —contestó él, siendo lo más sincero

posible sin disgustarla más. —El barco en el que iba zarpó hacia las Indias. Estuve allí algún tiempo, yendo de puerto en puerto. Luego navegamos a las Américas, incluso a Canadá. Cuando regresamos a Inglaterra… bueno, los hombres que han estado en el mar durante algún tiempo tienen poco interés en las hojas de noticias.

Ella agachó la cabeza.

—No lo harían. Por supuesto que no. ¿Fueron buenos contigo? ¿Amables? Por favor, dime que no sufriste más.

—Fueron buenos conmigo y amables —mintió—. Me dieron todo lo que necesitaba para sobrevivir. —Al menos aquello era cierto. Lo habían alimentado y protegido. Había aprendido a luchar por lo que necesitaba y a defender su vida si era necesario. Había aprendido a recibir una paliza sin que le destrozara, pero no había necesidad de compartirlo con ella cuando era evidente que no tenía fuerzas para escucharlo.

—Lady Marion, sé que está muy cansada —intervino Phoebe—. Y estoy segura de que lord Patrick también está muy cansado de su viaje. Será mejor que lo acompañemos a una habitación para que se instale por esta noche y luego la llevaremos a usted a la cama.

Patrick notó la dulzura de su tono, la forma en que se mostraba tan cariñosa con la mujer. Le desconcertaba que la gente fuera tan buena con los demás, cuando no era algo con lo que él mismo tuviera más que una familiaridad pasajera.

—Estoy cansada, pero también llena de una alegría que no puedes comprender, Phoebe. Me sentaría aquí con él toda la noche.

Debo saberlo todo sobre su vida, cómo le ha ido sin su familia para cuidarle —insistió ella.

Él la estudió detenidamente. Su piel era pálida hasta la translucidez. Tenía ojeras y estaba desesperadamente delgada. Aunque sus ojos brillaban de alegría, su aspecto delataba la debilidad de su cuerpo.

—Habría poco que contar de interés, milady, y la mayor parte no apto para los oídos de las damas —respondió—. La tripulación con la que navegué, aunque me acogieron, era un grupo rudo. Y yo llegué a ser tan rudo como ellos. No le diría más que eso.

—Si no va a acostarse por su propio bien, lady Marion —intervino de nuevo Phoebe—, hagámoslo por el pobre Patrick. Debe ser terriblemente agobiante volver aquí y que todos lo acosemos con nuestras preguntas y, tristemente, nuestras acusaciones.

No era tan agobiante, aunque la mirada suplicante de la joven lo animó a hacer, precisamente, lo que ella pedía. Si alegaba fatiga, lady Marion cedería. Y dado el estado de la mujer, que estaba claramente indispuesta, sería egoísta por su parte no acompañarla.

—Estoy bastante cansado del viaje, pero puede estar tranquila, lady Marion, que no tengo intención de abandonar Raven House. Tendremos todo el tiempo necesario para compartir nuestras historias —le aseguró.

—¡Pero tu habitación no está lista! —gritó ella—. ¡Qué pobre bienvenida has tenido!

—Al contrario —discrepó él—. Me siento muy bien recibido y

cualquier habitación servirá. Me atrevería a decir que incluso la más humilde superará cualquier lujo que yo recuerde.

—Eso cambiará —juró ella—. Serás restituido a tu legítimo lugar como Lord de Raven House. Te lo prometo, hijo mío. Todo estará bien. Te lo prometo.

Patrick no dijo nada más. Simplemente le ofreció el brazo y la ayudó a levantarse. Phoebe los condujo desde el salón, subiendo las escaleras hasta el ala familiar de la mansión. Finalmente se detuvo ante una pesada puerta de roble.

—Esta es la habitación azul, reservada normalmente para los invitados. Se ha utilizado recientemente y será la más fácil de preparar para usted. Sin duda, las criadas ya se han ocupado de ella —explicó, agachando la cabeza.

La luz de las velas de los candelabros de pared iluminó su cabello oscuro.

—Estoy seguro de que estará bien. Gracias.

Patrick abrió la puerta y entró. Un panel en la pared del fondo se cerraba en ese momento y oyó las risitas de las criadas mientras escapaban. Su maleta, hecha de pesada tela encerada y con un aspecto notablemente fuera de lugar, había sido colocada sobre el baúl al final de su cama.

Habían dejado agua caliente en una palangana cerca de la chimenea. Ansioso por acabar con las penurias del viaje y el extraño dolor que había florecido en su pecho ante la evidente angustia de lady Marion, se despojó de sus ropas y comenzó a asearse. Tras

frotarse la cara para quitarse el polvo del camino, se volvió hacia la gran cama que ocupaba el centro de la habitación.

Tenía preciosos adornos tallados en la madera y era la cama más grande que había visto, incluso mayor que alguna habitación en la que se había alojado. Tenía un pesado cobertor de terciopelo azul y a la derecha colgaba el retrato de una mujer encantadora, con un vestido azul y rosas en el pelo. Le recordaba a Phoebe. Al acercarse, observó que el cuadro era algo escandaloso. El vestido de la mujer era muy escotado y dejaba al descubierto la parte superior de sus pechos. A través del encaje del vestido se veían las tenues sombras rosadas de sus pezones.

Patrick sonrió con ironía. Ricos o pobres, todos los hombres estaban motivados por el deseo de poseer a una mujer.

Se preguntó si aquel sería el origen de la animadversión entre William y Phoebe. Uno de los dos debía ser el amante despechado.



Cuando lady Marion se instaló por la noche, bajo el eficaz cuidado de su doncella, Phoebe regresó a su habitación. Le temblaban las rodillas. De hecho, no había parte de su cuerpo que no temblara violentamente por la conmoción.

Lo había creído muerto. En realidad, todos lo creían muerto, excepto lady Marion. Siempre pensaron sus protestas eran por la necesidad de una madre de creer que su hijo aún vivía, pero había

visto cosas en aquel hombre que le recordaban al niño que conoció en el pasado. El cabello oscuro, los ojos azules como el hielo que parecían atravesarla... todo aquello le resultaba familiar. Tampoco podía negarse la afirmación de lady Marion de que era la viva imagen del difunto lord Fenton.

Al entrar en su habitación, Phoebe se dirigió a su tocador y se hundió pesadamente en la silla que había allí. Sus piernas ya no la sostenían. Se parecía a Patrick y, sin embargo, ella no lo creía, no de verdad. Porque había sido amable. La preocupación que había sentido por lady Marion había sido verdadera. Ella pudo sentir lo cuidadoso que fue al relatar la historia de su larga ausencia, para ocultar cualquier cosa que pudiera molestarla. Luego tuvo un sutil cambio en las formas, cuando William se mostró más beligerante y amenazador. Estaba claro que quiso interponerse entre los dos para protegerla si era necesario.

Se parecía a Patrick, pero no tenía el mismo carácter. De niño, Patrick siempre se mostró cruel. Se deleitaba, atormentándola por su condición de huérfana, tirándole del pelo, pellizcándole y empujándola, escondiendo criaturas repugnantes en su cama solo para oírla gritar. Y no fue su única víctima. Hacía lo mismo con muchos de los criados y con William cuando había ido de visita. No había crueldad en el hombre que acababa de ver; además, le resultaba difícil comprender que una vida más difícil, hubiera producido una versión más amable del muchacho que conoció.

Josie entró en la habitación, con los ojos desorbitados y la boca formando una O de sorpresa.

—¿Es realmente él, señorita? ¿Ha vuelto mi Lord?

Ella miró a su doncella, en verdad, su amiga. Solo ella sabía cómo se escondía de William, de la extrañeza de Arthur y de la fragilidad de lady Marion. Josie era su confidente. Pero si la joven llevaba razón, si era Patrick, si lord Bellingham había regresado, también era su patrón, de modo que Phoebe optó por la cautela.

—Se parece a él. Podría ser él... Lady Marion lo cree de todo corazón.

—Disculpe, señorita, pero lady Marion quiere que sea él. Supongo que todos lo hacemos por su bien... ¿Usted tiene dudas?

—Por supuesto que las tengo. Era un niño cuando desapareció. ¿Quién puede decir cómo sería ese niño ahora? ¿O en qué clase de hombre se ha convertido? —reflexionó.

—Voy a traerle algo que le ayude a dormir —sugirió la doncella con decisión.

—No. Lady Marion podría necesitarme.

—Agnes, ese dragón suyo, Agnes, la cuidará durante la noche —replicó Josie, refiriéndose a la doncella personal de la dama—. Usted está preocupada, señorita. Puedo verlo en sus ojos y la conozco. No pegará ojo y mañana, cuando se tomen decisiones y se hagan preguntas difíciles, necesitará estar alerta.

No se podía refutar aquella lógica. Phoebe asintió y la joven se fue a buscar un remedio para conciliar el sueño. Mientras, ella empezó a quitarse las horquillas del pelo y las fue dejando caer en la cajita del tocador.

Su vida había cambiado irrevocablemente con la entrada de Patrick en Raven House. Para bien o para mal, aún estaba por ver.

Capítulo 3

Phoebe no pudo descansar bien. Incluso con el tónico que tomó antes de acostarse, pasó toda la noche dando vueltas en la cama, con extraños sueños y pesadillas. Josie echó un vistazo a sus ojeras, chasqueó la lengua y suspiró, como si estuviera complicándole el trabajo intencionadamente.

Al entrar en la sala de desayunos, se detuvo a mitad de camino. Él estaba allí y estaban solos en la habitación. Por supuesto, uno nunca estaba realmente solo en Raven House. Había sirvientes rondando cada esquina y detrás de cada panel oculto o en cada pasillo; sin embargo, no había nadie a la mesa. No estaba William para fanfarronear o lady Marion para mirarlo con adoración.

Se levantó tras un latido, como si acabara de recordar que debía hacerlo.

—Buenos días. —El saludo fue rígido, su voz aún ronca por el sueño. A juzgar por las ojeras, no había dormido mejor que ella.

—Buenos días —respondió ella en voz baja, mientras se acercaba al aparador y empezaba a llenarse un plato. No tenía apetito, pero le

dio un momento para ordenar sus pensamientos y pensar en la mejor manera de proceder. Cuando se sentó a la mesa, el silencio se hizo tenso e incómodo entre ellos. Incapaz de tolerarlo por más tiempo, comenzó:

—Lord Patrick....

—Señorita Phoebe...

Hablaron al unísono, tropezando sus palabras. Ella se detuvo, miró su plato con vergüenza y finalmente dijo:

—Usted debería comenzar. Seguro que tiene muchas preguntas.

—Usted también —advirtió él—. Como debe ser. Después de todo, aquí soy un extraño.

—Nos turnaremos, si está de acuerdo —ofreció Phoebe.

Él asintió con la cabeza.

—Las damas primero, entonces.

—Dijo que no podía recordar mucho. ¿Cómo es que ha regresado su memoria sobre Raven House?

No respondió de inmediato, sino que hizo una pausa para tomar un sorbo de café. Reconoció su aroma y recordó que lord Fenton lo había preferido al té.

—No ha vuelto. En todo caso, no del todo... Hace casi un año, estaba en un barco, atrapado en una tormenta no muy distinta de la que, al parecer, hundió el barco en el que navegábamos cuando me perdí. Fui golpeado por la caída de una viga. Tras permanecer varios días en cama sin sentido, finalmente desperté. La pieza que me

faltaba, mi apellido y mi título, simplemente habían regresado a mí. Tengo muchos más recuerdos y hay cosas que me son familiares, pero no todo.

Fue una respuesta más comunicativa de lo que ella había previsto.

—Ya veo. Supongo que le toca a usted hacer una pregunta.

Le dirigió una mirada de evaluación.

—¿Cuál es el lugar de William en esta casa y por qué le teme?

Phoebe sorbió su té. Era una táctica dilatoria y nada más. Finalmente, habiendo fabricado una respuesta razonable, contestó:

—No le temo. Pero William, que por cierto es su primo hermano, ya que su padre es el hermano menor de lord Fenton, tiene una personalidad muy fuerte. Está acostumbrado a salirse con la suya y he aprendido que, a veces, es mejor evitar interponerse en su camino. —Como si se diera cuenta de que necesitaba ofrecer más información, añadió—: Sir George, su tío, lleva algún tiempo enfermo. Tiene gota y se ha trasladado a Bath, donde toma las aguas para aliviar su sufrimiento. Y para entretener a sus amantes y jugar como el derrochador que era.

Él levantó una ceja y la oscura punta de la misma se arqueó en una expresión tan familiar que el estómago se le revolvió hasta los dedos de los pies. No solo se parecía a Patrick, utilizaba sus expresiones; algunos de sus gestos, incluso de la infancia, se habían trasladado a aquel extraño que tenía ante ella.

—Esa es una respuesta cuidadosamente explicada, señorita

Phoebe.

—Por favor, llámeme Phoebe. Somos una familia muy informal —insistió ella.

—¿Por qué? —preguntó él frunciendo el ceño. Le resultaba extraño que quienes vivían en una mansión se comportaran con tanta laxitud—. No puedo imaginar que vivir en tal grandeza promueva una interpretación tan libre de la etiqueta.

—No es su turno de hacer preguntas, milord —dijo ella.

Él concedió el punto con un movimiento de cabeza.

—Muy bien. Lo tendré en cuenta. Pregunte lo que quiera, Phoebe.

—Le pido que me prometa que no quiere hacer daño a lady Marion. —Su voz tembló por la emoción—. Ella es mi familia... no por sangre ni por matrimonio, sino en virtud de los cuidados que me ha dispensado desde que vine aquí a vivir como huérfana y me convertí en su pupila. No quiero verla sufrir por nada en este mundo.

Se quedó tan callado que Phoebe tuvo la certeza de que lo había ofendido. Pero cuando por fin habló, su tono no reveló ira ni afrenta. Fue tan amable como el día anterior, cuando habló con lady Marion.

—No quiero hacerle daño, como no quiero hacerle daño a usted... Estoy aquí porque creo, tanto como puedo creer en algo cuando mi propia mente me ha fallado, que soy lord Bellingham. No estoy aquí por ganancia monetaria, sino porque necesito saber quién soy y a dónde pertenezco.

—¿Y si sus creencias están equivocadas? ¿Qué hará?

—Son dos preguntas, Phoebe. Y primero me debe una respuesta a la mía… ¿Por qué los ocupantes de esta casa son tan informales?

—Porque esta no es simplemente nuestra casa. Es nuestro mundo, por así decirlo. Desde la muerte de lord Fenton, no hemos salido de la finca más que para hacer pequeñas excursiones al pueblo. No hay entretenimiento, tampoco invitados ni fiestas. Vivimos en un constante estado de limbo, esperando su regreso. Ahora contésteme, milord. ¿Y si está equivocado?

—Entonces me iré, lo más discretamente y con la menor interrupción posible.

Phoebe se preguntó si él tenía alguna idea de lo molesto que resultaba que estuviera allí. No por quién decía ser, sino simplemente por todo lo que era. Su sola presencia llenaba la habitación, succionando todo el aire y hacía que fuera casi imposible respirar. Ya fuera por la anchura de sus hombros o por la forma primitiva en que se movía, como si estuviera listo para defenderse de un ataque en cualquier momento, era abrumador para ella.

Apartó el plato y se levantó bruscamente. Él también lo hizo.

—Debería ir a ver a lady Marion. Los sucesos de ayer han sido impactantes para ella y está algo frágil estos últimos meses.

—¿Han llamado a un médico para que la atienda? —preguntó él.

—Sí. Su médico la ha visto. Dice que es su edad, o simplemente la debilidad que conlleva la naturaleza femenina —espetó con desprecio. No soportaba a aquel médico y deseaba fervientemente que

lady Marion buscara una segunda opinión. Sin embargo, cuando lo sugería, William rechazaba el cambio de doctor y la calificaba como la típica mujer histérica. Lady Marion también rechazó la sugerencia y tenía confianza en el médico que la había atendido durante décadas—. Por desgracia, él ha sido lo suficientemente competente en su cuidado de ella a lo largo de los años. Tal vez su regreso sea bueno para ella. Le levantará el ánimo y eso no puede sino ayudar a su bienestar físico.

Al salir de la sala de desayunos, Phoebe razonó que no estaba huyendo de él. No era una retirada. Era una distensión, una cuidadosa reducción de la extraña tensión entre ellos que no podía ni quería nombrar.

Tal vez fuera la distracción de la situación o, tal vez, la distracción del hombre cuya sola presencia parecía perturbarla a un nivel primario, pero Phoebe no puso en práctica su cautela habitual. Normalmente consciente de la presencia de William y de su ubicación en la casa en todo momento, no había comprobado con la criada si seguía en cama o había salido por la mañana. Al llegar al rellano del segundo piso, una mano le rodeó la muñeca y tiró de ella hacia un lado. Sabía que había cometido un terrible error.

—¿Qué ha dicho? —inquirió William.

—No dijo nada más importante que lo que dijo anoche —respondió ella—. Suéltame, William. Me haces daño.

—Te soltaré cuando quiera —gruñó él—. ¿Qué estás tramando en esa retorcida mente femenina tuya? ¿Ponerlo como el heredero perdido y tomar tu lugar como la nueva lady Bellingham? Nunca te

tomé por una puta trepadora social, Phoebe. Estoy horrorizado.

—Como no has hecho otra cosa que querer convertirme en tu puta, desde el mismo día del entierro de lord Fenton, difícilmente puede ser chocante —replicó ella—. ¡Suéltame!

Él sonrió, pero era una expresión sin gracia. Era oscura y retorcida. Le apretó el brazo con más fuerza, retorciéndole la tierna carne justo por encima del codo con una crueldad que solo podía ser intencionada.

—Te gustan sus maneras de rufián, ¿verdad? ¿Mejor ser una prostituta de falda ligera para un estibador que la amante de un caballero? ¿Te excitan sus rudas manos, Phoebe?

Empujó contra su pecho, consiguiendo hacerle retroceder unos centímetros y dejando espacio para poder respirar.

—Eres un hombrecillo asqueroso con una mente asquerosa. No te lo volveré a pedir, William. Si no me sueltas, gritaré… y no me importa quién me oiga.

No tuvo tiempo de reaccionar cuando William la apretó contra la pared. Intentó gritar, pero su boca estaba sobre la suya, sus labios secos presionados contra los suyos y su lengua tanteando la entrada. El miedo se apoderó de ella y empujó con todas sus fuerzas, pero él no se movió.

Con opciones limitadas, Phoebe hizo lo único que podía hacer en aquel momento. Lo mordió, hundiendo los dientes en su labio inferior con toda la fuerza que pudo reunir.



Patrick había abandonado la sala de desayunos, su ponderada conversación con Phoebe le había quitado el apetito. Cada bocado después de aquel intercambio cargado había sido como serrín en su lengua. Mientras subía las escaleras, oyó susurros acalorados y airados. Al llegar arriba, miró a su izquierda y vio a una pareja abrazada.

No pudo ver la cara de ella, pero reconoció el vestido al instante. Era la misma muselina ligera y abigarrada que había visto que llevaba en el desayuno. ¿Se había equivocado? ¿La animosidad que había discernido entre Phoebe y William no era más que una pelea de amantes?

La amargura que sintió ante aquel pensamiento fue sorprendente. Pero también fue fugaz. William gritó, alejándose de ella. Su mano voló hacia atrás y antes de que Patrick pudiera alcanzarlos, el golpe cayó. William la había abofeteado con fuerza suficiente para hacer temblar a un hombre adulto y vio cómo ella caía de rodillas.

—¡Perra viciosa! —siseó William entre dientes apretados, mientras sacaba el pañuelo del bolsillo y se lo llevaba al labio sangrante.

Su mano volvió de nuevo, pero Patrick los había alcanzado. Agarró la muñeca del hombre y lo hizo girar, retorciéndole el brazo hasta que gritó de dolor.

—Si vuelve a tocarla le romperé el maldito brazo.

—¡Quíteme sus sucias manos de encima!

Patrick ignoró al hombre mientras giraba la cabeza para ver las heridas de Phoebe.

—¿Está malherida?

—No, solo un poco conmocionada —dijo ella, mientras se apoyaba en la pared para ponerse en pie.

Era claramente mentira. Su mejilla se había enrojecido por la huella de su mano. Pudo ver las marcas que se formaban en la parte superior de su brazo, marcas que claramente habían sido dejadas por la mano de un hombre. Tal vez fue mezquindad o, tal vez, el deseo de dar una lección a William, pero ajustó ligeramente su agarre en la muñeca del hombre. Patrick agarró dos de los dedos de William, retorciéndolos con saña. Se oyó un ligero crujido. No estaban rotos, solo descoyuntados, pero no golpearía a nadie más en mucho tiempo.

William lanzó un grito, se agarró los dedos destrozados y cayó al suelo cuando Patrick lo soltó.

—La acompañaré a su habitación y me encargaré de que llegue allí sin que la aborden más. —Tendió una mano a Phoebe.

Pudo ver la indecisión escrita claramente en su cara. Pero cuando ella miró a William, su indecisión desapareció. Aceptó su mano y pasó por encima del hombre que lloriqueaba.

—Gracias, milord —pronunció.

—Patrick —corrigió él—. Si esta es una casa informal, debería

seguir el ejemplo. En realidad, estoy acostumbrado a que me hayan llamado durante años por mi nombre de pila.

Ella no sonrió, pero a medida que avanzaban por el pasillo, parecía cada vez menos agitada, recuperando la confianza en sí misma a medida que ponían distancia entre ellos y William.

—Él no perdonará esto —le confesó con suavidad—. Es un hombre mezquino y se asegurará en vengar lo que ve como una afrenta a su dignidad.

Se detuvieron al llegar a la puerta de su habitación.

—¿Y qué hay de su dignidad? —preguntó él.

Ella sonrió, con una ligera inclinación de los labios que transformó su rostro y lo dejó paralizado.

—Según William, no tengo ninguna... Soy una aventurera que vive de la generosidad de lady Marion. Debería ganarme el sustento.

—¿En su cama? —inquirió él. Era poco delicado decírselo a una joven, pero se encontraban en una circunstancia muy poco delicada.

Su sonrojo fue respuesta suficiente, pero ella asintió de todos modos.

—Me ha amenazado en numerosas ocasiones con echarme... Afirma que lady Marion está rondando las puertas de la muerte y que, una vez que haya fallecido, no tendré otro recurso que calentar su cama o la de otro.

Patrick apretó la mandíbula con fuerza. Quería hacer algo más que dislocarle los dedos al bastardo. Obligándose a recordar los

modales que había descuidado durante tantos años, se abstuvo de maldecir delante de ella.

—Eso no sucederá. Ocurra lo que ocurra, le prometo que no volverá a tocarla.

—Gracias… por eso y por ayudarme. No sé… bueno, no quiero saber lo que podría haber pasado si no hubiera intervenido. —Posó una mano en su antebrazo con suavidad.

Patrick la cubrió con una suya y la dejó allí, maravillado por la suavidad de su piel.

—No tiene que agradecérmelo. No soporto a los matones y William no es más que eso.

Ladeó la cabeza.

—Qué extraño que diga eso.

—¿Por qué?

—Porque, de niño, era el peor de los matones, para todos nosotros —confesó.

—No lo recuerdo —admitió él, sin desmentirla. ¿Cómo iba a hacerlo? Su memoria no era más que imágenes fragmentadas que carecían de contexto o cronología.

—¿Qué le ha cambiado? ¿Qué ha convertido a aquel niño bravucón en un protector? —preguntó ella.

Su voz era de asombro, pero en el fondo había un atisbo de sospecha. No estaba totalmente convencida de que él fuera su lord perdido. Aunque, ¿cómo podía estarlo después de dieciocho años?

¿Cómo iba a estarlo si él mismo no lo estaba?

—Conociendo a matones más grandes y mucho peores —respondió.

Aunque su voz seguía siendo suave, debía de haber algo en su tono que la alertó de la verdad del asunto. La mano de ella, que seguía apoyada en el antebrazo de él, se tensó, apretando suavemente. Aquel contacto, por simple que fuera y con la única intención de reconfortar, le creó una nueva conciencia. Le hizo desear algo que no debía, que no podía.

Entonces, la miró y vio compasión en su mirada.

No era compasión lo que quería de ella, sino algo infinitamente más peligroso para ambos. El deseo se encendió en él al observar cada detalle de su rostro, las pequeñas pecas de su mejilla, los labios llenos y su jugosa boca.

Había habido mujeres en su vida, pero eran putas y mozas de taberna que no dejaban huella. El hecho de desear a una joven en concreto, desearla a ella y solo a ella, era algo que nunca antes había experimentado.

Phoebe debió de notar el cambio en sus atenciones, alguna corriente subterránea que circulaba entre ellos. Soltó la mano y dio un paso atrás, rompiendo el hilo de tensión que se había extendido entre los dos.

No se refirió al escalofrío que acababa de producirse. Pero, sin decirlo ni reconocerlo, seguía estando muy presente. En su lugar, se centró en su pasado, en las partes que podía recordar.

—¿Fue tan malo, Patrick?

—No todo —respondió él. Eso era todo lo que pensaba contarle sobre la crueldad que había vivido. La fealdad de su pasado era demasiado para cargar con ella.

Ella debió de percibir su decisión de poner fin al tema por completo.

—Creo que me quedaré en mi habitación el resto del día. Si me aplico una cataplasma en la mejilla no debería salirme ningún moratón ni plantear ninguna pregunta.

—Entonces la veré mañana —aseveró con firmeza.

Mañana y todos los días siguientes, se juró, hasta que se demostrara que era lord Bellingham o hasta que lo echaran de la mansión.



Los observó desde las sombras, escondido en uno de los muchos pasadizos ocultos que salpicaban la mansión. Aún no había conseguido dibujarlos todos, ni siquiera descubrirlos, pero estaba haciendo un feliz uso de los que había hecho un mapa.

Vio algo que lo alertó en la forma en que se movían, en la manera en que sus cuerpos parecían sintonizar entre sí. Serían un problema. Era evidente. El aspirante a lord Bellingham era demasiado protector, demasiado ansioso por hacerse el héroe con una mujer a la

que aún no había visto interpretar el papel de damisela en apuros.

Era cauteloso con Phoebe Foreman y con razón. Sabía demasiado y estaba muy unida a lady Marion. La dama la adoraba y, si surgían preguntas, no dudaba de que la mujer seguiría las indicaciones de la más joven.

Habría que ocuparse de ella. De un modo u otro, decidió, mientras se adentraba en uno de los muchos pasadizos. Había planes que urdir y necesitaría la ayuda de alguien que pudiera moverse libremente la mansión.

Capítulo 4

Phoebe fue fiel a su palabra y permaneció en su habitación el resto del día. Patrick estaba seguro de ello, ya que pasó la mayor parte del día pendiente por si volvía a verla. No sabía si era la bondad y la compasión que percibía en ella, la belleza suave y gentil de su rostro que, al conocerla más, se convertía en verdadera belleza. También podría haber sido algo mucho más primario; aquellos momentos, a solas en el pasillo con ella, lo atormentaban. Había una conexión entre los dos, algo que existía incluso más allá de sus aturdidos recuerdos. Aunque la conocía desde hacía años, era como si no supiera nada de ella y anhelaba volver a verla. En realidad, tenía la sensación de que la conocía hasta los huesos y aquello era una complicación inesperada, aunque no del todo inoportuna.

Había sido su distracción al suspirar por ella lo que había provocado el desastre que se había producido mientras se vestía para la cena. Siempre procuraba mantener ocultas sus cicatrices, disimular las ronchas entrecruzadas de carne levantada que marcaban su espalda. Perdido en sus pensamientos, no había oído abrirse la puerta

hasta que la criada que había entrado lanzó un grito de horror.

Echó a la muchacha a voces y ella desapareció de inmediato, sin duda para contar la historia a los demás. ¿Se enteraría Phoebe? ¿Le repugnaría? Le preocupaba mucho su reacción y eso ponía de relieve la distracción que ella suponía para él.

Cuando entró en el salón, William ya estaba acosando terriblemente a lady Marion. Arthur, su hermano menor, con el que aún no había hablado, estaba sentado en un rincón. Despatarrado en una silla con la mano tapándose los ojos, el chico parecía preferir estar en cualquier otro sitio. Dado el tono cortante y los argumentos repetitivos de William, era un sentimiento fácil de entender.

—Ya basta —dijo Patrick en voz baja.

Lady Marion le sonrió. Estaba claramente cansada, con oscuras ojeras bajo sus ojos y una palidez en la piel que resultaba profundamente preocupante.

—Aún no es usted el señor de Raven House —espetó William—. Lady Marion puede haberse tragado su descabellada historia tan fácilmente como un niño con un caramelo, pero yo no. ¡No es así, Arthur!

—No me metas en esto —pidió el chico bruscamente—. ¡No quiero ser parte de nada de esto!

—Está claro que está cansada. Y su acoso no la hará cambiar de opinión, pero podría poner en peligro su salud —insistió Patrick—. Ha avisado a su investigador, ¿verdad? Pídale que investigue y déjela en paz.

William se burló de él.

—Qué heroico… hacerte el hijo preocupado con tanta facilidad —lo tuteó, como si ya diera por hecho que eran familia. O saltándose de forma premeditada todo tratamiento de cortesía—. Bien. Como quieras. Esperaremos hasta tener noticias sobre tu historia de haber sido rescatado por marineros.

—Con mucho gusto te daré el nombre del capitán y del barco —ofreció Patrick, saltándose también los formalismos.

No tenía nada que ocultar. Sí, era posible que no fuera lord Bellingham, pero no había sido deshonesto al presentarlo. Él creía serlo, las pruebas apuntaban hacia ello. Pero dada su memoria inconexa, era poco lo que podía ofrecer para apoyar su afirmación.

William se apartó de lady Marion y cruzó hacia las ventanas. Apartó las cortinas con la mano ilesa y miró hacia la creciente oscuridad. Desde la posición de la mansión en lo alto del acantilado, el mar era visible justo más allá del borde, extendiéndose interminablemente hasta encontrarse con el horizonte grisáceo.

Mientras Patrick le observaba, el otro hombre se llevó la mano herida al pecho. William le fulminó con la mirada. La única respuesta de Patrick fue una ceja levantada. Si las manos de William no hubieran estado donde no debían, no habría habido necesidad de hacerle daño.

Priscila, la esposa de William, que hasta entonces había sido una presencia benigna, se levantó del sofá y se acercó a su marido con una gracia despreocupada que lo puso nervioso. Sonreía como un gato que

se hubiera llevado la sardina, pensó Patrick. La mirada socarrona que le dirigió, mientras se ponía de puntillas y se inclinaba para susurrar al oído de su marido, hizo que Patrick se tensara en previsión de lo que estaba por venir.

Cuando terminó el intercambio, William sonrió victorioso y dijo con alegría:

—Tal vez haya una manera de que puedas probar tu identidad sin utilizar los servicios del señor Cecil.

Fuera lo que fuese, sin duda requeriría humillarse a sí mismo, pensó Patrick.

—¿Y qué es eso, primo? —Lo último fue añadido para añadir afrenta. Quería pinchar al bastardo engreído. Le irritaba a William que le echaran en cara aquel parentesco y, por mezquino que fuera, Patrick no pudo resistirse a aquel pequeño triunfo.

—La marca, por supuesto —dijo William, la viva imagen de la superioridad engreída—. Todos los Bellingham la tienen, ¿verdad, lady Marion? Patrick tenía la marca en el hombro cuando nació.

Él se puso tenso. Estaba claro que la criada había sido muy rápida con sus cotilleos para que ya hubieran llegado a Priscila y, posteriormente, a su marido. ¿La información había sido coaccionada o la había ofrecido libremente para ganarse su favor? ¿La entrada de la criada en su habitación había sido accidental o la habían enviado allí con el propósito de obtener información? Se sentía paranoico solo de pensarlo y, sin embargo, no creía que ninguno de los dos fuera a espiar o a utilizar tácticas turbias. Pero no se dejaría exhibir por ellos.

—No me voy a desnudar en el salón para que me vean —respondió Patrick con suavidad, sin reconocer ni la presencia ni la ausencia de la marca. Si alguna vez había estado allí, no podía recordarlo. Pero conociendo el estado actual de su carne, marcada por capas y capas de cicatrices de todos los azotes que había soportado, no cabía duda de que sería imposible discernirla.

—Entonces, deje que lo haga lady Marion. Seguro que no le avergüenza proporcionar a la mujer que dice que es su madre una prueba absoluta de su identidad —sugirió Priscila con una sonrisa tímida, mientras colocaba la mano sobre el brazo de su marido con regia soltura.

Había algo en su forma de moverse, en la seguridad de sus modales, que lo ponía nervioso. ¿Qué más sabía ella?

Como no veía otra salida, Patrick se limitó a decir la verdad.

—Tengo cicatrices en la espalda. Si existió tal marca, ya no es visible en mi piel.

—¿Cicatrices? —preguntó lady Marion.

—¿Fuiste azotado? ¿Cómo un criminal común? —preguntó William. A su lado, la sonrisa de suficiencia de Priscila se ensanchó aún más.

Observó la interacción que existía entre William y su esposa y Patrick supo de inmediato cuál de los dos era el más peligroso. William era un fanfarrón y tal vez incluso un tonto, pero había algo en Priscila que le hacía preguntarse hasta dónde sería capaz de llegar para conseguir lo que quería.

—Sí —dijo Patrick, sin dar explicaciones. Los detalles no eran para consumo ajeno.

—Qué conveniente que la única marca que le identificaba se haya perdido por culpa de sus pecados —supuso la esposa de William —. Sin esa prueba, no puedo imaginar que nadie sea capaz de aceptar plenamente su reivindicación del título. Imagino que, dada su falta de memoria, la ausencia de la marca y su falta general de modales gentiles, a cualquiera le costaría creer que es hijo de un caballero.

Patrick no contestó porque no creía que fuera necesaria una respuesta. Estaban disfrutando de su momento de gloria y, como carecía de pruebas para refutar lo que habían dicho, discutir por discutir le parecía una pérdida de tiempo y energía.

—¿Y por qué ofensa te azotaron? —continuó William—. Probablemente podría aventurar una conjetura, pero me parece que tendría más sentido viniendo de tu propia admisión. Ese es el castigo común para el robo, ¿no?

—No voy a permitir que me interrogues, William. Tu esposa y tú podéis iros al diablo —declaró Patrick con firmeza.

—Pero lady Marion tiene derecho a saberlo —intervino Priscila —. ¿Seguro que el amable capitán de barco que le acogió, le ofreció ayuda para evitar un destino tan funesto? ¿No desea saberlo, lady Marion?

El rostro de la dama había palidecido considerablemente y se llevó la mano al corazón como si le doliera.

—Patrick, no deseo incomodarte. Pero me temo que, si no

respondes a estas preguntas, las cosas empeorarán. ¿No puedes decírselo solo para apaciguarles y poner fin a esto?

Patrick la miró un momento. No había duda en su mirada. Lady Marion creía que era su hijo sin dudarlo. Pero no estaba en condiciones de tolerar el constante aluvión de acusaciones e insinuaciones de Priscila y William.

Se armó de valor y se tragó su orgullo, que tenía más del que le importaba reconocer. Solo pronunció una respuesta sencilla.

—Fue por robo.

Patrick no se defendió, sino que dejó caer la palabra como una piedra en un estanque. Las ondas de tensión se extendieron hacia fuera, abarcando toda la sala.

—Qué intrigante. ¿Deberíamos contar la plata ahora o esperar hasta después de cenar? —preguntó Priscila con una carcajada.

—Ser azotado por algo no te hace culpable de ello —respondió él —. Del mismo modo que no ser castigado por crímenes no niega su existencia. Dudo mucho que usted esté libre de pecado, señora Bellingham. Y en cuanto a ti, primo, ambos conocemos tus pecados, ¿no es así?

William sonrió satisfecho.

—Se me ha confiado la administración de esta finca desde que lord Bellingham falleció. Tengo todo el derecho a cuestionar los motivos que te traen aquí y, por eso, me darás una explicación de por qué te castigaron con tanta saña, y más de una vez, por un delito que dices que no haber cometido.

Ceder a sus respuestas exigentes le enfurecía. No le avergonzaban las marcas que llevaba, pero lo que los demás deducían de su presencia era algo totalmente distinto.

—Como grumete, era el miembro menos necesario de la tripulación. Cuando íbamos a tierra y otros miembros de la tripulación tenían altercados con la ley, me ofrecían para que asumiera el castigo por ellos.

Lady Marion jadeó y se tapó la boca con las manos mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Y seguiste yendo a tierra con ellos? —preguntó William—. No eras muy inteligente, si ya sabías lo que iba a pasar.

—Hay que preguntarse si era inteligente creer que tenía otra opción —espetó Patrick—. Tenía mis razones para guardarme esas cosas. Principalmente, porque sabía que lady Marion las encontraría muy molestas. Pero ya que has insistido en que saquemos toda la fealdad al salón, ¿hablamos de tus indeseadas insinuaciones hacia Phoebe?

William palideció, pero su esposa estaba preparada.

—Phoebe lleva coqueteando con William desde hace años, sin ser más que una pequeña provocadora. Y aunque no puedo aprobar su infidelidad, dado el comportamiento tan atrevido de ella, no es de extrañar que él termine por caer en sus redes.

—Usted solo conoce la situación de forma superficial, ¿verdad, señora? —inquirió él con hastío.

Aquella pareja era exasperante.



—¡Oh, señorita! Tiene que venir de inmediato —exclamó Josie mientras corría a la habitación de Phoebe.

—No puedo bajar así. —Señaló el moratón que se le había formado en la mejilla.

A pesar de sus esfuerzos, no podría ocultarlo. William había dejado su marca.

—¡No tiene elección, señorita! El señor Bellingham exige que lord Patrick les descubra la espalda para ver si lleva la marca de nacimiento Bellingham.

Phoebe ni siquiera consideraría bajar las escaleras para aquello. Si Patrick se estaba quitando alguna prenda de ropa, ella necesitaba permanecer lo más lejos posible de aquella habitación.

—Pues que lo haga. Sería un rápido final para todos los juegos de William.

—Su espalda está marcada, señorita Phoebe, pero no de nacimiento... Una de las criadas lo vio cuando le llevó toallas frescas, justo antes de la cena. La tiene cubierta de gruesas cicatrices, probablemente de azotes. Todos los criados murmuran sobre ello y se preguntan cómo y por qué le ha ocurrido eso.

Ella se levantó de la cama de mala gana. No estaba vestida para la cena, pero llevaba el mismo vestido que se había puesto aquella

mañana. Iba despeinada de estar acostada, pero no había tiempo para arreglarse el pelo.

—¿Están en el salón?

—Sí, señorita —respondió Josie.

Al salir de su habitación, el corazón de Phoebe se aceleró. No podía imaginarse lo que estaba pasando abajo, pero sabía sin lugar a dudas que William había sido informado de las cicatrices que marcaban la espalda de Patrick. Nunca se habría arriesgado a pedir ver la marca si no estuviera completamente seguro de que ya no estaba presente.

A medida que se acercaba al salón, pudo oír voces elevadas. Rezó una rápida plegaria, abrió la puerta y se encontró con el caos. William chillaba, exigiendo que echaran a Patrick de la casa. Patrick gritaba que William debía hacerlo él mismo si era lo suficientemente hombre. Arthur se había ido. Priscila estaba sentada en una silla, con los ojos brillantes y sonriente, observando el desarrollo de la escena como si fuera una obra de teatro en Drury Lane. Los criados estaban todos reunidos en el vestíbulo mirando la puerta con inquietud.

Y lady Marion estaba en el sofá, con el rostro pálido y demacrado, claramente fuera de sí por la conmoción.

—¡Basta! —gritó Phoebe—. ¡Basta ya! Los dos.

Ya fuera por la conmoción de ser llamados como niños que se portan mal o por la vergüenza de sus acciones, ambos se callaron.

La mirada de Patrick se volvió hacia ella y luego hacia lady Marion. Su mandíbula se tensó y sus labios se endurecieron en una

línea fina y dura.

—Perdóneme, milady —dijo con voz ronca a la dama que parecía a punto de desmayarse—. No era mi intención molestarla más.

—¡Toda esta pelea! —dijo lady Marion, con un hilo de voz—. No puedo tolerarlo. Es demasiado angustioso. Seguramente, Patrick, hay alguna forma de que lo pruebes y acabe este griterío.

—No conozco otra que dejar que el investigador desentierre la información que pueda. La marca de nacimiento ya es indistinguible —respondió en voz baja—. Si lo desea, me marcharé. Puedo quedarme en la posada del pueblo hasta que se reúna la información necesaria.

—¡Sí! ¡Eso es precisamente lo que debes hacer! gritó William con triunfo—. Sacadlo de esta casa.

—No —dijo Lady Marion, llorando suavemente—. No volveré a perderlo cuando acaba de regresar.

—Hay otra marca —intervino Phoebe. No soportaba ver a lady Marion tan alterada.

Pero había otras razones. La presencia de Patrick, le ofrecía cierta seguridad frente a los avances de William y, sin embargo, si era sincera consigo misma, podía admitir que aquella no era su única razón. Se sentía atraída por él, como una polilla por una llama. Su presencia, a pesar de las insinuaciones de William, la hacía sentir segura.

—¿Qué? —William y Priscila hicieron la pregunta al unísono. Sus expresiones de asombro podrían haber sido cómicas si no hubiera habido tanto en juego.

—Estábamos aprendiendo a usar arcos —recordó Phoebe a lady Marion, haciendo todo lo posible por ignorar a la aviesa pareja—. Patrick insistió en que sabía lo que hacía y que no necesitaba ayuda. Acabó cortándose el antebrazo con la cuerda del arco. El corte fue muy profundo.

Lady Marion se llevó la mano a la boca.

—Oh, ¿cómo he podido olvidarlo? Eras tan pequeño entonces. Fenton y yo incluso discutimos, porque yo decía que eras demasiado niño para jugar con cosas tan peligrosas. Él se mofó de mí y dijo que había que empezar joven para aprender bien la habilidad.

—¿Qué brazo? —preguntó William, y su tono era mucho menos arrogante de lo que había sido antes.

Priscila también había perdido su suficiencia. Todavía sentada en la silla, su columna se había puesto rígida y parecía tensa y preparada.

—El izquierdo —respondió Phoebe, al tiempo que rezaba en silencio. Era una herida antigua; tal vez no quedara cicatriz o tal vez no fuera Patrick en absoluto.

No podía apartar los ojos de él mientras se quitaba el abrigo. No era el tipo de prenda diseñada para un caballero, tan ajustada que requiriera un criado para ponérsela y quitársela. Era la chaqueta de un marinero o un obrero, lo bastante holgada en los brazos y los hombros como para permitirle libertad de movimientos.

Cuando desapareció y solo llevaba las mangas de la camisa y un chaleco sencillo y práctico, que se amoldaba a sus anchos hombros y a la superficie plana y dura de su pecho, ella sintió que se le cortaba la

respiración. Él le recordaba mucho a los luchadores a puño limpio que había visto una vez en una feria cerca del pueblo. Músculos pesados y caderas delgadas, era cuanto menos desconcertante.

Se apartó cuando él se agarró la manga de la camisa y tiró de ella hacia arriba para mostrarle el brazo. Su piel estaba bronceada incluso bajo la camisa. El crujiente vello oscuro de su antebrazo la fascinó mucho más de lo que le convenía. Luego giró la mano con la palma hacia arriba y dejó al descubierto la piel más pálida de la cara interna del antebrazo.

Una fina línea blanca atravesaba la carne, unos centímetros por encima de la muñeca. Phoebe soltó un suspiro que ni siquiera se había dado cuenta de que estaba conteniendo. Sus dudas habían sido mucho mayores de lo que creía: dudaba de que él fuera quien decía ser, dudaba de que, después de tantos años, una herida tan leve siguiera estropeando su carne, dudaba de que apuntalar su afirmación y permitirle permanecer dentro de los muros de Raven House fuera una decisión sabia para ella. Tantas dudas.

Marion se acercó a él, le estrechó la mano y le dio un suave beso.

—Nunca he dudado de ti. Ni una sola vez. Si tienes más dudas, William —Dirigió toda la fuerza de su ira a su sobrino—, guárdalas para ti mismo, o la arpía viciosa de tu esposa y tú abandonaréis Raven House y no volveréis jamás. ¿Entendido?

Escarmentado, pero no derrotado, William asintió bruscamente con la cabeza antes de salir de la habitación. Priscila le pisó los talones, deteniéndose solo lo suficiente para lanzar una mirada glacial

sobre Phoebe.

No era la primera vez que discutían, pensó Phoebe con amargura. Difícilmente sería la última. William tenía su propia agenda, pero no sería lo mismo para Priscila. Aunque eran civilizados en su mayor parte, los dos no eran una pareja enamorada, ciertamente no lo suficiente como para ser compañeros de crimen. Ocurriera lo que ocurriera, podrían tener un objetivo común, pero sus razones para desear alcanzarlo serían muy diferentes.

—Debería descansar —pidió Phoebe—. Sé que es hora de servir la cena, pero creo que una bandeja en su habitación sería lo mejor, lady Marion. Todo esto es demasiado para usted. Es demasiado para cualquiera.

La mujer mayor asintió y se levantó con dificultad.

—Tienes mucha razón, querida... Dios mío, ¿qué te ha pasado en la mejilla?

Phoebe bajó las pestañas.

—Me caí, lady Marion. Tropecé con el vestido, como suele ocurrirme.

—A veces eres muy torpe, hija mía. Ten cuidado.

—Sí, milady. Lo tendré. ¿Quiere que la acompañe a su habitación? —Deseaba que contestara que sí, no quería quedarse sola con Patrick.

Todavía se sentía demasiado afectada por la tensión que había percibido antes entre ellos. Él despertaba en ella sentimientos que no

podía nombrar y que era demasiado sabia para consentir.

—No, querida. Quédate a cenar con Patrick... No quiero que esté solo. Su bienvenida aquí ya ha sido bastante mala, pero estoy muy cansada.

Phoebe asintió.

—Por supuesto. Iré a ver cómo está antes de retirarme.

Lady Marion acarició su mejilla sin marcas y luego apretó tiernamente un beso en la de Patrick.

—Mi hijo me ha sido devuelto. Si mi cuerpo no fuera tan frágil estos días, gritaría mi alegría desde la terraza.

—Ya habrá tiempo para eso cuando esté descansada —advirtió él con suavidad. Lady Marion levantó la mejilla y él la besó obedientemente, aunque un gesto tan tierno le pareció fuera de lugar. Luego, una vez a solas, se volvió hacia Phoebe y le dijo—: Gracias. Gracias por ayudarme con ellos.

—De nada, por supuesto, aunque no hice más que decir la verdad —respondió ella, incómoda por sus elogios.

—Me temo que están más preocupados por cómo les afecta mi presencia que por mi identidad real. —Patrick hizo una pausa y cogió de forma distraída una estatuilla de la mesa y la examinó—. La criada se apresuró a proporcionar esa información a la señora Bellingham y ella, a su vez, se mostró ansiosa por ofrecérsela a su marido. ¿Tanto desconfían de mí?

Phoebe se echó a reír.

—Oh. No es así, milord. Los criados no soportan a Priscila. Es demasiado exigente y nunca harían nada por ayudarla… en cuanto a ayudar a William, sus maneras de tacaño han hecho que muchos sirvientes de confianza abandonen Raven House en busca de pastos más verdes.

Él frunció el ceño y se marcaron unas arrugas alrededor de la boca que, de no ser por su expresión feroz, podría haber sido calificada de demasiado bonita.

—Entonces, ¿cómo se enteró de mis cicatrices? Ella se lo susurró a William e, inmediatamente después, él me exigió que revelara la marca de nacimiento que ambos creían claramente que no tenía. ¿Cómo lo supo?

Fue el turno de Phoebe de fruncir el ceño.

—No puedo decirlo. Pero es increíblemente extraño y, desde luego, merece la pena seguir investigando.

Volvió a colocar la estatuilla en su sitio.

—¿Vamos a cenar, entonces? ¿Los dos solos?

Phoebe solo podía calificar su reacción de pánico. Sería un terrible error pasar más tiempo en su compañía, alimentar su creciente fascinación por él.

—No puedo quedarme aquí con usted.

—Es solo para cenar. Estaremos bien acompañados por los cuatrocientos criados que merodean por aquí —protestó él.

—Los criados nunca son una carabina adecuada… y no es

prudente que estemos tanto tiempo en compañía el uno del otro —admitió ella a regañadientes.

—¿Porque yo soy un marinero rudo y usted una dama? —preguntó él.

Su tono era cortante. Ella había herido su orgullo.

—No —respondió con calma—. Porque debería tratarlo como lo haría una hermana. Así éramos de niños, crecimos aquí como hermanos. Pero ahora no me siento así, y cuando me mira... —Se detuvo, demasiado avergonzada para continuar.

—¿Cuándo la miro? —preguntó él.

Yo... —Phoebe negó con la cabeza y se alejó de él, acercándose a la ventana para poner distancia entre ellos.

La siguió y ella se dio cuenta de que sabía que lo haría. No estaba en su naturaleza renunciar a la persecución.

—Cuando la miro —susurró en voz baja, mientras le levantaba un mechón de pelo que se había escapado de las horquillas. Lo frotó entre sus dedos de un modo que hizo que ella deseara inclinarse hacia él, dejar que tocara cualquier parte de ella que deseara, si tan solo lo hiciera con aquella suave intensidad—. Cuando la miro, no es fraternal —continuó, con voz grave y profunda. Tenía una rudeza que no había oído antes, pero no la asustó. Despertó algo en su interior, algo licencioso y perverso—. No somos hermanos. Somos poco más que extraños y, sin embargo, cada parte de mí grita que eso debería rectificarse.

—Y es por eso que debemos permanecer lejos el uno del otro,

milord. Usted es lord Bellingham. Es su deber casarse bien para asegurar un heredero y que las arcas de la familia estén llenas para las generaciones venideras. No soy una dama ni tengo dinero y, si no fuera por la caridad de su familia, Dios sabe dónde estaría hoy.

—¿Y es ahí donde cree que mi mente se ha ido? ¿Al matrimonio? —preguntó.

Phoebe se ruborizó.

—No, no lo creo. Y ahí está el problema. Puede que sea una pobre pupila de su familia, puede que no tenga derecho a poseer nada para mí en este mundo, pero tengo mi honor y pienso conservarlo. Así que mantenga las distancias, lord Bellingham, y yo mantendré las mías.



A ella le chocaría saber que el matrimonio había pasado por su mente, que había estado dando vueltas en los recovecos de su cerebro desde el primer momento en que la había visto. Pero no podía decírselo. No le ofrecería algo que aún no era libre de darle. Cuando su identidad estuviera completamente probada, cuando la Cámara de los Lores desestimara las reclamaciones de William, en las que presentaría una demanda formal para que se le declarara impostor y al verdadero lord Patrick Bellingham muerto, solo entonces podría ofrecerle más.

Incluso cuando en su mente admitía que ella tenía toda la razón, que la distancia entre ellos era lo más sensato, se encontró buscando

su cercanía. Una de sus manos rodeó su muñeca y la acercó a él. Hubo un segundo de resistencia, una ligera vacilación, y luego ella se dejó llevar.

Estaban cerca, sus alientos se mezclaban y sus labios apenas se separaban unos centímetros.

—No me importa con quién deba casarme ni por qué. Cuando me case, será porque así lo he decidido y porque no podré vivir sin la mujer que quiera como esposa —juró en voz baja—. Pero ahora mismo, creo que no puedo vivir otro instante sin besarla. Tengo muchas ganas de besarte, Phoebe —la tuteó como cuando eran niños.

—Y yo quiero que me beses —susurró ella en respuesta de igual modo—. Pero no es sabio.

—Entonces, al diablo la sabiduría —murmuró él, antes de reclamar sus labios.

Su sabor era más dulce de lo que había previsto. Su piel era como terciopelo contra la suya y sus labios eran tan suaves que solo podía hacerle pensar en lo delicada que sería en otros lugares. Las delicias ocultas por su modesto vestido le llamaban, pero ella no era una moza de taberna de muelle a la que se pudiera tumbar por una moneda.

Pero dama o no, Phoebe no era inmune al deseo. Cuando sus labios se movieron sobre los de ella, probando cada curva, trazando los exuberantes contornos y memorizando la textura satinada, ella comenzó a devolverle el beso. Tímida e inexperta, incitaba su lujuria más que ninguna otra mujer.

Levantó una mano hacia su pelo ligeramente despeinado y dejó que los sedosos mechones se deslizaran entre sus dedos. Sin previo aviso, apretó el puño. No le tiró del pelo, sino que la sujetó con una presión firme y dominante. Ella jadeó, y fue la oportunidad que él había estado esperando.

Introdujo la lengua en los cálidos recovecos de su boca, enredándola contra la de ella, y sintió el preciso instante en que toda resistencia desaparecía. Ella se hundió contra él, su cuerpo laxo y cálido. El aplastamiento de sus pechos contra el suyo era un tormento sensual y, sin embargo, él no sacrificaría aquella tortura por nada. Era una victoria y la reclamaría como tal.

La besó profundamente. No era la forma en que un hombre debía besar a una mujer que aún era inocente. La besó como lo haría con una amante experta y experimentada, hasta que ambos se quedaron sin aliento y temblorosos, aferrados el uno al otro.

Fue el gong de la cena lo que le hizo volver en sí. Bruscamente, Patrick separó sus labios de los de ella. Tenía la cara enrojecida, los labios entreabiertos e hinchados, y los ojos vidriosos por la pasión.

—No te quedes a cenar… pide una bandeja en tu habitación y, por el amor de Dios, mantente lejos de mí hasta que pueda confiar en la poca decencia que tengo para no tomarte —imploró, con la voz áspera por la necesidad y las palabras más duras de lo necesario.

Ella se enderezó bruscamente, apartándose de él conmocionada y horrorizada por lo que había estado a punto de ocurrir entre ellos. No había palabras, pero no eran necesarias. Su huida fue toda la

confirmación que necesitó para cerciorarse de que ella había estado tan perdida en aquel momento como él.



Era pasada la medianoche cuando ella se acercó a él, cuando el resto de la casa por fin había sucumbido al sueño. Entró en la habitación que él había reclamado como suya. Su expresión era compungida.

—No funcionó —dijo—. Por culpa de Phoebe. Ella lo arruinó todo.

Le invadió la furia, pero la contuvo. No era culpa de ella y no la castigaría por el fracaso, no por ningún sentido de la justicia, sino porque reconocía la necesidad de no dejarla nunca estar segura de sus reacciones. Era la forma más eficaz de controlarla.

—No te preocupes, querida. Yo me ocuparé de Phoebe. Nuestros planes seguirán adelante.

Corrió hacia él y se apretó contra su cuerpo. La pesadez de sus pechos contra su costado despertó su lujuria.

—Tenía tanto miedo de que te enfadaras conmigo —admitió, con voz casi infantil.

—Querida, nunca he tenido una aliada más digna y dispuesta. ¿Por qué iba a enfadarme? No podías saber que Phoebe se apresuraría a rescatarlo o que le proporcionaría semejante información.

Ella se apartó de él.

—¡Lo sabías! Lo oíste todo.

—Lo oí… y lo vi. También los vi juntos después. Tu Phoebe no es tan inocente como dice. Los inocentes no permiten que piratas asquerosos las besen tan ansiosamente como ella lo hizo.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Oh! ¿Hicieron algo más que besarse?

—No, es una lástima —respondió él—. Habría sido muy entretenido verlos… a la dama y a su rudo amante. ¿Crees que es virgen? ¿O tu marido ha conseguido violar a la pobre pupila huérfana?

Priscila se acercó a él.

—¿Y eso qué importa? ¿Por qué demonios estás tan interesado en ella?

Sacó una mano y le agarró el cuello.

—Porque lo estoy. Olvídate de ti misma, Priscila.

—Lo siento —jadeó ella, intentando zafarse de su agarre sin conseguirlo—. ¡Me haces daño!

Él apretó con más fuerza durante un momento más, hasta que pudo ver el verdadero miedo en sus ojos. Solo entonces la soltó.

Ella se tambaleó hacia atrás y lo miró con una mezcla de miedo y deseo. Aquel era el verdadero poder, que él pudiera abusar de ella de ese modo y aun así ella lo deseara.

—Recuérdalo. Tengo el poder y la capacidad de doblegarte si quiero. Que te haya ofrecido formar parte de lo que pretendo

conseguir aquí debería ser toda la garantía que necesitas de mi afecto.

Ella asintió, se frotó la garganta y la huella de la mano que él había dejado.

—¿Qué hacemos ahora?

—Creo que es hora de que Phoebe tenga un accidente. No podemos permitir que siga enturbiando las aguas... ya me avisarás si sale de la mansión.

—¿Por qué no aquí? Podría caerse por las escaleras fácilmente —sugirió Priscila.

—¿Y si no perece en el acto y hay gente que corra en su ayuda? No. Es mejor lejos de aquí... aislada, donde la ayuda no estará disponible. Quédate cerca de ella y mantenme informado.

Una vez más, ella asintió con la cabeza.

—Por supuesto.

—Ahora, ven a la cama —la instó con suavidad—, y te daré lo que has venido a buscar.

La vio dudar, pero fue breve. Como siempre, ella obedeció. Priscila ansiaba su atención más que cualquier otra cosa. No importaba mucho si era en forma de dolor o de placer, pero ayudaba a llevar a cabo sus propios fines.

Capítulo 5

Las olas chocaban contra las rocas con un ritmo interminable. Por salvaje y feroz que fuera, calmaba sus maltrechos sentidos, pero no en la medida en que lo hacía normalmente. El acantilado era un lugar peligroso, un lugar contra el que se advertía a los niños y donde muchos jóvenes imprudentes habían acabado de forma trágica. Las altísimas columnas de basalto casi formaban un círculo completo y, cuando subía la marea, se llenaba de agua que golpeaba contra la roca.

Phoebe exhaló un suspiro mientras se raspaba la mano con una piedra afilada. La marea aún no había llegado a su punto álgido y, de vez en cuando, le gustaba sentarse en lo alto y contemplar el océano, eso le tranquilizaba el alma. Tal vez las vistas y los sonidos familiares que amaba le proporcionaran la paz interior que ansiaba.

Por poderoso y salvaje que fuera la visión del océano, normalmente hacía que sus propios problemas parecieran insignificantes en comparación. Le permitía ver lo minúsculo que era su lugar en el universo.

Trepando por las piedras hasta llegar a la cima y acomodarse, Phoebe sabía que la paz escasearía mientras Patrick permaneciera en Raven House. Entre las exigencias y sospechas de William, el creciente aislamiento de Arthur incluso entre ellos, y la fragilidad cada vez mayor de lady Marion, ya había bastante con lo que lidiar. Cuando se tenía en cuenta su propio comportamiento licencioso y el duro remordimiento que había provocado, no era de extrañar que se sintiera fuera de sí.

No podía imaginarse lo que él debía de pensar de ella. Nunca en su vida se había comportado tan imprudentemente y con tan poca consideración por la corrección. A pesar de la evidencia de su cicatriz y su claro parecido con lord Fenton, aún no había pruebas absolutas de que fuera lord Bellingham. Y ella se había lanzado sobre él. Había dejado que la besara como si… bueno, como si no fuera una dama.

¿Por qué la tentaba así? Era guapo. Si tuviera que definirlo, diría que era sin duda el hombre más guapo que había visto nunca. Pero no como un caballero. Sus rasgos eran toscos y cincelados, todo ángulos y planos afilados, sin la suavidad que caracterizaba a la nobleza. Era un punto a su favor, la verdad. Nunca se había sentido atraída por hombres de aspecto más delicado que el suyo, como William.

Luego estaban sus modales. Eran buenos, pero no cortesanos. A veces era evidente que le costaba recordar las normas de comportamiento en una sociedad educada, cuándo ponerse de pie, a quién dirigirse primero. Durante la cena, ella había observado la cautela con la que observaba a los demás antes de elegir el utensilio adecuado para cada plato.

Su inteligencia, pues no se podía negar, era aguda y seductora. Había aprendido a vivir de su ingenio, había sobrevivido en un mundo que claramente lo tenía en desventaja. Era fascinante pensar en todo lo que había hecho, todo lo que había aprendido y visto. Aunque las circunstancias que habían dado lugar a aquellas aventuras eran trágicas, no podía negar una pequeña pizca de celos. Después de todo, su mundo era muy pequeño.

¿Era aquel anhelo de aventura, de experimentar algo tan fuera de lo que era normal para ella, lo que la había llevado a actuar de forma tan imprudente?

Un ruido, el sonido de unos pies que se movían sobre las rocas afiladas y desprendían guijarros sueltos, la sacó rápidamente de su ensueño.

—¿Hay alguien ahí? —gritó.

Nadie respondió. ¿Habría sido solo su imaginación? ¿El viento haciendo caer las piedras sueltas? Desde su posición, no veía nada al otro lado de las piedras y le resultaba imposible mirar hacia atrás sin perder el equilibrio.

Inquieta y sin pruebas suficientes para corroborar su sensación, Phoebe decidió que había llegado el momento de poner fin a su melancolía y regresar a casa. Al ponerse en pie, tuvo que luchar contra el viento para evitar que la falda se le enredara en los pies.

Encorvada, tirando de la falda, no le oyó acercarse. Pero cuando la larga sombra negra se cernió sobre ella, supo al instante que, después de todo, no estaba sola. Los pasos que había creído oír eran

reales. No había duda de que la intención de la figura era mala. De lo contrario, la persona habría respondido a su llamada.

Preparándose para lo que pudiera venir, Phoebe se puso en pie. Se dio cuenta de que el intruso era un hombre y que estaba de pie ante ella, con una capa oscura y un sombrero bajo con una tela oscura atada a la cara. Ni siquiera se le veían los ojos y la capa de aspecto tosco le quedaba tan mal que era imposible discernir si era delgado o gordo debajo de ella.

En resumen, quienquiera que fuese, se había ocultado a conciencia.

—No tengo dinero —dijo ella, esperando que el robo fuera su único motivo.

Él no habló ni reconoció que ella lo había hecho. En lugar de eso, la agarró.

Phoebe se resistió. Pateó y arañó, golpeando sus manos, pero fue en vano. Sus brazos la rodearon con tanta fuerza que ni siquiera pudo respirar. ¿Había evadido con éxito las insinuaciones de William durante casi dos años solo para que un extraño enmascarado se apoderara de su inocencia?

Demasiado pronto se hizo evidente que sus intenciones eran aún más perversas. Medio la llevó y medio la arrastró hasta el borde de las rocas. Al asomarse por el borde, Phoebe lanzó un grito agudo. La marea estaba subiendo y el agua espumosa llenaba la formación redonda de rocas.

Se aferró a él cuando la soltó, pero el hombre la empujó con

fuerza, haciéndola caer por el precipicio hacia el agua fría que se acumulaba debajo.

Su última visión antes de que la oscuridad se apoderara de ella fue la oscura silueta de su atacante, de pie en aquel saliente rocoso, observándola caer.



Patrick se había dormido tarde y no había desayunado. Plagado de sueños extraños durante toda la noche, se despertó de mal humor.

Recostado en la cama, reacio a levantarse y afrontar el día, aquellos sueños se repitieron en su mente. Para empezar, habían sido bastante agradables, reflexionó. Phoebe aparecía en ellos, con el mismo vestido azul que la mujer del retrato que colgaba en su habitación. Su cabello oscuro había ondeado a su alrededor mientras bailaba por los pasillos, y cada movimiento dejaba entrever sus pezones de color rosa oscuro, a través del encaje transparente que adornaba el vestido.

No era exactamente un misterio por qué había soñado con ella de aquella manera. Su beso en el salón, por breve que hubiera sido, había despertado en él una lujuria que nunca había conocido.

Iba mucho más allá de la necesidad básica de saciar su lujuria con una mujer dispuesta y bonita. Más primario e insistente que eso, se sentía atraído por ella, obligado a poseerla de una forma que nunca había sentido con ninguna otra mujer. Sin embargo, sabía que ella

estaba fuera de su alcance. ¿Quién era él para pedirle algo así a una joven educada? Con título o sin él, seguía siendo un despreciable lobo de mar, a veces marinero y a veces pirata. Había trabajado en cualquier barco que le pagase y le acercase a Inglaterra sin molestarse en preguntar qué se podía exigir de él. Ella se merecía algo mejor que eso, pero él no era altruista. Si Phoebe se lo ofrecía, él no se negaría el placer y el coste lo condenaría.

Aun así, el sueño no le había proporcionado más satisfacción que la realidad, ya que ella se había mostrado igual de esquiva cuando no era más que un producto de su imaginación. La había seguido pasillo tras pasillo, serpenteando por la mansión. A cada paso, ella estaba fuera de su alcance. Pero entonces el suelo de piedra de la mansión había dado paso a las crujientes tablas de un barco. La pálida luz de los candelabros había desaparecido y él se había visto rodeado por la negrura resplandeciente de un mar en calma engañosa por la noche.

Cuando bajó la vista hacia aquellas tablas, y sintió el rocío salino en la piel, se dio cuenta de que había vuelto al mismo infierno del que había deseado escapar durante casi dos décadas. Al levantar la vista una vez más, pudo verla a lo lejos, encogiéndose en la orilla mientras él se alejaba.

Lo que había seguido no era más que la misma pesadilla de siempre. Podía sentir el mordisco del latigazo en la espalda, el escozor de aquellos feroces cortes mientras el aire salado se filtraba en ellos.

Había cambiado de nuevo, y ya no estaba a bordo del barco donde había servido durante tanto tiempo. En su lugar, había estado a

la deriva en la barca, un niño pequeño perdido en un gran océano. Su piel había ardido y la sed perversa que había consumido su mente y le había hecho doler la garganta había vuelto, retorciéndose en él, provocándole para que la saciara con el agua del mar que solo aceleraría su muerte.

Entonces, despertó. Una criada que entraba en la habitación lo sacó de su sueño. Claramente sorprendida de encontrarlo aún en la cama, y aún más de encontrarlo desnudo excepto por la sábana que lo cubría solo hasta las caderas, dejó caer la cesta de sábanas que llevaba y chilló mientras huía.

Al menos, la escena le arrancó una sonrisa. Reconociendo que disfrutar de la escandalizada sensibilidad de la pobre muchacha lo hacía poco mejor que un imbécil, se levantó de la cama.

El mayordomo se había ofrecido a conseguirle un lacayo o ayuda de cámara, pero dada la tosquedad de la mayor parte de su ropa, parecía un desperdicio. Por eso, declinó la oferta y se aseaba, se afeitaba y se vestía él solo. Todo iba bien hasta que se hizo un rasguño en la barbilla con la cuchilla.

Se secó la sangre, terminó de vestirse y se dirigió escaleras abajo.

Se dirigió a la sala de la mañana y vio a lady Marion, que estaba alborotada.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó.

La mujer estaba pálida y demacrada.

—Estoy segura de que no es nada. Simplemente ha perdido la noción del tiempo.

—¿De quién habláis? —Era una pregunta inútil. Solo podían estar hablando de Phoebe—. ¿Dónde está?

La otra mujer presente, una sirvienta, hizo una reverencia antes de responder.

—Salió a pasear esta mañana, milord, justo antes del desayuno. Ya debería haber vuelto. No es propio de ella ausentarse tanto tiempo.

—¿Dijo adónde iba? —preguntó.

—Al acantilado, milord —respondió la criada—. Me preocupa mucho que se haya caído. La marea está subiendo y parece que se avecina una fuerte tormenta.

—Le he dicho que no vaya allí —advirtió lady Marion, con tono severo—. Siempre le digo que es demasiado peligroso.

El acantilado. Las palabras estaban allí en su mente, junto con una visión del lugar. Podía verlo claramente en su mente, las altas columnas de roca y el agua chocando contra ellas.

No se dio cuenta de que había pronunciado las palabras en voz alta hasta que lady Marion jadeó y los ojos de la criada se abrieron de terror.

—Iré tras ella —anunció.

—¡Oh, Patrick! Por favor, ten cuidado —suplicó lady Marion—. Es muy peligroso.

Lo era y se le había helado la sangre ante la idea de verla atrapada en un lugar así. ¿Sabría nadar? Con lo fuerte que era el oleaje allí, ¿importaría? Si se hubiera caído, podría haberse golpeado

la cabeza contra las rocas o haberse roto algún hueso. Incluso, podría yacer sin vida en el agua.

No dudó ni un segundo más y ladró una orden para que ensillaran su caballo.



Phoebe Luchó por mantener la cabeza por encima del agua. La marea estaba alta y subía más y más rápido a cada segundo que pasaba. El viento era feroz, silbaba entre las rocas y creaba olas agitadas sobre el agua que se precipitaba en el pequeño cañón de roca que era su prisión. Su tumba. No era difícil imaginar que moriría allí. Nadie sabía dónde buscarla.

Saliendo del agua helada, consiguió subirse a una de las rocas más grandes que descansaban en el fondo. Las olas seguían golpeándola brutalmente y, la verdad, con la ropa empapada, estar fuera del agua solo le daba más frío. Pero al menos, por el momento, podía respirar.

Por algún milagro, había conseguido esquivar la mayoría de las rocas al caer. Pero no se había caído, alguien la había empujado. Un hombre extraño había intentado matarla y si ella no encontraba una salida, lo conseguiría.

—¡Phoebe! —Dejó de moverse al instante. ¿Lo había imaginado? ¿El miedo y la desesperación le habían provocado un extraño delirio en el que oía voces? Sin embargo, escuchó de nuevo—: ¡Phoebe!

¡Contéstame, maldita sea!

No era delirio. Él había ido a buscarla. Quería llorar de alegría ante el pensamiento; aunque, en primer lugar, tenía que alertarlo de su presencia.

—¡Patrick! —Su voz sonó débil, incluso para sus propios oídos, imposible de ser escuchada por encima de las olas y el viento. Respiró hondo y lo intentó de nuevo, poniendo toda la fuerza de la que era capaz—. ¡Patrick!

Una ola particularmente grande se abalanzó sobre ella, derribándola. El agua la arrastró hacia abajo y hacia atrás hasta que quedó presionada contra las rocas. Salió tosiendo, jadeando, pero cuando levantó la vista hacia el cielo gris, pudo verlo, asomado en lo alto del acantilado.

«Has venido a por mí», pensó sin aliento.

—¡Levántate! Maldita sea, Phoebe, ¡levántate! Apoya tu cara en esa roca y rodéala con tus brazos. Hazlo ahora.

Miró por encima del hombro. Se acercaba otra marejada más feroz que la anterior. Luchó por hacer lo que él le había ordenado, apenas consiguió rodear con los brazos aquel gran trozo de piedra, hundiendo los dedos en las pequeñas grietas de la roca mientras la ola la golpeaba, la bañaba y, una vez más, la dejaba sin aire mientras tiraba de ella y le arañaba. Trozos de roca y conchas le picaban en la piel, pero cuando por fin retrocedió, seguía en pie.



Patrick dejó salir el aliento que había estado conteniendo. Estaba viva, pero la marea subía. Si no la sacaba de allí pronto, no importaría. Cogió la cuerda que había tenido la precaución de conseguir del establo, la enrolló alrededor de una de las piedras y formó con el otro extremo una especie de cabestrillo.

Se la dejó caer y le gritó:

—Póntela por encima de la cabeza, con los brazos extendidos. —Ella hizo lo que le ordenaba, pero sus movimientos eran lentos y torpes. El frío la estaba afectando. Cuando terminó, él le pidió—: Envuelve la cuerda con las manos y sujétala. No la sueltes. Pase lo que pase.

Patrick no podía estar seguro de si ella asintió o si solo estaba temblando. Aun así, hizo lo que le ordenaba, cerró las manos sobre la cuerda y apretó hasta que se le pusieron blancos los nudillos. Con cuidado, empezó a tirar de ella, elevándola dolorosamente centímetro a centímetro. Era una mujer adulta, pero su peso por sí solo no habría sido un problema. El vestido empapado lo hacía casi imposible. Añadía peso, pero también volumen, y no solo luchaba contra el agua, sino también contra el viento. Cuando se las arregló para levantarla lo suficiente para que pudiera agarrar su muñeca, lo hizo. Cerró una mano sobre su piel helada, luego otra. Con los pies apoyados en la roca, la levantó hasta que quedó pegada a él.

La abrazó a él, sin importarle que su vestido empapara su ropa ni el frío. Simplemente se aferró a ella, agradecido de que, por ese

momento, estuviera a salvo en sus brazos.

—¿Qué maldito tonto anda por un sitio como este? —preguntó.

—Yo —respondió ella temblorosa.

Podía sentir el calor de sus lágrimas contra su cuello. Eran lo único cálido que tenía en ese momento. Se incorporó y la levantó con él, la sentó de espaldas y la miró de pies a cabeza. Raspada, magullada, azul por el frío, por lo demás parecía ilesa.

—¿Te has hecho daño al caer? —le preguntó—. ¿Perdiste el conocimiento?

—No me caí, Patrick... Él me empujó.

El corazón le dio un vuelco y comenzó a latir con ferocidad, mientras la ira se apoderaba de él.

—¿Quién te empujó?

—No pude verle la cara. Llevaba una capa y un paño atado sobre la parte inferior de la cara. No tengo ni idea de quién era... solo sé que no quería que sobreviviera a este día.

Se levantó y la ayudó a ponerse de pie.

—¡Iremos de regreso a la mansión y no volverás a salir de ella hasta que hayamos llegado al fondo de esto!

—¡No soy tu sirvienta para que me des órdenes! —protestó ella.

Se giró, la agarró con fuerza por los brazos y tiró de ella hasta que quedaron frente a frente.

—No eres mi sirvienta, pero eres mía. Mía, Phoebe. Y no me

arriesgaré a perderte. ¡Te quedarás en esa mansión aunque tenga que vigilarte yo mismo!

Capítulo 6

Phoebe se sentía perdida en el ajetreo de su regreso a Raven House. El mundo se había vuelto algo borroso e indistinto. Habían recorrido la mitad del camino cuando dejó de temblar. Él espoleó más rápido al caballo y ella sabía, por supuesto, que no era buena señal dejar de sentir el frío. Viviendo al borde mismo del océano, conocía los peligros de caer en aguas heladas.

Patrick desmontó, tirándola del caballo con él. Se vio envuelta en sus brazos mientras él se dirigía hacia la casa y, sin embargo, no sintió nada. Era como si simplemente flotara por encima de todo, mirando hacia abajo sin ninguna conexión real con todo el bullicio que la rodeaba.

Subió las escaleras y pudo oír a Josie murmurar, haciendo sus listas como solía hacer.

—Más carbón para la parrilla y para calentar las cacerolas, agua caliente, mucha agua caliente, caldo caliente o té, ¿debería tomar brandy? ¿No? ¿Jerez, entonces? —Las preguntas no cesaban a su alrededor.

Phoebe sintió que los párpados se le cerraban, que las pestañas caían por su propia voluntad y se posaban en sus mejillas. Estaba muy cansada.

—¡Mantente despierta! Abre los ojos, Phoebe.

Su voz era aguda, ladrando órdenes, penetrando en la niebla que la rodeaba.

Ella frunció el ceño, sin querer obedecerle. Solo quería descansar un momento. La luz era terriblemente brillante. Un golpe seco en la mejilla la sacó brevemente de su ensimismamiento. Abrió los ojos y lo fulminó con la mirada.

—¡Me has pegado!

Sus palabras sonaron extrañas a sus propios oídos, amortiguadas y arrastradas.

—Quédate despierta o lo volveré a hacer —aseguró él—. No puedes dormir, Phoebe. Es demasiado peligroso.

Se dio cuenta de que estaba de pie. De alguna manera habían pasado del gran salón a su habitación en lo que parecía un abrir y cerrar de ojos.

—¿Cómo llegamos aquí?

—En mis brazos —dijo él, haciéndola girar.

Sintió fuertes sacudidas y oyó a Josie jadear. La hoja de su cuchillo brilló de nuevo y el peso que la arrastraba se desvaneció. Miró al suelo y se encontró de pie en un mar de lana de color vino. Le había cortado el vestido.

—¡No puede verla así! —El siseo de advertencia había venido de Josie. Como si se diera cuenta de que se había dirigido demasiado bruscamente a su propio amo, la muchacha retrocedió inmediatamente y agregó—: No es apropiado, milord.

—Sería más impropio dejarla morir congelada mientras tú luchas por desatar esos malditos cordones. —Su respuesta fue rígida, su tono brusco y completamente sin contrición.

—Milord —imploró Josie—. ¡Cuando sea ella misma, se sentirá avergonzada!

—Si está viva para avergonzarse, será una victoria —replicó él.

Phoebe sintió que se le caían más capas. Sus medias, sus enaguas. Solo llevaba puesta la ropa interior, pero aún estaba húmeda y se le pegaba al cuerpo.

—Yo la cuidaré —insistió Josie—. ¡Ella querría que lo hiciera!

—¿Y puedes meterla y sacarla de la bañera tú sola? —preguntó.

Phoebe quiso discutir, quiso exigir que dejaran de hablar de ella como si ni siquiera estuviera allí. Pero entonces sintió que se caía, que se inclinaba hacia delante, que el suelo se precipitaba a su encuentro. Nunca lo hizo. En lugar de eso, unos brazos fuertes la rodearon de nuevo, levantándola, acercándola a él, estrechándola contra él mientras cruzaba la habitación y la sentaba en una silla frente al fuego.

El calor no penetró inmediatamente. Durante el primer momento que pasó allí sentada, no sintió nada en absoluto. Podía ver el baile de las llamas, se sentía hipnotizada por el parpadeo de las lenguas

naranjas y rojas. Era lo más extraño. Pero entonces la sensación volvió bruscamente. Dondequiera que el calor la había tocado, sentía como fragmentos de cristal, como si le estuvieran arrancando la piel. Phoebe gritó e intentó apartarse del calor, pero él la sujetó.

—¡Basta! Para —gritó.

—Sé que duele —dijo él—. Lo sé.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó ella. El dolor había hecho retroceder a la fatiga, manteniéndola a raya mientras ella luchaba por respirar a través de una agonía que nunca antes había conocido.

—Porque he surcado los mares durante casi dos décadas y no siempre son cálidos —respondió él. —El dolor remitirá. Deja que el fuego caliente tu cuerpo hasta que desaparezca.

Phoebe no pudo contener las lágrimas mientras el dolor la envolvía. Lloró en silencio, con las lágrimas cayendo por sus mejillas mientras sentía como si mil agujas atravesaran su carne.

Se desplomó contra él, incapaz de soportarlo, y se desvaneció.



—¿Debemos despertarla? —preguntó la criada, con la voz entrecortada por las lágrimas—. Nunca la he visto así. Una vez se rompió el brazo y no dijo ni pío.

Patrick le acarició el pelo distraídamente. Aún estaba húmedo y se le pegaba al cráneo. Pero el tinte azul de sus labios había empezado

a desvanecerse un poco.

—No. Si está lo suficientemente caliente como para sentir el dolor, está lo suficientemente caliente como para estar a salvo de los peores peligros. La mantendré aquí, frente al fuego, un rato más. Cuando el baño esté listo, te ayudaré a meterla.

—¿Y a sacarla? —preguntó la criada, con un tono cargado de desaprobación.

—Si es necesario. Si puede salir sola, te dejo. Si no, esperaré al otro lado de la puerta —respondió. Al diablo la prudencia. Llevando solo la ropa interior, podía ver cada rasguño y magulladura de su piel. Si no hubiera ido tras ella, no habría sobrevivido mucho más. Las corrientes habían sido demasiado fuertes. Habría sido golpeada en las rocas como una muñeca rota—. Trae una manta para ella —ordenó, dejando a un lado sus pensamientos.

La criada se marchó, volvió con una manta de la cama y cubrió los hombros de Phoebe. Patrick la levantó de nuevo, sosteniéndola en su regazo con la manta cubriéndola mientras entraba un grupo de lacayos cargados con cubos de agua humeante.

Josie les indicó que llenaran la bañera detrás del biombo.

—No —replicó él—. Arrastrad primero la bañera hasta aquí, delante del fuego.

Cumplieron su orden. Si a alguien le pareció cuestionable que la sostuviera en brazos, arropada tiernamente contra su pecho, nadie se atrevió a hablar de ello. Cuando se hubieron ido, se levantó, la levantó con facilidad y la llevó a la bañera humeante.

—Despierta, Phoebe —susurró.

Ella se apretó más contra él.

—No quiero. El dolor ha desaparecido.

—Habrá más, pero ahora será más soportable, te lo prometo.

No le dio más advertencias ni oportunidad de discutir. Le quitó la manta que la cubría y la metió en el agua humeante.

—Oh. ¡No! —Ella subió como un gato escupiendo, arañándole mientras intentaba salir de la bañera. La sujetó con tanta firmeza que sabía que estaba aumentando los moratones, pero no había nada que hacer.

—El fuego te ha calentado los dedos de las manos y de los pies, las partes más frías —le explicó, con voz suave, aunque ella replicara —. El agua calentará el resto de ti… tu corazón, tus pulmones. Es la única forma de garantizar que el frío no te cause daños duraderos.

Finalmente, sus forcejeos cesaron y se sentó en la bañera, hosca e incluso infantil.

Él se levantó entonces y miró a la doncella que se retorcía las manos.

—Todavía está confusa… El frío invade la mente de una persona, le hace decir y hacer cosas fuera de lo normal —le explicó—. Lo peor ya ha pasado, creo. Si me necesitas, no tienes más que llamarme.

Saliendo de la habitación, Patrick cogió una pequeña silla y la llevó al vestíbulo, donde se sentó, cruzó los pies calzados con botas y esperó por si lo necesitaban más.

Había estado a punto de morir. Si él hubiera llegado unos instantes más tarde, ella habría muerto. No cabía duda. Solo de pensarlo se le aceleraba el corazón y se le agarrotaban los pulmones. Y si ella había hablado con sinceridad y no compartía simplemente algún delirio que había sufrido por golpearse la cabeza o por el frío intenso, no había sido simplemente un accidente.

Había visto a hombres, marineros de guardia por la noche, hombres muy acostumbrados al frío y a condiciones difíciles sucumbir a un cerebro febril por estar demasiado tiempo a la intemperie. Pero ella estaba bastante lúcida, había sido capaz de seguir instrucciones y hacer lo que él le pedía. No fue hasta que estuvieron más cerca de Raven House que empezó a hablar de forma incoherente.

¿Quién habría intentado algo así y por qué? ¿William enfurecido por su rechazo? En realidad, no podía imaginar que William hubiera desafiado a los elementos de la naturaleza para ir tras ella. El hombre era demasiado civilizado para embarrar sus botas. ¿O era algo más mercenario? Phoebe había sido la única que había corroborado su afirmación hasta el momento, aportando información sobre la cicatriz de su brazo. Lady Marion no lo aceptó ni siquiera por fe, sino por su propio deseo de que le devolvieran a su hijo. Phoebe era la única persona que había aportado alguna prueba real. ¿Había optado alguien por eliminarla por eso?

Parecía, de los dos, el motivo más probable. ¿Pero quién? ¿William o Arthur? No sabía nada de su hermano. Apenas había hablado con el chico, aunque no por elección. Arthur rara vez hablaba con alguien. Entraba y salía de las habitaciones sin ni siquiera saludar,

¿podría su naturaleza tranquila realmente ocultar algo tan villano?



Phoebe se estremeció cuando el agua empezó a enfriarse a su alrededor. Era hora de salir de la bañera. Se agarró a los lados, intentó ponerse de pie y fracasó. Le dolía el cuerpo. Le dolían todos los músculos. Era imposible saber si se debía a la caída, a la lucha constante contra las olas, al duro viaje para volver a Raven House antes de morir o simplemente a las secuelas de la exposición al frío.

—¿Voy a buscar a milord? —preguntó Josie, claramente nerviosa y también escandalizada ante la idea.

—No —dijo Phoebe con firmeza—. Milord ya me ha visto bastante. Échame una mano, por favor.

De alguna manera, entre las dos, lograron ponerla de pie. Josie le quitó la camisa empapada y la ayudó a secarse con un paño caliente. Le puso un camisón nuevo en la cabeza y luego un paño caliente.

Peinarle el pelo enmarañado no fue tarea fácil. Cuando terminó, lamentó no habérselo cortado cuando se lo sugirieron. Al recogerse la pesada melena en una trenza, Phoebe volvió a sentirse casi humana. Casi.

—¡Todavía está esperando fuera, señorita! —informó Josie, que se había asomado por la puerta.

—Dile que puede irse. Que he salido de la bañera y que me iré a la cama —le indicó con rapidez. No podía enfrentarse a él. No en ese momento. No después de todo lo que había pasado.

—No le diré eso. Le diré que está fuera del baño. Él es el señor de esta mansión, no le daré órdenes, señorita.

Phoebe dejó escapar un suspiro de cansancio, mientras Josie desaparecía con un montón de ropa mojada y probablemente inservible. Pudo oír el profundo rumor de su voz en el vestíbulo y luego la puerta se abrió de nuevo.

No tuvo que mirar para saber que era él. Su presencia llenó la habitación, le quitó el aire y a ella también. Parecía que su cuerpo estaba completamente en sintonía con su presencia.

—Supongo que estás mejor —dijo, adentrándose en la habitación.

Phoebe se volvió hacia él con una mirada torva.

—Sin duda tendría que estarlo, ¿no?

Él la miró con claro desaprobación por su tono brusco.

—Parece que estar a punto de ser asesinada te pone de mal humor, Phoebe.

Lo decía en broma, pero a ella no le hizo ninguna gracia.

Todo se precipitó hacia atrás. La figura oscura de un hombre que la agarraba, la empujaba hacia el borde y la lanzaba al vacío, cayendo a lo que debería haber sido una tumba de agua.

Volvió a estremecerse y no tenía mucho que ver con el frío.

—Creo que no es un comentario apropiado.

—Perdóname —suavizó el tono—. No debería haberte hablado así. Tienes todo el derecho a estar mal por lo que pasó. Recuerdas lo que pasó, ¿verdad?

Ella le dirigió una mirada de desaprobación.

—Lo recuerdo todo. Yo, lord Bellingham, no soy la que tiene mala memoria.

Él agachó la cabeza, pero no logró disimular la diversión que le causaba su tono afrentoso. Cuando volvió a levantarla para mirarla, su sonrisa era contenida, aunque no estaba del todo oculta.

—De nuevo, perdóname, Phoebe, por decir algo equivocado. Has pasado por un calvario.

Sí, lo había pasado, y no menos importante era el hecho de que él había visto hasta el último centímetro de ella. Su ropa interior, tan mojada que era lo mismo que verla desnuda por completo. Había sido humillante. Estaba tan avergonzada que prefirió centrarse en otra cosa para no empeorar la situación.

—No puedo identificar a ese hombre, ni siquiera puedo decir cuánto medía porque las rocas son tan irregulares que era imposible determinarlo. Pero no me lo he imaginado, me agarró, me arrastró hasta la cornisa y luego me obligó a pasar por encima para ahogarme o morir golpeada contra las rocas.

—Te creo —respondió en voz baja.

—¡No seas condescendiente conmigo! —gritó ella.

—No te estoy tratando con condescendencia. Te creo. Te creo porque has dado motivos a alguien para matarte —repitió, esta vez con más firmeza.

Ella hizo una pausa, una protesta muriendo en sus labios.

—¿Me crees?

—Sí, te creo —insistió—. Pero la pregunta sigue siendo, ¿por qué? Mientras esperaba en el pasillo por si necesitabas mi ayuda, he pensado mucho en eso.

—¿Qué posible motivo podría tener alguien para desear hacerme daño? —preguntó ella—. No soy nada... nadie, en realidad.

—Tú corroboraste mi afirmación de ser el auténtico lord de Raven House —le advirtió él en voz baja—. Tú y solo tú conocías la historia de la cicatriz de mi antebrazo. Incluso lady Marion la había olvidado. Y el deseo de que su hijo volviera vivo y sano al seno de la familia la convierte en una testigo poco fiable.

La realidad de aquello se hundió lentamente. La querían muerta porque no querían que Patrick reclamara el título. ¿Sería William?

—¿Quién sabía dónde habías ido esta mañana, Phoebe? ¿William o Priscila? ¿Quizá a Arthur?

Se le apretaron las tripas al pensarlo. Podría no ser nada, pero también podría ser algo muy siniestro.

—No vi a ninguno de ellos, pero cuando salía por la puerta de la cocina, me crucé con la criada de Priscila. Llevaba su bandeja del desayuno.

—Así que es muy posible que la información llegara a Priscila y se la pasara a William —conjeturó.

—¡No puedo creer que hiciera tal cosa! William es ciertamente un canalla, pero asesinar…

—Ha demostrado que está dispuesto a ser un violador. ¿Acaso una cosa es tan diferente de la otra? —preguntó, arqueando una oscura ceja, sorprendido por su defensa del hombre del que había tenido que salvarla.

Phoebe sintió que el rubor manchaba sus mejillas. El calor le subió por el cuello hasta la cara y tuvo que apartar la mirada de él.

—No podría decirlo, milord.

—Patrick —insistió él—. Me llamo Patrick y me gustaría que siguieras usando mi nombre y tratándome como cuando éramos niños. Nada de formalismos entre nosotros.

Otro recuerdo vino a ella entonces, no de su atacante… ni del dolor y el miedo que había sentido al ser arrojada al acantilado… Había dicho que era suya. «Mía» había sido la palabra que había utilizado y lo había dicho con tanta fuerza que incluso en su estado y herida la había dejado estupefacta.

—¿Qué quisiste decir cuando dijiste que yo era tuya? —No había querido formular la pregunta.

Algunas cosas, después de todo, era mejor no decirlas. Pero sus defensas estaban bajas, su cautela natural olvidada tras tantos traumas sufridos en un solo día. Y allí estaba, flotando entre ellos como un fantasma. Cualquiera que fuese la extraña conexión que se había

establecido entre ellos a su llegada, seguía haciéndose más fuerte a cada momento que pasaba. Negarlo no cambiaría nada.

—No estás bien para tener esta conversación —dijo finalmente, después de una larga pausa.

—Si esperamos a que esté bien no tendré el valor de volver a preguntar. Dime lo que querías decir —exigió ella en voz baja.

—¿Estás segura? —Acortó la distancia que los separaba hasta que pudo agacharse ante ella, sentada en el pequeño banco acolchado a los pies de la cama.

Tan cerca como estaba, pudo ver las manchas más oscuras ocultas en el fondo de sus ojos azules y la extraña marca que recordaba de su infancia. Los ojos de Patrick eran completamente azules, excepto el izquierdo. Había una pequeña mancha marrón que estropeaba el azul. Si había quedado alguna duda, aquello la borró por completo. ¿Cuántos hombres podían tener unos ojos tan poco comunes? Junto con la cicatriz y su parecido con lord Fenton, ¿podía haber alguna duda? Cualquiera que hubiese sido el resultado del cambio de su carácter desde la niñez, lo había convertido en un hombre mucho mejor.

—Realmente eres Patrick —susurró ella.

—Tendré que creer en tu palabra. Yo mismo tengo dudas casi a diario —admitió.

Phoebe extendió una mano a lo largo de su mandíbula. La tenue sombra de la barba bajo su piel era apenas visible, pero ella podía sentirla punzante contra su palma. En el lado izquierdo de la cara

había una pequeña cicatriz que desaparecía en el nacimiento del pelo.

—Tus ojos... ese pequeño trozo de marrón que se mezcla con el azul de tu ojo izquierdo... Tenías esa marca de niño. Eres lord Patrick Bellingham —insistió.

Él bajó la cabeza un momento, rompiendo el contacto visual. Estaba claro que su certeza le asombraba.

—Dijiste que fui cruel contigo de niño —le recordó—. ¿Cómo?

—Como suelen ser los chicos —aclaró ella—. Me tirabas del pelo, me empujabas cuando nadie miraba, me robabas mis muñecas favoritas y las escondías, colocabas criaturas horribles en mi cama para que las encontrara. Aunque, en su mayor parte, eran travesuras inofensivas.

—¿En su mayor parte?

Entonces apartó la mirada.

—Una vez me diste bayas para comer mientras estábamos solos en el bosque... pero eran venenosas. Estuve terriblemente enferma después y casi muero.

—¿A sabiendas? ¿Te lo hice a sabiendas? —preguntó.

—No puedo decirlo. Lo pensé en ese momento, pero éramos niños. ¿Quién puede decir cuál era tu intención?

Se levantó y caminó hacia la ventana, mirando hacia el bosque y el océano, que apenas se veía más allá.

—Me obsesiona —admitió—. Estos espacios oscuros y vacíos en mi mente. No puedo recordar nada de mi vida, de mi infancia, de mi

familia. A veces parece como si mi vida hubiera empezado el día en que me sacaron de aquel desdichado bote.

Phoebe guardó silencio un momento, pensando en cómo formular su respuesta. Empatizaba con él; pero la totalidad de su pérdida de memoria, de lo que probablemente había sido la única época feliz de su vida, le resultaba desgarradora.

—En cierto modo, puedo imaginar lo difícil que es. Yo era muy joven cuando murieron mis padres y, por mucho que lo intente, hay cosas que no puedo recordar: el sonido de la voz de mi madre, la forma en que mi padre se reía. Van y vienen, fugaces vislumbres de cosas a las que quiero aferrarme desesperadamente para que no se borren —explicó con suavidad—. Es como si hubieras perdido parte de tu vida.

—¿Fui cruel con todos, Phoebe, o solo contigo? —preguntó él.

—Eras muy travieso. Puede que tus diabluras me afectaran más porque siempre fui consciente de mi lugar aquí, en Raven House. Nunca me quejé de nada de lo que hacías porque temía que me echaran y eso parecía incitarte a seguir.

Él hizo un gesto de disgusto.

—¿Cómo puede alguien alegrarse de verme regresar al seno de mi familia cuando, para empezar, era tan despiadado?

—Pero no lo fuiste —protestó ella—. Siempre estuviste excepcionalmente unido a lady Marion. Ella te adoraba y tú a ella. Tu padre era más severo, quizá, pero estaba muy orgulloso de ti, Patrick. Tus tutores no se cansaban de decir lo aguda que era tu mente y lo

que podrías lograr en la vida. Sí, eras un chico y, sí, hacías todas las cosas que hacen los chicos, a veces en detrimento de otras… pero hacer una cosa mala no te hace malo en su totalidad. ¿No lo ves?

—No —admitió él—. No puedo. Pero hay otras cosas que vería, si pudiera. Puedes ser mis ojos en el pasado, Phoebe, si quieres.

—¿Qué es lo que necesitas saber? —preguntó ella en voz baja. En el fondo de su corazón creía que él era quien decía ser. Si ofrecerle información le ayudaba a demostrarlo y a cimentar su futuro allí, ella se la daría encantada.

—¿Por qué estábamos en Francia? ¿Por qué regresábamos de forma tan precipitada? ¿Por qué me llevaron con ellos y no al resto de vosotros?

—Me quedé aquí porque había estado enferma. Acababa de recuperarme de una fiebre cuando la familia partió hacia Francia y me recomendaron que no viajara. Así que me quedé con una enfermera. En cuanto a William, sir George, su padre, estaba aquí en Raven House y no había necesidad de que lord Bellingham se lo llevara. En cuanto a por qué, tu padre era diplomático, pero también algo así como un héroe en labores de inteligencia para la corona. Os llevó a tu madre y a ti con él porque eso daba más credibilidad a la tapadera de sus deberes diplomáticos. En cuanto al precipitado regreso, Napoleón estaba galvanizando sus fuerzas y preparándose para la batalla. Y… ¡oh, no sé si debo repetir tales cosas!

—No dudes. Te lo ruego. Si he de entender lo que está ocurriendo aquí, y si he de tener alguna esperanza de demostrar que

soy quien digo ser, quien tú crees que soy, debo saberlo todo.

Phoebe se miró las manos entrelazadas.

—No conozco los detalles. Pero sí sé que, cuando regresaron de Francia, lord Bellingham y lady Marion habían discutido y estaban muy enfadados entre ellos. Lo sí es cierto es que no se debía enteramente a tu desaparición. Lo oí hablar con ella una vez de su escandaloso comportamiento en París, pero qué fue lo que hizo y por qué creó una brecha entre ellos, no puedo decirlo.

Patrick se apartó de ella, una vez más, para mirar por la ventana el mar embravecido más allá.

—¿Quién en esta casa no guarda secretos?

—Todos tenemos nuestros secretos, Patrick. —El suyo era que se estaba enamorando desesperada e inútilmente de él. Como Lord, él estaba fuera de su alcance. Pero ella tenía que saberlo y preguntó de nuevo—: En las rocas dijiste que yo era tuya... ¿qué significa eso?

Al principio, pensó que él quería negarle una explicación, ya que siguió mirando por la ventana. Solo podía ver su perfil, el molde de sus rasgos oscuros en una línea firme y obstinada, la mandíbula apretada con fuerza.

—No puedo decirte lo que significa. —Fueron sus palabras—. Solo que lo siento en lo más profundo de mi alma. Cuando no estás cerca de mí, te busco. Cuando oigo tu voz, me siento atraído por ella. Si estamos en la misma habitación, me encuentro buscando tu mirada, buscando siempre una conexión contigo... y cuando duermo, persigues mis sueños. —Admitió todo aquello sin mirarla de frente. Se mantuvo

alejado de ella.

—¿Por eso me besaste? —le preguntó. Era atrevido, mucho más de lo que ella había previsto estar con él.

—Sí. Y es por eso que te besaré de nuevo, y mucho más si me permites esas libertades… cuando estés bien. Incluso mi falta de honor tiene límites —aseguró. Finalmente se volvió hacia ella, pero mantuvo la distancia—. Y aprovecharme de ti, después de lo que has pasado hoy, sin duda ahondaría hasta el fondo de ese barril.

Phoebe apartó la mirada, incapaz de soportarla. Quería ofrecerse a él, rogarle que se tomara esas libertades, que le mostrara exactamente lo que quería decir. Y quería hacerlo en ese momento, precisamente, porque podía culpar de sus actos a la conmoción que había sufrido y no tener que rendir cuentas por su propia naturaleza licenciosa.

Al cabo de un momento, oyó que la puerta se cerraba suavemente. Se había ido.

La oportunidad, si es que existía, había pasado.

Se puso en pie, caminó lentamente hasta la cama y se tumbó en ella, con los músculos cansados y protestando cada movimiento. El sueño la llamaba, la seducía con tanta certeza como él.



En la buhardilla, se enfureció. Rompía cosas, arrojaba libros contra la

pared con tal fuerza que los lomos se partían y las páginas volaban de un lado a otro. Los platos fueron los siguientes, estrellándose contra las paredes y el suelo. En la cama, Priscila se acobardó, cubriéndose la cara para protegerla de los fragmentos producidos por su temperamento.

—¡Debería haber muerto allí! Era el plan perfecto.

—Habrá otras oportunidades —gritó Priscila—. ¡Por favor, querido! Me estás asustando.

Él hizo una pausa y sus bonitas facciones se transformaron cuando comprendió que lo había presionado demasiado. Lo vio caminar hacia ella y jadeó cuando la agarró por el pelo. Después la tiró hacia atrás y la obligó a tumbarse en la cama.

—Me buscaste porque querías un monstruo con correa... ¡un demonio que cumpliera tus órdenes! Como toda mujer que baila con el diablo, has descubierto que hay un precio que pagar. ¿Es demasiado alto, Priscila? ¿Deseas poner fin a todo esto y volver a ser la obediente esposa de tu marido sin escrúpulos?

—No —respondió ella con lágrimas en los ojos, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Pero odio verte tan alterado. No soporto verte sufrir.

Él tiró de su pelo con más fuerza, hasta que ella gritó.

—¿Y soportarías mi dolor? ¿Aguantarías todo para librarme de él?

—Lo haría —respondió ella, aunque había vacilación en su voz y miedo en su mirada.

Le levantó las faldas y dejó que su mano recorriera la carne sedosa de su muslo hasta el triángulo oscuro que había entre ellos. Estaba húmeda por él. Incluso en su miedo, lo deseaba, o tal vez era a causa de su miedo, pensó él. Priscila, a pesar de toda su belleza, tenía un alma tan oscura como la suya.

—Separa las piernas para mí —le ordenó, agarrándole el pelo con tanta fuerza que le hizo llorar. Sin embargo, ella obedeció, e incluso buscó la caída de sus pantalones para liberar su sexo—. ¿Me deseas? ¿Incluso ahora con mi rabia? No seré suave contigo, Priscila.

—No quiero que lo seas —dijo ella sin aliento—. Quiero todo lo que tengas para darme.

Separó los pliegues de su sexo y deslizó un dedo en su interior para comprobar si estaba dispuesta. Su gemido fue todo el estímulo que necesitaba. Guiándose hasta la entrada, la penetró con tanta fuerza que ella gritó. Una y otra vez la penetró con fuerza y profundidad. No pensó en su placer, pero cuando la sintió estremecerse a su alrededor, supo que había alcanzado el clímax a pesar de todo.

En lugar de derramar su semilla dentro de ella, se retiró. La miró entonces y se entretuvo en observar su pelo revuelto, la cara enrojecida por las lágrimas y por haberla tratado con rudeza, las faldas levantadas hasta la cintura, la piel húmeda de sudor y manchada con su semilla.

—Ya no pareces una dama, Priscila. Creo que te he convertido en una pequeña puta codiciosa.

Ella se acercó a él, sus manos agarraron sus caderas.

—Soy lo que tú quieras que sea.

Él sonrió. Lo era, pensó. Haría cualquier cosa por él. Y cuando llegara el momento, se desharía de ella igual que ella estaba deseosa de desprenderse de su actual marido. Por muy agradable y efusiva que fuera en la cama, no le ayudaría a conseguir su objetivo final. Para ello, necesitaría algo más que la hija de un caballero. Necesitaría la hija de un Conde, al menos, y una con una fortuna. Pero su Priscila le serviría de momento.

Capítulo 7

Patrick llegó tarde a la cena. Aunque los acontecimientos de la tarde le habían servido de excusa, en realidad era su propia reticencia a enfrentarse de nuevo a William con las manos atadas, metafóricamente hablando. En otro momento de su vida, simplemente le habría dado una patada en el culo al arrogante mojigato y se habría acabado el asunto.

Alejó aquel pensamiento del mismo modo que había luchado contra el impulso de enfrentarse a William y exigirle cuentas. No le serviría de nada y no le acercaría a la verdad, pero disgustaría a lady Marion y eso era demasiado, después de la conmoción que ya había sufrido aquel mismo día. Ya era bastante malo que Phoebe, a quien adoraba, hubiera estado a punto de ahogarse. Pensar que había sido un terrible accidente la había hecho desmayarse; si descubría que un hombre en quien confiaba podría ser un asesino, terminaría por matarla.

Al entrar en el salón, el impulso aún le recorría con fuerza. De no ser por la mujer que estaba sentada en un sillón cerca del fuego, se

habría sorprendido de su capacidad para resistirlo. Ya fuera por el recuerdo, o simplemente por su propia imaginación, una visión de ella apareció en su mente. En ella, su pelo era tan oscuro como el suyo. El viento había tirado de él hasta que se le escapó de las horquillas. Una capa azul oscuro la envolvía, pero no había alegría en ella. En aquella visión, estaba tan envuelta en melancolía como en ese momento.

Sacudiéndose la visión, se acercó a ella, que empezó a levantarse, pero volvió a sentarse bruscamente y se llevó una mano al corazón como si le doliera. Ahí estaba el problema que le preocupaba. Era frágil y había perdido su fortaleza emocional, pero no entendía por qué a nivel físico, su cuerpo también le fallaba.

¿Podía ser por los nervios y la presión de vivir bajo una nube de incertidumbre y dolor durante casi dos décadas? Aquello podría explicarlo razonablemente y, sin embargo, él sentía que no era el caso. Phoebe no lo había dicho, pero pensó que tal vez el empeoramiento de la salud de lady Marion era reciente. No era tan vieja y, a su edad, debería ser todavía una mujer fuerte y vital.

—¡No tiene pruebas! —gritó William, continuando su conversación como si ni siquiera hubiera entrado en la habitación—. ¡El hombre es un impostor y un canalla! Sin embargo, está dispuesta a entregarle la administración de toda la finca, aunque no ha demostrado su identidad y mucho menos su capacidad. Incluso, si él fuera lord Bellingham, y eso es mucho suponer, milady, ¿qué sabe un hombre que ha pasado su vida en el mar de dirigir una finca?

—Aprenderá —advirtió lady Marion en voz baja. Su voz era

débil y su palidez cada vez más evidente.

—¿A qué precio? Todos seremos pobres. —William levantó las manos y se apartó de ella, posando inmediatamente su mirada en Patrick—. Supongo que esta era tu sugerencia, asumir el lugar que te corresponde en el trono, por así decirlo… —continuó tuteándolo, para demostrar que entre ellos siempre habría una distancia social abismal.

—En absoluto —respondió Patrick con facilidad, esforzándose por mantener un tono civilizado—. Creo que, ahora mismo, no sería prudente poner la finca en mis manos; no porque mi identidad esté en entredicho, que no lo está, al menos no para aquellos cuya opinión importa, sino porque todavía no comprendo lo que se necesita para dirigir una hacienda de este tamaño.

William, desinflado al ver que le daba la razón, recuperó la compostura.

—Bueno, ahí está. Sabiduría de una fuente poco probable.

Lady Marion se volvió entonces hacia él.

—¿Cómo está Phoebe? ¿Se ha recuperado?

—No del todo —respondió Patrick con sinceridad—. La exposición a un frío de esa naturaleza, sumergida como estuvo en el agua durante tanto tiempo, puede tener consecuencias duraderas.

—¿Pero no permanentes? —preguntó William.

Patrick lo analizó, tratando de determinar el motivo de la pregunta del otro hombre. ¿Era preocupación verdadera por su bienestar o estaba decepcionado porque su intento había fracasado?

—No, no lo creo. Sufrió una leve congelación y fue muy doloroso para ella cuando su cuerpo tuvo que entrar de nuevo en calor. Pero preveo una recuperación completa.

Arthur se burló entonces.

—¿Ahora también es usted médico?

—No. Pero he sido marinero durante muchos años... la exposición al frío y la inmersión en aguas heladas es algo en lo que he tenido experiencia, tanto personalmente como en calidad de observador —respondió Patrick—. Podéis burlaros todo lo que queráis, pero ciertamente no vi a ninguno de vosotros salir corriendo a buscarla. —Volvió a mirar a William—. Aunque, sin duda, cualquier ofrecimiento de ayuda por tu parte sería extraña. Esa herida de los dedos es muy sospechosa, ¿Cómo te la has hecho?

—Me atacó un animal despreciable —respondió William.

—¡Basta! —gritó lady Marion—. Estoy agotada de esta pelea verbal. Os provocáis unos a otros como perros a punto de pelear y no lo permitiré.

Patrick respiró hondo.

—Perdóneme, lady Marion. Tiene usted razón. Deberíamos intentar ser civilizados.

—¿Qué sabría un sarnoso lobo de mar de civismo? —inquirió Arthur, levantándose de su silla—. William habla como si fuera él el que está perdiendo la finca... pero no es él, ¿verdad? Soy yo. Ahora que ha resucitado, no tengo ninguna posibilidad de heredar. ¡Sin deseos de unirme al ejército o al clero, mis perspectivas son

efectivamente nulas!

—Hay un momento y un lugar para discutir estas cosas, Arthur, y lo haremos. No deseo que te quedes sin un céntimo ni que te echen de tu casa —insistió Patrick, hablándole como a un hermano—. Pero por el momento, dejemos de lado esos temas y disfrutemos de nuestra cena. Mañana nos sentaremos los tres y discutiremos civilizadamente la situación actual de la finca y cómo podría proporcionarnos amplios ingresos a todos.

—¡Siempre el diplomático! —se burló William—. Eres un sucio usurpador. No tienes derecho a reclamar lo que he mantenido con mi trabajo.

—Si estamos tan cerca de la pobreza, aparentemente has hecho un mal trabajo —espetó Patrick.

William carraspeó un momento antes de escupir:

—¡Cómo te atreves! ¿De qué me acusas?

Patrick apretó los puños.

—Tengo muchas preguntas sobre tus motivos y tus acciones. Mi primera pregunta es ¿dónde está tu mujer? Tampoco confío mucho en ella.

William balbuceó ineficaz.

—¡Te llamaría la atención por eso si pensara que eres lo suficientemente caballero como para saber manejar una espada!

—Oh, sé manejar una espada. Y una pistola —replicó Patrick—. Estaré encantado de demostrárselo.

Lady Marion se levantó, con la clara intención de poner fin a la discusión antes de que fuera a más. Al levantarse, se balanceó de forma alarmante sobre sus pies.

Patrick se giró para ofrecerle ayuda y vio que su mirada se quedaba en blanco, sus ojos vidriosos y que se desplomaba.

Se precipitó hacia delante, atrapándola antes de que cayera al suelo.

—¡Necesitamos un médico!

—Tiene un médico. Dice que es su corazón... Se ha debilitado por tantos años de sufrimiento —dijo Arthur.

Su tono era frío, completamente despreocupado por su propia madre que estaba claramente enferma.

—¿Y ofreció algún tratamiento, más allá de pronunciar tal pronóstico? —exigió Patrick.

—No hay tratamiento para un corazón debilitado —espetó William—. Pero por mi parte en esto, intentaré contener mi lengua en su presencia. No quiero volver a verla tan alterada.

Patrick se levantó y levantó en brazos a la pálida y delgada mujer.

Las palabras de William sonaban huecas, nada más que palabras de boquilla sobre el decoro con poca sinceridad detrás de ellas. Había permitido que aquel bastardo la acosara y le irritaba saber que él era tan culpable del estado en que se encontraba lady Marion como el hermano al que empezaba a despreciar.

—La llevaré a su habitación y luego mandaré llamar a un médico... Un médico de verdad y no un charlatán de pueblo. Hay tratamientos, hierbas y remedios que pueden proporcionar alivio.

—Es una pérdida de dinero —replicó William.

—Y es mi dinero el que se desperdicia —replicó Patrick. Era el momento de tomar el mando, tanto si los demás lo aprobaban como si no—. Lo que pienses, lo que creas, no tiene importancia. Soy Patrick, lord Bellingham de Raven House, y te guste o no, mi palabra, dentro de estos muros, es ley.

Sin decir una palabra más ni mirar atrás, Patrick salió de la habitación con lady Marion en brazos. La llevó directamente a su habitación y su doncella personal, una mujer mayor y poco atractiva, llamada Agnes, lo recibió en la puerta.

—Pase, milord, y colóquela sobre la cama.

Patrick hizo lo que le ordenaba y observó con cautela cómo la criada sacaba sales aromáticas y las esparcía por las narices de lady Marion hasta que se despertaba.

—Ha tenido otro desvanecimiento, milady —explicó Agnes con suavidad—. Voy a por su tónico.

Patrick vio a la doncella salir corriendo y luego fue a colocarse junto a la cama. En lugar de abalanzarse sobre la pálida figura de su madre, se agachó hasta que estuvieron casi a la altura de los ojos.

—Lo siento —dijo.

Ella sonrió con tristeza.

—Hablas igual que cuando eras niño y te portabas mal. Sé que William puede ser difícil… ciertamente, ha puesto a prueba mi paciencia a lo largo de los años, pero dale tiempo, Patrick. Por favor. No quiero que ninguno de vosotros sea expulsado de nuestro hogar.

—Haré todo lo posible para evitar tales interacciones en el futuro… Aunque debes saber que William ha sido muy atrevido con Phoebe. Muy atrevido. Si eso vuelve a ocurrir, no me dejaré influenciar y será expulsado de esta casa.

Su expresión era especulativa mientras le cogía la mano.

—Te has encariñado mucho con ella en muy poco tiempo, ¿verdad?

—Ha sido muy amable… más allá de eso, es una mujer que vive bajo la protección de esta casa. Esa protección se debe contra amenazas internas y externas. —Su respuesta fue muy ambigua, no estaba preparado para discutir sus sentimientos por Phoebe con su madre.

—Le dije que todas tus travesuras de niño eran solo porque querías llamar su atención —explicó ella con una sonrisa triste—. Hay cosas que ni siquiera el tiempo puede alterar.

—No es así —negó él—. Está imaginando cosas que no debería… Y, sea cual sea mi relación con Phoebe, no debería pensar en ello ahora. Tiene que descansar. Partiré mañana por la mañana, iré a York a buscar a un hombre que viajó en uno de los barcos en los que serví, un médico experto y muy eficaz. Descubriremos qué le está debilitando tanto.

—El doctor Wright ha sido nuestro médico de cabecera durante años… Es un médico rural, sí, pero siempre ha tratado nuestras dolencias con gran eficacia. Esto es simplemente parte de envejecer, Patrick. Físicamente, mi vida ha sido bendecida con lujo y abundancia, pero la tensión mental ha pasado factura. Eso es todo.

—Entonces no le dolerá oírlo de otra fuente —insistió él.

Ella le dio una palmadita en la mano cuando Agnes regresó con una bandeja con una humeante tetera.

—Muy bien, hijo mío. Vete y yo descansaré.

Patrick se levantó y, casi como una ocurrencia tardía, se inclinó y le dio un suave beso en la mejilla.

—Estoy muy contento de estar en casa… de haber encontrado a mi familia de nuevo.

—¿Te están volviendo los recuerdos?

Él negó con la cabeza.

—No. Pero lo harán muy pronto, estoy seguro. Buenas noches, lady Marion.

—¿No me llamarás madre, entonces?

—No hasta que estemos seguros.

—Algunos de nosotros, ya lo estamos.

—Muy bien, entonces. Cuando esté aclarado. Buenas noches.

Patrick salió de la habitación y no fue intencionado que su camino le llevara cerca del pasillo que albergaba el dormitorio de

Phoebe. Se apoyó en la esquina y consideró sus opciones. Debajo de la puerta se veía luz. ¿Era simplemente el fuego de la chimenea, o estaba despierta, con las velas encendidas?

Mientras estaba allí, debatiendo si buscarla o no, algo más llamó su atención. Más allá de su habitación, en el otro extremo del pasillo, Arthur salió de una puerta simulada. Patrick, que seguía oculto en el rincón donde acechaba, observó cómo el muchacho se dirigía al vestíbulo que se bifurcaba de aquel pasillo.

Curioso, e incluso desconfiado, Patrick se apresuró a seguirlo, pisando sobre la alfombra que corría por el centro del pasillo para amortiguar sus pasos. Al doblar la última esquina, vio que desaparecía tras una pesada puerta de roble. Era la buhardilla, o una de ellas. Dentro de la mansión, había perdido la noción del oeste y el este para saber cuál. El edificio era un laberinto, una madriguera de conejos de adiciones empedradas de los últimos dos siglos.

Patrick se detuvo en seco. ¿De dónde había sacado aquella información? ¿Dónde había estado escondido en los recovecos de su mente aquel conocimiento innato de la historia de Raven House? Antes de que tuviera tiempo de examinarlo a fondo, la puerta de roble comenzó a abrirse de nuevo.

Tal vez fuera el instinto, o tal vez el impulso de no delatar su presencia, pero Patrick se escondió. Se metió en un hueco de la puerta, entró en la oscura habitación y esperó a que Arthur pasara. ¿Adónde había ido? ¿Qué escondía allí?

Cuando no hubo moros en la costa, salió de su escondite. Intentó

abrir la pesada puerta de roble, pero no pudo. Dio media vuelta y volvió sobre sus pasos hasta la habitación de Phoebe, pero se encontró frustrado. La luz ya no se veía por la rendija. Ella se había acostado y no quería despertarla. Maldijo en voz baja y se dirigió a su dormitorio, a otra noche de insomnio.

Capítulo 8

Patrick comenzó la mañana con una visita a lady Marion. El dragón de su doncella lo había dejado entrar, pero por poco. Cuando se sentó en la silla que había junto a su cama, observó que, aunque parecía menos debilitada que la noche anterior, seguía sin tener buen aspecto. Su palidez era enfermiza y su fatiga era evidente en las sombras bajo sus ojos.

—Me temo que mi regreso, si es que soy lord Bellingham, le ha hecho más mal que bien —admitió con pesar. No había sido su intención y, sin embargo, estaba claro que la impresión había sido demasiado para ella.

—No permitiré que se digan esas tonterías en mi presencia —dijo ella—. No tengo palabras para expresar la alegría que siento desde que volviste. Mi cuerpo puede estar débil, Patrick, pero mi espíritu se eleva. No podría soportar pensar que te arrepientes de haber vuelto con nosotros... Sé que tu bienvenida no ha sido tan entusiasta en todos los frentes, pero créeme cuando te digo que las opiniones de William tienen para los demás menos importancia de lo que él piensa.

Sonrió ante eso.

—¿Por qué le toleras tanto?

—Creció aquí. —Hizo una pausa para beber un sorbo de té—. Su madre murió muy joven, y sir George, bueno... a veces estaba bien y otras no. En cualquier caso, nunca le prestó a William la atención y la orientación que necesitaba un niño pequeño. Lo traía de visita y, cada vez, se hacían más largas; el tiempo que pasaba con sir George se reducía año tras año, hasta que, sin que nadie lo explicara, William se convirtió en una visita permanente.

Patrick pensó en ello y en cómo dos personas heridas, como lord Bellingham y lady Marion se habían convertido en los protectores de un niño probablemente no deseado.

—¿Siempre ha sido tan desagradable? —preguntó.

Ella sonrió.

—No. Era un chico dulce, pero con el tiempo dejó de serlo. De hecho, cada vez que sir George iba y venía, William se volvía hosco e infeliz después de su partida. Sobre todo, se volvió particularmente desagradable con la pobre Phoebe. —Hizo una pausa, como si estuviera ordenando sus ideas, y luego continuó—: Todos jugabais juntos, como hacen los niños, a veces más pacíficamente que otras. Pero para mí era un consuelo tenerlo cerca, después de que te hubieras ido... Era una conexión con un tiempo anterior a que todo hubiera cambiado. Siempre fue querido y muy dulce conmigo, a pesar de su trato a la querida Phoebe, que era cosa de su padre, por cierto. Siempre era peor cuando sir George estaba presente y eso, me temo,

no ha cambiado. Le escribe a William todos los días y cada día el muchacho está más descontento.

Ciertamente no había cambiado, pero no culparía a nadie más que a William. Él se había portado lo bastante mal con Phoebe por su cuenta como para que la influencia de sir George fuera la menor de sus preocupaciones. Pero le había dicho a lady Marion la noche anterior todo lo que pretendía sobre las acciones de William hacia Phoebe.

—No tengo ningún recuerdo de él. O de esta casa. —Fue lo que dijo.

—Sin embargo, aquí nunca te pierdes —afirmó lady Marion con agudeza—. Vas infaliblemente a cualquier zona que busques y lo haces sin guía... si eso no prueba que este es tu hogar, ¿qué podría hacerlo?

—No sabría explicarlo. —Aún le desconcertaba.

El conocimiento era innato, simplemente una parte de él, como lo había sido caminar y hablar, o leer. Esas habilidades y conocimientos habían permanecido, mientras que los detalles personales simplemente habían desaparecido. Y había otras cosas que no se atrevía a compartir con nadie, destellos y vislumbres en su mente que le hacían sentir como si se estuviera volviendo loco.

—Volverá a ti con el tiempo, estoy segura, tal como dijiste anoche —continuó ella—. Pero a pesar de todo, no se hablará de marcharse ni de lamentar tu decisión de volver. Solo podría ser más feliz si tu padre estuviera aquí para compartirlo conmigo.

—¿Cómo era él? —preguntó Patrick. Era una pregunta egoísta, que la hacía detenerse en recuerdos que le causarían dolor, pero la necesidad de saberlo era insistente.

Señaló una cajita encima de su tocador.

—Tráeme esa caja. —Él se levantó y se la entregó. Ella la abrió con cuidado y sacó un retrato en miniatura en un elaborado estuche dorado—. Tenía casi la edad que tú tienes ahora cuando lo pintaron. No llevábamos mucho tiempo casados… Yo aún era una joven novia y estaba muy enamorada de él.

Patrick aceptó el pequeño cuadro y contempló un rostro que casi podría haber sido el suyo. La piel era pálida, la de un caballero; por lo demás, las similitudes eran innegables. Pero había algo en su tono que le alertó—. Estaba enamorada de él como recién casada… ¿no siguió estándolo?

Lady Marion agachó la cabeza.

—Tu padre era el mejor de los hombres, Patrick, pero yo no fui la mejor de las esposas. Me casé con él porque era guapo, rico y encantador. Yo era tan joven que creía que eso era lo único que importaba. Me preocupaba más si las otras chicas me envidiaban que si yo podía hacerle feliz o no, y que él pudiera hacerme feliz a mí.

Él frunció el ceño, más desconcertado que nunca por sus confesiones.

—¿Lo amaba?

—No lo amaba entonces, pero lo hice con el tiempo. Debes creerlo.

—¿Por qué iba a dudarlo?

—De nuevo, no fui una buena esposa... No comprendí que sus deberes diplomáticos requerirían dejar Inglaterra y alejarme de mi familia y amigos. O que a menudo estaría ocupado en otras cosas que eran mucho más importantes que simplemente satisfacer mis caprichos. Yo era una joven malcriada y me comportaba de forma odiosa. Sin embargo, nunca perdió la paciencia conmigo. Nunca dejó de perdonarme, ni siquiera por las cosas que yo misma no podía perdonarme. Y te quería mucho, te quería más que a nadie. Estaba decidido a que te convirtieras en el mejor de los hombres.

—Comprendo. —Patrick pensó con amargura que su padre se sentiría decepcionado si lo viera.

¿Qué clase de hombre estaría orgulloso de un hijo que había sido ladrón y pirata, un hombre que había sido azotado públicamente por sus crímenes?

—Sé lo que estás pensando. Puedo verlo claramente en tu cara —advirtió ella—. No le importaría. Vi la forma en que protegiste a Phoebe cuando pensaste que William, en su temperamento, podría golpearla. La intrepidez que mostraste al rescatarla cuando bien podría haber puesto en peligro tu propia vida: eres todo lo que él habría querido que fueras y no importa lo hayas tenido que hacer para sobrevivir sin nosotros. ¿Me entiendes?

Quería creerlo desesperadamente.

—Necesito hablar con Phoebe antes de irme a York. No salga hoy de la cama. Me gustaría que se quedara en la habitación, que coma

aquí y se evite discusiones, que sin duda buscará William. Por favor.

—Lo haré… si me dices la verdad. ¿Cuáles son tus sentimientos por Phoebe?

Patrick le respondió tan honestamente como pudo.

—No tengo capacidad para expresarlos… solo decir que me son desconocidos y que estoy fuera de mí.

—Entonces no puede ser otra cosa que amor… o al menos el principio de él. Eso habría complacido a tu padre. La quería como a una hija y se preocupaba por su futuro. De haber sabido lo corto que sería su tiempo aquí con nosotros, habría hecho más por asegurarlo.

—¿Y si no soy lord Bellingham? —preguntó.

—Hay cosas peores que ser amada por un hombre que no tiene título —reprochó ella—. Eres casi tan clasista como William.

Patrick no la rebatió. Simplemente salió de la habitación y fue en busca de la mujer que había ocupado la mayor parte de la conversación y casi todos sus pensamientos.



Phoebe no bajó a desayunar. Se encontró reacia a enfrentarse a William y Arthur con su falsa preocupación, si es que se molestaban en eso. Priscila seguiría en la cama. Según Josie, la noche anterior le habían llevado a su habitación dos botellas de vino muy potente. Pero no habían sido Arthur, William o Priscila quienes la habían enviado a

esconderse.

También era reacia a enfrentarse de nuevo a Patrick. La inquietaba, le quitaba la capacidad de pensar con claridad y de mantener la compostura que tanto le había costado conseguir. En resumen, la ponía nerviosa y le hacía anhelar cosas que no comprendía del todo ni estaba segura de que debiera tener.

Había encontrado la paz en un rincón apartado del tercer piso, donde se sentó en el estrecho asiento de la ventana. Su cuaderno de dibujo yacía olvidado a su lado mientras observaba el mar amargo y furioso en la distancia. Sin embargo, su paz duró poco. No necesitó volverse para saber que él la había encontrado. Su presencia cayó sobre ella como una sombra bienvenida.

—¿Qué le trae a este lejano rincón de Raven House, milord? —preguntó en voz baja.

Él se acercó, lo suficiente como para que ella pudiera ver el elegante encogimiento de sus poderosos hombros desde su visión periférica, e ignoró el formalismo de su saludo, tratándola como últimamente lo hacía. Como siempre lo había hecho.

—¿Esta mañana te escondes de todos o solo de mí?

—Creo que me escondo de mí misma más que de nadie. —Apartó por fin la mirada de la ventana y la posó en él—. Josie me ha dicho que lady Marion se puso enferma anoche. ¿Está mejor?

—Según su dragón de doncella, no —respondió él—. Salgo para York en unos momentos. Conozco allí a un tipo, un médico de renombre, que quizá pueda ayudar.

Phoebe enarcó las cejas, sorprendida.

—Está pisando terreno pantanoso, milord. ¿Ha pensado que el doctor Wright podría enfadarse con nosotros, al traer a un médico de fuera, y se niegue a tratarnos a ninguno de nosotros después?

—Lo he pensado. También he descubierto que el dinero compra mucho perdón… Tengo que preguntarte por Arthur —agregó en voz baja.

—¿Qué pasa con él?

Era curioso el comentario porque Arthur nunca llamaba la atención. El chico se movía como una sombra por sus vidas la mayor parte del tiempo. En los últimos meses se había vuelto cada vez más huraño y propenso a veces a los arrebatos. Era como si fuera dos personas. Sin duda, la llegada de Patrick y el proverbial clavo en el zapato, de su oportunidad de convertirse en lord Bellingham, habían aumentado su descontento general con la vida y por eso estaba de mal humor siempre.

—¿Por qué desaparecería en la buhardilla por la noche?

Phoebe parpadeó ante eso.

—No sabría decirte. —Volvió a hablarle con confianza—. Él habla muy poco o nada conmigo. Está resentido por mi cercanía a lady Marion, por mi sola presencia aquí, pero también está resentido con William, con todos y con todo… ¿Le has preguntado?

—No —admitió Patrick, dándose la vuelta y acomodándose en el asiento de la ventana junto a ella.

—¿Por qué? —Phoebe se recogió las faldas para hacerle más sitio. No importaba. Sentados tan cerca como estaban, podía sentir el calor de su muslo contra el suyo a través de la tela de su vestido.

—No se lo pedí. Había algo en su forma de moverse, algo furtivo y reservado que me hizo pensar que no tramaba nada bueno… Probé la puerta de la buhardilla después de que saliera y la encontré cerrada. Eso me llamó la atención.

—¿Era la buhardilla oriental? ¿La que está más allá de mi habitación?

—Sí.

—Es insegura —respondió Phoebe, con el ceño fruncido al pensar—. Se dañó por tormentas hace algunos años y se desmoronó hasta quedar en ruinas. Como nadie la usaba, William se negó a renovarla. Dijo que era una pérdida de dinero.

Patrick gruñó en respuesta a eso.

—Dice que todo es una pérdida de dinero. ¿La finca tiene problemas? ¿Hay alguna razón para que sea tan tacaño?

—No lo sé —respondió ella con sinceridad—. Esas cosas nunca se discutirían conmigo, aunque yo preguntara. William no es precisamente un derrochador, Priscila va vestida a la moda… una explicación más probable sería que los fondos de la hacienda se están utilizando para mantener a sir George o para pagar sus deudas, ya que vive continuamente por encima de sus posibilidades. —Patrick se agachó y cogió su cuaderno de dibujo.

Ella quiso detenerlo, pedirle que no mirara. Sin embargo, lo

viera o no, estaba preocupada por él, igual que sabía que él estaba preocupado por ella.

Había sido bastante comunicativo al respecto. Cuando abrió el libro y miró su último dibujo, frunció el ceño.

—Aquí parezco muy enfadado —dijo finalmente, indicando el dibujo a carboncillo que ella había hecho de su rostro.

—Feroz —respondió ella.

—No estoy enfadado. —Esa era su intención, mostrar enfado, aunque no lo estuviera—. ¿Por qué me dibujas a mí cuando hay alrededor tanta gente digna de tu atención?

Entonces ella se encogió de hombros, tomando prestado el gesto de él.

—Porque me gusta tu cara. Me gusta que no te escondas detrás de sonrisas amables y charles solo para atacar en cuanto me doy la vuelta. Me gusta que, contigo, lo que se ve en tus ojos y en tu expresión es exactamente quién eres, que seas transparente.



—Recuerdo esto —dijo en voz baja. No estaba completamente desarrollado ni contextualizado, pero había un recuerdo que se reproducía en su mente con la misma certeza que si la escena se desarrollara ante él. Niños corriendo en un campo cerca de los acantilados que daban al mar. Él había cogido su cuaderno de dibujo,

huyendo con él y burlándose de sus dibujos. Ya entonces habían sido celos. Estaba celoso porque había dibujado a William y no a él—. Tú dibujaste un retrato de William y yo te robé el cuaderno... lo tiré por el acantilado.

Al encontrarse con su mirada, vio las lágrimas en sus ojos, pero una sonrisa curvó sus labios.

—Sí, eso hiciste. Y todavía estoy muy enfadada por ello. Ese libro contenía algunos de mis mejores trabajos.

—Tengo que irme... Tengo que ir a York y volver antes de que anochezca. —No quería dejarla. Quería quedarse allí y explorar aquellos momentos brillantes que por fin se habían enfocado en su mente. Era la visión o el recuerdo más nítido que había tenido desde que regresó al Raven House. También deseaba saber que ella estaría a salvo en su ausencia. Y si era totalmente sincero, quería continuar precisamente donde lo habían dejado en su habitación, pero hablando mucho menos y haciendo mucho más—. ¿Sobre lo de ayer?

—No saldré de casa —aseveró ella—. Creo que pasaré el día vigilando a lady Marion. Sana y salva.

Él suspiró.

—Bien. Me alegra mucho oír eso, pero no era eso lo que quería decir... Las cosas que te dije en tu habitación.

—Oh. No necesitas preocuparte. Fue un día difícil y los dos estábamos bastante alterados por todo. —Procuró mostrar desdén.

—No estaba alterado. Lo decía en serio. No puedo explicártelo, Phoebe. Pero por mucho que vine para reclamar mi título y mi hogar,

creo que más aún, lo hice para reclamarte a ti. Lo que recordé hace un momento… anoche, lady Marion, decía que te gastaba todas esas bromas de niño, que te intimidé y molesté porque quería tu atención.

—Seguro que no. —Negó ella con un rubor manchando sus mejillas.

—Lo hice. Cuando tiré tu cuaderno de dibujo al mar, fue motivado por los celos… habías esbozado un retrato de William y eso me enfureció.

Ella sonrió ante eso.

—Eras solo un niño.

—Era un tirano —admitió—. Tal vez estar perdido, y tener una vida de penurias, fue lo mejor para mí. No puedo imaginar qué clase de hombre sería de otra manera.

—La clase de hombre que serías es irrelevante. Estoy muy contenta con el hombre que eres —lo dijo en voz baja, con la mirada clavada en el suelo.

Aquellas palabras lo atravesaron, calando hondo, retorciendo algo en su interior hasta que su control se quebró.

Sin pensar ni preocuparse de que estaba rompiendo todas las reglas, se acercó y tiró de ella hacia él, hasta que sus pechos se aplastaron contra el suyo y pudo enterrar las manos en las sedosas hebras de su cabello oscuro. Se le enganchó en las manos ásperas por el trabajo, un recordatorio, si estaba dispuesto a prestarle atención, de que no era para aquella mujer.

—Dime que pare —le pidió.

—No puedo —admitió ella sin aliento—. Que Dios me ayude, no puedo.

Patrick estaba perdido, consumido por la necesidad de besarla, de volver a sentir su sabor en los labios. Cuando apretó su boca contra la de ella, saboreó el suave sonido que hizo al hacerlo y se dio por vencido. Existiera lo que existiera entre ellos, pasara lo que pasara, no se trataba simplemente de que ella fuera suya. Él era suyo. Le pertenecía en cuerpo y alma.

El beso se convirtió en una entidad propia. Ardió como un incendio, consumiéndolos a ambos. Arrastrados por él, arrastrados por la tormenta, ambos se perdieron en su poder. La aplastó contra él, cada curva de su delicada figura quemándole como una marca, Patrick supo que ninguna otra mujer le encendería jamás como ella.

No podía resistirse a la tentación de su cuerpo. Habiendo visto cada delicioso centímetro de ella, sabía exactamente qué tesoros le aguardaban bajo el modesto vestido que llevaba. Con una mano en su cintura, la sujetó y la acarició con la otra, recorriendo sus curvas, y probó su reacción al rozar con el pulgar la parte inferior de su pecho.

A ella se le cortó la respiración, pero no se apartó. Con un movimiento más deliberado, cubrió la tierna protuberancia con la palma de la mano. Podía sentir el pico endurecido bajo su mano. Cuando Phoebe arqueó la espalda, apretándose más contra él, la necesidad de poseerla lo abrumó.

Una puerta se abrió al final del pasillo y se cerró en silencio. La

corriente de aire pasó junto a ellos. No apagó su ardor, pero fue un recordatorio eficaz de que había un momento y un lugar para lo que quería de ella, y en mitad de un pasillo no lo era.

Retrocedió, reacio a dejarla marchar, pero decidido a intentar ser el caballero que era por nacimiento y no el pirata que se había visto obligado a ser. Ella aún no era suya.

—Debo irme… Tengo que traer al doctor Corney para que atienda a lady Marion. Esto no ha terminado entre nosotros, Phoebe —advirtió, sus palabras eran a la vez una advertencia y una promesa.

—Así debe ser —aseguró ella—. No puedo ser tu amante y no debes tomarme como tu esposa. No quiero que alguno de nosotros salga herido, Patrick.

—Lo que deba o no deba hacer no me importa. Haré exactamente lo que me plazca y al diablo las reglas… Te deseo, Phoebe. Si creyera, por un momento, que tú no me deseas a mí, no volvería a hablar de ello.

Ella agachó la cabeza, sin mirarlo.

—Querer algo no significa que puedas o debas tenerlo.

—Continuaremos esta discusión cuando vuelva —dijo él con firmeza. No iba a permitir que negara algo que no solo ansiaban, sino que claramente necesitaban, por un equivocado sentido del decoro.



Phoebe observó su figura hasta que desapareció de su vista. Estaba atrapada. Abandonar la casa tras los sucesos del día anterior no era una opción. Aunque no le aguardaran peligros incalculables, no tenía adónde ir. Raven House había sido su hogar desde que era pequeña y falleció su padre.

No era a Patrick a quien tenía que resistirse. Era su propio cuerpo traidor. Ansias que nunca antes había experimentado impulsaban su comportamiento, haciéndola olvidarse de sí misma y de todo lo que sabía sobre el decoro. ¿Era una libertina si solo un hombre la afectaba así?

No era amor. No podía ser amor, no tan pronto, no cuando eran poco más que extraños el uno para el otro. Sin embargo, él la obligaba, su presencia la excitaba y seducía. Ella se sentía inexplicablemente atraída por él, como él por ella, al parecer.

La puerta al final del pasillo se abrió de nuevo. Era Josie. Le dirigió a Phoebe una mirada cómplice.

—El señor William está tocando los tambores de batalla, señorita. La busca a usted y a milord. Es mejor que no los vea juntos.

—¿Qué has visto, Josie? —inquirió en voz baja.

—No he visto nada, señorita. Pero no debería estar aquí sola. Volvamos a su habitación y luego, si lo necesita, la acompañaré a las habitaciones de lady Marion. Hay muchos peligros en estos pasillos —aconsejó la doncella—. Y algunos se ocultan mejor que otros.

Era una advertencia cuidadosamente formulada y no le faltaba razón. Phoebe también sabía que, si él volvía a besarla, todas las

advertencias del mundo serían inútiles para ella. Siguió a la doncella por el laberinto de pasadizos y corredores secretos que los sirvientes de Raven House utilizaban para cumplir con sus obligaciones. Se preguntó, quién más los utilizaría y con qué propósito. Pensó en Arthur, y en lo que pudiera ocultar en la buhardilla, y supo que tendría que arriesgarse.

—Josie, ¿hay algún pasadizo que lleve a la buhardilla de la zona este?

—Hay varios, señorita, pero ya nadie los usa. No confío en que sean seguros.

—¿Me lo enseñas? —Antes de que la muchacha se negara, añadió—: Ahora no. Sin embargo, durante la cena, me quedaré en mi habitación y pediré una bandeja. Después de lo de ayer, nadie lo cuestionará.

Josie se volvió entonces hacia ella en los pequeños confines del pasillo.

—Le mostraré el pasadizo, pero no irá sola. No otra vez.

Phoebe asintió con la cabeza. Sus papeles de sirvienta y señora solo las unían hasta cierto punto. Amigas y compañeras de juegos en la infancia, niñas que compartían sus sueños en una gran casa llena de tristeza, sus lazos iban más allá.

—Gracias, Josie. Tendré cuidado.

—Como debe ser, señorita… y mentí cuando dije que no había visto nada antes. Si un hombre me besara de esa manera, yo también perdería la cabeza. Parecía hambriento de usted y eso es lo que todas

soñamos, ser deseadas de esa manera, que un hombre sienta que moriría sin poseernos. No obstante, no deje que le ciegue demasiado.

Phoebe se sonrojó y agachó la cabeza.

—Está fuera de todo comportamiento aceptable.

—Sí, señorita, lo está. La gente como yo, de clase trabajadora, podemos dar nuestros cuerpos sin dar nuestros corazones. Somos más prácticos de lo que se educa a una dama. Sepa que, si él toma una mano, después querrá el brazo. Solo rezo para que no le rompa el corazón.

Llegaron a su habitación y no volvieron a hablar de ello. Phoebe se dio cuenta de que no podía. Le faltaban las palabras para expresar lo que sentía y lo que temía. Perder su corazón a manos de Patrick no era una opción, no cuando sus perspectivas eran tan limitadas.

Capítulo 9

Era tarde cuando Patrick llegó a York. El agotador viaje en el frío glacial había conseguido frenar su deseo por Phoebe. El médico, un hombre casi de su misma edad, se había interesado mucho por Patrick a bordo del barco. El doctor Corney había encontrado fascinantes sus historias de recuerdos olvidados y su pérdida de identidad. Al final, le dio a Patrick su dirección y la oferta de proporcionarle cualquier tratamiento que pudiera afectar a su memoria. Él solo podía esperar que la oferta de ayuda del doctor se extendiera a su familia.

La dirección fue bastante fácil de encontrar. La casa y la consulta del médico estaban situadas en un estrecho callejón de Shambles. El edificio de piedra era respetable, pero no grandioso. Al llamar a la puerta, le recibió una mujer bajita y redonda, vestida con una bata negra y con el pelo recogido en un nudo severo.

—Soy lord Bellingham y vengo a ver al doctor Corney —se presentó.

Los ojos de la mujer recorrieron su atuendo mal ajustado que

claramente pertenecía a un trabajador.

—¿Lord, dice usted?

—Sí, señora. Digo. Informe al doctor Corney de que estoy aquí —exigió Patrick, empujándola hacia la pequeña entrada.

La mujer parecía a punto de echarse atrás, erguida en toda la extensión de su diminuta estatura.

—Se lo diré. Y cuando diga que no lo conoce, gritaré para que venga la Guardia y se lo lleve.

—Haga lo que quiera, señora, en cuanto haya hecho lo que se le ha pedido.

La mujer se marchó enfadada, murmurando en voz baja acerca de «aquellos que no conocen su lugar». No tardó en regresar, con los ojos bajos y las mejillas sonrojadas.

—El doctor dice que le acompañe al salón y le lleve té.

Él notó que ella había dicho que el doctor le había dicho que lo hiciera, no que lo haría. Como estaba bastante seguro de que le servirían algo menos apetecible que té, declinó la invitación.

—Indíqueme dónde está el salón. No se moleste con la infusión.

Una vez en el pequeño salón, Patrick se sentó en un sofá de aspecto robusto y agradeció al cielo que el médico dispusiera de muebles más apropiados para soportar su peso que las delicadas piezas de Raven House.

Solo unos instantes después entró el doctor Corney. El hombre iba vestido de manera informal, con una chaqueta desabrochada y las

mangas remangadas.

—¡Patrick! ¿O debería dirigirme a usted como milord?

—Patrick está bien —respondió—. ¿Qué tal su nueva consulta en York?

El doctor suspiró.

—Lenta, buen amigo. Lenta. Parece que la gente de York no aprecia mis nuevos y poco ortodoxos métodos. Vienen a mí pidiendo que les desangre con sanguijuelas y me llaman loco o charlatán cuando me niego.

—Entonces, no será difícil persuadirle de que la abandone por un tiempo.

El médico se sentó en la silla frente al sofá.

—¿Por qué?

—Lady Marion Bellingham está enferma... tiene desmayos y le falta el aire. Su médico actual lo achaca a su edad y al debilitamiento de su corazón, pero no puedo evitar pensar que hay algo más.

—Esos síntomas son ciertamente indicativos de un corazón débil. ¿Por qué piensas lo contrario?

—No es tan mayor. Pero más que eso, es una corazonada, un presentimiento de que hay algo más siniestro en juego que su edad y el deterioro de su salud.

—¿Qué crees que ocurre?

Patrick se encogió de hombros.

—Tal vez solo esté enferma de verdad, pero los cuidados que se le proporcionan solo están enfocados a esperar su muerte, en lugar de curarla. No sabría decirlo. Solo sé que cada día está más débil y necesito sentir que he hecho todo lo que he podido por ella. —Hizo una pausa, dudando en admitir su mayor temor, pero tenía que decirlo —. Necesito alguna garantía de que mi regreso no le ha hecho más daño que bien.

El médico lo miró detenidamente durante un momento, como sopesando lo que decía.

—Es probable que no encuentre nada malo. Comprendo que acabas de reunirte con tu familia y la perspectiva de perder a tu madre tan poco tiempo después es… bueno, no necesitas que te diga lo que es.

—En ese caso, venga a Raven House. No porque pueda cambiar el curso de las cosas, sino para darme tranquilidad. Eso me lo debe usted.

El doctor Corney suspiró.

—Soy consciente de que te debo la vida y soy un hombre que paga sus deudas… Aceptaré acompañarte a Raven House y veré a lady Marion con una condición.

—¿Y cuál es?

—Debes permitirme intentar las técnicas de Mesmer[1] contigo para desbloquear tus recuerdos ocultos. Creo que podría funcionar o no insistiría tanto.

Patrick no creía en el trabajo de Mesmer. El doctor lo había

discutido con él a bordo del barco e, incluso entonces, la noción le había parecido increíble.

—¿Cree realmente en el magnetismo animal?

—No en el sentido místico, no —aclaró el doctor—. Pero sí creo que la mente es una máquina misteriosa y maravillosa. Creo que tus recuerdos aún existen y que, con la concentración y la dirección adecuadas, podrían desbloquearse. Las técnicas de Mesmer son sólidas, aunque pienso que su teoría está sesgada. ¿Lo intentarás?

—Haré lo que sea necesario —prometió Patrick—. Pero debo decirle que he empezado a tener destellos de memoria, han vuelto imágenes de mi infancia... solo unas pocas, pero han sido verificadas por otras personas que estaban presentes.

—¿Y las pesadillas? —se interesó el doctor—. Cuando te traté tras la herida de la cabeza, sufrías mucho de ellas.

—Continúan, pero son la menor de mis preocupaciones... Debo regresar a Raven House. No todo el mundo está encantado de que haya vuelto y aquellos que me han mostrado su apoyo pueden estar en peligro. Se lo advierto porque no deseo que entre en la mansión y luego huya inmediatamente.

El médico sonrió.

—Practiqué la medicina en una guarida de piratas, milord. El peligro es la sal de la vida.

No. Las mujeres encantadoras, de pelo oscuro, con corazones compasivos y sonrisas amables eran la sal de la vida. Pero él no diría eso.

—¿Cuándo partirá hacia Raven House, doctor?

—Saldré mañana y estaré allí por la tarde para examinar a la paciente. Si eso es suficiente. ¿Puede esperar a otro día?

—Creo que sí… pero yo no permitiría que esperara mucho más. Podría equivocarme, pero mi instinto me dice que hay algo antinatural en la enfermedad de lady Marion —aseveró Patrick, dando voz al miedo que le atormentaba.

—Llegaremos al fondo del asunto. Lo juro.

Patrick abandonó la casa del doctor al cabo de unos instantes y se dirigió a la caballeriza para recuperar su montura. El viaje de vuelta era largo y no llegaría hasta el anochecer.



Phoebe se sentó en su tocador. Había pasado la mayor parte del día confinada en su habitación. Aparte de una breve visita a lady Marion, que parecía muy cansada. Después, una vez más, se recluyó en su cuarto. No quería arriesgarse a otro encuentro con William, sobre todo porque Patrick estaba lejos de la mansión y no acudiría en su ayuda.

Sonó el gong de la cena y su estómago se revolvió mientras los nervios la dominaban. Pero Josie entró entonces en la sala y ella supo que era demasiado tarde para echarse atrás.

—¿Está segura de que quiere ir a husmear, señorita? —preguntó Josie—. Puede que encontremos algo que no queramos saber.

—Queramos saberlo o no, si hay algo bajo este tejado que suponga un peligro para lady Marion o para el resto de nosotros, tenemos que averiguarlo. —Se puso en pie, respiró profundo y añadió —: No puedo permitirme el lujo de la cobardía, Josie. Por mucho que me gustaría tenerlo. Alguien intentó matarme y temo que lo que sea que esté ocurriendo en la buhardilla, podría estar relacionado. Estos pasadizos son la mejor manera de averiguarlo sin ser detectada.

Josie cogió el candelabro de la mesa y se dirigió a un pequeño panel oculto cerca de la chimenea.

—Todos estos túneles están conectados. Es conveniente en algunos aspectos, pero peligroso en otros. Es fácil perderse una vez que estás en ellos. No hay ventanas. No hay más luz que la que llevas encima. Nunca intente esto por su cuenta, señorita. ¿Me lo promete?

Ella tembló al ver el pequeño y estrecho espacio. No podía imaginar que alguna vez sería lo suficientemente valiente como para entrar sola. El olor a moho, las telarañas y el sonido de los correteos la hicieron estremecerse.

—Te doy mi palabra —le aseguró.

En silencio, entraron en el pasadizo, con Josie al frente. Un estrecho pasillo tras otro, atravesaron el ala familiar y se dirigieron a la buhardilla. El túnel giró bruscamente a la izquierda y dio paso a una pequeña escalera. Era tan estrecha que sus caderas rozaban cada pared al subir los peldaños.

—¿Cómo demonios...?

Josie la hizo callar bruscamente.

—Si tiene que hablar, susurre. Los pasillos están ocultos, pero las paredes son finas, señorita. Seguro que la oirán más allá.

Phoebe asintió y continuaron subiendo hasta que se mareó y se quedó sin aliento. Cuando llegaron arriba, había una pequeña franja de luz pálida que se filtraba por debajo de un panel.

Josie se volvió hacia ella y le puso un dedo en los labios para recordarle que guardara silencio. Phoebe volvió a asentir.

Lentamente, cada movimiento cuidadoso y medido, la doncella retiró un pequeño panel de la puerta. Solo tenía dos centímetros de ancho, si acaso. Dejaba el espacio justo para asomarse a la habitación. ¿Era así como los criados se las arreglaban para aparecer y desaparecer sin ser vistos por nadie? ¿Podían asomarse a la habitación antes de entrar para asegurarse de que no molestaban a los residentes?

Cuando la criada retrocedió, Phoebe acercó la cara a aquel pequeño portal y examinó con curiosidad la habitación que había más allá. Estaba claramente habitada. Había botellas de brandy y vino sobre una mesa. A su alrededor se amontonaban libros, mapas y cartas que no pudo reconocer desde tan lejos. La cama que había más allá estaba arrugada y las sábanas amontonadas en desorden. Pero no ardía fuego en la rejilla, así que estaba claro que quienquiera que estuviera utilizando la cámara no tenía intención de volver pronto.

—Quiero verlo más de cerca —le dijo a Josie.

La criada negó con la cabeza.

—¡Es demasiado peligroso!

—El carbón de la rejilla está muy frío, Josie. Arthur, sea lo que

sea para lo que utiliza esta habitación, no tiene intención de volver pronto —argumentó ella—. Enséñame a entrar.

Josie dejó escapar un largo suspiro y, de mala gana, hizo lo que le pedía. Abrió la pequeña puerta oculta y permitió que Phoebe pasara a la habitación, siguiéndole los talones.

—No tienes que venir, Josie. Puedo hacerlo sola —le advirtió en voz baja, mientras se acercaba a la mesa y examinaba los libros y papeles que la cubrían.

Si la pillaban, le regañarían. A la pobre Josie podrían echarla directamente. La respuesta de la criada, con los ojos en blanco, fue un testimonio perfecto de su larga historia juntas.

Sobre el escritorio, Phoebe encontró planos de la propia mansión, libros sobre su historia y mapas que delineaban la propiedad. Lo más inquietante eran los tratados de derecho que trataban específicamente de cómo declarar muerta a una persona. Su intención era declarar muerto a Patrick y reclamar el título para sí, eso estaba claro. ¿Habían cambiado sus planes ahora que Patrick había regresado?

Josie se había puesto de centinela en la puerta, vigilando la escalera en busca de cualquier señal del regreso de Arthur. De repente se volvió, con los ojos muy abiertos y asustada.

—Viene alguien —siseó.

Phoebe abandonó el desorden y se apresuró a acompañarla. Apenas habían conseguido ocultarse de nuevo tras el panel cuando se abrió la puerta. Sin embargo, no fue Arthur quien entró. Era Priscila,

la esposa de William. Vestida con su camisón y un pañuelo, su largo cabello castaño estaba peinado hasta brillar y caía sobre sus hombros.

Josie se volvió hacia Phoebe con las cejas levantadas y articuló las palabras sin decirlo: «¿Lo sabía?».

Ella negó con la cabeza. Por supuesto que no lo sabía. ¿Quién podía saberlo? Como para confirmar sus sospechas, Priscila se quitó la envoltura y se tumbó en la cama, adoptando una postura que solo podía calificarse de seductora.

Unos instantes después, la puerta volvió a abrirse y entró Arthur. No se detuvo ni pareció sorprendido por la presencia de su cuñada. Claramente, la había esperado, ya que inmediatamente comenzó a quitarse la ropa.

—Tenemos que irnos... ahora —pronunció Phoebe en el más suave de los susurros.

Josie asintió con la cabeza y comenzó a guiarla por el pasadizo, con pasos ligeros y cuidadosos. Siguiendo su estela, Phoebe se quedó atónita ante lo que acababa de ver.

Nunca, fuera de aquellas habitaciones y de lo que acababa de presenciar, Priscila y Arthur habían dado el menor indicio de conocerse, y mucho menos de intimar. Si podían ocultar algo tan importante con tanto éxito, ¿qué más podrían estar escondiendo?

Una vez de vuelta en la seguridad de su habitación, polvorienta y cubierta de telarañas, se encontró con la mirada interrogante de la criada.

—¿Hay alguien en esta casa que no guarde secretos?

—Lo dudo mucho, señorita. Vamos a que se asee antes de acostarse… y no más aventuras esta noche. No más aventuras hasta que regrese milord.

Phoebe suspiró.

—Ya debería haber regresado. Solo iba a York. ¿Crees que puede haber pasado algo?

Josie no la miró, sino que apartó la vista. Era un gesto revelador, aunque ofreciera una explicación razonable.

—Los caminos aún están embarrados… podría haber tardado más de lo previsto en llegar. Probablemente paró en una posada para pasar la noche y seguirá por la mañana. Seguro que no hay de qué preocuparse.

Sentada en su tocador, con Josie quitándole las telarañas del pelo, Phoebe no estaba tan segura.

—Espero que tengas razón. No me gustaría pensar que pudiera haber ocurrido algo desagradable.

—Todo se arreglará —reiteró la doncella, trenzando su cabello en una gruesa trenza.

—Le tiene mucho cariño, ¿verdad? Más de lo que imaginaba.

—No es algo que pueda expresar con palabras… no es cariño ni afecto ni nada tan simple. Me siento atraída por él, obligada a estar cerca de él. Es absolutamente aterrador —admitió con suavidad—. No puedo correr ese riesgo, Josie.

—Los asuntos del corazón a menudo lo son… pero si no asusta

un poco, no importa lo suficiente como para arriesgarse.

Un suave golpe en la puerta interrumpió su conversación inoportunamente familiar. La criada abrió la puerta al mayordomo, que frunció el ceño ante su aspecto polvoriento, pero no dijo nada. Se volvió hacia Phoebe y pronunció unas palabras que hicieron que su corazón palpitara en su pecho.

—Perdóneme, señorita Phoebe, no deseaba angustiarla con la noticia y la señora Bellingham no se encuentra en su habitación. La montura de lord Bellingham ha regresado… pero él no.

Phoebe se obligó a pensar, obligó a su mente a trabajar y no simplemente a ceder bajo el peso del pánico que sentía.

—Si estaba lo bastante cerca como para que el caballo volviera por sí solo, probablemente se encuentre dentro de la propiedad o en el camino cercano. Que salgan los lacayos, los mozos de cuadra, todos los hombres con lámparas y antorchas para buscarlo. Si se ha caído del caballo, y no está malherido, los oirá buscarle y les guiará hasta su posición.

El mayordomo asintió.

—Sí, señorita. Me ocuparé de ello inmediatamente.

Miró de nuevo a Josie cuando la puerta se cerró tras él.

—Cuando Arthur entró en la buhardilla, llevaba una pistola, ¿verdad?

La doncella palideció mientras asentía.

—Sí, señorita. La llevaba… y tenía barro en las botas.

Capítulo 10

Patrick se agachó detrás del árbol y se agarró el hombro herido. Estaba a poca distancia del Raven House, pero era revelador que el primer peligro que encontró estuviera tan cerca. El disparo resonó en la oscuridad y sintió su calor al pasar junto a él. Le siguió otro, que le rozó el hombro y le arrancó un buen trozo de piel. El caballo se encabritó, lo arrojó al barro y salió disparado hacia la mansión.

En lugar de arriesgarse a tomar el camino y seguir a la intemperie, Patrick se pegó a los árboles. Corrió de sombra en sombra y se encaminó hacia la silueta oscura de la mansión.

Había avanzado muy poco cuando oyó gritos. Vio lámparas que emergían sobre la colina y supo que era gente que lo buscaba desde Raven House. Bendijo al inútil jamelgo que había montado, por volver a sus familiares establos, y se dirigió hacia el grupo de búsqueda.

Se encontró con un lacayo de aspecto aterrorizado en un claro a no más de cien metros de distancia. El muchacho estaba blanco como el papel y claramente asustado.

—¿Qué diablos te hace temblar? —le preguntó.

—Estos bosques no son lugar para que un hombre esté en la oscuridad, milord —confesó el muchacho—. Están llenos de bestias y

banshees[2].

—De lo único que están llenos estos bosques es de cazadores furtivos… Uno me disparó y me tiró del caballo. —Patrick no creyó ni por un momento que se tratara de un cazador furtivo y que no le hubieran disparado intencionadamente. Pero no tenía mucho sentido delatar sus sospechas hasta que tuviera pruebas más fiables—. Dirige el camino de vuelta… Jones, ¿verdad?

—Sí, milord —dijo el chico—. Por aquí, milord.

Siguió al muchacho mientras gritaba a los demás que la búsqueda había terminado. Solo unos instantes después, metido en la parte trasera de un carro, rodando sobre el suelo embarrado, se acercaba a la grande e imponente entrada de la mansión.

El mayordomo abrió la puerta y Patrick bajó de un salto del carro y subió los escalones.

—Gracias por enviar a los mozos a buscarme, Russell —dijo al llegar al vestíbulo.

—No me lo agradezca, milord. Fue la señorita Phoebe quien dio la instrucción.

—¿Y usted se lo pidió?

Russell negó con la cabeza.

—No, milord. Simplemente le informé de que su montura había regresado sin jinete y ella tomó la iniciativa.

—Entiendo que no buscara a lady Marion, dada su frágil salud. ¿Pero por qué no le pidió a William su opinión?

—No está aquí, milord. Se fue después de la cena y no hemos podido encontrarlo, como en el caso de la señora Bellingham —admitió el mayordomo.

No era una prueba, pero sin duda solidificaba sus sospechas.

—Me rozó una bala perdida... Cazadores furtivos, sin duda.

El mayordomo frunció el ceño.

—Aquí nunca hemos tenido problemas con cazadores furtivos, milord. Pero si dice que fueron cazadores furtivos, ciertamente debe haberlo sido.

—El doctor Corney vendrá mañana. Le pediré que me cure la herida más a fondo, pero necesitaré que alguien me ayude a vendarla esta noche, si es tan amable.

—Si milord tuviera un ayuda de cámara... —empezó el mayordomo.

—Si tuviera un ayuda de cámara, echaría un vistazo a mi ropa ajada y a mis maneras ásperas y saldría corriendo. Sin ayuda de cámara, Russell. Envíeme al ama de llaves o a alguien que no se desmaye al ver sangre.

—Sí, milord.

Patrick subió las escaleras de dos en dos y se dirigió a su habitación. ¿Dónde estaba William? ¿Qué demonios estaba tramando?

Una vez en su habitación, Patrick consiguió quitarse la chaqueta, pero deshacerse la camisa era inútil. Habría que rasgarla, ya que no podía levantar los brazos por encima de la cabeza. Tomó asiento cerca

de la chimenea y se sirvió una copa de brandy de una botella que había sacado antes. Lo necesitaría para lo que se avecinaba.

Cuando llamaron a la puerta, se detuvo con la copa a medio camino de los labios.

—Adelante —ladró.

La puerta se abrió lentamente y él bebió un buen trago del ardiente líquido. No era el ama de llaves, como esperaba, sino Phoebe. Su criada la acompañaba con una bandeja de provisiones.

Ella arqueó una ceja, claramente poco impresionada por su tono grosero.

—Si es así como pretendes dirigirte a los sirvientes, me imagino que tendremos que acostumbrarnos a un flujo interminable de nuevo personal entrando y saliendo de la mansión —reprendió.

—¿Estás aquí para ponerme una venda o para llevarme la contraria? —La pregunta carecía de acritud, pero contenía una buena dosis de sarcasmo.

—Ambas cosas parecen ser necesarias por igual —respondió con el mismo sarcasmo y una ceja imperiosamente arqueada.

—Entonces tendré que tolerarlas a las dos, supongo —espetó él y rellenó generosamente su vaso.

La estaba pinchando a propósito, intentando meterse en su piel. Era perverso y contrario, pero como ella le había atormentado durante casi todo el día con su implacable presencia en su mente, se sintió obligado a buscar su mezquina venganza.

—Puede que quieras guardar algo de eso para la herida —le aconsejó—. Entumecido, desde luego, lo entiendo, pero completamente borracho es innecesario.

Patrick pensó en volver a replicar, pero ser intencionadamente provocador con alguien que estaba cuidando de una herida que podía infectarse era una estupidez por su parte. De mala gana, dejó el vaso.

—Puedes irte. Tu doncella me ayudará.

Los ojos de la muchacha se abrieron de puro terror ante la sugerencia. Phoebe negó con la cabeza.

—A Josie no le gusta ver sangre. Me temo que tendrás que conformarte con mis menos que tiernas atenciones.

—Dame tus tijeras —pidió—. Tendré que cortar la camisa.

—Lo haré yo —insistió ella y la cogió de la bandeja.

Discutir era inútil. Estaba aprendiendo que Phoebe haría precisamente lo que le diera la gana, independientemente de cualquier protesta que él hiciera en sentido contrario. Era la mujer más testaruda que había conocido. Solo podía estar agradecido, supuso, de que hubiera hecho caso al sentido común y permanecido a salvo tras los muros de Raven House durante el día, en lugar de convertirse en un blanco fácil para posibles atacantes.

Las hojas de las tijeras estaban frías contra su piel cuando ella cortó cuidadosamente la camisa, quitando primero los trozos cercanos a la herida. Se puso tenso anticipando su respuesta. ¿Le daría asco? ¿Las capas de cicatrices de su espalda la harían salir corriendo de la habitación? No sería la primera mujer que sintiera repulsión al verlo,

pero era la primera vez que la repulsión de una mujer heriría más que su orgullo.

Ella no jadeó. De hecho, no emitió ningún sonido. Él la sintió tensa, sintió que cada músculo de su cuerpo se endurecía junto a él. Ni siquiera se le escapó un suspiro. Durante lo que pareció una eternidad, ella simplemente permaneció allí. Finalmente, después de ese largo e interminable momento, exhaló.

—No hay forma de salvar esta camisa —murmuró—. La bala de la pistola, si es que fue eso y no un mosquete, arrancó bastante tela. Entre la sangre y el destrozo que he hecho con mis tijeras, no servirá más que para el cubo de los trapos.

No suspiró con alivio, pero estaba ahí, una corriente que corría entre ellos bajo las mundanas palabras que pronunciaban.

—Para empezar, servía para poco más que eso. No esperaba que se pudiera salvar.

—Hay algunas cosas en el ático que pertenecieron a lord Fenton… tú y él sois de tamaño similar. Haré que las traigan —murmuró ella mientras presionaba la herida con un paño frío y húmedo.

Él exhaló un suspiro agudo.

—¿Qué demonios es eso?

—Solo agua con hierbas para evitar que la herida se infecte. También ayudará a que la sangre coagule y ralentizará la hemorragia.

—Pues quema como el fuego —protestó.

Phoebe cerró las manos en un puño para evitar que temblaran. Le habían dicho, por supuesto, que su espalda tenía cicatrices de los azotes. Incluso se había hecho una idea de cómo serían. La realidad era muy distinta e infinitamente más brutal.

Aunque no lo había visto todo, la piel descubierta por la tela cortada de su camisa revelaba gruesas crestas de tejido cicatricial donde su carne había sido literalmente azotada casi hasta el hueso. La agonía debía de ser insoportable y estaba claro que era un castigo que había soportado más de una vez.

—Entonces, tal vez, deberías tomar otro brandy —sugirió suavemente. Era casi imposible hablar con normalidad cuando lo único que deseaba era tocar su maltrecha carne y llorar por lo que había tenido que sufrir—. Josie, trae la bandeja y puedes irte. Va a requerir sutura y el cielo sabe que no puedo atenderte en un desmayo.

La criada hizo lo que le ordenó. Se marchó con rapidez y sin mirar atrás. Cuando la puerta se cerró tras ella, Patrick habló primero.

—Puedes dejar de fingir que no es chocante o incluso algo peor —dijo en voz baja. —Sé lo que parece. He vivido con ello el tiempo suficiente.

—Parece crueldad y brutalidad. Nada más —replicó ella. —Esas son cosas de las que me he librado felizmente en mi existencia aquí. Siento que tú no.

—Me gané todas las marcas… No pienses ni por un momento que no lo hice. El capitán tomaba trabajo legítimo cuando podía conseguirlo y menos legítimo cuando no lo era. Yo era un tripulante

en poco mejor que un barco pirata. Robábamos y saqueábamos todos los barcos que llegaban a Freeport y podíamos atrapar.

—¿Y por eso te azotaron? ¿Te castigaron por piratería? —preguntó ella.

—No. Me azotaron porque era el miembro menos necesario de la tripulación en ese momento y se me podía perdonar.

—No lo entiendo —dijo ella.

—No importa —respondió él en voz baja—. De todas formas, parece que fue hace cien años. En este momento, solo puedo estar agradecido de no haber sido ahorcado en su lugar. Piedad, lo llamaban.

—¿Y cómo lo llamaste tú?

Se echó a reír, pero fue un sonido carente de humor.

—Nada. Perdí el conocimiento después del segundo latigazo. El capitán me dijo que me desmayé como una dama. Cuando terminó, recogieron mi cuerpo ensangrentado, me llevaron de vuelta al barco y me arrojaron a una pequeña litera para que me recuperara o muriera.

Phoebe no hizo más preguntas mientras aplicaba una compresa a la herida, una mezcla de hierbas que el ama de llaves tenía a mano para aquellos casos. La aplicó suavemente sobre la piel y luego colocó una compresa de lino para mantenerla en su sitio. Así ayudaría a adormecerlo y aliviar el dolor antes de cerrar la herida.

—Aunque me alegro de que no te ahorcaran, y de que sobrevivieras a tu terrible experiencia, no llamaría misericordioso a

semejante trato.

—No soy un santo... Tampoco soy un pobre niño, que fue víctima de que lo pusieran en el camino de una vida de crimen, Phoebe. Cometí muchos crímenes, aunque no fueran por los que me azotaron. —Las palabras fueron pronunciadas como una advertencia—. Tal vez carezca de la misma crueldad que viste en mí de niño, pero no soy un buen hombre. No lo he sido.

—Has sido bueno conmigo —contradijo ella—. Me has salvado dos veces de destinos terribles. ¿Por qué estás tan decidido a ponerme en tu contra? —Phoebe continuó mientras enhebraba cuidadosamente su aguja. Cogió el brandy y empapó en él un paño limpio antes de utilizarlo para limpiar la aguja, que luego sostuvo sobre el fuego. Eran técnicas que le había enseñado su antigua ama de llaves. No tenía ni idea de su importancia ni de por qué debían seguirse. Aun así, completó el ritual como había aprendido—. Ninguno de nosotros es bueno o malo, Patrick. Simplemente somos personas que hemos estado en extremos... ya sea bondad y compasión o crueldad y brutalidad. Las semillas de todo existen dentro de nosotros. Lo que sea que hayas hecho en tu vida, no es la definición de lo que eres.

Él suspiró pesadamente.

—No sabes de lo que hablas y no me gustaría que lo supieras. Te han protegido de gran parte de la fealdad de este mundo, aunque no lo suficiente para mi gusto.

—Quédate quieto —ordenó—. Ahora tengo que suturar la herida. —Le atravesó la carne con la aguja, luchando a veces para

guiarla a través de la más gruesa de las cicatrices—. No soy una niña, Patrick. Soy muy consciente de que hay fealdad en este mundo, al igual que soy muy consciente de que me he librado de mucha de ella. No insultes mi inteligencia, o mi sentido de la gratitud, insinuando que soy demasiado estúpida para darme cuenta de la suerte que he tenido.

—Es de tontos insultar a una mujer que tiene mi vida en sus manos —concedió él, girando ligeramente la cabeza para mirarla—. Y no creo que seas tonta. Ni mucho menos.

Phoebe le puso la mano en el pelo y giró de nuevo su cabeza hacia delante.

—Estáte quieto. No puedo darte unas puntadas si sigues moviéndote así... Y no permitiré que se infecte la herida, simplemente porque no has podido hacer caso a una simple instrucción.

Ella sintió su sonrisa, pero no la vio. Obedientemente, mantuvo la cabeza girada hacia delante y la dejó trabajar. Era muy distinto coser la carne de un hombre que bordar sábanas. Cuando terminó, le temblaban las manos y el estómago se le revolvía furiosamente.

Cansada, se hundió en otra de las pequeñas sillas que flanqueaban la chimenea y deseó que se le pasaran las náuseas. Ya estaba hecho. La herida, en conjunto, había sido relativamente leve, pero eso no significaba que estuviera a salvo. Tendría que ser vigilado de cerca para evitar la fiebre.

Entonces la miró.

—Esto ha sido demasiado para ti —dijo—. Este tipo de cosas no

debería haber caído sobre tus hombros.

—No soy tan frágil —protestó—. Había que hacerlo y no había nadie más para ocuparse.

—¿En una casa llena de sirvientes, no había nadie más?

—¿Hubieras preferido a uno de ellos? ¿De verdad? —Lo miró con fijeza—. Ya se hablaba de tus cicatrices. ¿Hubieras preferido que mandara subir a uno de los criados y que fuera con cuentos a todos los de abajo?

—¿Qué me importa lo que digan? —desafió él—. ¡Mejor que cotilleen ellos a que tú pases por esto!

Ella no hizo caso a su comentario, en su lugar, prefirió cambiar de tema.

—He encontrado una información que puede ser útil.

Él entrecerró los ojos.

—¿Cómo te has topado con información cuando no debías salir de esta casa?

—No salí de la casa… Accedí a la buhardilla por los pasadizos que utilizan los criados. Josie me ayudó —explicó. Era algo difícil de soltar, hablarle de cosas tan íntimas mientras estaban solos en su habitación, independientemente de las circunstancias—. Priscila es… ha estado teniendo una aventura con Arthur. ¡Y hay más! Hay documentos esparcidos sobre el escritorio donde alguien ha estado investigando los medios necesarios para que te declaren legalmente muerto y que el título pase a Arthur.

—¡Por supuesto que quieren eso!

—William ha insistido, sí, pero no puedo entender por qué Priscila y Arthur se centrarían en esa tarea juntos. Me temo que las maquinaciones que ocurren bajo este techo son mucho más profundas de lo que podemos imaginar, Patrick. Y no puedo evitar sentir que ese imaginario cazador furtivo que te disparó en el hombro forma parte de ellas.

Cuando habló, su voz era mortalmente tranquila.

—No vuelvas a ponerte en peligro... por ningún motivo.

—¡Necesitábamos saber qué pasaba en esa buhardilla! —protestó ella, frustrada y furiosa con él por ignorar lo que le parecía información vital.

—¿Necesitabas saberlo? —preguntó él—. Lo que necesitabas era estar a salvo.

—Estás siendo ridículo. Había muy poco riesgo.

Phoebe no tuvo tiempo de responder cuando la agarró por los brazos y la levantó, mientras se cernía sobre ella. Los separaban escasos centímetros y pudo oler el brandy en su aliento.

—No hay nada en esta casa, ni la riqueza ni el título, ni siquiera toda la maldita finca vale el riesgo que corres... ¡nada de eso!

No hubo tiempo de preguntar qué quería decir. A pesar de su estado herido y de la no poca cantidad de brandy que había consumido, se movió con rapidez, apretando sus labios contra los de ella en un beso que la abrasó hasta el alma. Le ardía todo lo que

tocaba. La dejó temblorosa y sin aliento, aferrándose a él con una desesperación que no comprendía. Cada vez que la tocaba, avivaba la tensión que se había ido acumulando en su interior desde su llegada, aumentándola, intensificándola hasta que sintió como si fuera a destrozarse.

Sus labios se movieron vorazmente sobre los suyos, pero no se detuvieron ahí. Recorrieron su mandíbula, bajaron por la columna de su cuello y, cuando presionaron el pulso que latía justo al lado del hueco de su garganta, sintió que le flaqueaban las rodillas. Si él no la hubiera sujetado con tanta fuerza, se habría derrumbado a sus pies.

No eran los sentimientos suaves o románticos que ella había anticipado. No era el amor suave o el deseo del que hablaban los poetas. Era más oscuro, más devorador, más primitivo que todo eso. Cuanto más daba él, más ansiaba ella.

Por voluntad propia, sus manos se introdujeron bajo los jirones de su camisa, sintiendo el calor de su piel, el vello que cubría una carne firme tan diferente de la suya. Él era más peligroso para ella de lo que podría ser cualquier otra cosa. La volvía temeraria, daba volumen y fuerza a aquella vocecita que susurraba dentro de su mente que simplemente cediera a la tentación. Y se sintió tentada, terriblemente tentada.

Se acercó más y la abrazó con más fuerza. De algún modo, la había llevado hasta la pared y pudo sentir la firmeza de la piedra en su espalda. Como las rodillas le flaqueaban, el apoyo adicional fue bienvenido.

Phoebe no podía pensar. En realidad, apenas podía respirar. El corazón le latía con fuerza y la sangre le corría por las venas hasta marearla... O tal vez fuera simplemente el calor. Su cuerpo ardía, un fuego se acumulaba en su vientre y se extendía hacia el exterior hasta que sus miembros languidecieron.

Él se apartó de ella y respiró hondo y de forma entrecortada.

—No podemos seguir así.

—¿He hecho algo mal? —Ella no quería que terminara. Quería que él siguiera besándola hasta que ambos se quedaran sin aliento y sin fuerzas.

Apretó su frente contra la suya, una leve sonrisa jugueteando en sus labios, perfectamente enmarcada por la sombría oscuridad de la barba del día.

—No has hecho nada malo, Phoebe. Ni mucho menos. Cuando te beso pierdo todo el sentido de la razón... Quiero más y más de ti, pero no creo que estés preparada para lo que eso significa.

Ella no ignoraba por completo lo que él quería decir. Habiendo crecido en el campo, lo básico del conocimiento carnal le era al menos familiar, y los susurros de las criadas de salón le habían llenado algunos espacios en blanco. Pero no era el acto físico lo que la hacía dudar.

Nunca podría haber nada duradero entre ellos. Su posición y la precaria naturaleza de las finanzas de la finca no lo permitirían. Y por muy doloroso que fuera imaginarse dejándole marchar, la idea de hacerlo después de compartir tanta intimidad la dejaba temblorosa y

asustada. No le gustaba que le rompieran el corazón. Sin embargo, era plenamente consciente de que él ya tenía el poder para hacerlo.

—Debería irme —susurró, bajando la mirada—. Sin duda, Josie me estará buscando.

Capítulo 11

Patrick la sintió retirarse. Era como si de repente hubiera surgido un muro entre ellos.

—No hagas esto —le dijo en voz baja—. Esto no es más que una pausa en el baile que hemos iniciado desde que te vi por primera vez.

—Esto no es prudente —replicó ella—. Sea lo que sea esta atracción entre nosotros… ambos sabemos que no puede ir más allá. Seguir poniéndonos en situaciones en las que estaremos solos juntos… estamos tentando al destino, Patrick. No puedo arriesgarme.

—¿Qué es lo que estarías arriesgando? —preguntó. Había dejado de hacer el amor por un equivocado sentido del honor, porque creía que a una mujer como Phoebe había que cortejarla despacio y con mucho más romanticismo y ternura de lo que él era capaz. Parecía que solo había complicado una situación ya de por sí delicada.

Ella lo miró y sus ojos grises y tormentosos revelaron mucho más de sí misma de lo que pretendía. Todo lo que sentía y todo lo que temía estaba allí para que él lo viera. Le hizo sentir humilde y le aterrorizó a la vez.

—Ya tienes el poder de romperme el corazón… si te lo permito. Y si intimo contigo sería eso lo que pasaría. No puedo dar mi cuerpo sin dar mi corazón y tú no estás en una posición que te permita aceptarlos a ambos —terminó con tristeza.

—Los únicos obstáculos en nuestro camino son los que tú pones —contraatacó él con rabia.

—La finca…

—¡Maldita sea la finca! —gruñó—. Si esto es lo que significa ser un Lord, que otros me digan lo que puedo y no puedo hacer y lo que puedo y no puedo tener… bueno, entonces no es tan diferente de ser un marinero, ¿no? Lo dejaría mañana mismo, Phoebe.

—No puedes —objetó ella, con la voz temblorosa por las lágrimas no derramadas—. No podemos ser tan egoístas. Destruiría a lady Marion que volvieras a ella solo para verte desaparecer de nuevo. Y hay otras consideraciones, Patrick. Viste el pueblo cuando viniste aquí la primera vez y cuando saliste para York esta mañana. Has visto cuánto necesita la finca a alguien que anteponga las necesidades de los inquilinos.

Dio un paso atrás, pasándose las manos por el pelo. Los había visto y no podía sino reconocer su punto de vista. Las granjas y los negocios deberían ser rentables, pero toda la zona parecía bastante abandonada y descuidada. William estaba ansioso por cobrar las rentas, pero era mucho más reacio a proporcionar el mantenimiento y el cuidado necesarios para que los inquilinos prosperaran. Era avaricioso y conseguiría que lady Marion lo perdiera todo. También

daba crédito a la teoría de Phoebe de que los fondos se dirigían a otra parte. Pero él no era el héroe de nadie. Necesitaba que ella entendiera eso de él.

—Soy un hombre egoísta, Phoebe. Encontraré la manera de tener lo que quiero, en algún momento.

—¿Y qué es eso? ¿Un revolcón conmigo como si fuera una moza de taberna? —le preguntó enfadada—. No estoy disponible para eso y tú no eres libre de ofrecerme otra cosa.

—¡No, maldita sea! Eso no es lo que quiero.

—Eso es todo lo que podríamos tener —afirmó con rotundidad —. Y no estoy dispuesta a conformarme, por eso no podemos continuar así. Al final, tendrás que casarte según las necesidades de la hacienda y yo no puedo… —Se detuvo y respiró entrecortadamente—. No puedo darte mi cuerpo sin darte mi corazón, sobre todo sabiendo que algún día otra persona será tu esposa y tendrá tus hijos.

Patrick levantó las manos.

—¿Por qué insistes en poner obstáculos en nuestro camino? La única persona que insiste en que me case con una heredera eres tú. ¿Por qué? ¿Qué razón hay para eso?

—William lleva años insistiendo en que la finca está al borde de la ruina…

—Sí, y lo está. Lo ha estado durante casi una década. Esta finca siempre fue rentable hasta que él se hizo cargo de la gestión de la misma. Una vez que se la arrebaten, volverá a serlo —respondió.

—Pero una heredera…

Se echó a reír, aunque su risa no mostraba diversión. Había malicia en ello.

—¿Qué heredera me querría? Nací caballero, sí. Pero no he vivido como tal. Tengo una finca en ruinas, modales y porte propios de un obrero y un cuerpo tan lleno de cicatrices que la mayoría de las mujeres se desmayarían al verlo. No quiero a una señorita débil de voluntad, aunque las arcas de su familia llenen el gran salón.

—Eres lord Bellingham, Patrick, y hay responsabilidades. No estás siendo razonable.

—¿Por qué no? —gritó—. Y me importa un bledo ser lord Bellingham. Viví casi dos décadas de mi vida sin saber quién era más allá de un nombre de pila. Puedo volver a serlo con la misma facilidad.

—Entonces, ¿por qué has venido aquí? Si no fue para ser lord Bellingham y reclamar tu posición, ¿por qué?

—Porque quería saber a dónde pertenecía, de dónde venía, y porque, Dios me ayude, de alguna retorcida manera creo que te estaba buscando a ti.

Aquellas palabras le llegaron al alma, le ofrecían una esperanza a la que no se atrevía a dar alas.

—La gente de este pueblo, los inquilinos de esta finca, te necesitan. No se trata de lo que tú quieras.

—No, se trata de lo que necesito… de lo que ansío. Se trata de lo

que necesito para sobrevivir —aclaró, con las palabras saliendo entre dientes apretados—. Me casaré contigo, Phoebe Foreman, o no me casaré.

Ella no podría haberse quedado más atónita si él le hubiera dicho que era el arzobispo de Canterbury. Se había hablado de matrimonio, pero solo en el contexto de que él se casara con otra persona. Nunca antes había hecho declaraciones sobre sus intenciones hacia ella.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

Ella necesitaba hacer la pregunta, odiándose por ello, pero necesitando desesperadamente saberlo.

—¿Me quieres?

Él la miró, con las manos en las caderas, la postura rígida por la ira y la mandíbula tan apretada que era un milagro que no se le rompiera. Finalmente, negó con la cabeza.

—No. No te quiero. —Su corazón palpitó en su pecho. ¿Se sentía culpable? Algún sentido equivocado de responsabilidad porque ella era una protegida de la familia y él había tomado su inocencia—. Amor es una palabra demasiado suave para lo que siento —continuó—: Amor es lo que los marineros prometen a las mujeres en una docena de puertos solo para que les espere una cama caliente y un cuerpo más caliente. Son baratijas y promesas y sueños tontos entre personas que no saben lo feo que puede ser el mundo. —No podía respirar, no podía asimilar la enormidad de lo que le estaba diciendo.

Lentamente, Phoebe se hundió en el borde de la silla. Pero él no había terminado—. Te deseo, cada momento de cada día. Estamos entrelazados tú y yo, retorcidos de tal manera que nunca podremos separarnos del todo… estemos juntos o no, una parte de ti siempre vivirá dentro de mí. Y te guste o no, Phoebe, una parte de mí vivirá dentro de ti. Vayas donde vayas, hagas lo que hagas, yo estaré allí. Y que el cielo te ayude si alguna vez sueñas con llevar a otro hombre a tu cama, porque mi fantasma revoloteará entre vosotros.

No era bonito. No eran corazones ni flores ni odas escritas a la belleza de sus ojos. De todos modos, aquellas cosas siempre le habían parecido una tontería. Lo que él profesaba era primario, instintivo, teñido de oscuridad y un poco del bandolero que había confesado haber sido. Hablaba a la parte de ella que era salvaje e irresponsable. Llamaba a la niña egoísta que llevaba dentro y que quería tenerlo a toda costa.

—Entonces deberías pedirme que me case contigo —dijo.

Él volvió a reír con amargura y, cuando habló, su voz contenía una gran advertencia.

—¿Me dirías que no? No lo creo, Phoebe. No volveré a preguntar. Cuando llegue el momento, simplemente te echaré al hombro y te llevaré. Me cansé de preguntar. —Entonces se abalanzó sobre ella, atrayéndola con fuerza contra él y besándola tan profundamente que ella solo pudo respirar. La consumió con aquel beso, extasiándola por completo, y ella se deleitó con él. Cuando por fin rompió el beso, Phoebe estaba débil, le temblaban las rodillas y el

corazón le retumbaba en el pecho. Levantó la vista hacia él, pero no era amor ni nada tan tierno lo que vio en su mirada. Era victoria. Eso encendió su ira lo suficiente como para aliviar la niebla de pasión que había creado en ella—. Encontraré la forma… encontraré la forma de salvar esta finca y de tenerte. Acuérdate de lo que te digo.

Phoebe se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo con la mano apoyada en ella. No se volvió para mirarlo, sino que mantuvo la cabeza gacha mientras hablaba. Por muy enfadada que estuviera, no era tan tonta como para contar con su propia fuerza de voluntad en aquel momento.

—Esto no es un cuento de hadas, Patrick, donde la gente tiene finales felices y se casa con quien quiere sin pensar en las consecuencias. Había hecho las paces con lo que creía que era mi destino en la vida… vivir aquí y cuidar de lady Marion en su vejez, morir como una solterona solitaria, viviendo de la caridad de otros. Había aceptado esas cosas. Y una parte de mí te odia por hacerme desear algo más.



En el salón, Phoebe por fin respiró hondo. Era como si tuviera que escapar de su presencia para que sus pulmones se dilataran. El peso del deseo, de la nostalgia y el arrepentimiento clamaban su mente. Él no era para ella, y ella lo sabía tanto si estaba dispuesto a aceptarlo como si no.

No era la única que luchaba por hacer las paces con su elección. Detrás de su puerta cerrada se oyó el ruido de cristales rotos y un gruñido de lo que ella solo podía suponer que era frustración. Aún no había aceptado la verdad de su situación, de su deber para con Raven House. Pero lo haría. En el poco tiempo que llevaba allí, ella lo había visto asumir con más confianza el papel que había vuelto a reclamar.

Se retiró a su habitación, cerró la puerta y se apoyó en ella. Josie estaba allí, preparando sus cosas para ir a la cama. La criada levantó la vista, contempló su aspecto desaliñado y suspiró.

—Espero que nadie más le haya visto así —dijo con ligereza.

Sin embargo, había preocupación en su mirada, y Phoebe lo comprendió demasiado bien. Estaba preocupada por sí misma. Él la dominaba demasiado, física y emocionalmente.

—Nadie me ha visto —aseguró—. Todos los demás se han ido a la cama o, como mínimo, se han instalado en sus respectivas habitaciones para pasar la noche. Ojalá supiera qué hacer, Josie.

La criada se acercó al tocador, cogió el cepillo y le hizo un gesto a Phoebe para que tomara asiento. Así lo hizo, suspirando aliviada cuando le quitó las horquillas del pelo y la pesada masa se liberó por completo. El ritmo monótono del cepillo al trabajar los rizos la alivió, con una relajación que le permitía recuperarse de la cargada atmósfera que existía entre Patrick y ella.

—Algunas cosas están destinadas a suceder —comentó Josie en voz baja.

—No creo en cuentos de hadas ni en finales felices. En realidad,

nunca lo he hecho. No hay un buen final para Patrick y para mí.

—Nunca dije que tuviera que acabar bien, señorita. Solo dije que tenía que ser así.

La miró por el espejo con el ceño fruncido.

—Ahora mismo, no estoy para descifrar juegos de palabras.

La criada volvió a suspirar y la miró con censura, como si estuviera siendo negativa a propósito.

—Puede luchar contra ello todo lo que quiera, pero ambos están unidos de una forma de la que no hay forma de escapar. Los demás lo ven, lo sienten cuando están en su presencia. Ustedes dos podrían incendiar una habitación.

Phoebe agachó la cabeza y dejó que su frente descansara sobre el tocador.

—¿De verdad es tan obvio?

Josie recogió un mechón de pelo y siguió cepillando esa parte mientras ella se lamentaba de su suerte.

—Nadie está diciendo que usted haya hecho nada impropio. Nada de eso, señorita. Es solo que, cuando dos personas tienen el tipo de conexión que milord y usted tienen, se nota.

—¿Qué se supone que debo hacer? No puedo permitirme amarlo... no cuando sé que no seré la mujer que se quede con él.

—Es un poco tarde para dejar de hacerlo ahora, ¿no cree? Ya lo ama y, si tiene razón, va a perderlo de todos modos. Así que, ¿por qué no tomar lo que pueda, mientras tanto?

Se preguntó si lo amaba y supo que todavía no, pero era inevitable, como había dicho Josie. Cada día estaba más cerca del precipicio. Toda la cautela del mundo no la salvarían de su propio corazón.

—¿Debo volver, entonces?

La doncella sonrió.

—A ver, señorita, he dicho que era inevitable. No dije que no necesitara trabajar para conseguirlo. Sucederá a su debido tiempo y, mientras tanto, disfrute de la persecución. Hay cosas peores en el mundo que tener a un hombre guapo detrás de una.



En la soledad de su habitación, Patrick se recostó en la cama y la maldijo. La maldijo a ella, a sí mismo, a Raven House y al maldito foque que había golpeado su cabeza a bordo del barco y le había permitido recordar a dónde pertenecía. La verdad era que no pertenecía a ningún sitio. Nunca sería parte de la sociedad porque no quería serlo. No quería encajar con ellos. Aunque se sintiera molesto por intentarlo, sus modales siempre serían deficientes, su forma de hablar siempre sería criticada. Cada persona con la que se encontrara buscaría signos reveladores de su pasado, o la posibilidad de que fuera un fraude. Allí estaría tan fuera de lugar como lo había estado con los hombres de modales y habla rudos con los que había navegado.

A cada paso, Phoebe seguía atormentándolo con la idea de que

tendría que encontrar esposa en un territorio tan hostil. No le cabía duda de que sería difícil poner la finca en orden. Tenía claro que los fondos que producía la hacienda iban a parar a algún sitio, pero con toda seguridad no volverían a ella.

Era más fácil dejar que su mente divagara sobre esos temas que quedarse atormentado con la idea de que ella estaba a solo unas habitaciones de distancia, metida en su cama virginal. La visión de ella allí, en un suave camisón blanco, con su gloriosa cabellera cayendo sobre sus hombros y sobre la suave y flexible piel de su espalda, lo atormentaba. Lo único que deseaba era agarrarle el pelo con las manos, tirar de su cabeza hacia atrás y dejar que el sonido de sus gritos lo inundara mientras la tomaba.

Maldiciendo de nuevo, Patrick se levantó de la cama. Sus opciones eran limitadas. Podía quedarse tumbado pensando en ella y suspirando. Podía tomarse a sí mismo en sus manos y acariciarse hasta una decepcionante culminación. O podía encontrar alguna empresa que le fuera útil.

Con eso en mente, se puso la única camisa que le quedaba y salió de su habitación. No había mejor momento para repasar los libros del estudio que cuando todo el mundo estaba dormido. Podría estudiarlos con tranquilidad y determinar, si no dónde había ido a parar el dinero, al menos cuánto faltaba. Cualquier cosa era preferible a estar atormentado por visiones de ella.

En la biblioteca, una habitación que había sido reclamada como dominio de William, se sirvió un buen trago de brandy. Era de una

calidad infinitamente mejor que la bazofia que había estado bebiendo en su propia habitación. Sin duda, William había ordenado a los criados que no desperdiciaran el buen licor con alguien que no notara la diferencia.

Fue hasta el escritorio con la copa de cristal en la mano y la colocó sobre la superficie de caoba tallada, antes de coger los libros de cuentas de la estantería. No empezó por el más reciente. En su lugar, se remontó más atrás, a una época anterior a la muerte de su padre. Sería la mejor manera de comprender lo que debería estar ganando la hacienda.

Se acomodó y se preparó para una larga noche. Afiló su pluma, sacó varios trozos de papel del cajón y esperó que sus habilidades matemáticas, bastante oxidadas, estuvieran a la altura del desafío. Si alguna vez había una manera de marchitar una erección obstinada, sin duda era la contabilidad.

Capítulo 12

Phoebe entró en la sala de desayunos con una expresión serena que ocultaba su agitación interior. Había dormido poco, atormentada por sueños de Patrick, por anhelos de cosas que ni siquiera comprendía del todo.

La sala estaba llena. Todo el mundo estaba allí, incluida lady Marion. Pálida y enfermiza, se había levantado para reunirse con los demás. William estaba sentado cerca de ella, Priscila a su lado, con aspecto cansado. Nadie sabía si era el resultado de un exceso de vino o de una larga velada en brazos de su amante. Arthur con su típico gesto huraño, recostado en su silla y negándose a mirar a nadie a los ojos. ¿Se sentía culpable por haber puesto los cuernos a su primo bajo el mismo techo?

Lady Marion sonrió a Phoebe.

—¡Buenos días, querida! Me alegro mucho de que hayas bajado a desayunar. Dile a Patrick que no necesito un médico, ya me encuentro perfectamente bien.

—No lo está. —Se acercó para besarla en la mejilla—. Sigue muy

pálida y débil, aunque tiene mejor aspecto. En cuanto al nuevo médico, creo que ya está de camino, así que es demasiado tarde para cancelarlo y sería de muy mala educación que viniera hasta aquí solo para que lo despidieran.

Lady Marion le hizo un gesto.

—Deja de ser tan lógica. Es una cualidad poco atractiva en las mujeres jóvenes.

—¿Cómo sabías que el doctor estaba en camino?

La pregunta la hizo William, con su habitual tono de sospecha.

Phoebe se dio cuenta inmediatamente de que había hablado de más, alertando a todos del hecho de que había tenido una conversación privada con Patrick antes de que él los informara.

—Anoche me tiraron del caballo. Me hice un corte y Phoebe tuvo la amabilidad, junto con su doncella, de coserme la herida —respondió Patrick—. Tienes una mente muy sucia, William.

—¿Te tiraron de tu caballo? —se burló Arthur—. Ningún caballero que se precie puede ser tirado.

—No soy un caballero… Lo fui por nacimiento, pero soy marinero por crianza y no nos llevamos bien con los caballos —replicó Patrick con el mismo desdén.

Sin embargo, se dio cuenta de que ya lo tuteaba como todos los demás.

Si Arthur había querido ofender, Phoebe pensó que tendría que esforzarse mucho más. Patrick, a pesar de llevar años por la vida sin

saber su propio nombre, parecía estar infinitamente más seguro de la clase de hombre que era que cualquier caballero que ella conociera.

Todavía dándole vueltas al asunto después de llenar su plato, y por deferencia al cargado ambiente de la sala, Phoebe se sentó cerca de lady Marion y evitó hablar con ninguno de los hombres presentes. Consciente de lo que Josie había dicho acerca de que los demás podían percibir la conexión entre ella y Patrick, consideró prudente no ofrecer más munición de la que ya tenían. Solo tenían un aliado en la mesa y, dado el frágil estado de la mujer, no sería prudente depender de ella para intervenir en caso de que William o Arthur comenzaran a lanzar acusaciones.

¿Es una acusación si es cierta? La voz condenatoria de su propia conciencia, la misma conciencia que no le permitía olvidar cómo él la había besado y, aún más importante, cuán desesperadamente ella lo había besado a cambio, era un inconveniente en ese momento y uno que no podía permitirse.

—Si pretendes dirigir esta finca, quizá deberías intentar familiarizarte con ella —desafió William—. Pero eso sería difícil para un hombre que profesa tener tan poca habilidad con la equitación. Muchas de las granjas solo son accesibles a caballo... A menos, por supuesto, que desees caminar como un plebeyo.

—Te recuerdo que ser plebeyo no es un delito —intervino lady Marion—. Tú, de no ser por la gracia de mi difunto esposo y su naturaleza indulgente cuando se trataba de su hermano, estarías trabajando hoy como vicario o abogado, William. Un caballero, sin

duda, pero con un empleo remunerado.

El rostro de William se enrojeció por la rabia reprimida, pero no dijo nada más. En su lugar, se centró en su plato mientras apuñalaba una salchicha con más fuerza de la necesaria.

—No tengo ningún problema con que un hombre se dedique al comercio —advirtió Priscila—. Aunque me atrevería a decir que los procuradores y los vicarios difícilmente serían lo bastante ricos como para llamar mi atención el tiempo suficiente como para pasar por alto semejante defecto.

—Cállate, Priscila —espetó William.

—¡Estamos viviendo en el campo! Podríamos estar en Londres, William —replicó ella, alzando bruscamente la voz—. Podríamos asistir a fiestas y bailes. En lugar de eso, nos escondemos aquí, en esta vieja casa con corrientes de aire, sin nada que nos entretenga.

Phoebe se atragantó con el té. El sorbo que había tomado se lo había tragado junto con su jadeo. ¿Era puro aburrimiento lo que había provocado el escarceo de Priscila con Arthur? Se atrevió a echar un vistazo a Patrick y lo vio estudiando subrepticiamente a su prima política. Sin duda, Priscila era un enigma.

Tras unos instantes de calma, Patrick habló, rompiendo el silencio como un cristal.

—Me familiarizaré con la finca, William. Tienes razón. Empezaré por los inquilinos del pueblo —sugirió en tono casual—. Tengo la intención de ir allí hoy y preguntar si sus necesidades están siendo satisfechas adecuadamente.

En realidad, se proponía averiguar si las reparaciones registradas en los libros se habían llevado a cabo. Era una forma bastante fácil de desviar dinero de la finca.

—¿Sus necesidades? —William soltó una carcajada, pero había un nerviosismo en su respuesta que no podía ocultar su bravuconería y fanfarronería—. Nos llevarás a todos a la bancarrota si lo enfocas de esa manera.

—¿Reparando viviendas y negocios de nuestra propiedad? Difícilmente —replicó él—. Pero esta no es una conversación para tener durante el desayuno. Lo discutiremos en privado.

William se levantó con brusquedad y se apartó de la mesa.

—Entonces, discutámoslo ahora. Te espero en el despacho... Suponiendo que encuentres el camino.

Cuando William se marchó, Patrick suspiró pesadamente. Dudó solo un momento, dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó.

—Le pido disculpas por marcharme tan deprisa —se dirigió a lady Marion.

—Me complace mucho ver que te interesas tanto por la finca, Patrick —aseveró ella—. Me da esperanzas de que tengas intención de quedarte. ¿Verdad, Phoebe?

—Así es —respondió ella. También significaba que cuando él descubriera la naturaleza de las finanzas de la finca, y lo desesperadamente que se necesitaba una entrada de dinero en efectivo, estarían más separados que nunca—. Necesito hablar con usted, milord, antes de que parta —pidió a Patrick con toda la cortesía

del mundo.

Aparte de una ceja levantada y un movimiento de cabeza, no hubo respuesta.

Phoebe se levantó y lo siguió hasta el vestíbulo. Lo arrastró lejos de los sirvientes que siempre escuchaban y se metió en una pequeña alcoba cerca del salón.

—No se te ocurra pasearte por la finca con William —le susurró en voz baja.

—¿Por qué no? —preguntó él con toda la despreocupación de un hombre que se cree invencible.

—Porque alguien intentó matarte anoche y bien podría haber sido William. —Con lo obtuso que estaba siendo, ella misma sintió ganas de estrangularlo—. Si no fue él, es muy poco lo que haría para interceder si hoy se produjera otro intento.

—Y como todos en la finca saben, estaré con él. No hará nada para no levantar sospechas —replicó Patrick con rigidez—. Si no te conociera bien, Phoebe, pensaría que estás preocupada por mí.

Estaba claro que cualquier protesta caería en saco roto. Después de todo, se había decidido, y si quedaban rasgos del antiguo Patrick, eran su contrariedad e intratabilidad.

—Por supuesto, estoy preocupada. ¿Cómo puedes pensar lo contrario?

Arqueó las cejas oscuras y se encogió de hombros, con una expresión y un gesto cargados de sarcasmo a partes iguales.

—Teniendo en cuenta las ganas que tenías anoche de librarte de mi compañía, ¿te extraña?

—Anoche, y cada vez que nos hemos comportado de forma tan imprudente y con tan poca moderación, ha sido un error. ¿No lo ves?

—Si yo fuera un caballero de verdad, un dandi bien vestido y con modales perfectos, ¿seguirías pensando lo mismo? —preguntó él.

A Phoebe le picó la mano de ganas de quitarle la petulancia de una bofetada.

—Si fueras esas cosas, no sería un problema porque no sentiría por ti lo que siento. ¿Crees que nunca he tenido pretendientes? ¿Piensas que hombres con buenos modales y ropa bonita nunca han intentado cortejarme? Lo que hay entre nosotros no es a pesar de quién eres, ¡es por quién eres!

Se dio la vuelta para marcharse, prácticamente dando pisotones de rabia. Él la agarró de la muñeca y tiró de ella. Estaban fuera de la vista de los criados, pero aún al alcance del oído.

—Me vuelves loco. Me haces decir cosas y sentir cosas que ni siquiera puedo reconocer —admitió bruscamente.

—Estoy tan fuera de mi elemento como tú. Está claro que, de los dos, tú tienes más experiencia —señaló ella.

Entonces la besó, y sus labios se amoldaron a los suyos con tanta ternura que a ella le dolió. Oculto en la alcoba sombría, su boca se movía sobre la de ella con exquisita precisión. No se trataba de seducción, porque ninguno de los dos tenía tiempo para aquellas actividades. Era afecto, cariño, ternura: aquel beso encerraba todas las

cosas que más deseaba de él y las que temía perder mucho más que la pasión.

Cuando el beso se rompió, él habló en voz baja, con los labios a un suspiro de los de ella.

—No, Phoebe. Me he acostado con mujeres en el pasado, sin duda. Pero lo que hay entre nosotros es tan nuevo para mí como para ti... eso te lo prometo. Vuelve con lady Marion. Prometo ser cauteloso hoy. ¿Será suficiente?

—Tendrá que serlo —concedió, con voz temblorosa y sin aliento. Cada parte de ella estaba agitada mientras se daba la vuelta y se dirigía a la sala de desayunos. Le temblaban las manos y las rodillas, pero, de alguna manera, se sobrepuso.

Si alguien notó el color de sus mejillas cuando regresó, nadie se atrevió a comentarlo. Cuando volvió a tomar asiento, Phoebe se fijó en la larga y persistente mirada que cruzaron Arthur y Priscila. Él se excusó primero, si así podía llamarse cuando simplemente se levantó y salió. Priscila presentó una bonita justificación solo un momento después y corrió tras él.

—Esta casa debería estar llena de felicidad —comentó lady Marion con tristeza—. Pero parece que todos estáis en guerra entre vosotros. ¿Por qué, Phoebe?

—La gente está insegura... con el regreso de Patrick, ya nadie sabe cuál es su lugar en la casa. Él se hará cargo de la administración de la finca, que ha sido la provisión de William. Como todo el mundo lo creía muerto, siempre se supuso que Arthur sería el heredero algún

día y ahora esa esperanza ha desaparecido para él, dejándolo en la cuerda floja como al resto de nosotros.

—¿Y tú, querida?

Phoebe miró su plato. La comida era como serrín en su boca.

—Al final se casará, como todos los hombres de su posición. Y cuando lo haga, ya no tendré un lugar en esta casa.

—¡Él nunca permitiría que te echaran!

Y nunca podría vivir bajo el mismo techo que la mujer que ocupaba el mismo papel que ella deseaba tan ferozmente para sí misma. Pero no lo admitiría ante lady Marion.

—Las esposas saben cómo hacer cambiar de opinión a un hombre, lady Marion. Pero por ahora, las cosas continuarán como hasta ahora. No busquemos problemas.

Capítulo 13

Patrick observó la facilidad con que William montaba a caballo y comprendió que él no era un jinete. Sabía montar, pero no tenía el don que tenían otros, sobre todo porque había pasado más tiempo en los barcos que a lomos de las temperamentales bestias. Aun así, al menos podía defenderse. Dado que estaban solos, era tan buen momento como cualquier otro para ver qué información podía sacarle.

—¿Hay buena caza en la finca? —preguntó de forma despreocupa.

William frunció el ceño.

—Por supuesto que la hay. He trabajado mucho con el capataz para asegurarlo.

—Quizá podríamos organizar una cacería. —Patrick lanzó la sugerencia, pensando que le daría la oportunidad de calibrar la puntería de William.

—Yo no cazo —replicó el hombre con una mueca de desagrado —. Perros malolientes y ruidosos corriendo de aquí para allá, armando

jaleo y desorden. Nunca me ha gustado. Eso se lo dejo al capataz y a su ayudante. Si quieres cazar, tendrás que hablar con ellos.

—Lo haré —aceptó—. Dime, ¿hay muchos problemas con los cazadores furtivos?

William levantó la barbilla.

—No tenemos cazadores furtivos en Raven House. Siempre me he tomado muy en serio mis responsabilidades y eso significa asegurarme de que todos los aspectos de la finca se cuidan a la perfección. No me gusta lo que insinúas.

Patrick se dio cuenta de que el enfado de William provenía de pensar que se estaban cuestionando sus habilidades de gestión, más que de cualquier acusación de intento de asesinato. Detuvo su caballo y se enfrentó directamente a él.

—Anoche me dispararon en la finca, justo cuando subía con mi caballo por el camino. Si no fue un cazador furtivo, fue algo mucho más siniestro.

William no parecía conmocionado, pero estaba claro que entendía por dónde había ido la línea del interrogatorio.

—Si alguien te quisiera muerto, no sería tan tonto como para meterte una bala de pistola en un camino a oscuras. Simplemente te retaría a un duelo en el campo del honor y te despacharía inmediatamente. Además, si hubiera intentado dispararte, hoy no estaríamos teniendo esta conversación. Puede que no sea cazador, pero tengo una puntería más que buena.

William no estaba molesto en absoluto por haber sido acusado de

ser un criminal. Le ofendía que lo acusaran de hacerlo mal.

Aquella actitud lo convenció para descartar a William, al menos de aquel intento de asesinato.

—Tenía que preguntar —justificó—. Y por si sirve de algo, te creo. Pero hay otras cuestiones en juego. El casi ahogamiento de Phoebe no fue un accidente y ella es la única que puede verificar mis afirmaciones. ¿Entiendes por qué eso te convierte en el principal sospechoso?

La mirada de William era gélida.

—Lo entiendo, pero no por ello me siento menos insultado.

—¿Quién más sale ganando, William? Si no eres tú, solo hay otro... y sé demasiado poco de él para aventurar siquiera una conjetura. Para que conste, de vosotros dos, parece menos probable que sea un villano. Pasé la mayor parte de la noche revisando los libros de cuentas de la última década y he encontrado algunas discrepancias interesantes. Pienso escarbar hasta encontrar la verdad.

—No me quedaré aquí para ser insultado por gente como tú. Si quieres Raven House, es tuyo —advirtió con frialdad—. Me marcho ahora mismo a Londres y presentaré una petición ante la Cámara de los Lores para que te declaren impostor. Haré que lady Marion sea declarada loca, como debí haber hecho hace años. ¡Raven House y todo lo que hay en él, incluso tu preciosa Phoebe, estarán a mi disposición! Disfrútalo mientras puedas.

Patrick observó cómo el otro hombre hacía girar su montura en dirección contraria y partía al galope. Si William realmente iba a

Londres, al menos sería una persona menos a la que tendría que vigilar.



Era tarde cuando el caos descendió sobre Raven House. El señor Cecil, el hombre que había sido contratado para investigar la desaparición de Patrick, llegó de Londres y, sin duda, a petición de William. Poco después llegó el doctor Corney, a quien Patrick había ido a buscar.

Los criados se habían acostumbrado a no recibir visitas. Que llegaran dos en tan poco tiempo puso a toda la casa patas arriba. Josie entró en la habitación de Phoebe sin aliento y jadeando.

—¡Es muy guapo, señorita!

—¿El señor Cecil? —preguntó Phoebe, pensando en el hombrecillo arrugado y pequeño con el bigote enormemente grande.

—¡El doctor Corney! Guapo como el día es largo, señorita.

No hizo falta fijarse mucho para darse cuenta de que la doncella había quedado prendada del joven doctor. Su cara estaba sonrojada, su pecho agitado, y un brillo de excitación había iluminado sus ojos que claramente indicaba que se estaban gestando problemas.

—Reúne a las criadas en la cocina justo después del té —pidió Phoebe—. Hablaré con ellas. No podemos permitir que todas quieran atender al hombre. Pensará que ha venido a un manicomio.

Josie agachó la cabeza.

—Sí, señorita. ¿Tendrá en cuenta esas mismas advertencias cuando se trate de lord Bellingham?

—No seas impertinente.

—Solo me gustaría saber, señorita, si debo venir aquí a ayudarla con su aseo matutino, o si debe comenzarlo en la cámara de milord —respondió la joven con descaro—. ¿O todavía está sopesando la decisión?

—¿Has venido para burlarte de mí? ¿O hay alguna razón real para que estés aquí?

La sonrisa de Josie desapareció y transmitió el paradero, conocido y desconocido, de los habitantes de la mansión.

—La señorita Priscila no se encuentra por ninguna parte, lord Bellingham y el señor William siguen recorriendo la finca. Lady Marion está durmiendo la siesta y el señor Arthur… bueno, me atrevería a decir que si pudiéramos encontrar a Priscila podríamos encontrarlo a él.

Phoebe suspiró pesadamente.

—Que lleven al doctor al salón y al investigador a la biblioteca. Los veré a ambos en breve.

Josie asintió de nuevo y desapareció en el pasillo.

Phoebe cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz para evitar el dolor de cabeza que amenazaba con aparecer; después, se levantó y cogió un chal de cachemira para protegerse del frío del pasillo. No le correspondía a ella jugar a ser la señora de la mansión.

Sin embargo, se encontró, una vez más, en aquel papel.

Decidió que lo primero era el médico y se dirigió al salón. Al entrar en el vestíbulo, vio a Arthur desaparecer por el estrecho pasillo que conducía a la buhardilla. Ni siquiera intentaba ser discreto. Alguien tendría que hablar con él, pero hacerlo significaría reconocer su relación con Priscila y eso solo podía salir mal.

Phoebe estaba a mitad de la escalera cuando se detuvo. Arthur se acercaba a ella, subiendo las escaleras apresuradamente. Era imposible, pensó. ¿Estaba viendo visiones?

—Qué extraño —dijo, tratando de mantener un tono casual—. Juraría que te acabo de ver en el pasillo.

Él la miró con su típica sorna.

—No eres una heroína de novela gótica que ve espíritus en la mansión. Contrólate —murmuró mientras pasaba por su lado. No se volvió hacia la buhardilla, sino en dirección contraria y hacia su propia habitación.

Ella se quedó un largo rato mirando cómo Arthur se alejaba y pensó en las implicaciones de lo que acababa de descubrir. ¿Se lo había imaginado? ¿Acaso el cansancio le hacía ver sombras y figuras donde no las había? ¿O era algo más siniestro? ¿Había alguien más en la mansión, alguien desconocido para ellos?

—¡Es todo un lío!

—¿Hablando sola?

Se llevó la mano al corazón y se giró para mirar a la persona que

había hablado.

No tuvo que pensar mucho para darse cuenta de que se trataba del apuesto médico que tenía delante. Era moreno, pero no de rasgos tan duros como los de Patrick, y tenía una suavidad en el rostro que el Lord simplemente no poseía. No obstante, era un hombre muy atractivo y era fácil ver por qué tenía a Josie tan excitada.

—Usted debe ser el doctor Corney —dijo ella sin aliento.

—Sí, soy yo. Perdone que le haya asustado, pero en lugar de perder el tiempo en el salón, pensé que podría presentarme… perdóneme, pero no he oído su nombre.

—No se lo he dicho —repuso ella. Era encantador. Más encantador de lo que debería ser—. Soy la señorita Phoebe Foreman. Es una lástima que lord Bellingham no esté aquí para hacer las presentaciones, pero tales formalismos deben pasarse por alto en tiempos como estos. Venga por aquí, doctor, y le llevaré con lady Marion.

Subieron las escaleras, en dirección al ala familiar. Phoebe llamó en la puerta con suavidad y contestó Agnes, la doncella personal de la dama.

—Milady está durmiendo —indicó en tono de censura.

Ella forzó una sonrisa al enfrentarse a aquel verdadero dragón de mujer.

—Agnes, él es el doctor Corney. Ha venido de York a petición de lord Bellingham para tratar a lady Marion.

—¿Y despertarla del reposo que necesita es un tratamiento adecuado? —preguntó la criada.

Phoebe no deseaba entablar batalla con ella delante de un invitado, pero no le dejaba otra opción.

—Debo recordarle que lord Bellingham es su señor y desea que lady Marion sea examinada por el doctor Corney. Cuando eso ocurra es a decisión del doctor Corney y de milady… no de usted. Ahora hágase a un lado o tendré que hablar con lord Bellingham al respecto.

La doncella se irguió, sus anchos hombros se echaron hacia atrás mientras levantaba la cabeza.

—Será culpa suya si tiene una recaída por molestarla de esta manera.

—Sí, sin duda —aceptó Phoebe con rapidez—. Quédese para ayudar al doctor en todo lo que necesite… y me refiero a todo, Agnes. No intente interferir en su trabajo. Debo bajar a saludar al señor Cecil.

Dejando al médico para que atendiera a lady Marion, bajó apresuradamente por la escalera hasta la biblioteca, donde esperaba el investigador. Era un hombre pequeño, de cabello ralo y modales toscos, que parecía sentirse incómodo en la gran sala repleta de libros.

—Siento mucho haberle hecho esperar, señor Cecil. Me temo que lady Marion no se encuentra bien. Su nuevo médico acababa de llegar y he tenido que llevarlo a su habitación —explicó, esforzándose por mostrarse amistosa, a pesar de que aquel hombre la inquietaba. No tenía ni idea de dónde demonios lo había desenterrado William, pero había algo… criminal en él.

—No se preocupe, señorita —dijo, pero su tono y sus palabras no coincidían. Sus ojos se movieron rápidamente, observando cada rincón de la habitación—. ¿Está el señor William Bellingham? Me atrevería a decir que es a él a quien tengo que ver.

Phoebe negó con la cabeza. Aquel hombre le erizaba la piel desde que lo conoció. William había insistido en que no solo era un investigador capaz, sino uno de los mejores, pero a ella le parecía más un criminal que otra cosa.

—No, señor Cecil. William está fuera recorriendo la finca; supongo que le habrá avisado del inesperado regreso de lord Bellingham.

La expresión del investigador se endureció.

—Disculpe, señorita, pero yo no me apresuraría a otorgarle tal título todavía. Este tipo de gente se aprovecha de la bondad de personas como lady Marion. La pena puede hacer que un cuerpo haga y crea cosas muy extrañas, señorita.

—Le aseguro, señor Cecil —dijo Phoebe con firmeza—, que hemos tomado las medidas necesarias para confirmar su identidad. No tengo ninguna duda de que es lord Bellingham y lady Marion también está plenamente convencida. No hace falta que le diga lo perjudicial que podría ser para su salud que usted lanzara tales calumnias.

Inclinó la cabeza y aunque el gesto podría haber sido de deferencia, había algo en su expresión que lo desmentía.

—No pretendía ofenderla, señorita. Mis disculpas.

—¿Le apetece un té, señor Cecil? —Ella no quería entrar en otra

conversación con él, debatiendo los méritos de aceptar a Patrick en su palabra o desafiar aún más sus afirmaciones. Era muy posible que dijera algo que perjudicara su caso y eso era lo último que quería hacer.

—Un té sería estupendo, señorita. Gracias —respondió el investigador.

—Déjeme informar al mayordomo. También comprobaré si lord Bellingham y el señor Bellingham han regresado.

Al salir al pasillo, encontró a Russell, el mayordomo, esperándola.

—¿Han vuelto ya? —preguntó ella.

—No, señorita, pero hice que uno de los muchachos del establo saliera a buscarlos. Estuvieron recorriendo el pueblo esta mañana y las pequeñas granjas arrendatarias esta tarde, así que no debería ser tan difícil encontrarlos... si le parece bien, señorita, puedo llevar al señor Cecil a la sala de estar del ama de llaves. Es un empleado y no un huésped, después de todo.

Phoebe negó con la cabeza.

—No, Russell. Tal vez hubiera sido mejor hacerlo desde el principio, pero ahora sería imposible trasladarlo a ese lugar sin que eso añadiera un insulto. Simplemente, lo mantendremos en la biblioteca hasta que Patrick y William hayan regresado. Haga que traigan té. Yo lo serviré y luego... ¿Quizás surja alguna situación urgente en otro lugar de la casa que requiera mi atención?

El mayordomo entendió el mensaje y asintió.

—Desde luego, señorita. Preveo algún desastre relacionado con la escasez de carne en la cocina y las aprobaciones de última hora del menú.

—Bendito sea, Russell.

—Pediré el té, señorita.

Ella regresó a la biblioteca y frunció el ceño. El señor Cecil estaba detrás del escritorio y los papeles que había encima estaban desordenados.

—¿Buscaba algo, señor Cecil?

—No, señorita. Solo soy torpe, eso es todo. Estaba mirando los libros de la estantería y me di de bruces con el escritorio —mintió con una sonrisa demasiado resbaladiza en su delgado rostro.

—Ya veo. —Tomó una decisión rápida—. Lo siento, pero me temo que voy a necesitar que espere abajo. Hay una pequeña sala de estar que Russell le mostrará. Me necesitan en otra parte de la casa y no podré atenderla aquí. ¿Me acompaña, Sr. Cecil?

Parecía a punto de negarse. La protesta era evidente en su rostro, pero se quedó en sus labios. Tras un largo momento de tenso silencio, asintió.

—Desde luego, señorita. Vaya usted delante —concedió.

Phoebe salió al pasillo y vio al mayordomo dando instrucciones para el té.

—Russell, por favor, acompañe al señor Cecil escaleras abajo hasta el salón del ama de llaves y ofrézcale un refresco, mientras

espera a que regresen lord Bellingham y el señor Bellingham.

El mayordomo enarcó las cejas ante el brusco cambio de planes, pero se recuperó con rapidez. Hizo un gesto con la cabeza al señor Cecil:

—Sígame, por favor, señor.

Cuando se hubieron marchado, Phoebe se retiró de nuevo a la biblioteca y se dirigió inmediatamente al escritorio y a las gavillas de papeles que habían sido revueltos. Los revisó uno por uno, pero no había nada que justificara el fisgoneo del investigador. A menos que lo que hubiera encontrado estuviera escondido en su persona. ¿Era un ladrón y no un fisgón? No había forma de verificarlo sin hacer una acusación y podría ser muy feo.

Se dejó caer en la silla, se inclinó hacia delante y apoyó la mejilla caliente en el papel secante de cuero frío del escritorio.

—¿Por qué no puede ser sencillo? —preguntó en voz alta.



Patrick entró en la casa y encontró el vestíbulo vacío. El mayordomo no aparecía por ninguna parte y los lacayos se mostraban igualmente escasos. Con el ceño fruncido, siguió por el pasillo y abrió las puertas de la biblioteca. Había informado a William de su intención de mirar los libros de contabilidad y el otro hombre se había marchado enfadado. Para Patrick era un indicio muy claro de que probablemente

habría más de unas cuantas discrepancias en aquellos libros.

Al entrar en la habitación en penumbra, se detuvo en seco. Phoebe estaba sentada detrás del escritorio, con la cabeza recostada sobre él como si el peso del mundo descansara sobre sus hombros.

—Seguro que no es para tanto —le dijo en voz baja.

Ella soltó un grito de sorpresa al incorporarse. Con la mano pegada al pecho, lo miró fijamente.

—¡No te he oído entrar! Me has asustado.

—No esperaba encontrar a nadie aquí —contestó él, luego se detuvo y la miró con curiosidad—. ¿Por qué estás aquí?

—Por el señor Cecil —dijo ella—. Llegó antes y le hicieron pasar.

Patrick frunció el ceño.

—¿El investigador? ¿Tiene información?

—No sabría decirlo —respondió ella antes de añadir en tono cauteloso—: Creo que no está aquí tanto para entregar información como para obtenerla. Me hizo creer que se había tropezado con la mesa, pero cuando le dejé solo un momento, rebuscó entre los papeles de la mesa.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Patrick mientras cruzaba la distancia que los separaba.

Los libros de contabilidad estaban en el último cajón y los cogió. Nada parecía fuera de lugar, estaban todos en el orden en que los había dejado. Lo que buscaba no tenía nada que ver con las cuentas de la finca.

—Está abajo, en la sala de estar del ama de llaves. ¿Por qué revisaría los libros de contabilidad?

Patrick volvió a colocar los libros y se acuclilló a su lado. Era más fácil conversar cuando no estaba por encima de ella, y se dio cuenta de que quería verle la cara, tener el placer de simplemente bebérsela.

—Trabaja para William... ¿y si no buscaba robar información sino reemplazarla? William se ha ido a Londres. Está convencido de que la finca no va bien, aunque dice que no hay razón para que sea así, y es cierto. Las granjas son pequeñas pero prósperas. Todos los arrendatarios del pueblo pagan puntualmente sus rentas. Entonces, ¿a dónde han ido a parar esos ingresos?

—A sir George —respondió ella sucintamente—. William no es un derrochador. No es extravagante en ninguna medida en lo que se refiere a su forma de vestir o entretenerse, y aunque a Priscila ciertamente le gustaba vestirse a la última moda, eso por sí solo no nos llevaría a la bancarrota. Pero sir George es otro asunto y William siempre ha estado desesperado por el favor de su padre.

Patrick lo consideró detenidamente.

—Así que aún no tenemos ni idea de quién intentó dispararme. No tenemos ni idea de quién te empujó de las rocas en el acantilado y te dio por muerta. El señor Cecil es un investigador y posiblemente un ladrón. Falta una cantidad significativa de dinero de las arcas familiares y parece que William puede estar desviando fondos a su despilfarrador padre. Y Arthur aparentemente se acuesta con la esposa

de William. ¿Eso lo cubre todo?

Ella pensó que no del todo. ¿Se atrevía a decirle lo que había visto? Rozaba la locura y la verdad era que cuestionaba la exactitud de su propia visión. Era imposible que Arthur estuviera en dos lugares a la vez.

En lugar de eso, dijo en voz baja:

—¿No es suficiente?

Patrick se pellizcó el puente de la nariz. Como si todo aquello no bastara para hacerle desear correr ansiosamente de vuelta a la rigurosa vida de marinero.

—Tienes toda la razón, por supuesto.

—Pero hay una buena noticia. Tu amigo, el doctor Corney, ha llegado. —Sonrió—. Está atendiendo a lady Marion. De hecho, ya debe haber terminado con su examen.

—Entonces, Cecil puede esperar un poco más —decidió él—. Vamos a ver qué tiene que decir Corney sobre mi m… sobre lady Marion.

Phoebe no pasó por alto que había estado a punto de decir, «madre» y él pudo ver por la expresión de su rostro que no lo dejaría pasar fácilmente.

—¿Ni siquiera puedes llamarla madre? Significaría mucho para ella.

—Y si lo hago y no es verdad, ¿qué pasará? Necesito mantener una distancia razonable por si nos equivocamos y no soy quien creo

que soy.

Aquella pregunta lo atormentaba sin cesar. Los pequeños destellos de memoria, una cicatriz que podía o no ser del todo casual, y su parecido, según el informe de otros, con un hombre al que no recordaba como su padre no eran pruebas sustanciales para él. Necesitaba más. Necesitaba llenar las malditas lagunas de su memoria. Si Corney y sus métodos místicos podían lograrlo, lo complacería con gusto.

Con Phoebe a su lado, subieron las escaleras hacia la habitación de lady Marion. Todavía estaban a unos metros cuando oyeron los gritos.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos y pronunció una sola palabra.

—Agnes.

Capítulo 14

Las voces del interior de la habitación no hicieron más que empeorar cuando entraron. Agnes no hacía más que chillar sobre su inocencia y el doctor Corney trataba de calmar a lady Marion, que lloraba amargamente.

—¡Basta! —gritó Patrick, lo suficientemente alto y enérgico como para que todos los presentes se detuvieran. Ni una sola alma viviente de la sala emitió sonido alguno. Impresionada, y más que un poco envidiosa por la habilidad, Phoebe esperó a que siguiera. No la defraudó. A Agnes le dijo—: Ni una palabra hasta que tenga noticias del doctor Corney. Ni una palabra.

La doncella se irguió, con la barbilla alta, pero hizo un gesto seco de comprensión.

Él se volvió entonces hacia el buen doctor.

—¿Qué diablos está pasando aquí?

El doctor Corney levantó las manos en fingida súplica mientras ofrecía una sonrisa encantadora. Era demasiado guapo para ser de

fiar, pensó Phoebe frunciendo el ceño.

—En primer lugar, debo decir que no estoy acusando a la señora Agnes de nada... Solo he pedido ver todos los tónicos y elixires que le han recetado a lady Marion, ya que creo que en realidad podrían estar contribuyendo a su enfermedad —explicó el médico.

—¿Veneno? —inquirió Patrick, su tono indicaba claramente su sorpresa ante tal hipótesis.

—Bueno, sí, pero puede que no se trate de un envenenamiento intencionado. Hasta que no examine las sustancias no lo sabré con seguridad —insistió el doctor Corney—. Y debo hacerlo pronto, antes de que se pierda más tiempo.

—Agnes —habló Phoebe a la criada con calma, intentando evitar el desastre—. Vaya a buscarlos. Nadie aquí cree que usted haría algo para dañar intencionalmente a lady Marion, pero tal vez el doctor Wright se equivocó al prescribir uno de esos remedios. Ayudemos al doctor Corney a descubrirlo y no seamos un estorbo, por favor.

La doncella se sintió algo apaciguada por la petición y asintió secamente con la cabeza, antes de salir de la habitación para conseguir los artículos necesarios. Apenas se hubo cerrado la puerta, Phoebe se volvió y vio que Patrick había clavado una dura mirada en el doctor Corney.

—Dígame ahora qué está pasando realmente aquí —le exigió, con tono cortante y enfadado.

El doctor miró a lady Marion con tristeza.

—Sé que esto la angustia, milady, pero es mejor que lo hablemos

abiertamente.

Marion parecía cansada y mucho mayor de lo que Phoebe podía comprender mientras asentía con la cabeza.

—Adelante, doctor. Es mejor que sepamos la verdad, por vergonzosa que me parezca.

El doctor Corney le dio unas palmaditas en la mano a modo de consuelo antes de explicarle:

—El doctor Wright lleva décadas dándole láudano a lady Marion. Al principio, era para anular los nervios por tu desaparición, Patrick, pero cuando ella decidió dejar de tomarlo, él lo ocultó en otros medicamentos que le recetaba. Desde el accidente en el que desapareció su hijo, ha estado consumiendo a diario una sustancia altamente adictiva.

—¿Cómo puede saber eso? —preguntó Phoebe.

El doctor Corney dio unas palmaditas tranquilizadoras en la mano de lady Marion.

—Los síntomas de la adicción al opio son bastante fáciles de identificar, señorita Foreman, y por desgracia lady Marion los ha mostrado todos. Además, observé que sus pupilas estaban muy dilatadas y me confesó que había tomado su medicación apenas una hora antes. Ese es un sello distintivo del uso de opiáceos. Pero hay más en juego que simplemente eso. Su cuerpo se ha vuelto dependiente y necesita cada vez más cantidad de la sustancia para obtener el mismo efecto y, cuando no la obtiene, se enferma. Eso explica una parte de sus síntomas, pero no todos. Creo que algunos de

los tónicos que le han dado están mezclados con dedalera.

—¿Dedalera? —exclamó Phoebe con horror. El veneno era aterradoramente eficaz—. Eso no se receta de forma accidental.

—No, no lo es. —Estuvo de acuerdo el doctor Corney—. Pero no creo que se haya recetado. Tampoco creo que lady Marion haya sido traicionada por su leal criada. Creo, sin embargo, que alguien, que no estaba al tanto de la adicción de milady al láudano, ha escondido el veneno entre sus medicamentos habituales.

—¿Y eso qué importa? —inquirió Phoebe, desconcertada por la afirmación.

—Porque, mi querida señorita Foreman, el láudano contrarresta muchos de los efectos más nocivos de la dedalera —explicó el médico —. Si no fuera por la dependencia de lady Marion de la forma enrarecida del opio, sin duda ya la habría matado. Si no se la hubieran administrado en una dosis tan pequeña... bueno, no tengo que decirle cuáles habrían sido las consecuencias.

El llanto de lady Marion se intensificó.

—No puedo imaginar quién haría algo así. ¿Por qué?

—Codicia —respondió Patrick en voz baja—. Pero la pregunta sigue siendo, ¿quién es el responsable?

—Averigüemos primero si estoy en lo cierto —replicó el doctor Corney. Se giró hacia la mujer para explicarle—: La dejaremos descansar. Su doncella le dará otra dosis reducida de láudano esta noche para que podamos empezar a quitárselo. Será difícil, pero no dudo de que lo dominará.

—Gracias, doctor —respondió llorosa, justo cuando Agnes regresó.

—Aquí están las botellas que pidió —dijo la criada con rigidez.

—Venga con nosotros —la instó el doctor Corney—. Quiero que examine cada una de estas botellas y me diga si han sido manipuladas desde que las recibió. Contamos con usted para que nos ayude a determinar quién intenta perjudicar a milady.

Phoebe observó cómo la criada se hinchaba ante tanta importancia y se preguntó hasta qué punto era digno de confianza el doctor. Había sido encantador con ella, y ahora lo era con Agnes. Pero parecía competente y eso estaba más que un paso por encima del doctor Wright, que pensaba que todas las dolencias que sufrían las mujeres eran imaginarias por el mero hecho de ser mujeres.

Salieron a la pequeña sala de estar que colindaba con la habitación de lady Marion y Patrick empezó inmediatamente a acosar al doctor con preguntas, mientras Agnes inspeccionaba diligentemente cada frasco.

—¿Cómo podrá determinar si hay dedalera?

—El primer paso será quitarle este lote. Estará enferma por las dosis reducidas de láudano, pero debe mejorar en una noche —respondió el doctor Corney—. Y aunque haré todo lo posible por analizar el contenido de cada frasco, en función de cómo reaccionan con otros productos químicos o componentes, será un trabajo tedioso que llevará mucho tiempo y que puede que no proporcione respuestas definitivas. Lamentablemente, no dispongo del equipo necesario para

completar una verdadera experimentación con los compuestos, pero haré lo que pueda.

—¿Y si no mejora? —preguntó Patrick, agitando una mano hacia las botellas—. ¿Y si estos elixires y tónicos fueran realmente beneficiosos para ella?

—Trataré cualquier síntoma a medida que surja, lord Bellingham, pero estos remedios no son medicamentos —exclamó el médico de forma acalorada. Después, siguió clasificando los diversos frascos—. Tónico de Galvin para damas, elixir de capullo de rosa para afecciones nerviosas... Hasta los nombres son ridículos. Se los han comprado a vendedores de aceite de serpiente, a hombres de confianza ambulantes que venden Dios sabe qué y lo llaman medicinas.

Patrick se levantó.

—Debo ver a ese investigador que está esperando. Confiaré en su juicio, doctor, pero si su salud sigue empeorando...

—Empeorará antes de recuperarse —le advirtió su amigo el médico, que continuaba hablándole como al muchacho que conoció en aquel barco—. Pero te prometo que se recuperará.

—¿Por qué dosis tan pequeñas de dedalera, doctor? —se interesó Phoebe—. Seguramente, eso solo retrasaría la muerte si su intención era asesinar.

El doctor asintió con la cabeza.

—Precisamente, señorita Foreman. Si una persona que ha estado enferma durante algún tiempo fallece, no hay razón para cuestionarlo.

Sin embargo, si una persona desciende desde la cima de la salud hasta desplomarse inesperadamente, podría despertar la curiosidad... ¡Es una forma tortuosa de hacerlo, sin duda!

—La doncella le acompañará a su habitación... esto queda entre nosotros, Agnes —indicó Patrick con rotundidad a la criada—. Si quien pretendía hacerle daño se entera de que sabemos la verdad, puede acelerar o alterar sus planes de un modo que no podemos predecir. Por su seguridad y la de todos nosotros, debemos continuar como si la verdad siguiera sin descubrirse. ¿Está claro?

La mujer asintió e hizo una reverencia.

—Sí, milord. Haré lo que sea necesario para que milady se recupere.

El médico salió de la habitación en compañía de Agnes, que lo llevaría a sus aposentos, dejando a Phoebe y Patrick solos una vez más.

A solas, Phoebe lo miró. Estaba cansado, se le formaban líneas en las comisuras de los labios y había una tensión en él que a ella le daban ganas de hacer lo que fuera necesario para aliviarla.

—Esto no es culpa tuya.

—¿No lo es?

Ella se acercó a él, le cogió la mano y se la estrechó con fuerza.

—No, no lo es. Quienquiera que esté conspirando contra lady Marion lleva meses haciéndolo. Si no hubieras vuelto a casa con nosotros, si no hubieras exigido, para consternación tanto de William

como de Arthur, que la tratara un médico capaz, quizá nunca nos hubiéramos enterado… Se habría cometido un asesinato, Patrick, si no hubieras vuelto a Raven House.

La miró fijamente.

—Ruego que tengas razón. Pero mientras tanto, vayamos a determinar qué es lo que sabe el señor Cecil… y luego seguiremos discutiendo esto en privado —sugirió Patrick—. Cada vez es más imperativo que lleguemos al fondo de esto.

—Tendrás que ver al señor Cecil a solas. El hombre me incomoda mucho… además, creo que la reunión será más productiva si no siente la necesidad de censurarse por la presencia de una dama —explicó Phoebe. No era una tarea que le hiciera mucha ilusión, pero aún había cosas que requerían su atención—. Tengo que hablar con todas las sirvientas de la casa para que no empiecen a pelearse por quién atiende al doctor Corney. Su presencia ha creado un gran alboroto.

—No hemos terminado, Phoebe. Lo que ocurrió anoche y esta mañana, lo discutiremos. —No lo formuló como una pregunta y la mirada acalorada que le dirigió transmitió muy claramente lo que quería decir. Discutir no era lo que ocupaba sus pensamientos, en absoluto.

Phoebe se sonrojó y murmuró su respuesta.

—Muy bien.



Patrick la observó marcharse, disfrutando del vaivén de sus faldas a cada paso que daba. Era una distracción que no podía permitirse, pero aprovechó aquel momento de placer para observarla, para memorizarlo y saborearlo con calma. Necesitaba concentrarse mientras hablaba con el investigador. Si Phoebe estaba en lo cierto y Cecil no era trigo limpio, tenía que ser capaz de averiguar cuáles eran los motivos de aquel hombre. Había mucho más en juego que su derecho al título. Había vidas en juego.

Se dirigió hacia la cocina y la pequeña sala de estar que era el dominio del ama de llaves y se preguntó qué le estaría esperando. Al llegar a la puerta, un lacayo se apresuró a abrirle. Al parecer, incluso en las dependencias de los criados había que mantener el protocolo.

El señor Cecil era pequeño de estatura, pero su postura era exteriormente beligerante. La barbilla levantada, los brazos cruzados, el pecho hinchado, el hombre estaba obviamente enfadado.

—Buenas noches, señor Cecil. Le pido disculpas por el retraso. ¿Qué noticias le han traído a Raven House? —Patrick mantuvo su tono uniforme y su expresión, si no amistosa, al menos cortés.

—Noticias de usted, milord. De vuestra milagrosa resurrección de una tumba de agua —respondió el hombre con una sonrisa de suficiencia.

Patrick enarcó una ceja al oír el tono del hombre.

—Que yo sepa, señor Cecil, cualquier conversación sobre una tumba de agua era una mera suposición. Por lo tanto, la resurrección

es un relato inexacto de los hechos.

—El señor Bellingham avisó de su llegada, milord. —Esto último lo dijo con una mueca de incredulidad—. Necesitaré información para confirmar que es quien dice ser. Podría llevar algún tiempo, comprenderá, comprobar y volver a comprobar todos los hechos.

—Haga sus preguntas, señor Cecil. Y cuide su tono —advirtió Patrick.

—Todavía no es el señor de esta mansión. Mi patrón no ha agotado los medios a su disposición para prohibirle la entrada a esta casa —espetó el hombrecillo.

—Como soy lord Bellingham, no permitiré este comportamiento beligerante —pronunció Patrick en tono de suave advertencia—. Vuelve a hablarme así, Cecil, y te demostraré lo lejos que he llegado de mi caballerosa cuna —concluyó como el rudo marinero que había sido.

El hombre hizo caso de la advertencia y su siguiente pregunta fue formulada de forma mucho más civilizada.

—¿Cómo se llamaba el barco que le rescató?

Patrick suspiró. No le cabía duda de que el hombre ya conocía los datos. No buscaba información nueva, sino la confirmación de los que ya tenía o, mejor aún, un desliz por su parte.

—Era el Marion Gale, capitaneado por un hombre llamado Jasper Smith... Serví como grumete en ese barco durante dos años. Ascendí en el escalafón, pero el barco naufragó frente a la costa de Freeport tras un ataque pirata. A partir de ahí trabajé en numerosos

barcos, algunos con más carga legítima que otros. Durante una tormenta, el mástil se rompió y una de las vergas me golpeó en la cabeza. Permanecí en cama, sin sentido durante días, en una posada de Freeport regentada por el capitán Smith y atendida por el doctor Corney, que ahora está aquí. Fue entonces cuando volví a recordar mi nombre. Una vez recuperado, empecé a aceptar cualquier puesto libre en cualquier barco que me trajera de vuelta a Inglaterra.

El señor Cecil sacó un pequeño diario de su bolsillo e hizo una serie de anotaciones.

—¿Y el capitán Smith sigue en Freeport?

—Permaneció en Freeport. Allí se casó con una mujer del lugar, viuda, y la ayudó a hacerse cargo de la gestión de la posada que había sido de su difunto marido. —Los hechos fueron recitados con poca emoción. Parecía como si estuviera hablando de la vida de otra persona. Qué extraño era que el poco tiempo que había pasado en Raven House le pareciera más real que todos los años anteriores.

—¿Así que es cercano al capitán Smith? ¿Se podría decir que es una figura paterna para usted? —preguntó el señor Cecil, con una nota desafiante en la voz.

Patrick se habría reído de lo absurdo de la situación. Jasper Smith había sido un severo capataz, rápido para ladrar órdenes y más rápido aún para castigar a la menor vacilación o cualquier cosa que interpretara como desobediencia. También había sido lo bastante rápido como para arrojar a un niño a los lobos para salvar su propio pellejo de ladrón. Las marcas en su espalda eran prueba suficiente de

ello.

—No. No lo es. Estuve en su posada porque tenían una habitación y era todo lo que podía permitirme. No había ningún sentimiento involucrado en la elección. En cuanto a mi estancia en su barco… Smith es ahora y siempre ha sido un bastardo. Sádico y rápido con el látigo.

Cecil no parecía perturbado o incluso especialmente sorprendido por la descripción.

—Investigaré todo esto… si no cuadra, se lo haré saber al señor Bellingham. Si es un impostor, señor, será descubierto y rendirá cuentas.

—Hágalo, señor Cecil. Nunca he afirmado absolutamente ser lord Bellingham, solo he profesado la creencia de que puedo serlo. Lo que otros decidan creer queda a su discreción por el momento. —Patrick empezó a alejarse. Pero un sexto sentido le hizo cambiar ese plan. Se volvió hacia Cecil y añadió—: ¿Qué buscaba en la biblioteca, Cecil?

—No sé a qué se refiere —negó el hombre al instante.

Patrick se echó a reír.

—Confío en usted tan poco como usted en mí, señor. Será vigilado de cerca cada momento que permanezca bajo este techo, ahora y siempre.

El investigador entornó los ojos y cerró dos puños con fuerza alrededor del diario que sostenía.

—Veo que ha asumido bastante bien el papel de señor de la

mansión.

—Hay cosas que uno nunca olvida —respondió Patrick—. Antes de que un lacayo le muestre la salida, vaciará sus bolsillos.

Cecil se erizó ante eso.

—¡No tiene derecho a exigir esas cosas!

Patrick enarcó una ceja y miró fijamente al hombre.

—Tengo todo el derecho. La señorita Foreman le vio hurgando entre los objetos del escritorio de la biblioteca. O te llevabas algo que no te pertenecía o buscabas información por razones que no puedo comprender —Volvió a tutearlo para demostrarle que conocía sus artimañas—. Te sacaré la verdad de una forma u otra. Bolsillos. Ahora mismo.

—¿Y si me niego? —inquirió el hombre. Estaba claro que creía que tener el respaldo de William Bellingham le ofrecía cierta protección. No podía estar más equivocado.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Patrick, pero no era una expresión cálida. Los acontecimientos de los últimos días habían empezado a cansarle y la idea de plantarle el puño en la cara le atraía más de la cuenta. Dio un paso amenazador y luego otro, hasta que se elevó por encima de Cecil. Estaba lo suficientemente cerca como para oler el brandy que el hombre sin duda había robado.

—Negarse no es una opción, Cecil. Me malinterpretas, si crees que es una petición y no una orden. Saca todo de los bolsillos o los vaciaré yo.

El investigador palideció. Ya fuera por su tono, su expresión o su proximidad, que ponía de relieve la naturaleza tan diferente de sus físicos, Cecil debió de sentirse convenientemente amenazado. Empezó a vaciar sus bolsillos, produciendo poco de interés hasta que llegó a un pedazo de papel doblado que se esforzó demasiado por hacer parecer insignificante.

—¿Qué es eso?

—Es solo una carta —respondió con desdén, su expresión de falsa inocencia patentemente obvia.

—¿Una carta de quién? —preguntó Patrick. Ante la vacilación del hombre, espetó—: ¡No me pongas a prueba, Cecil!

—Es una carta que escribí al señor Bellingham el invierno pasado —admitió el hombre de mala gana—. No pasó mucho tiempo desde que fui contratado por milady, a discreción del señor Bellingham, para encontrar al heredero desaparecido.

No era una simple carta, de lo contrario no habría llegado tan lejos para volver a poner sus manos sobre ella.

—¿Por qué la cogiste?

—¡No lo hice! —negó de forma acalorada—. ¡No soy un ladrón!

—Dámela.

Cuando el hombre no se movió para obedecer, Patrick le agarró la muñeca. Como el hombre se estremeció y se acobardó, le arrebató la misiva de la mano. Al desplegarla, la información que contenía lo cambió todo.

—¿Has cogido esto del escritorio? —espetó Patrick.

—Sí. Estaba buscando en su escritorio otras cartas que habíamos intercambiado sobre este asunto.

—¡Maldito seas! ¿Por qué? —gritó Patrick.

—Quería más dinero —admitió Cecil con un temblor—. Supuse que si tenía pruebas de que él había sabido que estaba ahí fuera y que no había hecho nada al respecto, y que de hecho había intentado impedirlo, podría sacarle más dinero. Pensé que el señor Bellingham me pagaría para que me callara. Y quería que supiera que no podía colgarme por todo, que tenía pruebas de que él era tan culpable como yo de ocultarle secretos a la vieja.

Patrick se metió la carta en el bolsillo y miró al hombre con frialdad.

—Cuando abandone esta casa, no volverá. Si necesita ver al señor Bellingham para algo, lo hará mientras él esté en Londres. Váyase.

Mientras Patrick se dirigía a las cocinas, el ama de llaves lo detuvo.

—¿Qué haremos con la cena de esta noche, milord?

—Servirla —respondió él con determinación.

—Tenemos invitados, milord —le recordó ella y lo miró con expectación, como si tuviera alguna gran sabiduría que impartir.

Evaluando la situación, Patrick le proporcionó la información que creía que ella buscaba.

—El señor Cecil no se queda y el doctor Corney no es un invitado. Está aquí para tratar a lady Marion. La atenderá esta tarde, así que una bandeja enviada para él será suficiente. William se ha ido a Londres así que solo Phoebe, la señora Bellingham y yo cenaremos, y Arthur, si se molesta en venir.

Ella asintió.

—Sí, milord. En todo caso, el señorito Arthur ha salido. Lo vi cabalgar hacia el pueblo hace unos momentos… le gusta pasar el tiempo en la posada. No es un lugar muy agradable… hay muchas cosas inmorales allí.

Lo dijo con desaprobación y sin duda con la idea de que haría algo al respecto. Por el momento, era la menor de sus preocupaciones, pero en lugar de ofender a la mujer, Patrick asintió.

—Gracias por avisarme. Dado el reducido número, prepara bandejas y haz que las suban. Cenaremos todos en nuestros aposentos esta noche.

Pensando en lo que había descubierto, fue en busca de la única persona que podía ayudarle a darle sentido a todo aquello: Phoebe.

Capítulo 15

La reunión con el personal femenino transcurrió de forma previsible, aunque ineficaz. Ella no tenía ninguna autoridad real en la casa y todo el mundo lo sabía. Aun así, Phoebe intentó ser firme en lo concerniente a la corrección con el doctor Corney y no parecer una casa sumida en el caos. Sus advertencias fueron recibidas con sonrojos y risitas escondidas detrás de las manos. Harían lo que quisieran y poco podía hacer ella al respecto. ¿Y quién era ella, después de todo, para reprender a otra persona por su comportamiento desordenado, cuando ella misma lo llevaba a cabo?

Cuando él entró en su habitación, no gritó por la sorpresa. Incluso antes de verlo, supo que no estaba sola. Su presencia llenaba la estancia, pero al observarlo, enseguida se dio cuenta de que estaba más preocupado que antes. Parecía como si el peso del mundo le oprimiera. Era una sensación que ella reconocía bien.

Cerró la puerta suavemente y caminó hacia el hombre que la esperaba.

—¿Qué sucede, Patrick?

—¿Debe ser algo más que el deseo de tu compañía? —preguntó él, con los labios torcidos en una media sonrisa.

La expresión era simplemente una máscara, pero la verdad se revelaba en su mirada. Estaba dolido.

—No te arriesgarías a venir aquí a estas horas si no fuera algo urgente. ¿Conseguiste algo del señor Cecil? —le preguntó. Había algo en su expresión que la había alertado de la verdad. Había descubierto algo y era profundamente inquietante.

—Él sabía dónde estaba. Todo el tiempo —admitió Patrick—. Durante los últimos cinco años, sabían dónde estaba.

—¿Quiénes? —preguntó ella, horrorizada ante la idea.

—William y el señor Cecil. Habían hablado con el capitán que navegué durante todos esos años. Hace cinco años, mientras estábamos en el puerto de Antigua. Él les contó toda la historia y les dio mi dirección, les dijo en qué posada me alojé mientras estuvimos allí, a dónde íbamos a zarpar… y cuándo debíamos regresar… y nunca me buscaron.

Phoebe se sentó en el borde de la cama. Aquel tipo de crueldad deliberada le era ajena. No podía comprenderla.

—Todo este tiempo, cuando William ha estado acosando a lady Marion para que te declarara muerto, ¿sabía que no lo estabas?

—Precisamente —respondió él.

—¿Cómo lo descubrió? Tengo que suponer que el señor Cecil ha sido su cómplice.

Su antipatía por el investigador había sido inmediata, pero William había ofrecido el sensato argumento de que la información se negociaba a menudo en lugares turbios y quién mejor para descubrirla que un personaje un poco oscuro. Ella no tuvo motivos para rebatirle, pero eso no había cambiado su opinión sobre el hombre.

Patrick se adelantó, con una carta en la mano extendida.

14 de agosto de 1817.

Estimado, señor Bellingham:

Hablé con un hombre en el puerto de Antigua, el capitán Jasper Smith, que informó del rescate de un joven en el mar en el invierno de 1804, frente a la costa de Inglaterra. Afirmó que el muchacho estaba muy quemado por el sol y el viento, casi muerto de sed, febril y había recibido un golpe en la cabeza. Solo recordaba su nombre de pila, que era Patrick. El capitán lo describió y se ajusta a la descripción facilitada del heredero desaparecido en el momento de su desaparición.

También hay que mencionar que este capitán, después de tropezar con nuevas hojas que anunciaban la desaparición del niño, alrededor de 1807, se interesó por la recompensa ofrecida. Envió un mensaje a sir George Bellingham, que en aquel momento actuaba como agente de lord Bellingham, para informarle sobre el chico. Sir George le pagó para que no dijera nada y evitara a la familia el calvario de un impostor, ya que sir George le transmitió su certeza de que el niño estaba muerto.

Incluyo esta información, que tal vez usted ya tenga, por si sir George no la registró.

El hombre que supuestamente es lord Patrick Bellingham trabaja ahora como marinero a bordo del barco de este capitán. Zarparán hacia América dentro de una semana, pero volverán a Antigua después. Esperaré nuevas instrucciones de usted, si desea que prosiga con esto.

Cecil

—¿Cómo puede alguien ser tan deshonesto? —inquirió Phoebe—. Sir George lo sabía y... William también. Él escuchó tu relato, cuando compartiste estos mismos detalles, y cuestionó la veracidad de los mismos. ¿Qué podría estar pensando?

—Que quiere hacer de Arthur una marioneta y dirigir esta finca él mismo, desangrándola. O tal vez, es aún más retorcido. Tal vez, cuando yo haya sido declarado muerto, Arthur correrá una suerte similar y el título pasará a sir George y después lo heredará William —sugirió Patrick—. ¿Podría ser sir George el cerebro detrás de todo esto?

Ella negó con la cabeza.

—En un momento dado, habría dicho que sí. Sir George siempre ha sido un hombre sumamente egoísta. Incluso ahora, sigue acumulando deuda tras deuda y hace que le envíen todas las facturas a William. Pero a pesar de que su hijo lo adora, y se ocupa de todas sus necesidades y caprichos, sir George ni siquiera se molestó en asistir a la boda de William con Priscila.

Patrick suspiró. Era un obstáculo tras otro para determinar quién era el verdadero culpable.

—William se dirige ahora mismo a Londres para hacer una petición a la Cámara de los Lores y, sin duda, para iniciar las gestiones necesarias para que lady Marion sea internada. Si sigue gastando dinero al ritmo que indican los asientos falsos en los libros de cuentas, toda la hacienda quedará desangrada antes de un año.

Patrick empezó a caminar por la habitación, sus largas zancadas

se comían el pequeño espacio. Podía sentir la rabia que emanaba de él, que se desprendía en oleadas. Lo que William le había hecho a él, a lady Marion, a todos ellos, en verdad, era imperdonable. A medida que la verdad comenzaba a hundirse, otras feas nociones se deslizaban en su mente.

—Eso significa que, probablemente, William fue responsable del atentado contra mi vida y del disparo que recibiste al volver a la mansión... pero tú descartaste eso, pensando que era incapaz. Luego, por supuesto, está Arthur, que claramente había salido esa noche y estaba armado. ¡Y tengo que decir que no creo que te equivoques! Sí, William es tortuoso, y las mentiras... y el engaño están claramente dentro de su repertorio. Pero tú mismo has dicho que es poco probable que se ensucie las manos y esa es una apreciación que encaja muy bien con todo lo que sé de él —protestó Phoebe—. Pero si no se trata simplemente de un villano y un plan, sino de varios que persiguen objetivos diferentes, pero tienen intereses comunes... como eliminar a todos los que se interpongan en su camino.

Se acomodó a su lado y la cama se hundió bajo su peso. Con los codos apoyados en las rodillas y las manos juntas, le pareció evidente que la tensión le estaba pasando factura.

—No puedo decirlo, Phoebe. Solo sé que hay muchas intrigas en marcha. No puedo determinar con exactitud quién es un villano y quién no. No esperaba que fuera fácil volver a esta vida, asumiendo que todo es mío y tengo derecho a ello, pero no anticipé esto.

—Debemos hablar con Agnes... No quiero que lady Marion sepa

nada, al menos no hasta que esté lo suficientemente bien. Pero Agnes tiene que estar al tanto. Si William, Arthur o Priscila intentan verla, deben ser enviados lejos. Aparte de nosotros dos, nadie más debe tener acceso a ella. —La sola idea de que pudieran hacerle daño, dado el actual estado de debilidad y vulnerabilidad de la mujer, incitaba el pánico en Phoebe—. Lady Marion es la única madre que he conocido —añadió en un susurro.

—¿Qué edad tenías cuando murió tu madre?

—No puedo decirlo con seguridad, pero no más de dos o tres años, creo. Era lo bastante joven como para no comprender del todo que sería algo permanente y esperaba que regresara.

—¿Y tu padre?

Sonrió con tristeza.

—Lo bastante mayor para entonces como para saber que significaba para siempre. Ya no buscaba a mi madre y comprendí que no volvería a ver a ninguno de los dos en esta vida. Tenía seis años... Vine aquí... bueno, mi padre había sido compañero de colegio de lord Bellingham en Eaton. No tenían por qué acogerme, pero lo hicieron y fueron innegablemente generosos. No podría soportar que le pasara algo... o a ti.

La miró entonces, sus ojos se clavaron en los de ella.

—No le pasará nada, ni a ella, ni a mí, ni a ti. Venga lo que venga, cuidaré de las dos... y si pretenden matarme, ya han tenido bastante poca suerte con ello. No espero que eso cambie.

—No bromees con esas cosas —soltó ella bruscamente—. No es

nada divertido.

—No lo es. El sarcasmo es solo una forma de hacer que una situación difícil parezca menos desalentadora... No me lo tomo a la ligera, ni el atentado contra mi vida ni el atentado contra la tuya, y mucho menos el lento y artero envenenamiento de lady Marion. Quienquiera que sea el responsable último de esto, ya sea William o Arthur, lo pagará caro.

—Me preocupa menos hacerles pagar que mantener tu seguridad. Lady Marion no necesita que seas un héroe, Patrick. Simplemente necesita que estés aquí.

La miró fijamente, su mirada potente e inquietante.

—¿Y qué necesitas de mí, Phoebe?

La opción obvia era mentir, negar que necesitara algo de él. Pero las palabras de Josie volvieron a ella, sobre la inevitabilidad de su encuentro. Cuando él estaba cerca, ella se sentía atraída por él como una polilla por una llama. Cuando él no estaba, ella lo buscaba, lo buscaba por encima de todos los demás. El anhelo por él, no solo el dolor físico del deseo, sino la necesidad de estar en su presencia, de oír su voz y de deleitarse en esa conexión que existía entre ellos, abrumaba su sentido común.

Phoebe sintió que se hundía, que caía contra él, desesperada por sentir su calor y su fuerza. No se trataba de pasión, sino de la necesidad de consuelo, de un momento para sentirse segura y protegida. Cuando sus brazos se cerraron a su alrededor, acercándola aún más, estrechándola firmemente contra él, encontró esa sensación

de paz. Cualquier pensamiento o temor sobre el futuro sería tratado cuando llegara el momento, pero el presente y los peligros a los que se enfrentaban en él, tenían que tener prioridad.

—Phoebe —gimió, susurrando su nombre contra la piel sensible justo debajo de su oreja—. Nada me gustaría más que quedarme aquí contigo, abrazarte así todo el tiempo que me lo permitas. Pero ahora tenemos una oportunidad que no podemos desaprovechar.

—¿Qué? —preguntó ella. Tenía la clara sensación de que no aprobaría su respuesta.

—He ordenado a los criados que cenemos todos en nuestras habitaciones esta noche... y me han dicho que Arthur ha ido al pueblo. Muéstrame cómo llegar a la buhardilla —pidió.

—¿Ahora? —preguntó ella—. ¿Y si los sirvientes suben nuestras cenas y no estamos aquí?

—Josie entregará la tuya. Si te encuentra ausente no lo cuestionará. Y nadie se atreverá a cuestionarme. Ambos lo sabemos. Soy un factor desconocido para ellos y aún tienen que determinar si tratarme como un invitado de honor, un vulgar criminal o su patrón perdido hace mucho tiempo.

—¿Y si vuelve? Podría ser peligroso.

Cuanto más reflexionaba sobre lo que ella y Josie habían visto, más empezaba a preguntarse si el hombre, que había visto en la buhardilla con Priscila, era Arthur. ¿Podría haber alguien más en los pasillos de Raven House que se le pareciera lo suficiente como para pasar por Arthur a distancia? Era la única explicación que tenía y, sin

embargo, sonaba demasiado absurda como para siquiera pronunciarla.

—Mientras esté fuera, es nuestra mejor oportunidad para echar un vistazo y ver qué ha hecho —insistió Patrick—. ¿Puedes recordar el camino?

—Sí. Desde luego, pero… ¿estás seguro de que es prudente? Dado lo que hemos aprendido y que todavía no tenemos la certeza de si William actuaba solo o con Arthur… estoy preocupada, Patrick. No puedo evitar sentir que estamos al borde de algo verdaderamente horrible.

Cogió sus manos, apretándolas contra su pecho y cubriéndolas con las suyas.

—Todo irá bien. No doy mi palabra a menudo, pero cuando lo hago, lo digo en serio. Te prometo, Phoebe, que todo irá bien. Pero no podemos dejarnos llevar por el miedo, ahora que por fin tenemos información útil. Muéstrame el camino. Es todo lo que pido.

Phoebe contuvo su pánico e ignoró los susurros enfermizos que rondaban en la periferia de su mente. Recogió la caja de yesca de la repisa de la chimenea y fue a encender la vela que había junto a ella, pero sus manos temblorosas la vencieron.

Patrick se adelantó y se la quitó, prendiendo fácilmente la cerilla. Con la vela encendida, la levantó y le hizo un gesto para que lo guiara.

El panel se abrió fácilmente, tal como Josie le había mostrado. Al entrar en el estrecho y poco iluminado espacio, sintió como si no hubiera suficiente aire. Era el pánico, se recordó a sí misma. Sus

propios nervios la estaban sofocando, no el pasillo oculto.

—Es muy estrecho y empeora cuanto más subes —le advirtió—. Además, las paredes son muy finas. No deberíamos arriesgarnos a hablar para que no nos oigan.

Él asintió y ella continuó, atravesando el estrecho espacio hasta llegar a las escaleras. Subió con cuidado aquellos peldaños empinados y traicioneros y ahogó un grito cuando algo pasó correteando junto a su pie.

—Es solo un ratón —susurró.

—Más bien una rata —corrigió ella.

Él se encogió de hombros como si no hubiera diferencia.

Phoebe se estremeció, pero continuó subiendo. Una vez que llegaron a la puerta que daba a la habitación de la buhardilla, deslizó con cuidado el pequeño panel que les permitiría asomarse a la habitación. Estaba vacía, como la otra vez, pero había señales de que alguien había estado allí recientemente. Habían recogido la vajilla, aunque una botella de vino abierta descansaba sobre el escritorio. La cama estaba mucho más desordenada que la primera vez que se asomó a la pequeña estancia.

Ella se sonrojó al recordar lo que podría haber ocurrido para que aquellas sábanas estuvieran enredadas, y apartó rápidamente la mirada. Había una capa desechada sobre una silla y una pequeña maleta a su lado.

—Creo que está despejado —susurró—. Vigilaré la puerta y te avisaré si viene alguien.

—Hasta que alguien demuestre lo contrario, soy lord Bellingham. Tengo derecho a ir adonde me plazca en esta mansión —le recordó él.

Phoebe ladeó la cabeza, la arrogancia de su afirmación le recordaba mucho al niño que había sido una vez.

—¿Y tengo que recordarte que intentamos pasar desapercibidos, no porque no tengas derecho a estar aquí, sino porque, como tú mismo has admitido, no queremos delatarnos?

La miró fijamente durante un momento, claramente disgustado por el hecho de que le bajara los humos, antes de agachar la cabeza y asentir secamente.

—Tienes toda la razón. Y estoy siendo un imbécil.

Phoebe no sonrió, pero sus labios se movieron con el impulso de hacerlo.

—Esas son tus palabras, no las mías… Lord Bellingham.

Abriendo por completo la puerta secreta, Phoebe salió del estrecho pasadizo y cruzó hasta la puerta de la cámara, que crujió ruidosamente cuando la abrió lo suficiente para ver el hueco de la escalera.

Sabía que Patrick la había seguido porque oía el trasiego de papeles y otros objetos detrás de ella.

—Los miré la última vez que estuve aquí —señaló—. Todo son mapas y planos de la mansión, y escritos legales, por supuesto.

Hizo un sonido de burla.

—Está claro que pretenden verme expulsado de Raven House y

despojado del título por las buenas o por las malas.

Phoebe no se volvió, no se atrevió a dejar que su mirada se desviara de las escaleras, pero hizo la pregunta que ardía en su interior.

—Si te dijeran que el título no es tuyo y que tienes que irte de aquí, ¿adónde irías? ¿Volverías al mar?

Una parte de ella, podía admitirlo al menos para sí misma, deseaba que lo descubrieran como un impostor. Si no era lord Bellingham, podría tenerlo para ella. Era egoísta y perverso siquiera pensarlo.

—No —dijo él—. Esa vida ha terminado para mí. Nunca la quise. Nunca amé el mar como lo hacen algunos hombres. Durante mucho tiempo, fue simplemente la única vida que conocía... Encontraría algo en tierra, donde pudiera sentir las rocas y el suelo bajo mis pies cada día. Siempre podría probar con la agricultura, supongo.

Otra pregunta surgió de improviso en sus labios y se escapó antes de que se le ocurriera contestarla.

—¿Me llevarías contigo?

El susurro de los papeles cesó. La habitación se quedó completamente quieta y en silencio. Temerosa de lo que vería en sus ojos, Phoebe se atrevió a mirarlo.

Él la miró fijamente, su mirada pensativa e intensa.

—¿Te vendrías? —le preguntó en voz baja—. Si yo no fuera más que un humilde campesino, con las manos sucias y sin un soberano al

que llamar mío… ¿podrías vivir así?

—No lo sé —respondió ella con sinceridad—. He sido pobre durante toda mi vida, pero nunca he tenido que sentir las privaciones que otros sienten porque estaba aquí, bajo el generoso cuidado de tus padres. Pero no podría quedarme aquí sin ti. Eso lo sé. William ha dejado claro cuál pretende que sea mi futuro… Prefiero arriesgarme como esposa de un granjero que como puta de un caballero.

Se acercó, sus pasos silenciosos sobre el suelo polvoriento. Ella no se inmutó ante el peso de sus manos sobre sus hombros ni cuando sintió el calor de su aliento en la oreja.

—¿Esa es la única razón por la que te irías, Phoebe? ¿Para escapar de él?

—Si esa fuera mi única razón, nunca me habría encontrado en esta habitación contigo —respondió ella. —Sé que me deseas. Lo has admitido. Y sé que sientes cierto afecto por mí, pero hay demasiados obstáculos en nuestro camino como para seguir adelante… a menos que fuera por algo mucho más grande.

—¿Afecto? Si quisieras un petimetre borracho de amor, Phoebe, difícilmente soy el mejor candidato. No soy un hombre que ofrece palabras bonitas y romance.

Ella se giró hacia él, con los ojos brillantes y los labios apretados en una línea fina y firme. A veces la enfurecía y ni siquiera podía comprender por qué.

—No quiero nada más que lo que eres, por enloquecedor que sea. Así que, por favor, deja de burlarte de mí con eso. Me molesta

mucho menos que a ti tu falta de modales cortesanos.

—¿Es eso lo que estoy haciendo? No lo creo… No tengo experiencia en el amor. Lo que sí sé es que puedo soportar cualquier cosa menos tu arrepentimiento. No quiero volver a mirarte a los ojos y ver que deseaste a alguien mejor que yo.

El calor de su ira se desvaneció bajo su admisión.

—Conociste el amor una vez. Lo conociste aquí de niño. ¿Lo recordarás alguna vez? ¿Serás capaz alguna vez de pronunciar esas palabras?

—No puedo decirlo —respondió él, su tono suavizando el golpe de la admisión—. Pero por el momento, deberíamos centrarnos en buscar en esta habitación… no te molestes en hacer guardia. Ayúdame a buscar y podremos estar a salvo cuanto antes.

Phoebe se apartó de la puerta, siguiéndole hacia el interior de la habitación. Revisó el baúl a los pies de la cama, encontrando ropa polvorienta y nada de interés. Patrick seguía en el escritorio revisando un diario. Se acercó a la silla que flanqueaba la chimenea y cogió la capa, pero se desprendió del sombrero que descansaba bajo ella. Cuando se inclinó para recuperarlo, se quedó sin aliento.

—Esto pertenece al hombre que intentó matarme —dijo en voz baja—. Llevaba esto puesto cuando….

Patrick se adelantó y le quitó la capa y el sombrero. Empezó a registrar la prenda en busca de bolsillos, pero no había ninguno. Examinando el sombrero, dijo:

—Esto es infantería francesa… un oficial por lo que parece.

—¿Infantería francesa? —repitió ella, cuya confusión aumentaba a cada momento—. Cuanto más aprendemos menos entendemos. ¿Por qué alguien en esta casa poseería objetos pertenecientes a un uniforme francés?

—El difunto lord Bellingham fue enviado como diplomático a Francia antes de la guerra, ¿no es cierto?

—Tu padre —corrigió ella—. Patrick, ¿no puedes aceptar que es verdad? ¡Tú eres lord Bellingham! Seguramente la carta que poseía el señor Cecil y los intentos de William por ocultarla en su propio beneficio, son todas las pruebas que necesitas!

—Phoebe, que sea verdad o mentira, no es la cuestión. Otros tendrán que aceptar la verdad antes que yo. Si la Cámara de los Lores concede la petición de William, mi creencia no importará. —Se pasó los dedos por el pelo oscuro, claramente frustrado por su situación—. La esperanza es algo peligroso para alguien como yo. No puedo permitirme caer en ella.

Aquello la dejó helada. ¿Alguna vez, en algún momento de su vida, se había sentido tan completamente sin esperanza? ¿Tan temerosa de una nueva decepción que la esperanza no representaba más que una promesa de dolor?

—¿Realmente tu vida ha estado tan desprovista de bondad que, incluso ahora, no puedes aceptar que lo que has encontrado aquí es real y permanente? William no conseguirá internar a lady Marion. Ella tiene un nuevo médico, uno que no está a merced de su sobrino y que dará fe de su salud y del hecho de que cualquier enfermedad ha sido

causada por las malas prácticas de otro médico. —Cuando él no respondió inmediatamente, ella continuó—: En cuanto al título, la decisión tardaría años en tomarse y, mientras tanto, tú permanecerías aquí, con la familia que ha llorado tu ausencia, que ha rezado y deseado a diario tu regreso. Has recuperado tu identidad y el amor de tu familia. Nadie puede arrebatártelo, Patrick.

La miró fijamente durante largo rato. Cuando por fin habló, su voz era grave y áspera, llena de emociones que ella sabía que él no permitiría que salieran a la superficie.

—¿Tu vida ha estado tan desprovista de penurias que ante toda adversidad puedes mantener tanto optimismo?

—No ha sido así. Pero elijo creer que las cosas pueden ir bien. Vivir anticipando lo malo no hace más que robarle al presente cualquier alegría... Si todo lo que yo hiciera fuera pensar en el eventual final de las cosas entre nosotros, nunca habría permitido que me besaras, que te tomaras las libertades que te has tomado. Ciertamente nunca habría respondido a ellas de una manera tan imprudente y gratuita.

—¿Así que es tu eterno optimismo el responsable de tu pasión?

—Me haces parecer tonta cuando lo dices así... La pura verdad es que he vivido toda mi vida sin saber lo que se siente al desear el contacto de la mano de un hombre. Y ahora lo sé.

—Mi tacto —corrigió. Se acercó más a ella, tanto que sus cuerpos casi se tocaban. Su voz era un gruñido grave cuando continuó—: No te equivoques, Phoebe. Ningún hombre te tocará más que yo.

Capítulo 16

Patrick tomó nota de la respuesta de ella a su proclamación. Se le cortó la respiración, sus ojos se abrieron de par en par y sus labios se entreabrieron. Pero no retrocedió, no se acobardó ni le contradijo.

—Te quiero en mi cama, Phoebe —admitió con brusquedad. —Pero no te obligaré. Debe ser tu elección.

—¿Es una elección? Desde el momento en que volviste, es como si hubiera estado cayendo cuesta abajo. Por más que intento detenerme, sigo cayendo de cabeza hacia algo que ambos no podemos o no queremos nombrar.

Extendió la mano y le cogió la cara. La suavidad de su piel era una maravilla para él.

—Entonces, ¿es tan importante darle un nombre? ¿Debemos etiquetar lo que somos el uno para el otro?

—No. Porque el resultado no cambiará, a pesar de todo... ¿Has visto todo lo que necesitas en esta cámara? —preguntó ella.

—Lo he visto. Nada en ella me ha dado ninguna pista de lo que realmente está en marcha y quién, o quienes conspiran contra nosotros.

—Deberíamos volver… cuanto más tiempo estemos aquí, más arriesgado será.

Patrick se apartó de ella con un fuerte suspiro, soltándola de mala gana.

—De acuerdo. Te acompañaré a tu habitación y te daré las buenas noches.

—Quiero que me acompañes a mi habitación, pero no era mi intención que me dejaras allí sola. Pensaba que te quedarías conmigo, ¿es eso lo que quieres? ¿Deseas que seamos amantes?

Las palabras fueron pronunciadas con naturalidad, sin alardes ni advertencias. Se había preparado para ser rechazado por ella. Con todo derecho, ella debería rechazarlo. Sin embargo, la invitación quedó entre ellos, como una promesa de algo que, no le cabía duda, cambiaría la vida de ambos de forma irrevocable.

—¿Estás segura? —Se llamó a sí mismo mil clases de tonto por siquiera ofrecerle la oportunidad de renegar.

—Estoy segura… de que no podemos seguir dando vueltas el uno alrededor del otro como hasta ahora. Si eres lord Bellingham, y creo que lo eres con todo mi corazón, entonces nunca serás mi esposo. Pero por ahora, por este corto tiempo hasta que las cosas se prueben, puedes ser mío de la única manera en que te tendré.

Patrick no dudó ni un momento más. La cogió de la mano y tiró

de ella hacia el estrecho pasillo. La capa y el sombrero quedaron olvidados mientras cerraban el panel y se dirigían a su habitación.

Al entrar, observó que la bandeja con la cena ya había sido entregada y que Josie no aparecía por ninguna parte. Agradeciendo en voz baja que la criada entendiera la mejor parte de la discreción, cerró el panel tan pronto como las faldas de Phoebe quedaron libres de él. Ella le precedió en la habitación, cruzándola con decisión, hasta llegar a la cama.

Permaneció donde estaba, recostado contra la pared. Durante un largo rato, Patrick se quedó mirándola. La verdad era que no tenía ni idea de por dónde empezar. Las mujeres de su experiencia habían sido muy versadas en las artes carnales. Phoebe, aunque apasionada, seguía siendo una inocente y las reglas del juego tal como él las conocía no se aplicaban.

—¿Pasa algo? —preguntó ella—. Me estás mirando de forma muy extraña.

—Es que no tienes ni idea de cuánto te deseo —admitió él, con voz ronca y áspera.

Ella agachó la cabeza, un rubor manchó sus mejillas y una sonrisa tímida pero descarada torció las comisuras de sus labios perfectos.

—No, no lo sé. Pero incluso mi limitada comprensión de lo que está a punto de ocurrir apunta al hecho de que nunca lo sabré si sigues manteniendo la anchura de la habitación entre nosotros.

Él se echó a reír, lo que sin duda había sido su intención. Era un

contrapunto agradable a la tensión que, incluso durante sus intercambios más correctos, permanecía siempre presente entre ellos. —Estoy nervioso —le confesó—. No soy de los que cortejan y seducen. Nunca he tenido que hacerlo.

—Puesto que te he invitado a mi alcoba para que te acuestes conmigo, se podría argumentar que tú no eres el seductor, sino el seducido —replicó ella—. ¿Eso alivia tus nervios de alguna manera?

—Te mereces algo mejor que esto… mucho mejor que yo. Te mereces un hombre que sepa tocar con suavidad, cuyas manos no sean ásperas y callosas.

Volvió hacia él, pero no dijo ni una palabra. En lugar de eso, cogió su mano, la levantó y le estampó el más tierno de los besos en la palma.

—No me importan tus manos ásperas por el trabajo, tus callos o tus cicatrices. Todo forma parte de lo que te ha convertido en el hombre que eres hoy, ¿verdad?

Aquel simple contacto, junto con la total y absoluta aceptación que ella le ofrecía, fue su perdición. Tiró de ella más cerca hasta que estuvo completamente apretada contra él, el peso de sus pechos aplastados contra su pecho fue un tormento bienvenido. Su respiración se agitó y se abalanzó sobre ella, besándola con avidez.

Reclamó sus labios como un hombre hambriento de ellos. En realidad, lo estaba. Cada minuto de cada día que pasaba sin sentir su sabor en los labios era un momento perdido.

Mientras ella le devolvía el beso con avidez, la sangre le

palpitaba en las venas y el pulso le retumbaba en los oídos. Sus manos presionaron su pecho, deslizándose hacia arriba, sobre sus hombros. Era una caricia tímida, dócil y bastante inocente para la mayoría de los estándares, pero su respuesta fue cualquier cosa menos eso.

Sin previo aviso, la cogió en brazos y la llevó hacia la cama. Cuando la depositó allí, pudo ver la incertidumbre en su mirada.

—Si has cambiado de opinión....

—No —respondió ella, con la voz entrecortada y ronca—. Simplemente estoy nerviosa porque no tengo ni idea de lo que debo hacer.

Él se acomodó en la cama a su lado y cogió los sencillos lazos que cerraban la pechera del vestido.

—No tienes que hacer nada más que sentir. Si te gusta cómo te toco, dímelo y seguiré haciéndolo. Si no, dímelo y haré algo diferente. Eso es todo.

Al aflojar los lazos del vestido, la tela se descolgó. Ella la apretó contra su pecho por un momento y luego, con una audacia que lo golpeó como un puñetazo, dejó caer el corpiño del vestido. La sencilla la camisa que llevaba debajo apenas disimulaban la abundancia. Por encima del robusto algodón blanco, pudo ver el rosa oscuro de sus pezones. Incapaz de resistirse, alargó la mano y tomó uno de los exuberantes montículos, cerrando la mano sobre él y dejando que el pulgar rozara ligeramente el sensible pico. Su estremecimiento fue todo el estímulo que necesitaba.

La empujó hacia la cama, se tumbó a su lado y continuó

explorando. A cada paso, se recordaba a sí mismo que debía ir despacio, para asegurarse de que su deseo por él superaba cualquier miedo o reserva que pudiera tener.

Le besó el cuello, la clavícula, la tierna piel de detrás de las orejas, y continuó acariciándole los pezones hasta dejarla dolorida. Un suave grito se le escapó cuando él cerró el pulgar y el índice sobre el tenso capullo y lo hizo rodar suavemente. Repitió el movimiento y ella arqueó el cuello, echando la cabeza hacia atrás mientras se le escapaba un gemido gutural.

—Siento que me quemo por dentro —murmuró.

—Nos estamos quemando —replicó él, despojándola cuidadosamente del vestido por completo. Aflojó los tirantes y los deslizó por sus brazos hasta que ella pudo quitárselo encogiéndose de hombros. La enagua fue lo siguiente. Entonces ella yacía ante él vestida solo con una fina enagua de lino y sus medias.

—Cuando te rescaté en el acantilado y te traje aquí, debería haber sido lo último en lo que pensé —dijo, mientras sus manos recorrían cada curva, cada hondonada y cada valle—. Pero la imagen de ti vestida solo con tu camisón, con tu cuerpo perfecto desnudo ante mí, me ha perseguido desde ese momento.

—Estaba tan avergonzada —admitió—. Fue horrible.

—No te avergüences nunca —dijo él—. Eres preciosa. Perfecta en todos los sentidos.

Las palabras sonaban trilladas a sus propios oídos, pero él no poseía la capacidad de decirle cuánto lo conmovía, cómo lo consumía.

Era todo lo que había soñado en una mujer. Pechos voluminosos y exuberantes con pezones grandes y oscuros que imploraban el calor de su boca, costillas que se estrechaban hasta una cintura estrecha que se ensanchaba en unas caderas generosamente curvadas y, en la unión de sus muslos, el triángulo oscuro de vello que protegía sus partes más íntimas le atraía. Ansiaba acariciar aquella carne, encontrarla húmeda y preparada para él. Era virgen, pero no una señorita tímida e inocente. ¿Se escandalizaría de todas las cosas que él quería hacer con ella, de todas las formas en que deseaba explorar los secretos de su cuerpo?

—No tienes ni idea de lo tentadora que eres —murmuró.

Ella levantó las manos, las puso detrás de su cuello y apretó contra él su cuerpo casi desnudo.

—Entonces enséñamelo.



Tal vez fue su propio deseo exacerbado, o tal vez la forma en que su mirada ardiente la recorría, lo que la envalentonó tanto. Fuera cual fuese la causa, Phoebe estaba más que dispuesta a explorar aquel aspecto mucho más atrevido de su carácter. Con sus pechos desnudos apretados contra la áspera tela de su camisa y el roce de sus pantalones de lana contra la suave piel de sus muslos, nada deseaba más que tenerlo a él también desnudo, sentir el calor de su piel contra la suya.

—No me dejes permanecer en la ignorancia por más tiempo —imploró suavemente—. Tócame.

Aquellas palabras fueron como un catalizador. Fue como si ella hubiera encendido una cerilla. Entonces él la levantó, sin preocuparse de su herida, y le quitó el vestido. Pero ya no se contentaba con estar a su lado. Se colocó encima de ella, con el cuerpo pegado al suyo. Apretó la rodilla entre las suyas, separándole los muslos. Podía sentir la dura e implacable cresta de su virilidad contra ella. Se apretó más, sus caderas rechinando contra las suyas, hasta que Phoebe soltó un gemido desgarrado. Luego desapareció, apartando su peso de ella y observando su desnudez.

Tumbada debajo de él, la tocó por todas partes. Sus manos la acariciaron, avivando el fuego que ardía en su interior. Luego le siguió la boca, dejando caer besos ardientes sobre su carne enfebrecida. La tocó por todas partes: los hombros, el cuello, la turgencia de sus pechos, los picos doloridos de sus pezones que la hacían gritar. Pero cuando le dio un beso caliente y con la boca abierta en el vientre, justo por encima de la mata de rizos en el vértice de los muslos, el pánico se apoderó de ella. ¿Seguro que quería besarla allí?

Instintivamente, trató de apretar los muslos para detener una invasión tan íntima. Pero él colocó unas manos fuertes justo dentro de sus rodillas, separándolas a la fuerza.

—Querías erradicar tu ignorancia, Phoebe. No dejes que tu valentía te falle ahora —la desafió.

—No puedes querer besarme ahí —protestó ella.

—Pero sí... quiero probarte íntimamente, conocer tu esencia en mi lengua. Quiero besarte ahí hasta que te estremezcas y llores de placer. ¿Te ha fallado el valor?

—No —mintió ella. Le había fallado por completo.

Quería huir del desafío erótico que veía en su mirada penetrante, de la suave burla de su leve sonrisa mientras la observaba. Pero eso era solo una parte de ella. La otra parte de ella, la criatura lasciva que había estado acechando en su interior, le exigía que le permitiera hacer exactamente lo que había dicho, que saboreara cada segundo del placer decadente y hedonista que él le ofrecía.

Mientras él bajaba entre sus muslos, Phoebe trató de prepararse, de imaginar lo que podría sentir. Nada podría haberla preparado para la realidad, para la inmediata oleada de placer que la inundó cuando él la besó. Su lengua se movía sobre una carne tan sensible que cada roce parecía extenderse hasta que ella lo sentía en todo el cuerpo.

Instintivamente, apretó los dedos contra la ropa de cama, buscando algo a lo que aferrarse mientras el mundo giraba a su alrededor. Cuando su lengua penetró en su interior, intensificando sensaciones que ya superaban todo lo que ella podía comprender, gimió desesperadamente.

Él era implacable. Su boca estaba hambrienta de su carne: la mordisqueaba, la lamía, la chupaba hasta que ella se quedó sin aliento y se estremeció, al borde de algo que ansiaba y temía a la vez. Su cuerpo ya no era suyo, sino que se había entregado exclusivamente a él.

Cada músculo se tensó y tembló. Todo su cuerpo se había tensado, dolorido por la anticipación de lo que estaba más allá. Sus caderas se arquearon contra la boca de él y entonces se rompió. La tensión en su interior se rompió como el cristal y gritó sin aliento mientras oleadas de placer la recorrían.

Mientras ella luchaba por recuperar el aliento y comprender lo que acababa de ocurrir, él se despojaba de su ropa. Cada prenda se desprendía con tanta rapidez que ella no tenía tiempo de estudiarlo, de asimilar y apreciar plenamente las diferencias en sus formas.

Entonces él estaba, una vez más, acurrucado entre sus muslos, la dureza de su pecho apretada contra ella, la gruesa cresta de su excitación contra su muslo. Había oído a las criadas reírse de esas cosas. También las había oído pronunciar palabras de advertencia a las más jóvenes, advirtiéndoles del dolor que siempre acompañaba a la primera vez.

—No dejes que te falle el valor ahora —pronunció en un susurro —. Por favor, por el amor de todo lo sagrado, no me pidas que pare.

—¿Sería eso tan horrible? —se burló ella. No lo sería, por supuesto. Su propio deseo, la curiosidad y la evidente necesidad que él sentía reforzaron su decisión de seguir adelante.

—Podría matarme —respondió él. Su tono era serio, pero no lo era tanto el brillo divertido de sus ojos.

—Por el bien de mi conciencia, supongo que debo aguantar —respondió ella con solemnidad.

—Aguantar —repitió él—. Eres dura con la vanidad de un

hombre, Phoebe.

Deslizando la mano entre los dos, tocó la carne caliente de su pene, acariciándola con las yemas de los dedos. A él se le escapó un sonido estrangulado, pero cuando ella levantó la vista, pudo ver el placer grabado en los duros planos y ángulos de su rostro.

—Mentiría si dijera que no me preocupa.

—Las preocupaciones están bien... has confiado en mí hasta aquí. ¿Por qué no un poco más? —preguntó él.

—¿Por qué no? —capituló ella.

Le quitó la mano de encima, la sujetó con una de las suyas por encima de la cabeza y le dijo:

—No te muevas hasta que yo te lo diga. Ya tengo bastante poco control sin que explores.

La idea de que él perdiera el control la atraía más de lo que quería admitir. ¿Cómo sería tener semejante poder, robarle el autocontrol a un hombre como Patrick? Quería averiguarlo, pero no en aquel momento. En aquel momento, se contentaba con dejar que él tomara las riendas y le enseñara lo que necesitaba saber.

Le soltó las muñecas, pero ella no las movió. En lugar de eso, se agarró a la almohada bajo la cabeza, mordiéndose el labio ante la extraña sensación mientras él separaba suavemente los pliegues de su sexo. Cuando empezó a empujar dentro de ella, volvió el pánico. Lo sentía demasiado grande, llenándola por completo. No podía respirar de la sensación.

—Relájate —susurró él, deteniendo sus movimientos mientras le besaba suavemente la oreja, el cuello. Aquellos besos lentos y lánguidos aliviaron parte de la tensión. Cuando ella empezó a relajarse, él profundizó más. No le dolía, pero era increíblemente extraño.

Le puso una mano detrás de la rodilla y la subió hasta que ella no tuvo más remedio que rodearlo con la pierna. La abrió más, facilitando su paso. Hubo un leve destello de dolor, un segundo y nada más, y luego lo sintió muy dentro de ella.

Patrick apoyó la frente en la suya un momento, respirando hondo y tranquilamente. Luego empezó a moverse. Caricias largas y lentas a un ritmo fácil que la hizo jadear. Todas las risitas y conversaciones susurradas entre las criadas no la habían preparado para la realidad de lo que significaba tenerlo dentro de ella. La intimidad que le abrasaba el alma al mirarle a los ojos mientras él se hundía en ella una y otra vez la despojaba de toda defensa y la dejaba vulnerable de una forma que la estremecía.

Pero pronto esos pensamientos desaparecieron. A medida que la tensión crecía de nuevo, le robaba el pensamiento por completo. No había tiempo para contemplar las ramificaciones emocionales de lo que había hecho. Solo había una sensación exquisita que se prolongaba en la siguiente, impulsándola hacia arriba, ascendiendo hacia la liberación.

Sucedió rápidamente. La tensión se agudizó, sus músculos se tensaron y ella supo lo que significaba, comprendió el placer que

estaba por llegar y lo alcanzó, arqueándose para recibirlo mientras él penetraba más profundamente en ella. Su cuerpo se estremeció a su alrededor. Él se tensó, cada músculo de su cuerpo como piedra caliente contra ella, mientras su aliento se escapaba en un gemido desgarrado. Sus caderas se sacudieron contra las de ella y ella sintió su calor inundándola mientras él disfrutaba de su propio placer.

Después, tumbados en su cama, con los miembros entrelazados y el sudor secándose en su piel, ninguno de los dos habló. Ninguno de los dos estaba dispuesto a reconocer la magnitud de lo que acababa de ocurrir ni las consecuencias que podría acarrear para ambos. La mañana era pronto para pensar en esas cosas.



William se detuvo a un lado del camino y miró hacia atrás por encima del hombro. No había puesto tanta distancia entre él y Raven House como pretendía. Lo que pretendía ser una breve parada en la posada se había convertido en algo totalmente distinto.

El joven Arthur había estado allí, bebiendo cerveza con la falda ligera que le apetecía. Habían compartido unas cuantas pintas de la bazofia y discutido qué hacer con el gran pretendiente entre ellos. Luego, un poco borrachos y sintiendo un poco envidioso de la lujuriosa tabernera del chico, William había pasado un rato con su compatriota. Por un poco de dinero, la encantadora muchacha lo había tomado en su boca y le había mostrado un poco del cielo.

Un ruido procedente de los árboles le sacó de su sensual ensoñación.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

No obtuvo respuesta y, sin embargo, nunca había estado tan seguro de que no estaba solo. Se sintió observado, incluso perseguido. ¿Era ese advenedizo el que le seguía? ¿Intentaba evitar el inevitable desenlace de ser tachado de impostor por la Cámara de los Lores?

William hizo girar su caballo y regresó por donde había venido. Allí, más allá de los árboles, vio surgir una figura sombría.

—¡Identifíquese! —exigió. La figura se adelantó, el pelo rubio brillando a la luz de la luna. Inmediatamente, William se relajó—. ¡Arthur! ¿Qué haces aquí? Creía que tenías intención de quedarte en la taberna.

—Parece que mis planes han cambiado.

William frunció el ceño. La voz no era la correcta, era diferente, las palabras tenían un acento extraño. ¿Era solo la bebida?

—¿Vendrás conmigo a Londres entonces? Le daría peso a mi petición que me acompañaras. Creo que juntos podemos hacer que lo declaren impostor con poco o ningún esfuerzo —dijo William.

Dio un paso adelante, acercándose. No solo la voz era diferente. La ropa también lo era. Se había puesto un pesado redingote que William no recordaba haber visto antes.

—No, William. Eso no forma parte de mi plan... No puedo permitirme que atraigas una atención indebida sobre nosotros ahora

mismo. No cuando estoy tan cerca de tener todo lo que siempre he querido.

William no cuestionó la afirmación. En cambio, su atención se centró en la pistola que Arthur había sacado del bolsillo de su gran abrigo.

—¿Qué pretendes? ¡Esto es una locura!

El arma se disparó con un destello y un dolor cegador estalló en el costado de William. Se desplomó del caballo y cayó al suelo jadeando.

El hombre rubio caminó entonces hacia él. Cuanto más se acercaba, más equivocado parecía. Tenía que ser Arthur. ¿Quién más podía ser? Sin embargo, mientras yacía inundado en su propia sangre, William no estaba seguro. Apretó una mano contra su costado herido y trató de contener la sangre.

Su tirador golpeó la grupa de la montura de William, haciéndola huir hacia el bosque.

—Solo he traído una —dijo el hombre, señalando su pistola—. Y ningún disparo de más. Un hombre misericordioso te habría disparado en la cabeza o en el corazón y lo habría hecho rápido. Mientras yaces aquí sangrando por las tripas, puedes sacar tus propias conclusiones sobre mi personalidad.

—Arthur no —murmuró William.

El hombre se acuclilló a su lado.

—Todavía no. Pero pronto llegará.

Capítulo 17

Patrick había dormido poco. Pasó la mayor parte de la noche maravillado por la mujer que tenía a su lado. Físicamente, era perfecta para él en todos los sentidos, pero, más que eso, sentía hasta en los huesos que ella era lo que había estado buscando todo el tiempo. Quería sentir que pertenecía a algo, a alguien. En las oscuras horas de la noche, con ella entre sus brazos, su cuerpo cálido y dispuesto bajo él, lo había encontrado. Sin embargo, una parte de él le susurraba que no se lo merecía, que no la merecía.

Ella dormía plácidamente, sin que los demonios ni un pasado oscuro y retorcido la atormentaran. Acurrucada contra él, suave y cálida, representaba todo lo que él anhelaba en la vida y todo lo que se le había negado hasta ese momento.

Absurdamente, levantó un mechón de su pelo y lo entrelazó con sus dedos. Las hebras oscuras parecían de seda hilada. Ella se agitó y sus pestañas revolotearon contra el pecho de él, hasta que finalmente sus ojos se abrieron por completo. No habían cerrado las cortinas de la cama y la primera tenue luz del amanecer se filtraba a través de ellas.

—Deberías irte —dijo, con la voz ronca por el sueño—. Si los criados te ven salir a hurtadillas de mi habitación a altas horas de la madrugada, las habladurías no tendrán fin.

—¿Y esa es la única razón que tienes para echarme? —preguntó él.

—¿Qué otra razón podría haber? —preguntó ella, incorporándose.

Apretó la sábana contra su pecho, protegiendo sus senos de su vista. Parecía que su tentadora de la noche se había vuelto tímida con el amanecer.

—¿Te arrepientes? —le preguntó él.

Ella no respondió de inmediato. Durante el latido que tardó en dar una respuesta, se le hizo un nudo en el estómago.

—No me arrepiento de nada… excepto de tener que pedirte que te escondieras a la luz del día —dijo finalmente—. No siento ninguna vergüenza por lo que hicimos, por las libertades que te permití. Sé que debería. Pero por mucho que lo intente, no puedo reunir ningún arrepentimiento real. La falsa piedad tras el entusiasmo hedonista no me sienta bien.

—Entonces ven a mí esta noche —la instó—. Cuando los sirvientes se hayan acostado y la casa esté a oscuras… ven a mi cama y deja que te enseñe lo que puede ser el verdadero hedonismo.

Su expresión revelaba claramente lo tentada que estaba. Pero agachó la cabeza, su pelo cayendo sobre su cara en un movimiento que era inconscientemente seductor.

—Aún no lo sé. Todo depende de lo que pase hoy con Marion. Si no está mejor…

—El doctor Corney nos ha asegurado que se recuperará, pero que será un proceso difícil.

—¿Le crees? —preguntó ella, haciendo una pausa mientras intentaba poner un poco de orden en la masa salvaje y enmarañada de su pelo.

Al recordar cómo su cabello lo había envuelto la noche anterior, los sedosos mechones deslizándose sobre su piel mientras él le hacía el amor por segunda vez, Patrick tuvo que luchar contra el impulso de simplemente arrastrarla de vuelta a la cama.

Forzándose a centrarse en el asunto que tenía entre manos, dijo:

—Es sin duda uno de los hombres más hábiles y conocedores de la medicina que he conocido.

—¿De qué lo conoces? —preguntó ella, levantándose de la cama y llevándose la sábana con ella.

Permaneció sentado, completamente ajeno a su desnudez. Ella no. Cuando le devolvió la mirada, su rostro se ruborizó.

—Es un poco tarde para ser remilgada —se burló él.

—No tienes vergüenza.

—Ni un poco —admitió—. Y pronto te tendré pavoneándote desnuda por esta sala sin pensarlo dos veces. De hecho, lo estoy deseando. Tienes el trasero más perfecto… exuberante, lleno, en forma de corazón. Encaja perfectamente en mis manos…

—¡Basta! —siseó, pero también había risa en su voz—. Ahora me estás avergonzando a propósito.

—Sí, lo hago —admitió él, pero no había burla en su tono. Hablaba completamente en serio—. Porque más que tu cara se sonroja y, si no fuera de día, te arrastraría de vuelta a esta cama y te mostraría lo fascinante que me parece.

Ella había conseguido ponerse su ropa interior, pero se detuvo.

—Iré a verte esta noche. Parece que me has convencido con muy poco esfuerzo. Me he convertido en toda una libertina.

—No hay vergüenza en ello… sea lo que sea esto es entre nosotros, Phoebe, no es simplemente saciar una lujuria. Lo sabes, ¿verdad?

Se las había arreglado para desenredar su vestido desechado y se puso la prenda arrugada.

—Sé que quiero que lo sea… pero aquí hay mucho más en juego que lo que queremos. Eres lord Bellingham. Eso conlleva responsabilidades, Patrick, que no cumplirías si formaras algún tipo de vínculo permanente conmigo.

—Esa será mi decisión… la mía y la tuya. Al diablo los demás y sus opiniones —dijo y se levantó de la cama. Desnudo, se detuvo ante ella y la ayudó a apartar la masa de su cabello oscuro del traje que había estado luchando por ponerse—. Cuando decida que quiero algo, nada se interpondrá en mi camino, Phoebe. Nada.

Ella no respondió, solo lo miró fijamente durante un largo rato. El silencio se extendió entre ellos hasta que él alargó la mano, le cogió

la cara y se inclinó para besarla.

Un suave golpe en la puerta los interrumpió. Se abrió y Josie se metió dentro. Echó un vistazo a Patrick, sus ojos se abrieron de par en par, y luego volvió la cara.

—Señorita, los criados están levantados y les he oído hablar en la cocina de que la cena de su señoría no se había tocado. Cotillean algo espantoso —ofreció la criada débilmente.

En deferencia al evidente escándalo de la criada, Patrick cogió la sabana desechada y se la envolvió alrededor de la cintura.

—¿Puedes ir a mi habitación y traerme ropa limpia?

—Sí, milord —respondió Josie—. Hemos hecho bajar del desván los baúles con las cosas del difunto lord Bellingham. Todas han sido lavadas y aireadas.

—Ve a buscarlas por mí —pidió.

—Te has vuelto muy cómodo dando órdenes a alguien que hace un día ni siquiera estaba seguro de que fueras realmente un Lord —le reprochó ella mientras la doncella escapaba, llevando consigo la ropa desechada.

—¿Qué es lo que te molesta, Phoebe? ¿Que tu criada me haya encontrado aquí o que otros puedan estar cuchicheando sobre nosotros?

—¡Lo que me enerva, Patrick, es tu comportamiento autocrático! Puede que seas Lord, pero yo no soy una sirvienta para que des órdenes y mandes. Tengo voz y voto en lo que sucede entre nosotros.

—Sí. —Estuvo de acuerdo—. Desde luego que sí. Y si me dices que no porque realmente no me quieres, lo acataré. Pero si dices que no por la ridícula idea de que tengo que conseguirme una heredera por el bien de la familia, lo ignoraré como debería hacer cualquier hombre cuerdo.

—¡No es ridículo! No veré el hogar que amo, el único hogar que he conocido, destruido porque fui demasiado egoísta para hacer lo correcto.

Josie regresó y los hizo callar a ambos. Como si se diera cuenta de que acababa de reprender a su empleador como se haría con un niño descarriado, dijo:

—¡Se les oye en el pasillo! Tengan cuidado con lo que dicen —susurró.

Patrick cogió los pantalones que le había entregado, consiguió ponérselos bajo la sábana y se puso rápidamente una camisa por encima de la cabeza.

—Está claro que el rocío ha desaparecido de la rosa si no podemos evitar estar ya a la greña el uno con el otro. ¿Puedes llevarme a la habitación de lady Marion desde aquí?

—Sí, milord. No directamente, pero justo al otro lado del pasillo hay un pasadizo.

—Iré a ver cómo está y, si alguien tiene preguntas sobre dónde estaba o qué estaba haciendo, eso debería bastar como coartada —concluyó.



Phoebe los observó marcharse, Josie lo guiaba por el laberinto de pasillos secretos. Se había convertido en una arpía y no sabía por qué. Sí que lo sabía. Su conciencia la aguijoneó una vez más. Era miedo. Habiéndose entregado a él por completo, sabía que no había vuelta atrás. Al menos en su corazón, estaría atada a él para siempre.

La criada regresó. Se adelantó, levantó un mechón de pelo de Phoebe y chasqueó la lengua con desaprobación.

—¡Ya le dije que un hombre lo apreciaría mucho algún día!

—Me juzgas más por los enredos de mi pelo que por el hombre que hay en mi cama —dijo Phoebe sacudiendo la cabeza.

—Le ruego me disculpe, señorita, pero si las demás mujeres de esta casa supieran lo que se esconde bajo su ropa, habría cola ante la puerta de su habitación... Especialmente la señora Bellingham. El señor Bellingham se fue a Londres y el señor Arthur se escondió en la taberna del pueblo toda la noche, casi golpea a uno de los lacayos. Varias de las criadas dijeron que podían oírlos discutir.

—Siempre has rozado lo inapropiado, Josie, pero ahora dices cosas escandalosas a propósito.

—No, señorita. Ahora, desde que sé que ni sus orejas ni ninguna otra parte de usted son virginales, ya no tengo que censurar los cotilleos que traigo —contestó ella con elegancia—. La señora Bellingham lleva años tonteando con más de uno de los lacayos y mozos de cuadra. El señor Arthur fue una sorpresa, aunque no del

todo inesperada.

De alguna manera habían llegado a su tocador y Josie hacía todo lo posible por desenredar los nudos. Haría falta un milagro, pensó Phoebe.

—¿Desde cuándo ocurre esto?

—Desde que el señor Bellingham la trajo aquí —contestó la criada—. Nunca le dije nada porque siempre pensé que eran solo los lacayos. No sería la primera dama que toma a uno de sus criados como amante.

—Supongo que no. ¿Crees que William lo sabe?

—Creo que una pregunta mejor, señorita, sería si le importa o no.

Phoebe continuó reflexionando sobre aquello mientras, uno a uno, cada uno de los nudos eran desenredados.



Patrick llamó suavemente a la puerta de lady Marion y una agotada Agnes respondió finalmente. La mujer parecía demacrada y cansada.

—¿Hay algún otro sirviente en esta casa en quien confíe para cuidarla? —No hubo preámbulo, ni suavidad en la pregunta y, ante la mirada sorprendida de la mujer, se dio cuenta de que temía ser despedida—. Es demasiado para que una sola persona la cuide las veinticuatro horas del día, Agnes. Si hay alguien más, puede cuidarla

por turnos para que usted pueda descansar decentemente.

La criada se relajó de inmediato, la tensión se filtraba de su rostro.

—Mi tía no trabaja aquí actualmente porque está jubilada. Fue doncella personal de lady Marion antes de que yo ocupara el puesto y reside con mi madre en el pueblo. Creo que le agradaría tener la oportunidad de regresar a Raven House para cuidar de milady.

—Habla con Russell y haz que la traigan entonces… si lo cuestiona, dile que es por orden mía.

Ella hizo una reverencia.

—Por supuesto, milord.

Entró en la habitación al salir la doncella y cruzó el pequeño salón hasta la alcoba de lady Marion. Ella yacía en el centro de la gran cama con un aspecto frágil y débil. Su palidez ya era alarmante, pero la fina capa de sudor que cubría su piel lo era aún más.

—Está demasiado enferma. Esto no puede ser bueno para usted. Corney ha disminuido la dosis demasiado rápido —afirmó.

Ella negó con la cabeza mientras le hacía señas para que se acercara a la silla situada junto a la cama.

—Físicamente, la miseria es casi insoportable. Sin embargo, mi pensamiento es más claro de lo que ha sido en años, Patrick. Preferiría acabar con esto rápidamente si puedo. Con gusto toleraré la incomodidad por el resultado deseado. —Su expresión cambió, un gesto de preocupación cruzó sus facciones mientras lo miraba—.

Debes saber que ignoraba el tratamiento a base de láudano del doctor Wright. Jamás habría sucumbido conscientemente a semejante debilidad. Me parece totalmente vergonzoso.

—Lo sé —convino él, mientras se acomodaba en la silla que ella le había indicado—. Su fuerza de carácter no está en duda… lo que sí cuestiono es el motivo del doctor Wright. ¿Es posible que el láudano se añadiera a esos elixires y tónicos con la esperanza de hacerla más complaciente?

Era una fea sospecha, pero no podía quitarse de la cabeza la idea de que, tal vez, alguien había estado intentando controlar el comportamiento de lady Marion, dejándola en un estado vulnerable.

—¿Complaciente con qué? —preguntó ella.

—¿Con dar los pasos necesarios para que me declaren muerto y el título pase oficialmente a Arthur?

—No hay ninguna cantidad de opio que hubiera provocado tal cosa —negó ella con vehemencia.

—Y cuando se dieron cuenta, alguien empezó a añadir dedalera a la mezcla para eliminarte del todo… Mucho me temo —admitió de mala gana—, que no estamos ante un caso sencillo de un villano responsable de todas las fechorías de esta casa. Creo que hay múltiples planes en juego y estamos desenredando todos los hilos a paso de tortuga.

Se encogió de hombros con tristeza.

—Ha habido demasiados accidentes últimamente… Phoebe casi ahogándose, alguien disparándote… Ha sido una tontería por tu parte

pensar que podrías ocultarme algo así en esta casa. Entiendo que William y Arthur son los sospechosos más probables, ya que son las dos personas que más tienen que perder a tu regreso. Pero no puedo permitirme pensar tan mal de ellos. Son difíciles, sin duda, pero no son malos.

Patrick pensó en la carta que había recuperado Cecil en la biblioteca, aunque prefirió no decirle nada todavía. Hasta que ella fuera más fuerte, y hasta que él pudiera determinar más allá de toda duda razonable que William era el culpable, se guardaría para sí aquella desafortunada información.

—Seguiré investigando. Agnes ha llamado a su tía del pueblo para que la ayude a cuidarla. Mientras tanto, William, Arthur y Priscila no podrán entrar en esta habitación. Solo Phoebe, el doctor Corney, sus criadas y yo podremos verla. Me temo que estamos en un punto en el que sería peligroso y temerario confiar en nadie más.

Lady Marion suspiró con tristeza y puso su mano sobre la de él.

—Has tenido una bienvenida inhóspita a tu regreso. Todos deberíamos alegrarnos de tenerte de nuevo a salvo entre nosotros y, sin embargo, no hay más que maquinaciones. Y aquí estoy, inútil... Otra carga que soportar.

Patrick sacudió la cabeza.

—Usted no es una carga para mí. He pasado casi las dos últimas décadas vagando por este mundo sin saber a dónde pertenecía. Incluso ahora me encuentro entre dos mundos: demasiado educado para ser marinero y todavía no lo bastante para ser el caballero que pretendo

ser. Su aceptación significa mucho para mí. E incluso si William tuviera éxito con su petición a la Cámara de los Lores, no la abandonaré aquí.

—¿Y Phoebe? —preguntó ella—. ¿Qué será de ella?

Patrick se encontró con su mirada demasiado perspicaz. Había tomado su decisión. La había tomado mucho antes de que la inocente tentadora convertida en arpía lo atrajera a su cama.

—Phoebe será mi esposa, sea yo lord Bellingham o no. Ella podría aceptarme más fácilmente si no lo soy, para ser honesto. Esta idea que tiene de que la finca está en peligro y debo casarme con una heredera... ¿de dónde ha salido?

—William no para de hablar de las pérdidas de la finca. Insiste en que estamos al borde de la pobreza, aunque no entiendo por qué —respondió ella—. Debería haber investigado más a fondo, pero me faltaron las fuerzas y la voluntad para hacerlo. Si estamos a punto de empobrecernos, la culpa es mía por no tomar un papel más activo en el mantenimiento de tu legado.

—Asume demasiadas cosas. Su hijo mayor estuvo desaparecido y dado por muerto durante casi dos décadas, su marido acababa de perecer... es natural que recurriera a gente en la que confiaba, a la familia, para que la ayudara en momentos tan calamitosos. Pero eso no viene al caso. Mi preocupación ahora es... Si estamos perdiendo dinero, ¿cómo y adónde va?

Una expresión pensativa torció sus facciones al considerar la pregunta.

—Poco ha cambiado en el funcionamiento de la finca desde el fallecimiento de tu padre. Lo que significa que el problema debe de estar en cómo se gestionan las finanzas.

—Mal gestionadas —corrigió Patrick—. Por lo que he sabido por Phoebe, creo que es seguro asumir que una buena parte de los ingresos producidos por la finca se están utilizando para velar por el cuidado y la comodidad de sir George.

Lady Marion emitió un sonido de disgusto.

—Nunca pude soportarlo. No comprendo cómo él y mi querido Fenton podían ser hermanos, cuando son tan diferentes en carácter y calidad.

—¿No somos Arthur y yo diferentes? —preguntó él. Fue revelador que ella apartara inmediatamente la mirada, con un rubor culpable coloreando su rostro. La sospecha había estado ahí, rondando en la periferia de su mente después de su conversación anterior. Toda su charla, sobre no ser una buena esposa y sobre la misericordia y el perdón de lord Bellingham, había alimentado aquella fea semilla de duda—. No es hijo de lord Bellingham, ¿verdad?

Lady Marion cerró los ojos mientras una sola lágrima se escapaba y rodaba sin control por su mejilla.

—Él no conoce mi mayor vergüenza y te ruego que no se lo digas.

—No veo razón para hacerlo si puede evitarse. Pero necesito entender quiénes son los jugadores de este juego tan peligroso. Dígame lo que pueda.

Ella guardó silencio durante un largo momento, reuniendo sus pensamientos y su valor. Con un fuerte suspiro, comenzó:

—Fue mientras estaba en Francia con tu padre. Tú eras solo un niño... tenías diez años cuando llegamos allí y doce cuando regresamos a Inglaterra en aquel desdichado barco.

Cuando ella volvió a hacer una pausa y respiró entrecortadamente, él le cogió la mano.

—Sé que es difícil para usted hablar de esto. No la presionaría si no creyera que la información es vital.

—¿Cómo puede ser vital algo tan antiguo?

Era una pregunta que él mismo se hacía.

—No sabría decirlo. Quizá porque mi memoria era tan escasa, aprendí a confiar en algo mucho más difícil de comprender. Durante casi dos décadas he vivido principalmente por instinto y no me ha fallado. Ahora mi instinto me dice que esto es importante, aunque no pueda decir cómo.

Sus miradas se cruzaron y, tras un largo momento de silencio, ella dijo en voz baja:

—El primer año fue deprimente. Fenton siempre estaba fuera. Entonces eras un terror, pero eras un niño sin compañeros de juego, sin amigos, en un país que despreciabas y que sinceramente nos despreciaba por ser ingleses. No es de extrañar que fueras difícil. Odiaba estar atrapado en aquella casa y aprovechabas cualquier oportunidad para escapar.

—¿Y el segundo año?

—Conocí a un hombre mientras estaba de compras… Un francés llamado Philip La Chance. Huelga decir que era falso. —Volvió a guardar silencio y su dolor se hizo evidente, escrito claramente en sus facciones—. Incluso ahora, no puedo estar segura de si algo de lo que me dijo se basaba en la verdad. Me sentía sola, añoraba mi hogar y me invadía una especie de hastío que espero que nunca conozcas. En resumen, fui presa fácil para él. Me sedujo para tener acceso a los papeles de tu padre. Si Fenton no hubiera sido un hombre tan amable, tan indulgente, bien podría haber ido a la horca por traición.

Patrick se recostó en la silla y contempló su respuesta muy detenidamente.

—La amaba —dijo finalmente—. Más que al honor, más que a la patria.

Ella agachó la cabeza y se secó las lágrimas de los ojos.

—¡Debes despreciarme!

Él negó con la cabeza.

—Es humana, como lo somos todos. En un momento u otro, todos somos culpables de confiar en la persona equivocada. No puedo imaginar lo que fue enterarse de la verdad… y en tiempos tan revueltos.

—¿Estás seguro de que esto es importante? —preguntó—. He intentado con todas mis fuerzas olvidar aquellos tiempos horribles. Pensé que perderte era mi castigo.

—El mundo no funciona así —le reprochó él—. Estoy bastante poco familiarizado con la religión, pero creo que Dios existe y dudo que me dejara sufrir lo que sufrí por sus pecados, si es que cometió alguno.

—El adulterio es pecado suficiente.

—Y si fuera una ofensa castigada divinamente, más de la mitad de la sociedad estaría en constante peligro.

Sacudió la cabeza, pero una leve sonrisa curvó sus labios.

—No creo ni por un momento que estemos diseccionando mi accidentado pasado por mera curiosidad. Puede que mi debilitado cuerpo me tenga atrapada en esta cama, pero mi mente, al menos, está sana. Dime por qué necesitas saberlo.

Patrick se pasó los dedos por el pelo en un gesto de frustración.

—No puedo decírselo. Ni siquiera estoy completamente seguro de saberlo. Mientras tanto, permanezca en su habitación y lejos tanto de Arthur como de William… y de Priscila.

—Muy bien… Agnes y su tía me mantendrán bien vigilada. Entre las dos, podrían hacer tanto ruido como para derribar la mansión si fuera necesario. ¿Y tú vigilarás a Phoebe? No es mi hija de verdad, pero la siento como tal. Dios sabe que nunca podría haber sido bendecida con una mejor.

—La mantendré a salvo —juró—. Os mantendré a salvo a las dos.

Patrick se levantó, con el peso de aquella promesa presionándole

mientras salía de la habitación. Tenía que encontrar al doctor Corney. Si las técnicas de Mesmer podían desbloquear su memoria fragmentada, con gusto quedaría como un tonto durante el proceso.

Capítulo 18

Priscila salió de su habitación y se dirigió a la buhardilla. Era más difícil llegar durante el día, cuando las criadas estaban por todas partes. Pero en los últimos seis meses se había familiarizado con el plano de Raven House. No había habitación que no conociera.

Se metió en una alcoba cuando una de las criadas salió con un montón de sábanas sucias y esperó a que la muchacha pasara antes de continuar por el pasillo. Ni siquiera sabía si él estaba allí, pero quien no arriesga, no gana. Necesitaba verlo. Habían pasado días. Tontear con un lacayo aliviaba el dolor físico de no tener un hombre en su cama. El cielo sabía que su marido nunca la había satisfecho en aquel aspecto, pero nada se comparaba con lo que sentía cuando estaba con él.

Al final del pasillo, se quitó la cinta atada al cuello que sujetaba la llave y abrió la puerta de la buhardilla. Subió las escaleras con el corazón latiéndole a mil por hora. Cuando se acercaba a la cima, oyó el ruido de pasos y suspiró aliviada.

Al entrar en la habitación, se apoyó en la puerta y contempló la longitud de su figura perfecta. De hombros anchos, caderas delgadas, rubio y perfecto, no podría haber pedido un espécimen mejor.

—Querido… has estado fuera demasiado tiempo —dijo.

—¡Puede que me vaya para siempre! —espetó él—. Se suponía que ibas a hacer retroceder a tu marido. Estuvo a punto de arruinarlo todo.

—William no hará nada —aseguró ella—. No es lo suficientemente querido por nadie con un título como para ser capaz de conseguir una petición a través de la Cámara de los Lores. Sus súplicas caerán en saco roto y tu plan continuará como siempre. Solo habrá un cuerpo más con el que lidiar de lo que creíamos en un principio.

—Dos —corrigió—. En cuanto a tu marido, ya se han ocupado de él. Su cadáver gordo e hinchado se encontrará en un matorral cerca del camino.

—¡Deberías habérmelo dicho! ¡Todavía no estábamos preparados para eso!

—¡Estaremos listos cuando yo lo diga! —gritó él—. Ya nos hemos entretenido bastante. Eliminaremos a los otros y cuando Arthur asuma el título, lo eliminaremos a él. Estoy harto de esperar. Estoy harto de esconderme en esta maldita buhardilla mientras copulas con todos los hombres de esta casa.

Priscila dio un paso atrás. Sus celos se estaban convirtiendo en un problema, aunque todavía lo necesitaba.

—Lady Marion será fácil de aplacar. En cuanto a Phoebe, no habrá nadie que monte un escándalo o solicite una investigación. Patrick puede asumir el título y luego morir de un desafortunado accidente. Él mismo admitió que es un mal jinete, ¿no? Todo suena perfecto, pero me preocupa que tantas muertes, incluso con explicaciones razonables, susciten preguntas. —Dio un paso adelante, aflojando los lazos de su vestido para que cayera a sus pies revelando que estaba desnuda debajo de él, excepto por unas medias de seda intrincadamente bordadas y atadas con ligas de cinta negra. Ella notó como sus ojos se oscurecían al recorrer su figura—. No podría soportar que te ocurriera algo, mi amor.

Él no la tocó, pero le permitió recorrer su cuerpo con los ojos.

—Dejaste de lado a Arthur… ¿o tus sentimientos por él se han interpuesto en tu plan definitivo?

Priscila era una criatura insaciable y, aunque no tenía reparos en llevarse a todos los lacayos de la casa a su cama, sus escarceos con Arthur despertaban su envidia. No se trataba de ella, sino de su resentimiento hacia su hermanastro, el bastardo inglés que lo había tenido todo mientras él se ganaba la vida a duras penas en la infantería.

—No —afirmó con firmeza—. Yo seré lady Bellingham y tú ocuparás su lugar sin que nadie se entere. Tal y como siempre habíamos planeado. De lo contrario, nunca me habría casado con esta funesta familia. William es un tonto torpe y Arthur… bueno, teníamos que establecer una historia entre nosotros para que cuando nos

comprometamos después de la muerte de William, nadie lo cuestione.

—¿Estás segura de que no lo prefieres? ¿Al bastardo criado entre algodones, antes que al tosco y empobrecido?

—Gracias a los gastos excesivos de mi suegro y a la incapacidad de mi difunto marido para decir que no, los dos estáis más empobrecidos de lo que me gusta.

Le sonrió, tirando de ella para acercarla.

—William ha muerto… Sir George tendrá que arriesgarse con los prestamistas. Y en unos pocos meses, tú y yo gobernaremos esta propiedad juntos.

—Despediremos a los sirvientes y contrataremos a un personal completamente nuevo para la mansión, que nunca sospechará nada. Y en unos pocos años, cuando Arthur sea un tenue recuerdo, para quien pudo conocerlo en la escuela o en su juventud, podremos dejar este lúgubre lugar e ir a Londres. Luces y fiestas y teatro… y podremos satisfacer todos nuestros deseos por perversos que sean —prometió Priscila.

Sonrió, pero había un atisbo de crueldad en su mirada.

—¿No disfrutaste follándote a ese lacayo anoche? ¿No te bastó con su polla?

Ella se apretó contra él, con la esperanza de abrirle el apetito lo suficiente como para aligerar su humor, decididamente agrio. Lo adoraba, pero había aprendido que su humor podía ser caprichoso y a menudo despiadado.

—Solo lo hice porque tú me lo dijiste. Eres el único al que quiero, André… y te quiero ahora mismo. Tómame.

—Te daré lo que quieres, pero antes tienes que hacer algo por mí —dijo él, subiendo la mano para soltarle el pelo del moño. Cuando lo tuvo enredado en su puño y tiró de su cabeza hacia atrás, con la violencia que ella ansiaba y temía, la besó en el cuello—. Di que sí, Priscila.

—¡Sí! Sí a todo.

—Encuentra una manera de llegar a lady Marion… la dedalera ha sido demasiado lenta. Dale más y acabemos con una parte de esta farsa.

No hubo vacilación, ni duda cuando ella pronunció su acuerdo.

—Lo que sea, querido. Cualquier cosa por ti.

Mordió su cuello, sus dientes se hundieron lo suficiente como para formar un moretón allí.

—Por nosotros. Por nuestro futuro.

—Sí… por nosotros —susurró ella mientras los dedos de él se clavaban en sus caderas—. Por nosotros.



—Solo trénzalo y sujétalo con pasadores, Josie. Hagámoslo rápido antes de que eche la casa abajo a gritos —dijo Phoebe, frotándose el cuero cabelludo. Llevaban horas arreglando su pelo. —La doncella

resopló y murmuró algo en voz baja, por lo que ella agregó—: No se te ocurra hacer bromas, después de tanto hablar de lo inevitable. Eres tan culpable de mi caída en desgracia como yo.

Josie puso los ojos en blanco.

—No es eso, señorita. Y no es su caída en desgracia lo que es una carga. ¡Son los nudos de su pelo! Dígale que la próxima vez que ponga las manos en cualquier sitio que esté cerca de su pelo, ya sea el lord o no, le arrancaré un trozo de su pellejo por ello.

—¿En serio? ¿Debo ir a decírselo?

Josie palideció.

—¡No! ¡Solo estoy bromeando! Sin embargo, tenga cuidado. Puede que le resulte pesado tenerme cepillándole el pelo durante horas, pero piense en qué hombre me querrá todavía cuando tenga músculos en los brazos que rivalicen con los del herrero. —Phoebe parpadeó un momento y luego, a pesar de sus mejores intenciones, se le escapó una risita—. ¡No he dicho tal cosa para hacerme la graciosa! —protestó la muchacha—. ¡Es la verdad!

Tras un momento de lucha, ella recuperó la compostura.

—Tienes toda la razón. No es gracioso. Es ridículo.

Josie sonrió.

—No entiendo cómo puede pasar una noche con un hombre así y seguir siendo una gruñona al día siguiente. No era un zoquete en la cama, ¿verdad? A veces, no importa cómo se las arreglen si no saben cómo usarla.

Phoebe se sonrojó furiosamente.

—Esa no es una pregunta apropiada.

—¿Lo disfrutó? ¿Cómo es eso de apropiado? —preguntó, clavando más horquillas en el moño trenzado.

—Lo hice y eso es todo lo que pienso decir al respecto. Es tu Lord.

—Si quiere que esta sea una casa apropiada, donde los sirvientes conozcan su lugar, tendrá que despedirnos a todos y empezar de cero —afirmó—. Nos hemos acostumbrado demasiado a poder actuar sin la debida supervisión.

Phoebe hizo una pausa. No podía precisarlo, pero había algo en lo que había dicho la doncella que la hizo detenerse.

—Josie, si alguien asumiera el papel de lord Bellingham y despachara a todos los criados, y suponiendo que no quedara nadie en la familia que pudiera identificarlo debidamente, ¿quién se lo discutiría?

—Nadie, supongo. —Se encogió de hombros—. Lo más probable es que los criados a los que dejaran marchar estuvieran demasiado aterrorizados de que los echaran sin referencias como para armar mucho jaleo por nada. Y cuando eres nuevo en una casa, no te arriesgas a perder un puesto por husmear en casi nada si eres listo. —Dio un paso atrás, ladeando la cabeza mientras observaba el moño y luego suspiró mientras cogía más horquillas—. ¿Por qué pregunta algo así? No estará pensando que milord no es milord, ¿verdad? Seguro que no, después de lo de anoche.

—No. En absoluto —dijo Phoebe. Era verdad. Ella lo creía y eso le partía el corazón. Si él no fuera lord Bellingham, podría estar con él para siempre—. Estoy plenamente convencida, más allá de toda sombra de duda, de que es lord Patrick Bellingham. Pero ayer ocurrió una cosa muy rara, y parece una locura decirlo, pero ¿te has dado cuenta de que Arthur parece estar en dos sitios a la vez en esta casa?

La criada se detuvo, quedándose anormalmente quieta.

—Siempre supuse que usaba los túneles o que había perdido la noción del tiempo, cuando volvía a verlo. Hace dos días, lo vi aquí arriba, en el pasillo, dirigiéndose a su habitación mientras yo iba a la lavandería... y luego lo vi fuera, a través de la ventana de la cocina, dirigiéndose a la playa. Incluso con los pasadizos, no habría forma de que llegara tan lejos tan rápido. Tampoco es la primera vez que veo algo así.

¿Arthur tenía un doble? ¿Era posible tal cosa? Y si era así, ¿quién lo había llevado a Raven House? ¿Era Arthur la raíz de todas las conspiraciones y planes o era William? Cuanto más pensaba, menos sentido tenían las cosas.

De lo único que podía estar segura era de que Patrick no era un impostor. Si alguien pretendía reemplazar a Arthur por otro, el regreso de Patrick habría puesto en peligro sus planes. Como hijo menor, solo le habrían dado el título después de que Patrick fuera declarado muerto. Todo aquel tiempo, habían asumido que él podría ser el villano cuando, de hecho, podría muy bien ser la próxima víctima prevista.

Incluso para su propia mente, la trama parecía inverosímil, pero no había otra explicación posible para lo que había visto. Por increíble que pareciera, era la única opción que podía explicar todo lo que había ocurrido hasta entonces.

Phoebe se levantó, con la emoción zumbando en su interior.

—Tengo que encontrar a Patrick. Oh, Josie... ¡bendita seas por decir cosas tan salvajemente inapropiadas! Creo que ahora sé exactamente lo que está pasando en esta casa.

La criada sacudió la cabeza, confundida.

—Bueno, ciertamente no sé lo que está pasando y creo que lo prefiero así. Lo vi entrando en los aposentos de lady Marion, pero no sé si sigue allí o no. Tampoco creo que deba andar por estos pasillos usted sola. Sé que el señor William no está, pero aún hay cosas extrañas.

—Todo irá bien. Lo prometo... pero necesito que hagas algo por mí.

La criada se cruzó de brazos.

—¿De qué se trata?

—¿Arthur ya salió de sus habitaciones?

—No estuvo en ellas —contestó Josie en el tono que siempre reservaba para los cotilleos picantes—. No en toda la noche. Supongo que por eso la señora Bellingham tuvo que cansar a ese pobre lacayo. El señor Arthur fue al pueblo a pasar la noche en la posada con Mary, la moza de la taberna. Últimamente lo hace mucho, ahora que lo

pienso.

Phoebe se sentó frente al tocador y pensó que, si pasaba las noches en el pueblo con la tabernera, entonces Priscila estaba en la buhardilla con su doble. ¿Por qué habría pasado la noche con el lacayo? Solo se le ocurría que fuera porque su amante también estuviera ausente. Seguían surgiendo más preguntas que respuestas, pero su certeza sobre lo que estaba ocurriendo no vacilaba.

—Si vuelve, vigílalo. Vigílalo como un halcón... No puedo explicarte más, salvo que hay alguien más en esta casa que entra y sale por esos mismos túneles que tú y yo utilizamos, que se parece lo suficiente a Arthur como para que sea fácil confundirlo con él. —Josie no la rebatió de inmediato, lo que significaba que sabía más—. Dímelo. No ocultes información ahora —la instó Phoebe.

—¿Cómo puede ser eso, señorita? Es lo único que tiene sentido, se lo concedo, pero nadie de la familia se le parece. Solo tiene un hermano y son la noche y el día.

A menos que no fueran los únicos hermanos, pensó ella, antes de pedirle:

—Voy a ver a lady Marion y a buscar a Patrick. Quiero que estés atenta por si Arthur regresa.

Capítulo 19

Patrick acababa de salir de la habitación de lady Marion cuando sintió el peso de una forma demasiado familiar chocar contra él en el pasillo. Le rodeó la cintura con un brazo, tanto para estabilizarla como para darle la oportunidad de estrechar su suavidad contra él un momento más.

—Sin duda tienes prisa —comentó.

Phoebe dio un paso atrás.

—Tenemos que hablar... en privado.

—¿Dónde sugieres?

—En tu habitación —respondió ella y giró sobre sus talones para dirigirse hacia allí.

Patrick la siguió. Una vez más, admiró el contoneo de sus caderas. Aquella admiración se vio aumentada por el hecho de que sabía exactamente lo que se escondía bajo sus faldas. Las ganas de volver a poner las manos en sus caderas, de sumergirse en el suave calor de su cuerpo hasta perderse, le robaron todo sentido común.

Llegó primero a la habitación y abrió la puerta. Al cruzar el umbral, le devolvió la mirada por encima del hombro. Era una mirada involuntariamente seductora, pero eficaz.

Siguiéndola a sus habitaciones, Patrick se obligó a mantener al menos un brazo de distancia entre ellos. De lo contrario, la inclinaría sobre el mueble más cercano y se olvidaría de lo que quisiera decirle.

—¿Qué es lo que has descubierto? —le preguntó.

—No he descubierto nada, pero algunas cosas simplemente me han quedado más claras al reflexionar. —Hizo una pausa y luego dijo apresuradamente—: No creo que Arthur sea un villano. Creo que es otra víctima.

Sus cejas se alzaron.

—¿Cómo has llegado a esta conclusión?

—Josie me dijo algo, que si él quisiera estar en una casa llena de criados que desconocieran todos sus secretos y se comportaran correctamente, tendría que despedirlos a todos y empezar de cero. Me di cuenta entonces de que estamos muy aislados de la sociedad; por eso, otra persona que se parezca mucho a él podría ocupar su lugar.

—Tendrás que explicar eso un poco mejor.

—Pensarás que estoy completamente loca, pero necesito que me escuches.

Se acercó más a ella.

—Phoebe, nunca he pensado, ni creo que lo piense alguna vez, que estés loca. Dime lo que sabes y te prometo que le daré toda la

consideración que merece.

Estaba demasiado cerca, pensó ella, demasiado abrumador mientras el calor de su cuerpo la abrasaba.

—No puedo pensar cuando haces eso —susurró. Más cerca aún, él la apretó contra su cuerpo. Sus manos rozaron sus caderas mientras la acercaba lo suficiente como para notar su dureza presionándola. Phoebe sintió que se balanceaba, que se inclinaba hacia él, ansiando la oleada de deseo y placer que él había provocado en ella la noche anterior—. Se trata de Arthur —dijo, con la voz entrecortada por la necesidad y el peso de la anticipación—. Patrick, esto es imprudente.

—Y sin embargo, me encuentro a la vez incapaz y no dispuesto a que me importe —aseguró él, mientras le acariciaba el cuello con una mano hasta que ella echó la cabeza hacia atrás.

Mirando al azul oscuro de sus ojos, se sintió caer, la importancia de lo que tenía que decir olvidada en la estela del deseo que parecía consumirla cada vez que estaba en su presencia.

Llamaron a la puerta, pero se abrió antes de que pudieran invitar a nadie a entrar. Era Josie, que entró temblorosa y con el rostro ceniciento.

—Lo siento mucho, señorita, pero ha ocurrido algo terrible. Deben venir de inmediato.

Decepcionada y más que un poco avergonzada, Phoebe dio un paso atrás.

—¿Qué pasa?

—Es el señor William Bellingham. Uno de los granjeros lo encontró, señorita.

—¿Lo encontró? —inquirió él—. ¿Está herido?

—Gravemente, milord —informó la criada con un gesto de terror —. No puedo imaginar que alguien pueda recuperarse de semejante herida. Debe venir de inmediato.

—¿Alguien ha ido a buscar al doctor Corney? —se interesó Phoebe. Cualesquiera que fueran sus sentimientos por William, no deseaba su muerte.

—Sí, señorita. El doctor lo está atendiendo ahora.

Cuando Josie se marchó, Patrick se volvió hacia ella.

—Esto no ha terminado. No pienses ni por un momento que daremos marcha atrás. Solo nos hemos retrasado.

Phoebe no tenía intención de dar marcha atrás. Le parecía imposible, comparable a luchar contra una fuerza de la naturaleza. Ahora que había dejado de resistirse, el único curso de acción que le quedaba era simplemente capitular. Su intención era disfrutar de él todo el tiempo que pudiera.

—No lo haré, pero veamos primero a William. No puedo evitar sentir que esto está relacionado con los respectivos atentados contra nuestras vidas.

—Si William está tan gravemente herido como Josie declaró, puede que tengamos muy poco tiempo para averiguar si puede identificar a su atacante. Vámonos —instó.

Lo siguió fuera de la habitación, temiendo lo que estaba por venir.



Encontraron al doctor Corney atendiendo a William en una pequeña habitación junto a la cocina. El frenesí de actividad corroboraba la evaluación de Josie sobre la situación. Algunos de los criados de más edad, los que podrían haber conocido a William de niño, lloraban. Otras, sirvientas que sin duda habían pasado la mayor parte de su vida en Raven House, esquivando sus inoportunas insinuaciones, permanecían con los ojos secos. Patrick no podía culparlas por ello.

Al entrar en la estrecha habitación, William yacía en un pequeño catre, con el rostro pálido y la piel húmeda. Las vendas empapadas de sangre que le rodeaban el torso lo delataban. Una herida en las tripas era una de las formas más brutales de abandonar el mundo de los mortales, pero sin duda lo haría. Lo que no hiciera la bala, lo haría la fiebre.

—¿Cuál es su condición? —preguntó Patrick.

Corney se volvió y negó con la cabeza, su silencio lo decía todo.

Desde la cama, William esputó una tos y abrió los ojos. Miró con fijeza a Patrick y, por primera vez, no lo hizo con hostilidad.

Patrick se puso en cuclillas junto al herido, hasta que quedaron frente a frente.

—¿Quién te hizo esto, William?

—Arth... —se interrumpió, un ataque de tos interrumpió su discurso. La sangre se filtró por la comisura de su boca y Patrick supo entonces que los pulmones se le estaban llenando de sangre. No duraría mucho en el mundo—. Arthur —logró pronunciar.

La palabra fue solo un susurro, pero resonó en la pequeña habitación como un disparo de pistola. Los sirvientes jadearon de sorpresa, su conmoción claramente evidente en sus rostros atónitos.

—¿Estás seguro de que fue Arthur? —presionó Patrick—. ¿Hay alguna duda?

William lo miró con el ceño fruncido, y luego admitió con voz cada vez más débil:

—Sonaba mal. Pensé que era la bebida pero... no... su voz no sonaba... no como él.

—¿En qué sentido, William? ¿Qué te dijo? —insistió.

William giró ligeramente la cabeza y lo miró más directamente.

Patrick podía ver la muerte en los ojos del otro hombre. Ya había clavado en él sus garras heladas. Los labios de William se entreabrieron, pero no en respuesta. Su último aliento se escapó en un suspiro y luego su pecho se detuvo.

No era la primera vez que veía morir a un hombre. En realidad, de los que había visto exhalar su último aliento, había sentido menos pena por William que por la mayoría. Pero el sonido consternado de Phoebe, las lágrimas que se acumularon en sus ojos mientras miraba el

cadáver de un hombre que conocía desde la infancia, tocaron una fibra sensible en él. Estaba dolida, aunque no entendía por qué, dado el trato que William le había dado. Sin embargo, el dolor de ella era evidente, así como su total incapacidad para hacer algo al respecto.

Se levantó y asintió secamente a Corney. Luego se giró hacia el mayordomo.

—Encárguese de los preparativos.

—Sí, milord... se hará lo necesario —respondió el hombre con gravedad—. ¿Y con el señor Arthur, milord? ¿Qué hay que hacer?

Los labios de Patrick se endurecieron.

—Yo me encargaré de esa parte, Russell. Los criados no deben decirle nada cuando lo vean. De hecho, deben evitarlo a toda costa, hasta que yo tenga un plan... Si alguien lo ve, que tome nota de su dirección y venga a buscarme inmediatamente. ¿Queda entendido?

—Desde luego, milord —respondió el mayordomo rápidamente y con total convicción. Siguió un coro de asentimiento.

Patrick le ofreció el brazo a Phoebe.

—Ven. Debemos ver a lady Marion antes de que oiga la noticia de otros.

Necesitaba sacarla de aquella habitación. También necesitaba frenar sus propios celos ridículos de un hombre muerto.



Phoebe se limpió las lágrimas de los ojos cuando salieron de aquella pequeña y lúgubre habitación y se dirigieron a la suite de lady Marion. No lloraba por el hombre en que se había convertido William. Sus lágrimas eran por el niño que una vez fue y por la mujer a la que estaban a punto de enfrentarse. Lady Marion había sufrido la agonía de un hijo desaparecido durante casi dos décadas. Había enterrado a su marido, un hombre amable al que traicionó. En ese momento, con su hijo desaparecido devuelto a ella, tendría que despedirse de William, que había sido como otro hijo. Sería demasiado para ella y Phoebe temía que provocara un retroceso en su recuperación.

—¿Por qué lloras por él? —preguntó Patrick en voz baja—. Después de todo lo que ha hecho y todo lo que ha amenazado... ¿por qué?

—Porque cuando éramos niños y yo tenía miedo, él me contaba historias. Porque cuando tú te habías ido y lady Marion lloraba tanto como para llenar el océano, él se sentaba con ella —respondió—. Era diferente entonces, antes de que la influencia de sir George lo manchara irremediablemente, antes de que sus propios celos y envidia fueran alimentados por la mezquindad que sir George sembró en él.

—Sembró demasiado odio, diría yo. —Patrick se detuvo a mitad de camino y ella se vio obligada a detenerse también, al llevarla sujeta por un brazo.

Estaba claro por su expresión que desaprobaba sus lágrimas. Dado lo que él sabía de William, ella podía incluso entenderlo. Pero en una historia conjunta que abarcaba casi dos décadas y media, era

imposible condensarla solo en aquellos momentos desagradables de los que él había sido testigo.

—No tienes que llorar por él —le dijo suavemente—. Para ti era poco más que un extraño grosero y malhumorado… pero aquí llevamos décadas viviendo unos en los bolsillos de otros. Las relaciones que se construyen entre estos muros son complicadas. No tienes por qué llorarle, pero no debes juzgarme por hacerlo.

Se quedaron de pie en el pasillo, en un silencio tenso que se extendió entre ellos, hasta que finalmente él suspiró.

—No tengo derecho a dictar lo que puedes sentir y por quién puedes sentirlo. No me corresponde.

—Porque no eres mi marido. —Y nunca lo sería, pensó.

Parecía que necesitaba recordarse constantemente lo endeble que era su relación. No hacerlo solo daría lugar a esperanzas que, cuando inevitablemente se desvanecieran, solo traerían más dolor. Sin embargo, se preguntaba qué clase de marido sería para la mujer con la que se casara. ¿Sería el tipo de hombre que intenta controlar incluso los pensamientos de su esposa? Como el matrimonio le había parecido un futuro tan improbable, se había acostumbrado a hacer lo que le daba la gana sin tener en cuenta las opiniones o los pensamientos de los demás. Se dijo a sí misma que era mejor que su relación terminara porque no podía imaginarse cediendo el control a nadie de esa manera.

—No —respondió con otro suspiro pesado mientras se pasaba la mano por la cara—. Porque no tengo derecho a decirle a ningún

hombre, mujer o niño lo que puede sentir. Puede que no entienda cómo puedes separar lo que era de niño de su decepción como hombre... pero tampoco puedo entender cómo puedes mirar más allá de todos mis muchos defectos. Explotar tu naturaleza generosa en mi propio beneficio y castigarte por ello cuando se aplica a otros, me convertiría en la peor clase de hipócrita.

Phoebe no había esperado que él lo aceptara tan fácilmente, ni que admitiera de tan buen grado un error por su parte. A cada paso, su comportamiento la confundía y la desconcertaba. Nunca sabía qué esperar de él.

Optó por cambiar totalmente de tema y centrarse en asuntos que requerían atención inmediata, por eso, bajó el tono y susurró:

—En tu habitación, intenté decirte que tengo información sobre Arthur, y dado lo que ha dicho William, es más imperativa que nunca... hay otro hombre en esta casa, uno que va y viene a su antojo por los túneles y pasadizos, y que se parece lo suficiente a Arthur como para pasar por él.

No descartó la idea de inmediato, pero su escepticismo era obvio, incluso cuando respondió en un tono más bajo que el de ella:

—No quiero creer que Arthur sea el responsable de esto, Phoebe. Acabo de descubrir a mi hermano y, aunque las cosas están ciertamente tensas entre nosotros, tenía la esperanza de construir una relación...

—¡Lo vi, Patrick! ¡Ayer por la tarde, cuando bajaba a saludar al doctor Corney y al señor Cecil! Vi a un hombre que supuse era Arthur

al final del pasillo, dirigiéndose a la buhardilla. Luego, cuando me volví para bajar las escaleras, el verdadero Arthur subía por ellas. Y no soy la única que ha tenido tales experiencias. Hablé con Josie y me reveló que a varios criados les había ocurrido lo mismo. Aunque parecía improbable que pudiera estar en dos sitios al mismo tiempo, incluso con los túneles, esa era la explicación más razonable que se tenía.

Él respiró hondo:

—Si eso es cierto… ¿con qué fin?

Phoebe suspiró.

—Yo misma no lo entiendo del todo… Apenas he podido atar cabos. Pero antes de que tú regresaras, era casi una certeza que Arthur acabaría asumiendo el papel de lord Bellingham. Luego, fue expulsado de sus clases en su época de estudiante e incluso entonces mantuvo su inocencia de los delitos que lo acusaban. ¿Y si realmente era inocente? ¿Y si su exilio en la mansión fue tramado como parte de un complot mayor?

—Todo esto es ridículamente maquiavélico —advirtió él—. No niego que sea posible, pero el grado de planificación y estrategia requerido es prohibitivo. ¿Por qué alguien haría esto?

Hablaba en susurros, pero cada vez más animada a medida que las ideas y teorías se expandían en su mente.

—Te dije que aquí estamos aislados, nuestro propio enclave aislado. A pesar de lo joven que es Arthur, su rostro sigue cambiando, sigue pasando de niño a hombre. Dentro de cinco años, cualquiera que

se pareciera vagamente a él podría volver a Londres, decir que es lord Bellingham y nadie pestañearía. Todas las personas que podrían contradecirlo han sido blancos andantes. Tú, lady Marion y yo. Ahora el pobre William… ¡Pero no Priscila que se reunía con su amante en esa buhardilla! Ella es la clave de todo esto, Patrick. Lo siento hasta los huesos.

Se quedó en silencio, pensativo. Cuando por fin habló, volvió a dejarla atónita.

—No se me ocurre cómo podría encontrarse con alguien que se pareciera tanto a él, ni cómo se urdiría semejante complot, pero tampoco puedo razonar otro escenario que englobe por completo todo lo que está ocurriendo aquí. Por ahora, procederemos con cautela, como si tu hipótesis fuera acertada.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —preguntó ella. Por su expresión le quedó claro que ocultaba algo.

—Lady Marion me confesó que Arthur es mi medio hermano, engendrado por un amante que tuvo durante su estancia en Francia —confesó—. ¿Es posible entonces que yo no sea el único medio hermano de Arthur?

La revelación no fue tan chocante como debería haber sido. En cierto modo, Phoebe se dio cuenta de que siempre lo había sospechado.

—¿Qué haremos con Arthur y su doble? Para nosotros está claro lo que William quería decir, pero puede que para los demás no. ¿Cómo nos las arreglaremos para capturar o enfrentarnos a este loco

cuando entra y sale de las sombras?

Patrick volvió a tomarle la mano, un gesto mucho más íntimo que el simple ofrecimiento del brazo y que, si alguien los viera juntos, revelaría plenamente la naturaleza de su relación. Su protesta murió en sus labios. Le había dicho que no renegaría y si eso significaba aceptar declaraciones públicas, lo haría.

—Si, como dices, Priscila es la clave de todo esto... entonces empezaremos por ella y dejaremos que su amante venga a nosotros —sugirió—. Primero, hablemos con lady Marion y luego pensaremos cuál es la mejor manera de proceder.

—¿Piensas utilizarla para sacarle una confesión? ¿Y si sus sentimientos por ella no son tan genuinos? Puede que no sea más que un peón para él.

—Entonces la persuadiré por todos los medios que sean necesarios.

Phoebe se estremeció ante la expresión fría e implacable que endurecía sus facciones. Él le había dicho que había sido pirata cuando le convenía serlo y, en aquel momento, pudo verlo claramente en él. La dulzura que había mostrado con lady Marion, su actitud protectora hacia ella, eran solo algunas de las muchas capas que componían al complicado hombre que tenía ante sí. Podrían pasar tres vidas juntos, pensó, y nunca las conocería todas.

—¿Por fin te he repelido? —preguntó.

—¿Era ese tu objetivo? Si es así, has fracasado... Puede que no me gusten tus métodos y que sea demasiado remilgada para participar

en ellos, pero sería tonta si negara que son necesarios. Esto debe terminar antes de que se pierdan otras vidas —dijo con firmeza—. Así que haz lo que quieras, lo que debas, y deja de esperar que me vuelva contra ti en cualquier momento.

La miró fijamente durante un largo rato, parecía que su aguda mirada captaba cada detalle de ella. Por fin, asintió.

Entonces... Llevemos la triste noticia del fallecimiento de William a lady Marion. Es una tarea que temo, pero posponerla no es una opción.

Phoebe no dijo nada más. Se limitó a acompañarle de la mano hasta la habitación de la mujer y esperó mientras él llamaba suavemente. Agnes respondió, con un aspecto, si no descansado, al menos no tan parecido al de un cadáver andante.

—Milord, he tenido que echar a la señora Bellingham hace unos momentos... ha venido exigiendo ver a mi señora, pero he hecho lo que usted me dijo y no la he dejado entrar —explicó Agnes, con un color subido en las mejillas de su rostro, por lo demás pálido.

—¿Estaba ella al tanto de las heridas de William? —preguntó Phoebe.

Agnes la miró sin comprender.

—Si lo sabía, señorita, no me dijo nada. ¿Está terriblemente herido, entonces?

—Ha muerto a causa de sus heridas —respondió Patrick en voz baja—. ¿El estado de lady Marion es lo bastante bueno como para que pueda oír semejante noticia?

Agnes miró al suelo, claramente alterada por la información. Cuando volvió a levantar la vista, sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas. Era la muestra de emoción más evidente que Phoebe había presenciado en aquella mujer.

—Me atrevería a decir que nadie está en condiciones de oír algo así, milord —indicó, con la voz temblorosa—. Pero retrasarlo no cambiará la verdad y no le evitará el sufrimiento, solo lo pospondrá. Creo que lo mejor sería decírselo ahora y acabar de una vez.

—¿Qué es lo que están conspirando?

La pregunta procedía del otro lado de la puerta de la alcoba. Lady Marion estaba allí, con el pelo gris recogido en una sencilla trenza y una pesada bata de brocado que empequeñecía su figura.

—Debería sentarse, o mejor, tumbarse —dijo Patrick.

—Estoy enferma, no débil —respondió ella con serenidad—. Dime qué ha pasado.

Phoebe se adentró en la habitación para coger la mano de la mujer y la condujo a un pequeño sofá.

—Son noticias terribles, lady Marion… por favor, siéntese.

—¿Le ha pasado algo a Arthur? —preguntó. El miedo hizo que su voz se volviera tensa y aguda.

—¡No! —Ella negó rápidamente—. Él está bien… sin embargo, William no. Fue herido en un ataque en el camino a Londres… —Se detuvo, incapaz de decir la verdad sabiendo cuánto dolor le infligiría. William había sido como un hijo para lady Marion, aunque a menudo

decepcionante.

—¿es muy grave su herida? —preguntó, preparándose para la noticia.

Phoebe miró a Patrick implorante. No se atrevía a decirlo.

Capítulo 20

-W

illiam ha fallecido —afirmó Patrick sin ambages. No le gustaba dar aquella noticia, pero estaba de acuerdo con Agnes. Retrasarlo y alargarlo sería más cruel—. Sus heridas eran demasiado graves y ha sucumbido a ellas.

La mano de lady Marion se apretó contra la de Phoebe hasta el punto de que sus nudillos se pusieron blancos. Se le escapó un sonido, un grito lastimero que le dijo sin lugar a dudas lo querido que William había sido para ella.

—¿Quién es el responsable de esto? —preguntó finalmente entre lágrimas.

Parecía que las malas noticias que llevaba no tenían fin.

—A primera vista, y basado en lo que William dijo, parecería ser Arthur.

Ella jadeó.

—¡No creeré eso de él! Es hosco y malhumorado, lo admito, pero Arthur no es violento!

—No —convino Patrick. Rezó para que la teoría de Phoebe fuera correcta, porque al menos podría evitarle a lady Marion algo de

angustia—. No creo que lo sea… ¿Es posible que su antiguo amante tuviera más de un hijo?

—¿Un medio hermano? —preguntó lady Marion—. No dudo de que sea posible. Sé que no fui la única mujer que cayó presa de sus ardides y mentiras… ¡Sé sincero, Patrick! ¿Realmente crees que eso podría ser posible o solo intentas no herir mis sentimientos?

—Hay un hombre que va y viene libremente de esta casa, que se parece lo suficiente a Arthur como para que sea posible. Muchos de los criados lo han visto, aunque de lejos, e incluso Phoebe, cuando lo vio, supuso que era Arthur —explicó Patrick—. ¿Sabía que estaba embarazada antes de huir de Francia?

Lady Marion respiró hondo y luego respondió con un suspiro tembloroso.

—Lo sabía, pero renegó de mí y del niño, afirmó no querer saber nada de ninguno de los dos, ya que yo había cumplido su único propósito.

—Sé que debe ser difícil hablarnos de esto, pero es imperativo —la tranquilizó—. ¿Ha tenido algún contacto con Philip La Chance desde que se separaron?

—Me escribió una vez —admitió lady Marion. —Me pidió dinero y me amenazó con… desenmascarar a Arthur como su hijo y hacer que no heredara. En ese momento, casi había llegado a aceptar tu muerte, Patrick, y sabía, estuviera dispuesta a admitirlo o no, que Arthur se quedaría con el título. Ese fue el deseo de Fenton. Lo habíamos discutido largamente. Así que hice que le entregaran el dinero por

mensajero… Esperaba que fuera el primer pago de muchos, pero no hubo más demandas.

—Parece improbable que se hubiera conformado con tan poco, cuando claramente tenía los medios necesarios para extorsionar más —reflexionó Phoebe—. ¿Por qué se detendría?

—Tal vez no fue por elección —dijo Patrick—. A estas alturas, ni siquiera podemos estar seguros de que siga vivo.

—¿Pero tiene un hijo que podría estar aquí dentro de estas mismas paredes? —inquirió lady Marion—. ¡Todo esto suena ridículo!

—¿Es más ridículo que su hijo regrese de entre los muertos después de dieciocho años? La imposibilidad y la inverosimilitud están a la orden del día —reprendió Patrick con suavidad—. La única otra opción sería que el propio Arthur fuera el villano. Sin duda es la más preferible de las dos hipótesis de que disponemos en este momento.

Lady Marion suspiró pesadamente. Le temblaba la mano cuando se la llevó al corazón.

—Ya es bastante difícil aceptar que William nos ha abandonado. Pensar que mi querido Arthur podría haber tenido algo que ver es más de lo que puedo soportar.

—Debemos proceder con cuidado —pidió—. Parece probable, por lo que hemos reunido hasta ahora, que Priscila figure en gran medida dentro de este complot.

—Adelante entonces —instó lady Marion—. Dime qué planea hacer.

—Priscila cooperará o se enfrentará a la cárcel… Tengo pruebas de que William estaba desviando fondos de la finca. Sería bastante fácil demostrar que ella era cómplice. Nos ayudará a atrapar al asesino o se enfrentará a las consecuencias.

—No puedo creerlo de ella —dijo lady Marion con tristeza—. Ciertamente, no es la más atenta de las esposas, pero no puedo imaginar que haya tenido algo que ver en la muerte de William.

Phoebe intervino entonces, aclarando a lady Marion el origen de sus sospechas.

—Como Patrick creía haber visto a Arthur entrando en la buhardilla de la zona este, hice que Josie me condujera allí por los pasadizos para investigar, mientras Patrick viajaba a York. Priscila entró en la cámara sin que supiera que la observábamos… Estaba allí para una cita con un hombre que al principio creí que era Arthur, pero ahora sé que no es así. Está en medio de este plan, lady Marion, y ahora es viuda. No creo que sea coincidencia. En cuanto a este hombre, el parecido es asombroso, diferente a todo lo que he visto. Es bastante notable.

—Los sirvientes oyeron a William decir que fue Arthur quien lo atacó. No saben que tiene un doble rondando por estos pasillos, aunque algunos pueden sospechar… lo que significa que si Arthur vuelve aquí, no puedo predecir lo que vaya a ocurrir.

—¿Crees que este hombre es un peligro para él? —Lady Marion se llevó las manos a la cara.

—Creo que este hombre es un peligro para todos nosotros —

insistió Patrick—. Pienso que está detrás de los atentados contra la vida de Phoebe, contra la mía, y detrás del envenenamiento que sufrió, aunque sospecho firmemente que Priscila tuvo algo que ver en ello. Su objetivo, si estamos en lo cierto, es ocupar el lugar de Arthur.

—Si elimina a Patrick, y a William, y a todos nosotros, los sirvientes pueden ser despedidos y él asumiría el papel de Arthur como heredero de Raven House y del título —aclaró Phoebe—. Su objetivo es tomar el control de todo.

La gravedad de lo que había dicho penetró en la bruma de dolor y enfermedad que se cernía sobre lady Marion.

—Haz lo que debas para mantenerlo a salvo… para mantenernos a salvo a todos, por cualquier medio que sea necesario.

Patrick asintió.

—Quédate aquí hasta que vuelva a por ti, Phoebe. Espero no tener que insistir en lo imperativo que es que todos permanezcáis a salvo en estos aposentos y que no se permita la entrada ni a Priscila ni a Arthur.

—No estamos indefensos ni somos imbéciles —protestó Phoebe.

Él enarcó una ceja y le dirigió una mirada tranquilizadora.

—Entonces no te negarás a seguir un buen consejo solo porque ofenda tu orgullo.

—Nos quedaremos aquí… todos nosotros —aseguró lady Marion, poniendo fin a cualquier discusión.

Patrick giró sobre sus talones y salió de la habitación en busca

del doctor Corney.



Phoebe se quejó, y no en voz baja.

—¡Es ridículamente prepotente!

—Está preocupado por ti —protestó lady Marion—. Así debe ser. Es lord Bellingham y tú, junto con todos los demás de esta casa, eres su responsabilidad.

—Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma y resultaría infinitamente más útil ahí fuera que aquí dentro. Tenemos un número limitado de personas que están al tanto de lo que realmente puede estar pasando en esta mansión.

—Y si estuvieras ahí fuera, registrando túneles y habitaciones abandonadas, buscando a ese hombre, ¿qué le haría eso a Patrick sino distraerlo? —argumentó la mujer—. No perderé a nadie más por este diabólico plan, Phoebe. No permitiré que corras riesgos indebidos y no permitiré que pongas a Patrick en peligro distrayéndole de la tarea que tiene entre manos. Deja que él se encargue de esto porque tengo pocas dudas de que, como hombre, está mucho más preparado que nosotras para enfrentarse a un villano en una confrontación física.

—Milady… —Phoebe pensó con gesto sombrío que eso no había ayudado a William. Buen tirador, visitante frecuente de Gentleman Jackson cuando estaba en Londres y más que hábil con la espada,

William debería haber sido capaz de defenderse adecuadamente.

—Sé lo que estás pensando —observó lady Marion—. Ese hombre sorprendió a William, pero no pillará desprevenido a Patrick. Ve al escritorio y trae mis cartas. Nos entretendremos mientras tanto.

—No tengo intención de pasar el tiempo con juegos de salón en un momento así.

—Y yo tampoco. Esas cartas no son para juegos de azar... son para adivinación. Es una habilidad que hace tiempo que no practico, pero creo que aún soy capaz —insistió lady Marion—. Tráelas, por favor.

Phoebe suspiró e hizo lo que la mujer le había ordenado. Hacía años que no veía a lady Marion consultar sus cartas, tanto que había olvidado la costumbre.

La baraja estaba envuelta en un paño y guardada ordenadamente en uno de los cajones. Después de recogerlas, Phoebe volvió al pequeño sofá y se las pasó.

—¿Dónde adquirió semejante habilidad?

—De mi antigua nodriza. Cuando yo era niña, ella hacía esto... en secreto, por supuesto. Si mi padre se hubiera enterado, la habría despedido sin dudarlo. En cualquier caso, cuando fui lo bastante mayor como para que ya no se considerara necesaria una nodriza para mí, se quedó un tiempo como compañera y luego se retiró por completo cuando me iba a casar con lord Fenton... me enseñó a leer las cartas y me dejó las suyas.

—¿Cree que funciona? —preguntó Phoebe con escepticismo.

Lady Marion sonrió con timidez.

—Estas cartas me han dicho durante años que mi hijo seguía vivo.

—Coincidencia —insistió Phoebe.

—Tal vez… pero no te las he pedido para leer mi buenaventura, Phoebe —afirmó en tono dramático—. Hoy leeremos la tuya.

Capítulo 21

Patrick encontró a Corney en la pequeña sala de trabajo que había instalado cerca del invernadero. Había una serie de botellas y brebajes esparcidos sobre la mesa ante él.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

—Son los «medicamentos» que el curandero había recetado a lady Marion en diversas fases de experimentación y desmontaje.

—¿Y?

—La mayoría de estos tónicos son poco mejor que una bebida alcohólica barata. Estoy dejando que se evapore el alcohol y luego veremos qué queda —respondió Corney—. ¿Estás aquí para cuestionar mis métodos o para dejarme intentar la técnica de Mesmer?

Patrick hizo un gesto con la mano hacia el desastre que había sobre la mesa.

—No estoy aquí para cuestionar sus métodos ni para someterme a tal experimentación, doctor. Estoy aquí para hacerle una pregunta, pero para ello tendré que transmitir información muy perjudicial

sobre lady Marion. Necesito su palabra de que no la repetirá.

Corney volvió a dejar sus instrumentos sobre la mesa.

—La tienes, por supuesto.

Patrick asintió.

—Arthur es mi medio hermano, engendrado por su amante mientras ella y mi padre residían en Francia.

—Ciertamente puedo ver cómo eso sería una información perjudicial. —Estuvo de acuerdo el médico—. Pero dado que tu padre ya ha fallecido y Arthur ya no está en línea para el título, ¿por qué debería importar?

Patrick redactó su respuesta con mucho cuidado.

—Tal vez yo no sea el único medio hermano de Arthur… ¿Es posible que los medios hermanos se parezcan tanto que puedan pasar el uno por el otro?

Corney se sentó pesadamente en una de las sillas que le habían proporcionado.

—Es posible, por supuesto. Es improbable, pero no imposible. En tu caso, tienes el pelo oscuro como lo tenían también tu madre y tu padre, según lady Marion. El pelo rubio de Arthur es ciertamente fuera de carácter para la familia, pero podría ser un retroceso a alguien en el lado de su madre.

—O a su padre, que también era rubio.

Corney se encogió de hombros.

—Sí, supongo que podría ser. ¿Crees que esto tiene algo que ver

con quienquiera que haya estado intentando envenenar a lady Marion? Y, por supuesto, con los acontecimientos que le ocurrieron al pobre señor Bellingham. Por cierto, he mandado llamar al doctor Wright. Quiero interrogarlo sobre por qué la drogó sin su conocimiento. Quizá esa información pueda serte útil para discernir lo que sea que está ocurriendo aquí y quién puede ser el responsable.

Patrick ocupó la otra silla.

—Alguien está envenenando lentamente a lady Marion, alguien empujó a Phoebe desde una formación rocosa en la playa y la dejó para que se ahogara, a William le dispararon y lo dieron por muerto y cuando yo volvía de York después de venir de verte, alguien me disparó… y Phoebe ha visto a alguien en la casa que se parece lo suficiente a Arthur como para ser su gemelo.

—¿Y cómo sabe ella que no era Arthur? —contraatacó Corney.

—Porque inmediatamente después se encontró con Arthur en las escaleras. Habría sido imposible que estuviera en los dos sitios a la vez… hay una palabra para esto, alemana. Doppelgänger[3]. ¿La conoce?

—¿Doble fantasmagórico? Claro que la conozco. La he oído y sé lo que significa —dijo el médico—. Pero aún no me he encontrado con nada parecido en todos mis años practicando la medicina o viajando por el mundo. ¿De verdad crees que esto es lo que está pasando aquí?

Patrick consideró su respuesta con mucho cuidado.

—La otra opción es que el propio Arthur sea responsable de estos crímenes… pero por el bien de lady Marion, solo puedo esperar que no

sea cierto. Y confío en el juicio de Phoebe. Ella no es dada a los vuelos de la fantasía o falsedades.

El doctor lo miró con curiosidad.

—Te has hecho muy amigo de ella en muy poco tiempo.

—Recuerdo muy poco de cómo crecí aquí… los pocos destellos de memoria que he experimentado han girado todos en torno a ella. Sean cuales sean mis sentimientos hacia Phoebe, no creo que sean nuevos.

—Probemos la técnica de Mesmer… solo nos llevará unos instantes y quizá salga a la luz algo que refuerce aún más tus pretensiones aquí.

Patrick quería decir que no, pero también sentía curiosidad. Quería estar seguro. Quería que todos los demás estuvieran seguros también.

—Cinco minutos.

—Diez —replicó Corney—. Y entonces lo que sea que tú deseas que yo haga, vamos a seguir adelante con ella. No creo ni por un momento que haya venido aquí solo para hacer preguntas.

Patrick quiso negarse. En parte, estaba provocado por su creencia de que Mesmer y sus técnicas eran ridículas. Pero otra parte de él temía tanto recordar o no recordar. Si recordaba cosas que entraban en conflicto con su creencia actual de que era lord Bellingham, ¿qué pasaría entonces? ¿O si se sometía al experimento y nada cambiaba?

—Bien. Adelante —cedió.

Corney se levantó, recogió los objetos que necesitaba y arrastró una mesita hasta ellos. Sobre ella, colocó un cuenco lleno de agua y varios trozos de metal y en cada esquina de la mesa colocó un imán. Detrás del cuenco colocó un candelabro y lo encendió.

—Toma esto —dijo Corney, extendiendo dos varillas de metal—. Sostén una en cada mano, lo suficientemente cerca de la mesa como para sentir la atracción de los imanes, pero no lo suficiente como para que se toquen.

Patrick hizo lo que se le indicaba con un fuerte suspiro y poniendo los ojos en blanco.

—Dejaré constancia de que todo esto es absolutamente ridículo.

—Son adornos... cosas físicas para distraer el cuerpo y permitir que la mente se concentre. Eso es todo. Si puedes concentrarte sin ellos, puedo quitarlos.

—No. Sigamos adelante —cedió Patrick y siguió las instrucciones que le habían dado.

—Trabaja en mantener las varillas equidistantes de los imanes... bien. Concéntrate en eso, pero no los mires. En su lugar, mira la llama de la vela. Sigue su baile con los ojos.

Patrick observó la llama, que parpadeaba arriba y abajo, a izquierda y derecha, mientras evitaba que las varillas de metal tocaran los imanes. Era más difícil de lo que había imaginado. Cuanto más miraba la llama, más le pesaban los ojos.

Corney cogió un pequeño instrumento y golpeó el borde del cuenco hasta que emitió un tono que resonó por toda la habitación.

—Háblame del día en que te rescató el capitán Smith.

—Tenía sed —dijo Patrick—. Llevaba días tumbado en aquel bote. Las noches eran tan frías que creía que me iba a congelar y luego el sol azotaba durante el día hasta que añoraba el frío… Estaba rodeado de agua y no tenía ni una gota para beber. Pero llovió… llovió uno de esos días y me quedé tumbado en la barca con la boca abierta, bebiendo tanta agua como pude.

—¿Cuántos días?

—Tres, creo… Iba por el cuarto cuando oí el barco. Intenté gritar, pedir ayuda, pero estaba demasiado débil. No importaba. Me habían visto de todos modos.

Con el cuerpo concentrado, los músculos atentos a la tarea que se le había encomendado, y los demás sentidos concentrados en la llama y el zumbido que aún reverberaba a su alrededor, Patrick sintió que la realidad del presente se le escapaba y que el pasado le arañaba.

—¿Dónde estabas antes de ese pequeño bote?

—En un barco más grande… en una tormenta. Cabeceaba y se balanceaba y yo estaba enfermo. Todos lo estábamos. Oí a uno de la tripulación decir que no era mareo. Dijeron que era veneno.

—¿Quién más estaba contigo? ¿Quién más había enfermado?

—Madre estaba enferma. Padre no. Nunca le molestó… no importaba lo agitadas que estuvieran las olas o cómo se balanceara el

barco, él no se inmutaba.

—Tu padre… ¿cómo se llamaba?

Patrick miró fijamente la llama, pero ya no la vio. En su lugar, vio a su padre inclinado sobre él en la litera. Alto, fuerte, con el pelo oscuro empezando a platearse. Lord Fenton lo había cogido en brazos y se había dirigido a cubierta en medio de gritos y astillas de madera. El agua fría se había precipitado a su alrededor.

Las barras de metal se le cayeron de las manos, chocando contra la mesita y haciendo que los demás objetos se tambalearan. De repente, Patrick se levantó.

—Ya basta. Es suficiente por hoy —dijo sin aliento.

—Te has acordado.

—¡No es una prueba! Puede que solo esté recordando lo que deseo —dijo—. Quiero que lord Fenton Bellingham sea mi padre porque ese recuerdo corrobora mis afirmaciones.

—Preguntémosle a lady Marion sobre el viaje… sobre los mareos y los rumores de envenenamiento. Podemos verificar lo que has visto.

—Más tarde —aceptó Patrick—. Más tarde… por ahora, necesito que vigiles a Priscila. Ella es la clave de todo esto. Apostaría mi vida por ello. Voy a enviar a uno de los criados al pueblo con una nota para Arthur.

—¿Pidiéndole que vuelva?

Patrick negó con la cabeza.

—Lo necesito aquí, así que la nota insistirá en que permanezca

donde está por el momento. Eso asegurará un rápido regreso. —Patrick hizo una pausa antes de continuar—: ¿Y ahora qué? Necesito que usted vigile, doctor. Es probable que Priscila haga una escapada... y yo me dirijo a la sala de la buhardilla. Tengo que detenerlo.

—Corney tomó una pequeña botella de la mesa de trabajo detrás de él.

—Hay suficiente láudano en esta botella para noquear a un elefante. Supongo que esconderá algo de brandy o vino en su pequeña buhardilla.

Patrick sonrió.

—Hay una bastante brandy. Lo añadiré a su alijo mientras usted vigila a Priscila. Puede que intente avisarle o puede que simplemente intente huir. Con ella, cualquiera sabe. —Volvió a ponerse serio y añadió—: Gracias, Corney. Por todo.

—¿No somos amigos? —le devolvió la sonrisa—. ¿No es esto lo que hacen los amigos, sino ayudarse mutuamente?

—Nunca he tenido amigos —admitió él—. O si los tuve, el recuerdo está enterrado.

—¿Ni siquiera en el barco donde serviste durante tanto tiempo?

—No. Desconfiaban de mí... mis modales y mi forma de hablar me diferenciaban de los demás. Y me consideraban prepotente y difícil.

Corney se echó a reír al escucharlo.

—Todavía lo eres... todavía lo eres.



Phoebe frunció el ceño ante las cartas.

—Se lo está inventando sobre la marcha, milady. Intenta influir en mis pensamientos y sentimientos.

Lady Marion retrocedió, ofendida.

—Jamás se me ocurriría decir algo que no fuera una representación exacta de las cartas... El dos de Copas siempre ha significado una proposición. Siempre. ¿Sería tan terrible que te lo pidiera?

—Ya me lo ha pedido. No. En realidad, no me lo ha pedido. Ha informado. Ha asumido. Ha ordenado. Y yo he dicho, inequívocamente, no. Porque, como ambos sabemos, no soy el tipo de novia que él necesita. —Era un argumento que había esgrimido innumerables veces y, sin embargo, cada vez que pronunciaba las palabras lo hacía con menos convicción.

—¿Y qué tipo de novia es esa?

—Una novia rica. Esta mansión necesita muchas reparaciones, el pueblo está en una situación desesperada, y yo no tengo ni un céntimo a mi nombre... ¿Pretende que se case conmigo y pierda el hogar al que acaba de regresar?

Lady Marion hizo un gesto despectivo con la mano.

—¡Qué tontería! Esta mansión lleva en pie más de doscientos

años. Es probable que siga en pie unos cientos más... El pueblo se recuperará como siempre lo ha hecho en el pasado. Y, en cuanto a su hogar, sospecho firmemente que Patrick verá su hogar en cualquier lugar donde estés tú. Prefiero verlo feliz y amado que convertido en un buen partido y desdichado.

Phoebe se miró las manos, juntas en el regazo.

—No había pensado en casarme... bueno, no lo había pensado en años. Soy independiente, lady Marion, y él es un hombre prepotente e imperioso. ¿Y si cada día es una batalla entre nosotros? —Una vez pronunciadas las palabras, reconoció que todos los argumentos que había esgrimido contra su matrimonio habían sido una excusa.

Era miedo y nada más. No es que sus razones carecieran de validez, pero tenía que admitir que se había escondido tras ellas.

Lady Marion sonrió.

—Querida, entonces cada día será una oportunidad para reconciliarse. Amar a alguien no siempre es pacífico o tranquilo... de hecho, si solo fuera eso, sería bastante aburrido. Hay fuego en ti que coincide con el suyo y él lo necesita. Y tú lo necesitas. Si alguna vez hubieras pensado que te conformarías con un matrimonio pacífico, me atrevería a decir que te habrías casado hace años. Lo has estado esperando, mi niña. No dejes que el miedo te domine ahora.

La verdad de aquella afirmación era innegable. Phoebe se dio cuenta de que era una criatura perversa. Había rechazado a todos los pretendientes que había tenido durante sus temporadas porque los consideraba demasiado sosos y aburridos. Patrick era cualquier cosa

menos eso, y aun así se sentía reacia a comprometerse.

—¿Y si no estoy hecha para ser una esposa? No todas las mujeres lo están, creo.

—Te equivocas si piensas eso, querida. Ser esposa no significa, o no debería significar, cambiar quién eres. Más bien, cuando el matrimonio se emprende por las razones adecuadas, se trata de encontrar a alguien con quien compartir tu vida, que conozca tu verdadero yo y que él te quiera como eres. Y creo, sin lugar a dudas, que tú lo amas. ¡Encuentra tu valor! No dejes que el miedo os prive a los dos de la felicidad que merecéis.

Phoebe volvió a mirar la carta, a los dos amantes bebiendo de una misma copa.

—No estoy segura de poder hacerlo.

—Nunca lo sabrás si no lo intentas, querida. Nunca te he considerado una cobarde… sé valiente ahora y aprovecha todo lo que desees. Vive sin remordimientos y aprovecha toda la alegría que la vida pueda ofrecerte —instó lady Marion—. Solo tienes que recordar al pobre William para ver lo que ocurre cuando uno se casa por deber y posición en lugar de por amor.

—Eso es injusto, lady Marion.

—Estoy luchando por la felicidad de las personas que más quiero en este mundo, Phoebe. Si eso no requiere un poco de crueldad, no sé qué lo requiere.

Capítulo 22

Priscila estaba haciendo las maletas en su habitación. No tenía ni idea de dónde estaba André ni si sabía que William había vivido lo suficiente como para identificar a Arthur como su atacante. En cualquier caso, su plan había fallado. Su imprudencia lo había arruinado todo. Arthur sería ahorcado públicamente por el crimen, acabando con cualquier posibilidad de que André pudiera ocupar su lugar.

—Maldito sea su mal genio —susurró, metiendo prendas de ropa en una bolsa.

Si alguien se atrevía a detenerla, alegaría que su dolor era demasiado grande para quedarse y que necesitaba regresar al seno de su familia en busca de consuelo. Era una mentira descarada, por supuesto, pero, ¿quién podía negarlo?

Recogió su bolso, abrió la puerta y se asomó al pasillo. Al no ver a nadie, salió y cerró con rapidez. No había dado más de dos pasos cuando alguien apareció al otro lado del pasillo.

—¿Se va de viaje, señora Bellingham?

Priscila jadeó, dejó caer el bolso y se llevó la mano al corazón.

—¡Doctor Corney! Me ha dado un susto de muerte —exclamó.

—Creo que no hasta tal punto, señora Bellingham. Le anticipo que usted está hecha de un material infinitamente más duro que eso —replicó él con cautela.

Priscila consideró con cautela su tono y sus palabras. Era evidente que sospechaba de ella.

—Si tiene algo que decir, doctor Corney, le sugiero que se dé prisa.

—No puedo decir con precisión qué papel ha jugado usted en este diabólico plan, señora Bellingham, pero no soy tan tonto como para creerla inocente. No saldrá de esta casa.

—¿Y usted lo impedirá? —desafió, con las palabras crispadas por el mal genio—. Usted es solo es un trabajador y yo soy la esposa de un caballero.

—De hecho, señora, usted es la viuda de un caballero... y una viuda de su propia creación —la reprendió en un tono demasiado suave—. No deseo detenerla físicamente o agredir su persona de tal manera, pero lo haré si es necesario. Vuelva a sus aposentos, señora Bellingham, y espere a lord Bellingham. Lo que se haga con usted queda ahora a su entera discreción.

Por un momento, ella consideró la posibilidad de intentar escapar, pero tuvo que reconocer que probablemente no tendría éxito. Su única esperanza residía en el regreso de André, e incluso de eso no podía estar segura.

—Parece bastante impresionado con su propia inteligencia, doctor Corney. Me encuentro fatigada. Me retiraré y emprenderé el viaje para visitar a mi familia otro día... seguramente comprenderá por qué una mujer desearía estar en el seno de su familia después de semejante calvario.

—Desde luego, señora Bellingham. Descanse —le deseó él, pero no hizo ademán de marcharse. De hecho, se apoyó despreocupadamente en la pared opuesta, como si fuera a quedarse allí vigilando la puerta durante toda la noche.

Priscila se retiró a su habitación, se apoyó en la puerta y dejó caer la cabeza hacia atrás. Todo se derrumbaba a su alrededor y era probable que acabaría muy mal para ella.

Empezó a pasearse por la habitación, de un lado a otro y de atrás hacia delante. Caminó hasta que le dolieron los pies con sus robustas botas de cabritilla y una fina capa de sudor le brilló en la frente. Pero no era el esfuerzo lo que lo provocaba. Era el sudor frío del miedo lo que humedecía su carne. La cárcel no era para ella ni tampoco la soga del verdugo.

Dejó de pasearse bruscamente y permaneció de pie en el centro de la habitación, mientras consideraba la que era su última opción. Su única oportunidad de salvarse pasaba por ser útil. Si ofrecía información a cambio, tal vez lord Bellingham se apiadaría de ella.

En realidad, razonó, aún no había hecho nada malo más que estar al tanto de las acciones de André y guardar silencio. Tenía motivos suficientes para temerle, ¿no? Seguramente nadie la culparía

por ello.

Abriendo de nuevo la puerta, se encontró con la mirada especulativa del médico.

—Si fuera tan amable, doctor Corney, de acompañarme a la biblioteca, donde puedo esperar a milord. Me parece que hay información pertinente que quizá deba compartir con él.

En un pasadizo secreto, metido en la pared junto a la chimenea, André La Chance escuchaba el intercambio entre su amante y el buen doctor.

La zorra codiciosa lo estaba dejando colgado, pensó.

—No cargaré solo con esto, Priscila... te lo aseguro. Necesito un impulso y la señorita Foreman será suficiente.

Giró sobre sus talones y retrocedió a través de los túneles y pasillos hasta quedar justo frente a la habitación de lady Marion. Tendría que esperar, pero ella era su única oportunidad de escapar de forma limpia de Raven House.

Capítulo 23

Patrick estaba en la biblioteca y acababa de enviar una misiva a Arthur. Sin duda estaría en casa en menos de una hora, exigiendo saber quién demonios se creía Patrick para emitir tales edictos.

La puerta se abrió y Corney entró, con Priscila del brazo.

—La confesión es buena para el alma, pero como la de ella sin duda será cuidadosamente editada, no puedo decir hasta qué punto es buena —declaró el doctor.

Priscila le soltó el brazo de un tirón.

—¡Puede guardarse sus comentarios petulantes, señor!

—¡Ya basta! —exigió Patrick—. No estoy de humor para tolerar tonterías. Los problemas de esta casa deben resolverse cuanto antes. Por una vez en su miserable vida, Priscila, diga la verdad. ¿Quién es y cómo ha llegado hasta aquí?

—Se llama André La Chance y es medio hermano de Arthur, pero estoy segura de que eso ya lo sabía —indicó ella—. Solo me casé con

William por él. Necesitaba entrar en esta casa y, en aquel momento, Arthur era demasiado joven para casarse.

—¿Y cómo la obligó a ayudarle? —inquirió el médico—. Porque tengo pocas dudas de que esta historia se contará para pintarla como la víctima.

Ella fulminó a Corney con la mirada mientras su siguiente afirmación le daba la razón.

—Es un hombre muy violento, milord. Me amenazó y se aseguró de que fuera consciente de que no mentía con sus amenazas. Hizo cosas horribles, indecibles.

—Y, sin embargo, eres su amante y su cómplice. ¿Por qué no se lo confesaste a William para que te ayudara? ¿Por qué no se lo confesaste a ninguno de los fornidos lacayos que, al parecer, has estado llevando a tu cama? —La pregunta procedía de la puerta, donde Arthur estaba de pie, empapado por la lluvia y claramente más que un poco borracho—. Porque eres una zorra malvada y sin corazón. Nunca te has preocupado por nadie en tu vida. Dejaste que matara a William... probablemente lo animaste a hacerlo.

—Yo creía... —susurró ella en voz baja—. Creía que no lo haría. ¡Soy tan víctima suya como cualquier otro!

—Dígaselo a su marido... a través de un médium, por supuesto —añadió Corney

—¿Cómo lo conoció?—exigió Patrick, con la esperanza de que la conversación volviera a su cauce.

—En Londres. Se enteró de la existencia de su hermanastro

cuando su padre intentó chantajear a lady Marion. Discutieron, y creo que asesinó a su padre en un arrebato... Consideró la posibilidad de llevar a cabo el chantaje él mismo, pero su intención era ir a por Arthur en lugar de a por lady Marion, ya que creía que Arthur, como heredero, tendría acceso a mayores sumas de dinero.

—Y entonces descubrió su parecido —conjeturó Patrick—. ¿Y dónde encaja usted en todo esto?

—Me exigió que sedujera a Arthur, para sacarle información que le ayudara a poder ocupar su lugar... pero pronto se vio que Arthur sabía muy poco como para ayudarnos.

—Y entonces se pasó a William —resumió Arthur—. Me dejaste, me convertiste en el hazmerreír y te casaste con mi primo para hacerte con un dinero que ni siquiera tenemos porque se lo ha estado enviando todo a sir George.

—¡No tuve elección! —protestó ella—. Si no, me habría matado. Puede que aún lo haga. Está tan loco que nadie podrá pararlo.

—Lo que yo entiendo es que le ha ayudado a ir y venir de esta casa, que tenía toda la intención de quedarse a su lado, después de que Arthur se convirtiera en lord Bellingham y luego eliminarlo y ocupar su lugar —explicó Patrick—. ¿Dónde está ahora?

—No lo sé —Priscila negó con la cabeza—. Y si no cree nada más de lo que le he dicho, crea eso. Se mueve libremente por esta casa porque se ha aprendido cada centímetro de los túneles y pasadizos. No hay ningún lugar al que no pueda llegar. Podría estar escuchándonos incluso ahora.

—¿Desde cuándo sabes de su existencia, Arthur? —preguntó Patrick.

Su hermano se encogió de hombros.

—Sospeché algo cuando me expulsaron del colegio. Había testigos que juraban que yo había atacado a un compañero, le había dado una paliza que casi lo lleva a la muerte y me había marchado, aunque yo había estado con Priscila para mi vergüenza, y continué mi relación con ella incluso después de que me dejara por William. No tenía pruebas y no sabía de su relación con él. La creía solo culpable de ser una cazafortunas. No sabía que también era una asesina.

—Va en contra de todo lo que creo correcto… pero este hombre es demasiado peligroso para dejarlo vivir. Si nos ayudas a capturarlo, Priscila, me encargaré de que seas devuelta a tu familia y no sufras ninguna consecuencia por tus acciones en estos asuntos —ofreció Patrick—. Pero no verás ni un céntimo de la propiedad.

—Está bien. —Ella no discutió. A pesar de sus muchos defectos, Priscila no era estúpida. Le fastidiaba dejar que se saliera con la suya cuando estaba casi seguro de que ella era el cerebro de todo el plan. Pero, de lo contrario, el escándalo sería espantoso.

—¿Cuál es su próximo movimiento?

—Buscará a alguien a quien utilizar como rehén. Ya sea lady Marion o Phoebe —sugirió—. Ofrecerá su seguridad a cambio de su libertad, pero no debe creerlo. Las matará en cuanto dejen de serle útiles.

Aquellas palabras se asentaron sobre él como un peso frío y

plomizo.

—No dejes que salga de esta habitación —le dijo a Arthur—. ¡Cueste lo que cueste!

Patrick se levantó del escritorio y se dirigió hacia la habitación de lady Marion, subiendo las escaleras de dos en dos con Corney pisándole los talones. Habían perdido un tiempo precioso interrogando a Priscila. Habría sido mejor simplemente dejarla marchar y vigilar tanto a Phoebe como a lady Marion, pero era demasiado tarde para segundas intenciones. Solo podía esperar no haber llegado demasiado tarde para salvarlas.



Lady Marion había vuelto a su cama, agotada por la noticia de la muerte de William y las sospechas sobre Priscila y Arthur. Todo era demasiado para ella en su debilitado estado.

Mientras recogía las cartas, el dos de Copas resbaló de su mano y cayó sobre la alfombra. Phoebe se inclinó para recogerlo y miró a los amantes ofensivos que la miraban de frente, mano en mano.

—No seas tan engreída —le dijo a la carta—. No te lo ha pedido y, con toda probabilidad, no lo hará.

Volvió a colocar las cartas en el cajón del escritorio donde las había cogido antes y se dio la vuelta para volver al pequeño salón. Un sonido agudo, el roce de un metal, la detuvo en seco.

Agnes, que había estado remendando cuidadosamente el encaje del vestido favorito de lady Marion, se incorporó en su silla.

—¿Qué ha sido eso?

—Estoy segura de que no lo sé —dijo Phoebe—, pero ha sido en el pasillo. Vaya con lady Marion y cierre la puerta bien. Rápido.

La criada parecía dispuesta a discutir, pero cuando el picaporte empezó a moverse, se lo pensó mejor. Olvidando la costura, se dirigió hacia el dormitorio de su señora y cerró la puerta tras de sí. Tan pronto como el fuerte crujido del cerrojo resonó en la habitación, la puerta de la sala de estar se abrió.

No se parecía tanto a Arthur. Las similitudes estaban ahí, por supuesto, pero a plena vista y a plena luz, era evidente que era mayor, más alto, un poco más delgado. La coloración y la complexión eran casi idénticas y, con el tiempo, imaginó que esas similitudes serían más marcadas. Pero eso había sido parte del plan, ¿no? Habían conseguido que expulsaran a Arthur de sus estudios para que la sociedad londinense tuviera el tiempo suficiente para olvidar su rostro.

—Señorita Foreman —dijo, con el más leve acento francés coloreando sus palabras—. Por fin nos conocemos.

—Me temo que me tiene en desventaja, señor.

Se echó a reír.

—La tengo en desventaja y pretendo mantenerla así… Usted es mi salida, señorita Foreman. No me agrada la idea de causarle dolor. Si coopera, le ahorraré sufrimiento.

Era muy obvio que era una mentira. Desde el brillo de sus ojos hasta el cruel giro de su boca, parecía que infligir dolor era algo con lo que se deleitaba.

—¿Qué implica la cooperación, señor? —preguntó ella. Era simplemente una táctica dilatoria. Patrick vendría. Ella lo creía de todo corazón.

Él levantó la mano, mostrando una pistola.

—Voy a salir por la puerta principal de Raven House y usted saldrá conmigo... si lord Bellingham es listo y valora su bonita cabeza, todavía sobre sus hombros, me permitirá hacerlo. Si no lo hace... Bueno, una bala de pistola en su cerebro sin duda frenará su enamoramiento hacia usted, ¿verdad?

El abrecartas con mango de plata brillaba sobre el escritorio. Estaba fuera de su alcance. ¿Podría llegar a él antes de que él llegara a ella? No temía que le disparara. Él había admitido que la necesitaba para escapar. Dispararle solo le complicaría la tarea. En cualquier caso, no se rendiría ante él sin luchar. Sin darse tiempo a dudar ni a pensar en las consecuencias, Phoebe se lanzó a por el arma improvisada.

Él maldijo y corrió hacia ella. Su mano se enredó en el moño suelto de su pelo justo cuando las yemas de sus dedos agarraron el mango del abrecartas, elaboradamente tallado.

Sin apenas pensar en apuntar, ella lo empujó hacia atrás, clavándole el extremo afilado en la carne del muslo.

Su grito de rabia fue casi ensordecedor. Pero fue el dolor que le

estalló en la cabeza cuando la arrojó contra el escritorio lo que le hizo zumbar los oídos. La vista se le nubló de forma alarmante y luchó por mantenerse consciente.

—Pagará por esto —siseó mientras se cernía sobre ella. Su mano se enredó en su pelo, una vez más, tirando de ella.

Phoebe luchó contra él, arañándole el brazo y pateándole las piernas mientras la arrastraba hacia la puerta de la cámara. Se agarró al marco en un vano intento de detenerlo. Si lograba sacarla de Raven House, la mataría, a pesar de las promesas vacías que le hiciera. De eso estaba segura.

Su mano bajó por encima de la de ella y le arrancó los dedos del marco ornamentado de la puerta, rompiéndole las uñas en el proceso. El impulso hizo que ambos cayeran al suelo de nuevo.

Phoebe gritó al intentar zafarse de él, pero una mano se enganchó en su tobillo y la arrastró sin contemplaciones hacia la puerta. No habían cruzado el umbral cuando oyó la voz de Patrick por encima del estruendo que estaban creando.

Su alivio duró poco. El peso de la pistola en su mano le oprimió la sien y su brazo se cerró en torno a su garganta, apretándola tanto que apenas podía respirar. De hecho, su visión empezó a nublarse.



Patrick gritaba exasperado al ver cómo el bastardo agarraba a Phoebe.

Podía verla luchando por respirar.

—No vuelvas a tocarla —le advirtió.

—¿O qué pasará? —preguntó André—. Le dispararé si das un paso más.

Patrick se detuvo, con Corney a su lado.

—Márchate. Si la dejas en paz, podrás irte de aquí como un hombre libre —ofreció.

—¿Y salir tan pobre como entré? —André se echó a reír forma amarga—. Creo que no, lord Bellingham. La señorita Foreman, ahora que ha sido domada, vendrá conmigo. Imagino que pagará generosamente para que se la devuelva.

Patrick nunca se había sentido tan impotente y tan furioso en su vida. Allí de pie, a solo unos metros de ella, y bien podrían haber sido kilómetros. No podía permitir que André se la llevara de la casa. No era tan tonto como para creer que volvería a verla si eso ocurría.

Dio un paso adelante.

—Tienes una oportunidad. Dispárale y te mataré. Dispárame y Corney te verá muerto antes de que mi cuerpo toque el suelo.

André retiró la pistola de la sien de Phoebe y apuntó directamente a Patrick. Era la única oportunidad que tendría. En lugar de cargar directamente contra él, Patrick se agachó y le sostuvo justo por debajo de las rodillas, llevándose a los tres al suelo. Agarró el abrigo de André y tiró de él para que Corney pudiera poner a salvo a Phoebe.

Intercambiaron golpes y patadas. Igualados físicamente, la batalla por la supremacía continuó durante lo que pareció una eternidad. Mientras luchaban por el control del arma, la mano de Patrick encontró el abrecartas desechado. Clavando el instrumento en las costillas del otro hombre, André aulló de dolor. En lugar de debilitarle, le enfureció y pareció darle fuerzas.

Rodaron de nuevo, hasta quedar inmovilizados contra la pared. La cabeza de Patrick se golpeó bruscamente contra la esquina. El sonido de los disparos era ensordecedor en el reducido espacio. Patrick esperó la explosión de dolor, pero nunca llegó. André se puso en pie y retrocedió. Patrick miró confundido su ropa manchada de sangre.

Capítulo 24

Phoebe gritó cuando el villano se levantó y se alejó del cuerpo ensangrentado de Patrick. Sus ojos se fijaron en la mancha de color rojo oscuro que se había extendido por la parte delantera de su chaleco. El pánico en estado puro inundó su cuerpo. Su corazón se aceleró, la sangre corrió por sus venas y sus pulmones se sintieron como si simplemente no se expandieran y el aire no pudiera entrar. Se dio cuenta de que no podía perderle. La destruiría. En poco tiempo, él se había convertido en todo para ella y la sola idea de vivir en un mundo sin él era un anatema para ella.

Apartándose de Corney, Phoebe corrió hacia donde Patrick había caído.

Sus lágrimas fluían sin control.

—¡Patrick! —gritó sin aliento mientras se arrodillaba frente a él.

—Estoy bien, Phoebe. —Su voz estaba tensa y sin aliento.

—Lo estarás —aseguró ella mientras se volvía hacia el médico—. No se quede ahí parado, ayúdele.

—No es mi sangre —dijo Patrick en voz baja—. No estoy herido, Phoebe.

Ella lo miró mientras él se incorporaba. Tenía la cara ensangrentada, los labios partidos y un moratón alrededor del ojo. Miró por encima del hombro y vio a André apoyado contra la pared. Se agarraba el abdomen y la sangre se le escurría entre los dedos, con la piel pálida y húmeda. Ante sus ojos, cayó lentamente al suelo.

—¿Deberíamos ayudarle?

—Es demasiado tarde para eso —indicó Patrick—. Una herida así... bueno, ya viste a William.

André abrió entonces los ojos. Con su último aliento pronunció:

—Bastardo.

Sus ojos se cerraron y su respiración se calmó.

Corney dio un paso adelante y apoyó la mano en el cuello del hombre para comprobar si daba señales de vida. Al no encontrar ninguna, se levantó y sacudió la cabeza.

—Haré que lleven su cuerpo a los sótanos y llamaré al magistrado. Al menos con él aquí, podremos exculpar a Arthur de cualquier papel en la muerte de William. —Se giró hacia ella—. Señorita Foreman, ¿puede ayudar a lord Bellingham a llegar a su habitación? Los atenderé a ambos allí tan pronto como me haya ocupado de esto.

Phoebe asintió. Era todo lo que podía hacer. No podía hablar. Después del miedo que había pasado y de luchar literalmente por su

vida. Al ver a Patrick allí tendido, casi sin vida, simplemente no podía procesar nada más. Se sentía entumecida, pero también imposiblemente frágil, como si en cualquier momento pudiera romperse en tantos pedazos que fuera difícil recomponerla.

La puerta de la habitación de lady Marion se abrió y Agnes asomó la cabeza.

—¿Ha terminado todo, señorita?

—Sí, Agnes —dijo Patrick, con la mirada preocupada fija en Phoebe—. ¿Se encuentra bien lady Marion?

—Está que revienta por saber qué ha pasado. Tuve que sentarme sobre ella para mantenerla en la cama y evitar que se metiera en medio del jaleo… pero está bien, milord, y me aseguraré de hacerle saber que todos ustedes también están bien.

—Gracias, Agnes —dijo Patrick mientras se levantaba del suelo. Había recibido unos cuantos golpes en las costillas. Entre eso y el retroceso de la pistola contra aquellas mismas costillas cuando se había disparado, tendría suerte si no se las había roto. Regresó su atención a Phoebe y le habló con suavidad.

—Tienes que levantarte, Phoebe. No puedo ayudarte. —Ella lo hizo, pero siguió con la mirada perdida. Tomándola de la mano, la condujo hacia la soledad de su habitación. La acomodó en una silla frente a la chimenea, sirvió una copa de brandy y se la puso en la mano—. Bébetelo. Hasta la última gota. —Una vez más, ella se limitó a hacer lo que le decía, sin preguntar. Solo eso ya era motivo de preocupación. Phoebe era muchas cosas, pero desde luego nunca

había contado la docilidad entre ellas. Por eso, exclamó—: ¡Maldita sea, Phoebe! ¡Detente ahora mismo!

—¿Parar qué?

—Regresa de donde quiera que esté tu cabeza. Vuelve a mí en el aquí y ahora… ¡Grita, llora, tira algo!

El vaso que tenía en la mano voló de repente por los aires, haciéndose añicos contra la pared.

—¿Así está mejor? —preguntó. Aunque su fuego normal seguía apagado, él podía ver un atisbo de él en su mirada desafiante.

—Sí. Así es. Prefiero que rompas todos los cristales de esta casa a que te repliegues sobre ti misma de esa manera. —Patrick hizo una pausa para ordenar sus pensamientos y luego se acercó a ella. Aunque le dolió hacerlo, se puso en cuclillas junto a su silla—. Estamos bien. Los dos estamos bien. Y no puede volver a hacernos daño.

Al cabo de un momento, ella lo miró y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Pensé que habías muerto. Pensé… —se interrumpió con un sollozo.

Patrick la atrajo hacia él.

—¿Qué pensabas?

—Que era demasiado tarde. Todo lo que había hecho era decirte una y otra vez lo imposible que sería que hubiera algo entre nosotros… acababa de malgastar nuestro tiempo juntos.

Patrick la abrazó, tanto por su propio consuelo como por el de

ella. No era la única que había estado aterrorizada. Mientras subía corriendo las escaleras, había imaginado una docena de horribles escenarios que le esperaban y todos ellos habían implicado la pérdida de ella.

—Así que ya lo sabemos y no perderemos más tiempo. Para que quede claro, pretendo casarme contigo, Phoebe, y no me importa mucho si te opones o no. Te arrastraré hasta Escocia y encontraré a algún vicario sin escrúpulos al que pueda pagar para que firme el registro y mantenga la boca cerrada.

Se le escapó una risa acuosa.

—Prometo no ser tan difícil en cada decisión importante de nuestras vidas.

Fue su turno de reír.

—No hagas promesas que no puedas cumplir. No sabría qué hacer conmigo mismo si no fueras difícil… y para ser totalmente honesto, no soy exactamente el alma de la amabilidad. Tú y yo hacemos buena pareja.

—Así es. Estuvo de acuerdo—. Y no hay nadie más con quien preferiría estar emparejada.

—¿Se acabaron las discusiones sobre las fincas y sobre las herederas y sobre si eres o no una novia adecuada?

Se echó hacia atrás.

—Todas esas cosas siguen siendo ciertas. Soy una elección imprudente para ti y, al aceptar casarme contigo, estoy siendo

sumamente egoísta... pero la última hora ha provocado un cambio de prioridades significativo. Todo eso parece mucho menos importante que estar con el hombre al que respeto y...

—¿Al que respetas? —preguntó él.

Ella suspiró pesadamente.

—Me vas a obligar a decirlo, ¿verdad?

—Sí —afirmó él con una leve inclinación de cabeza—. Pero si te hace sentir mejor, te lo diré primero. Te quiero. Te quiero y quiero pasar el resto de mi vida aquí contigo... tanto si recuerdo mi pasado como si no, quiero centrarme únicamente en nuestro futuro.

Se inclinó hacia él, apretando la cara contra su hombro y abrazándolo con fuerza.

—Te quiero. Creo que tal vez siempre lo he hecho... por eso ningún otro hombre logró mi atención, porque esperaba que volvieras.

—¿Aunque de niño fuera una bestia horrible?

—Aunque lo fueras. —Estuvo de acuerdo.

Epílogo

Phoebe se balanceaba con el carruaje mientras avanzaba por el camino. Frente a ella, Patrick estaba claramente menos dispuesto a soportar el viaje en silencio. Suspiró, se removió en el asiento y, en general, hizo notar su impaciencia.

—Llegaremos a Raven House dentro de una hora —dijo en voz baja. Regresaban de Gretna Green. Una ceremonia apresurada en una pequeña iglesia no era lo que lady Marion había querido que tuvieran. Había intentado disuadirles de que se casaran de la manera que ella denominaba —havey-cavey—[4] y que, en su lugar, celebraran una ceremonia en la iglesia del pueblo tras la lectura de las amonestaciones. Ninguno de los dos estaba dispuesto a esperar tanto.

—Sé muy bien dónde estamos —dijo él—. Simplemente he terminado con este carruaje. Y yo que pensaba que viajar por mar era malo.

Ella se echó a reír.

—Los caminos son difíciles en esta época del año.

La cogió de la mano y tiró de ella hasta que cruzó la distancia que los separaba y se tendió sobre su regazo.

—Hay cosas que podríamos hacer para pasar el tiempo. —Su tono fue sugerente.

—¿En un carruaje? —preguntó ella, tan escandalizada como intrigada.

—Todo es cuestión de ritmo —dijo él con una sonrisa burlona.

Todos los pensamientos de burla huyeron cuando sus labios se movieron a lo largo de la columna de su garganta. Había encontrado su punto débil. Cuando la besó allí, justo debajo de la oreja, y siguió aquella tierna caricia con el ligero escozor de sus dientes, todo su sentido común se esfumó. Necesitaba tan poco para convertirse en una esclava del deseo, pensó.

Sus manos se dirigieron a sus caderas y la colocaron a horcajadas sobre su regazo. Cuando su boca descendió sobre la suya, él se movió contra ella y ella pudo sentir la cresta endurecida de su virilidad presionada contra su carne más íntima. Experimentando, Phoebe se puso de rodillas y se arqueó contra él. El contacto provocó un suave gemido en ambos.

A medida que el carruaje avanzaba, su balanceo creaba un ritmo que los dejaba sin aliento y jadeantes. El deseo era tan intenso que cualquier pensamiento de propiedad simplemente desapareció.

Phoebe metió la mano entre los dos y empezó a desabrochar la caída delantera de los calzones de él.

—Si vamos a ser escandalosos, que lo seamos completamente.

—¿Estás segura que no quieres esperar a que estemos en casa, en el santuario de nuestra cama? —se burló él.

—No. Te deseo ahora —dijo ella—. Necesito sentirte dentro de mí.

Sus palabras eran atrevidas e imposiblemente descaradas. Pero de eso se trataba. Había descubierto que a su marido le gustaba mucho cuando se comportaba como una pervertida. Aquel momento no era una excepción. La simple afirmación había elevado la tensión en su interior a nuevas cotas. Cada músculo se tensó bajo ella y las manos que agarraban sus caderas se apretaron hasta el punto de que, sin duda, dejarían marcas. Pero él la levantaba, la colocaba sobre él.

—Si me quieres dentro de ti, Phoebe, tómame —susurró con voz seductora.

Era un reto para ver hasta qué punto se atrevía y ella estaba más que dispuesta a aceptarlo. Cerró la mano en torno al grueso tronco de su erección, lo condujo hasta su entrada y, con movimientos cuidadosos, empezó a hundirse en él.

El placer que sintió mientras la llenaba fue increíblemente intenso. Phoebe se balanceó, pero él la sostuvo rodeándole la cintura con un brazo. Con ese apoyo, empezó a moverse, subiendo y bajando sobre él al ritmo de los movimientos del carruaje.

Una y otra vez, ella se balanceaba hacia abajo y él la llenaba, el calor de él abrasándole la piel mientras ella se esforzaba por liberarse. Cuando por fin llegó, su cuerpo se estremeció y sus gritos se perdieron en el beso de él. Flácida y relajada, se hundió contra él mientras él la

penetraba una vez más, presionando profundamente mientras se derramaba dentro de ella.

Envueltos en aquel asiento, le susurró al oído:

—Quizá tenga que replantearme mi aversión a este medio de transporte.

Ella sonrió.

—Como nuestro próximo viaje es a Londres y tu madre estará con nosotros, espero sinceramente que no.

Patrick se estremeció al pensarlo.

—Si no hubieras saciado ya mi ardor, ese pensamiento me habría marchitado de hecho.

Phoebe se puso de rodillas y lo miró.

—¿Te preocupa Londres? ¿Por ocupar tu lugar allí?

—No me preocupa nada mientras te tenga a mi lado… No seré querido. Me llamarán usurpador, forastero y, tal vez, incluso impostor. Hay quienes nunca aceptarán que soy lord Bellingham.

—Ellos se lo pierden —indicó ella—. Eres todo lo que se supone que debe ser un caballero.

—¡Pero no lo soy!

—¡Claro que lo eres! Has sido amable y generoso con el personal, has asumido las responsabilidades y obligaciones de la hacienda, no como si hubieras nacido para ello, sino como si te hubieras visto obligado a hacerlo. Fuiste increíblemente misericordioso con Priscila cuando no tenías por qué serlo. Permitirle regresar con su familia en

lugar de ir a prisión fue una generosidad que no merecía.

—Se podría decir que fue un castigo que su familia no merecía.

Sus labios se torcieron.

—Como tú dices… ¿Y qué hay del doctor Corney, que luchó en York para levantar su consulta? lo has instalado en el pueblo y ahora tenemos acceso a una atención médica de calidad en lugar de depender de la charlatanería del doctor Wright. Sobre sir George, incluso después de que se supiera la verdad de su perfidia, has tenido la gentileza de dejarle vivir sus días en la casa de Bath… Aunque con un presupuesto más estricto.

—Ninguna de esas decisiones se tomó por razones altruistas. El escándalo, dado todo lo que ya hemos soportado, no debería ser cortejado tan abiertamente.

—¡Hablas como un verdadero caballero! —proclamó ella—. Y aunque este viaje a Londres es necesario para que Arthur vuelva a matricularse en la universidad y para lidiar con las ramificaciones legales de tu «resurrección», será bueno para ti que te recuerden de dónde vienes, pero también será bueno para lady Marion. Ha estado demasiado aislada en Raven House.

Su mano hizo círculos perezosos sobre su espalda. Lo suficiente como para que ella quisiera ronronear y estirarse como un gatito.

—¿Y qué hay de ti, Phoebe? ¿Londres y un paseo en sociedad serán buenos para ti?

—Tú eres bueno para mí. Estar donde estás es bueno para mí… más allá de eso, nada más importa —admitió. El carruaje se desvió del

camino principal y tomó otro más estrecho que conducía a la mansión. Estaban en la propiedad de Bellingham—. Bienvenido a casa, lord Bellingham.

—Y a usted, lady Bellingham. Bienvenida a casa.

Siguiente libro de la serie





En su primer encuentro, ella le dio un nombre falso y le besó. ¿Y ahora quiere que le diga a todo el mundo que estuvo con él para que no la acusen de ladrona? ¿Cómo esta testaruda, mentirosa y seductora embaucadora terminó siendo su esposa?

Tras la muerte de su padre, Georgina tiene pocas posibilidades de sacar adelante a su hermano Peter. Por suerte consigue un empleo como acompañante de una dama y es una excelente jugadora de póker. Una habilidad que debe ocultar, si quiere mantener su puesto y su respetabilidad.

Hasta que una noche se ve envuelta en una revuelta callejera y es rescatada por Lord Westcott.

Graham nunca imaginó que la mujer que rescató acabaría siendo su esposa, y mucho menos que se viera metida en un lío tras otro. Pero lo que nunca esperó fue enamorarse de alguien tan inadecuado y, a la vez, tan merecedor de su amor.

EXTRACTO

Capítulo 1

A Gina se le agudizaron los oídos en cuanto oyó el nombre de Graham, aunque no fue la única mujer que prestó atención. Madres ambiciosas, con hijas jóvenes para casar, interrumpieron sus conversaciones y escudriñaron la multitud de invitados elegantes en el gran salón de la embajada. Era París, seis meses después de Waterloo, y el embajador organizaba el primer baile del nuevo año.

No pudo evitar pensar que aquel era un acontecimiento brillante. Apuestos soldados con sus trajes de gala, caballeros a la moda y damas con sus vestidos de baile de cintura alta rodeaban la pista, mientras observaban a las parejas en grupos para el siguiente baile.

En realidad, ella no formaba parte de aquella brillante multitud. Como acompañante a sueldo, tenía que vestir de forma modesta y tratar de pasar desapercibida. No era difícil. No era una belleza y ya había pasado la edad de atraer la atención masculina. Las jóvenes guapas no solían encontrar empleo como institutriz o dama de compañía.

Su mirada se posó en dos caballeros que acababan de entrar en

el salón. Los dos eran altos y morenos, ambos muy elegantes con su sastrería inglesa y sus pantalones de raso. Pero solo conocía a uno de ellos: Graham Feeds.

Probablemente tenía prejuicios, pero no podía evitar pensar que, incluso en aquel deslumbrante enamoramiento, él era una presencia formidable. Parte de su atractivo residía en que no era consciente de la impresión que causaba, o eso o no le importaba. Tenía unos preciosos ojos del color del chocolate francés que ella tomaba a sorbos cada mañana para despertarse. Una mirada de Graham tenía el mismo efecto.

Gina sonrió ante su fantasioso giro mental.

Aunque lo recordaba muy bien, él no la recordaría a ella. De joven, no más que un niño en realidad, había sido expulsado de Oxford por rebeldía y absentismo escolar, y su iracundo padre lo había enviado con el vicario local para que le diera clases. Su padre era el vicario local.

Aún podía ver rastros de aquel niño imprudente en el hombre adulto, aunque ya templados por la disciplina militar. Graham ya no era un soldado, supo que había renunciado a su cargo cuando obtuvo el título. De ese modo, dio por hecho que en ese momento debía pensar en él como lord Westcott y no como Graham Feeds a secas.

Cuando él se apartó un mechón de pelo oscuro, una fugaz sonrisa suavizó su expresión. Reconoció el gesto, así como el brillo de sus ojos oscuros y la inclinación de aquella boca esculpida en su rostro bronceado. Había tenido la misma expresión de niño, cuando no podía

hacerse a la gramática griega y se impacientaba por salir del aula. Su único anhelo era cabalgar por los descensos o coquetear con las chicas del lugar.

Nadie negaba que a Graham se le daban bien las mujeres.

Su padre nunca afirmó que hubiera convertido a Graham en un erudito, pero le inculcó los conocimientos de latín y griego suficientes, para que el muchacho fuera readmitido en los salones sagrados de Oxford. El vicario siempre sostuvo que, aunque Graham era un poco salvaje, mostraba sensatez en las cosas que importaban y ella se preguntó, qué pensaría del Lord si todavía estuviera vivo.

Sus pensamientos se dispersaron cuando oyó la voz de su patrona, fina y nasal, por encima del ruido al dirigirse a su hija.

—Mira, Victoria, ahí está lord Westcott con su amigo —indicó lady Rockingham—. Se trata de un caballero que espero que tu padre cultive su amistad. Después de Seabroock, es el soltero más codiciado de París.

Se abanicó las mejillas mientras miraba ávidamente al caballero en cuestión. Lady Victoria, una muchacha alta, con rizos rubios y una cara más agradable que bonita, siguió la dirección de la mirada de su madre.

—Hay dos caballeros ahí, madre. ¿Cuál de ellos es lord Westcott?

La dama frunció el ceño.

—Ese de ahí es lord Remington, un dandi del que todo el mundo sabe que tiene que casarse con dinero. —Lanzó una mirada a

Gina—. Espero de usted, señorita Hill, que vigile de cerca a los cazafortunas y los mantenga alejados de Victoria.

—Naturalmente —respondió Gina en tono sumiso.

Lady Rockingham no tenía por qué preocuparse por los cazafortunas. Victoria estaba enamorada de un joven soldado que había sido destinado a Canadá, así que estaba a salvo de todos, incluso de las estratagemas de su madre para casarla.

—¡Madre! —protestó la joven—. Es demasiado mayor para mí. Debe tener treinta años.

Treinta y dos, para ser exactos, pero Gina se guardó aquel dato. Sabía cuál era su lugar.

—¡Tonterías! —cacareó la dama—. ¿Y eso qué tiene que ver? Debe de valer por lo menos treinta mil libras al año.

Uno nunca podría, pensó Gina, acusar a las clases altas de delicadeza cuando se trataba de hablar de dinero y matrimonio. Otra cosa era cuando se trataba del sueldo de los criados. En su propio caso, su sueldo se atrasaba dos meses, pero a lady Rockingham nunca se le ocurriría que la carabina de su hija necesitaría dinero cuando su patrona le pagaba todos los gastos. Tal y como señaló cuando le ofreció el puesto, aunque el sueldo era pequeño, era la oportunidad de su vida para que una joven sin dinero y con pocos contactos viera un poco de mundo.

Y así había sido. París debía ser su primera parada, pero llevaban allí un mes y nadie tenía prisa por marcharse, y menos aún Gina.

Lady Victoria era una chica de buen carácter y su apego por el joven soldado, que había sido destinado a Canadá, la hacía fácil de acompañar. Gina no tenía que disuadir a los pretendientes, la joven lo hacía bastante bien sola. Y París era una ciudad excitante. Parecía que la mitad de la aristocracia inglesa había ido de visita, una vez que había terminado la guerra con Francia. Todas las noches había fiestas, bailes y recepciones, o visitas al teatro y a la ópera.

Sin embargo, seguía sintiéndose como una intrusa. Su lugar no era opinar ni compartir lo que sentía. Estaba allí para escuchar, llevar y traer, y sonreír a pesar de todo. No era la única. Todas las jóvenes que servían de carabinas o damas de compañía llevaban vidas solitarias.

Había algo más que la preocupaba. Necesitaba dinero con urgencia, y el salario de dos meses no era suficiente para cubrir sus gastos.

Tomó aire cuando Graham la miró y lo soltó lentamente cuando no dio señales de reconocerla.

«¿Qué esperabas?», se reprendió a sí misma. Graham había sido alumno de su padre durante apenas seis meses. Después regresó a Oxford y, cuando volvió a casa para las vacaciones, su padre se había convertido en vicario de St. Bede's, a unos quince kilómetros de la finca de los Westcott.

Habían pasado quince años desde la última vez que vio a Graham. Naturalmente, se acordaba de él. Tenía diecisiete años y ella fue una adolescente tediosa, que esperaba impresionarlo con sus

extensos conocimientos literarios. Después de todo, eso era lo que impresionaba a su padre. Alguien debería haberle dicho que el camino al corazón de un hombre no era a través de los libros.

Lord Rockingham se les unió en ese momento.

—Nicholas —advirtió su esposa—, no pierdas ni un momento o lady Oxford nos lo robará delante de nuestras narices para una de sus chicas.

—¿Eh? —Él miró alrededor con desconcierto.

—¡Lord Westcott! —Ella usó su abanico como puntero—. Invítalo a conocer a Victoria. ¿Cómo va a conocer a caballeros elegibles si no se los presentan?

Lord Rockingham, alto y delgado, con una perpetua expresión de sabueso, estudió la aglomeración que empezaba a formarse en torno a lord Westcott y lord Remington.

—Es como una verdadera caza del zorro. —Sacudió la cabeza—. Demos al zorro una oportunidad deportiva, es lo que yo digo.

Y a todas las órdenes y súplicas de su esposa, hizo oídos sordos.

Cuando la orquesta entonó un vals, Graham se separó hábilmente, junto con su amigo, del grupo que los acorralaba y se dirigió a la sala de juego. Lord Remington, Ash para sus amigos y antiguo camarada de armas, era el caballero al que lady Rockingham se refería como «dandi», en gran parte porque de una cinta negra que llevaba al cuello colgaba un premio de billar y su pañoleta estaba hecho con una serie de intrincados pliegues y lazos.

Justo cuando llegaron a la sala de juego, su anfitriona, lady Griffith, salió de ella con dos jóvenes soldados del brazo.

—Vamos, David, Thomas. —Su voz era amistosa pero firme—. Esto es un baile, ¿recordáis? Espero que cumpláis con vuestro deber. No habrá alborotadores en mi baile. Si no buscáis pareja, yo lo haré por vosotros.

Antes de que lady Griffith pudiera fijarse en él, Graham se apartó y condujo a Ash hacia una maceta de palmeras junto a una columna griega. Desde allí tenían una buena vista de la pista de baile y las hojaS de las palmeras les daban cierta intimidad. No había mucho que ver. Solo bailaban unas pocas parejas, pero era evidente que lady Elizabeth no iba a tolerarlo. Poco a poco se les fueron uniendo más bailarines.

—Supongo que podremos escabullirnos sin ser vistos —sugirió Graham.

Su amigo lo miró con una mezcla de diversión y curiosidad.

—Sé que no lo dices en serio porque no se te ocurriría ofender a sir Griffith y lady Griffith. Además, no sueles ser un patán, así que ¿cuál es el problema?

Él abrió la boca para defenderse, pero luego se lo pensó mejor. Ash tenía razón. Se estaba comportando como un colegial malhumorado. Estaba irritado porque no quería estar allí, pero uno no declinaba la invitación personal del embajador británico sin graves consecuencias. No pensaba solo en el primer ministro, sino también en su abuela, cuya amiga era tía del embajador. Ella le levantaría

ampollas si menospreciaba al sobrino favorito de su amiga.

Señaló a los bailarines de la pista.

—Es este ritual maldito. Esto no es un baile, es una cacería, y todas esas matronas de ojos acerados son en realidad una jauría de sabuesos. ¿Y adivina quién es su presa?

—¿Tú? —preguntó Ash, moviendo los labios.

—Oh, no me hago ilusiones de que sea a mí a quien quieren. Es mi fortuna. Eso es lo ofensivo. —Buscó su tabaquera en el bolsillo, se la ofreció a Ash, cogió una pizca e inhaló. Después de saborear el aroma, continuó—: Nadie me dedicó una segunda mirada hasta que conseguí el título.

Calló al recordar el drástico cambio de sus circunstancias cuando su hermano, el Conde, murió repentinamente. No dejó descendencia masculina para heredar, solo su viuda. Como su abuela nunca dejaba de señalar, era su deber casarse y, en poco tiempo, producir la siguiente cosecha de niños para llevar el apellido de la familia.

Se había resignado a su destino, más o menos, hasta que se vio asediado por una horda de ambiciosas matronas y sus igualmente deseosas hijas. Había ido a París para descansar de la caza, solo para correr la misma suerte. Ash, a quien conocía desde que iban juntos al colegio, se había ofrecido a acompañarle. En aquel momento le había parecido una gran idea. París representaba el juego, la bebida, la noche y los duelos. Aquella era la verdadera atracción: los duelos. En Inglaterra, los hombres seguían llamándose a duelo por algún desaire,

imaginario o no, pero se había convertido en un ritual sin pasión. Las pistolas habían sustituido a las espadas y nadie salía herido. En París era distinto. Los franceses sabían manejar sus pequeñas espadas con un efecto devastador. Cruzar espadas con ellos era un honor y una educación, por no decir un asunto arriesgado. No todo el mundo levantaba la espada cuando se derramaba la primera sangre.

—Anímate, Graham —dijo su amigo—. Piensa que una vez que te hayas encadenado a alguna chica elegible, estarás fuera de la cacería y la manada se volcará en presas frescas.

Él lo miró con fijeza.

—No sé por qué te ríes. Los dos estamos en el mismo dilema. De hecho, tú eres un premio matrimonial mayor que yo. Un día de estos, serás Marqués.

—Ah, pero aún no lo soy, ¿verdad? Esa es la diferencia entre nosotros. Yo solo tengo expectativas. Tú, en cambio, eres un Conde y tienes una fortuna a tu disposición.

Una chispa de diversión brilló en los ojos de Graham. Al diablo con las «expectativas».

—Eres rico por derecho propio. Te conviene fingir ser un indigente.

Ash levantó las cejas.

—¿Puedes culparme? No deseo que me acosen como a ti o a Seabroock. —Una sonrisa satírica le rozó los labios—. Verás, amigo, quiero que me deseen por mí mismo. —Levantó su copa y observó con detenimiento la pista de baile—. ¿Es mucho pedir?

Graham se apoyó en la columna y miró a su amigo con interés.

—Cuidado, o te encontrarás enganchado a alguna damisela de ojos azules que esté pensando en casarse.

Ash sonrió.

—El matrimonio es un pago por los servicios prestados. El amor debería ser libre. Por eso prefiero seguir soltero.

—¿El amor debería ser libre? —Graham hizo un pequeño sonido de burla—. Intenta decirles eso a las bellas Venus que merodean por el Palais Royal. ¿No te has dado cuenta de que se arremolinan alrededor del hombre que ha hecho una fortuna en las mesas de juego? Esposa o cortesana, es difícil notar la diferencia.

—Estás de un humor extraño. —Ash lo miró con extrañeza—. Nunca te había oído quejarte de las Venus del Palais Royal. ¿A qué se debe esto?

Él se encogió de hombros.

—Echo de menos a mi perra. Ella, al menos, me quiere incondicionalmente.

Su amigo se echó a reír.

—Es una zorra. Tú mismo me lo dijiste. Nunca sabes quién se ha acostado con ella hasta que llegan los cachorros.

—Ah, pero sé que es a mí a quien quiere de verdad. —Su sonrisa se desvaneció y añadió en voz baja—: No mires ahora, pero nuestro anfitrión ha descubierto nuestra guarida y viene hacia aquí.

—Bueno, Graham, ¿qué hacemos? ¿Cumpliremos con nuestro

deber y nos aliaremos con una de esas damiselas de ojos humedecidos que mencionaste, o nos esconderemos bajo esa mesa de ahí? —Señaló al frente Ash—. Si nos descubren, fingiremos estar buscando un anillo de valor incalculable que uno de nosotros ha perdido.

—Siempre tan gracioso —murmuró—. Prefiero encontrarme de frente con mi destino.

—Mejor tú que yo. Ah, mira quién acaba de llegar, lady Jean Warwick. Discúlpame —dijo a modo de despedida.

Graham sonrió al escucharlo. Lady Jean era una heredera, y la persecución estratégica de su amigo solo reforzaría la ficción de que Ash necesitaba una esposa rica para llenar las vacías arcas de la familia. Los padres precavidos no animaban a sus hijas a cortejar a los cazafortunas. Se preguntó por qué no había ideado una estratagema similar para salvarse de las cazafortunas.

La respuesta le llegó de improviso. Porque, por supuesto, el abuelo de Ash, el Marqués, vivía en las tierras salvajes de Escocia. Nadie le conocía realmente. Su familia, en cambio, vivía en Sussex, y también había una casa en Londres. En consecuencia, todo el mundo conocía sus asuntos. Si alegaba pobreza, nadie lo creería.

Suspiró cuando sintió la mano en su hombro. Resignado, sonrió débilmente y se volvió para saludar a su anfitrión, el embajador.

—No puedo permitir que te quedes por aquí, Graham, dando mal ejemplo a todos los jóvenes —le advirtió sir Griffith—. Permíteme presentarte a cualquier dama de tu elección. —En tono humorístico, añadió—: Un baile es todo lo que pido, despoués eres libre de

marcharte y disfrutar de todas las disolutas atracciones del Palais Royal.

¿Sabía todo el mundo que era allí donde Ash y él habían tomado habitaciones?

—Gracias —respondió con amabilidad—, pero me estoy divirtiendo aquí.

—Ah, ¿sí? —El hombre sonrió—. Deben haber cambiado mucho las cosas desde que yo era joven. Pero no discutamos. Muéstrame a la dama que te ha cautivado y te la presentaré. —Graham se encogió de hombros con indiferencia. Dudó demasiado y sir Griffith lo animó con un gesto—. Vamos, conozco a la dama perfecta para ti.

Con un suspiro de cansancio, siguió a su anfitrión hasta lady Rockingham y su grupo. La dama era uno de los sabuesos que deseaba evitar. Se trataba de una mujer grande y petulante a la que le encantaba el sonido de su propia voz. Tenía una hija cuyo nombre no recordaba, una niña recién salida de la escuela, pero no formaba parte del grupo, y eso le desconcertaba. Seguramente Sir Griffith no esperaba que bailara con lady Rockingham.

Se intercambiaron algunas galanterías y luego la dama empezó a ensalzar las virtudes de su hija que, por desgracia, acababa de aceptar bailar con el capitán Tallman y se encontraba en algún lugar de la pista.

Sir Griffith asintió de forma comprensiva, pero cuando lady Rockingham siguió parloteando, la interrumpió comentando como

para sí mismo:

—¿Es el joven duque de Seabroock el que veo?

—¿Dónde? —gritó ella.

Al girarse para observar el salón, Sir Griffith aprovechó y se dirigió a Graham.

—Aún no conoces a la señorita...

—Hill —observó la mujer que acompañaba a la dama—. Señorita. Georgina Hill.

El embajador inclinó la cabeza.

—Por supuesto, la señorita Hill. ¿Cómo podría olvidarlo?

Graham frunció el ceño. La señorita Hill no era lo que él tenía en mente. No era una señorita de escuela, sino alguien más cercano a su edad. Iba vestida de gris de la cabeza a los pies, excepto por sus largos guantes blancos y el gorro de encaje que proclamaba que ya había pasado la edad del matrimonio. Lo único a su favor era un par de grandes ojos color avellana que se cruzaron brevemente con los de él, antes de hacer una reverencia.

Lady Rockingham, dándose cuenta de repente de que la habían engañado, se volvió hacia su acompañante.

—Tengo frío. —Se frotó los brazos—. Encontrará mi chal en el guardarropa. Tráigamelo enseguida, por favor.

Graham comprendió que la joven era una dama de compañía y se preguntó a qué estaba jugando el embajador.

Si la señorita Hill estaba al tanto del deliberado desaire de lady

Rockingham, no dio ninguna señal de ello.

—Desde luego, milady. —Su voz sonó suave y delicada.

Graham se sintió ofendido por ella. Estaba a punto de ofrecerse a acompañarla al guardarropa cuando sir Griffith tomó el mando.

—No será necesario —indicó con una sonrisa encantadora. La amabilidad del embajador era legendaria—. Uno de mis lacayos irá a buscarlo. —Levantó el dedo índice y un criado estuvo a su lado en cuestión de segundos—. Milady quiere su chal —dijo. Luego se dirigió a lady Rockingham—: Quizá sea tan amable de describírselo. —Cuando la mujer comenzó a describir su chal, sir Griffith le dio la espalda, excluyéndola de la conversación y habló de nuevo a Graham—. La señorita Hill es prima de lord Marlbrough —Miró por encima del hombro y sonrió—. Eso me recuerda… Necesito hablar con él.

La joven parpadeó.

—Solo soy una prima lejana —corrigió.

A Graham no le gustó como sonaba aquello. No tenía nada en contra de lord Marlbrough. De hecho, apenas lo conocía, solo de vista porque pertenecían a los mismos clubes de Londres y asistían a algunas de las mismas funciones, pero eso era todo. Esperaba que sir Griffith no estuviera estableciendo las credenciales de la dama como candidata adecuada para su mano en matrimonio.

—Tengo el honor de conocer ligeramente a lord Marlbrough. —Procuró ser cuidadoso al elegir las palabras—. Parece… ah… muy agradable.

La única respuesta de la señorita Hill fue una mirada directa de

aquellos llamativos ojos color avellana.

Sir Griffith asintió.

—Conozco a Gina desde que era una niña. Su padre fue vicario de nuestra parroquia durante un tiempo.

Graham se inquietó. Aquello iba de mal en peor. Esperaba que el hombre no estuviera insinuando que podrían formar pareja. ¿La hija de un vicario? Aquel no era su estilo.

Ella no dijo nada y se preguntó por qué se quedaba callada. ¿Era tonta o qué? La idea le hizo sentirse mezquino. No debería culpar a la muchacha. Por lo que había visto de lady Rockingham, supuso que sería una dama difícil de tratar y mucho menos trabajar para ella. El primo de la señorita Hill, su primo lejano, debería haber hecho más por ella. Las damas de compañía estaban solo un escalón por encima de los sirvientes.

Una mirada penetrante de sir Griffith le recordó su deber. Las disolutas atracciones del Palais Royal eran cada vez más atractivas.

—Señorita Hill —comenzó, regalándole una sonrisa encantadora—. ¿Me concede el placer del próximo baile?

La sorprendió. Pudo verlo en el brillo de sus ojos y en la forma en que su mano revoloteó hacia su pecho. Y era un pecho muy bonito, aunque estaba decorosamente cubierto por un pañuelo de gasa gris.

—Es usted muy amable. —Hizo una minúscula reverencia—. Gracias, pero debo declinar. La hija de lady Rockingham, lady Victoria, está a mi cuidado. Me encargo de acompañarla.

Creyó captar una inflexión irónica, pero solo vio una mirada clara y firme y una sonrisa dócil. Debía de estar equivocado, pues no podía imaginarse a una humilde dama de compañía burlándose de un Conde.

Enseguida empezó a atar cabos. Sir Griffith conocía a la muchacha desde que era un bebé y era evidente que le tenía cariño. Su primo, Marlbrough, había faltado a su deber para con aquella empobrecida dama. Su patrona, lady Rockingham, era una tirana. Ya no le cabía duda de que el embajador lo había escogido para aportar un poco de emoción a la aburrida vida de la señorita Hill. Le bastaría con bailar con ella una pieza y su reputación aumentaría considerablemente entre sus iguales.

Ella lo miraba, con ojos solemnes, esperando a que la despidieran. Aquella mujercita tímida, que no pedía ni esperaba nada, le inspiraba caballerosidad.

Mantuvo sus ojos clavados en los suyos, mientras dirigió sus palabras hacia lady Rockingham.

—Milady, ¿puede utilizar su influencia para persuadir a la señorita Hill de que baile conmigo?

La mirada solemne de la joven desapareció. En ese momento, parecía asustada. Sir Griffith, entretanto, se había apartado para decir unas palabras al oído de lady Rockingham. Un momento después, entre sonrisas, regañó a la señorita Hill por dar una impresión equivocada.

—Por supuesto que debe bailar —gritó la mujer—. No se me

ocurre qué te ha hecho pensar que tienes que hacer de niñera de Victoria. —Sonrió a los ojos de Graham—. A mi hija nunca le falta compañía, ¿sabe? A veces pienso que es demasiado popular. Me han dicho que no debería sorprenderme, porque tiene el carácter más dulce y dócil. ¿No es así, Gina? —La joven no tuvo oportunidad de responder, porque su señoría continuó—: Y también es muy hábil. Si la oyera tocar el piano… —Sus ojos se iluminaron—. Tiene que venir a cenar. Nos alojamos en el Hotel Breteuil, en la rue de Rivoli. Todos los jueves organizamos una cena para algunos amigos, muy informal. Diga que vendrá.

Por desgracia, Graham ya estaba comprometido el jueves. Así se lo dijo, antes de que la dama pudiera recuperar el aliento. Agarró a la señorita Hill de la mano y la llevó a la pista de baile.

El vals, uno de los bailes más novedosos, se había puesto de moda. Algunos lo llamaban el vals «perverso», por la proximidad íntima de las parejas al girar por la pista. Tarde se le ocurrió que la señorita Hill podría no conocer los pasos. Las aburridas damas de compañía no tenían muchas ocasiones de bailar. Sin embargo, ella resultó ligera en sus brazos, esbelta y flexible.

Miró a la mujer en sus brazos y le dedicó una cálida sonrisa.

—Baila muy bien —le dijo.

Ella levantó la cabeza y él se encontró mirando unos ojos llenos de ira. Se sorprendió. Esperaba ver gratitud, admiración o, como mínimo, que se ruborizara. Había elegido bailar con ella cuando podría haber tenido a cualquier dama que quisiera. Todos los ojos

estaban puestos en ellos. La había convertido en la reina del baile.

Con el pecho tembloroso, dijo en voz baja:

—¿Se supone que debo sentirme halagada? Le dije que no quería bailar, pero ¿me escuchó? Oh, no. Quería burlarse de todas las damas que, según piensa, esperan un marido rico. A usted, de hecho. Su vanidad es escandalosa.

Su ataque ingrato encendió su propio temperamento.

—Si hubiera sabido que mis atenciones no eran bienvenidas, no la habría sacado a bailar —replicó entre dientes.

—¿Quiere decir que quería bailar conmigo? —Su tono fue arisco.

Como ella era brutalmente sincera, él no vio la necesidad de tratarla con la deferencia debida a una dama.

—No deseaba bailar con nadie, pero nuestro anfitrión hizo que me fuera imposible negarme. Prácticamente la empujó hacia mí. ¿Qué podía hacer? Si no quería bailar, debería haberlo dejado claro.

Ella esbozó una sonrisa incrédula.

—Solo soy una dama de compañía, lord Westcott, como usted sabía muy bien cuando me invitó a bailar. Mis deseos no cuentan para nada. Espero que se dé cuenta de que me ha colocado en una posición intolerable. Las lenguas se agitarán, debatiendo por qué me eligió. Creo que puede imaginar lo que dirá la gente.

Sus ojos se entrecerraron con desagrado. Sabía muy bien adónde quería llegar.

—Hable claro, señorita —la animó con voz aterciopelada—. ¿Qué cree que dirá la gente?

Sin vacilar lo más mínimo, ella respondió:

—Que necesita una esposa dócil y complaciente, alguien que haga la vista gorda ante todas sus indiscreciones. —Después, concluyó en un susurro—: ¿Y quién mejor para ocupar ese puesto que una persona insignificante como yo?

Si antes estaba desconcertado, en ese momento estaba asombrado. Aquella joven era poco más que una sirvienta y le estaba tomando el pelo. ¿Sabía quién era?

Al cabo de un momento, el calor de su mirada se enfrió y soltó una risita.

—Debe estar bromeando.

Ella lo miró con ojos claros y limpios.

—¿Por qué? ¿Porque solo soy una acompañante a sueldo? Créame, milord, cosas más raras han pasado.

Ella jadeó cuando él ejecutó de repente un giro intrincado, así que él lo hizo de nuevo, aunque solo fuera para mostrar a la muchacha que más le valía tener cuidado con él. No hubo más conversación hasta que terminó el baile. Sin aliento y sonrojada, hizo una reverencia. Él le dio las gracias y se marchó.

Cumplido su deber, Ash y él se escabulleron y recorrieron la rue Sainte-Honoré y la corta distancia que los separaba del Palais Royal. Su amigo fue el que más habló, mientras Graham pensaba en la

señorita Hill y su escandaloso comportamiento. Había intentado ser caballeroso y todavía estaba asombrado con su reacción. Era una estúpida. Nadie en su sano juicio pensaría que había tenido intenciones de conquistar su virtud.

Aunque cosas más raras habían pasado.

Sonaba como un desafío.

No, sonaba como una amenaza, una advertencia de que no podía jugar con ella impunemente.

«¡La pobre mujer debe estar demente! ¿Quién querría hacerlo?», se dijo mentalmente, antes de echarse a reír.

—¿Qué he dicho que te hace tanta gracia? —preguntó Ash.

Graham negó con la cabeza.

—¿Qué te parece si damos un paseo por Tortoni's antes de retirarnos a dormir?

Tortoni's era un café donde se reunían los duelistas más célebres, en busca de pelea. A Ash se le iluminaron los ojos.

—Me apunto si tú lo haces.

—Y después, un desayuno con champán en el Palais Royal.

—¿Te das cuenta de que, si ganamos, nos acosarán las chicas? —le advirtió su amigo.

—Cuento con ello.

Capítulo 2

En el corto trayecto de vuelta al hotel, lady Rockingham no perdió tiempo en explicar los duros hechos de la vida a la carabina de su hija.

—Espero, Gina, que no haya permitido que las atenciones de lord Westcott le desvíen la cabeza. —Como siempre, no esperó respuesta, sino que continuó parloteando como un río desbordado—. Debería saberlo. Aunque usted no es una niña, es inocente sobre los hombres y sus costumbres. Recuerde mis palabras, no saldrá nada de esto.

Cuando su señoría hizo una pausa momentánea para ordenar sus pensamientos, ella pudo replicar:

—No soy tan ingenua, milady, como para...

—Tal vez crea que lord Westcott puede casarse a voluntad por su fortuna, pero se equivoca. Un hombre de su posición buscará una dama con linaje, aunque sea sin dote.

—Le aseguro, milady...

—¿Y ha pensado cómo se sentiría si sus parientes la rechazaran,

como estoy segura que harían? Puede que no haya oído hablar de su abuela, la Condesa viuda, pero yo sí, y déjeme decirle que es muy exigente con lo que se debe a su nombre y condición. No, no es posible, Gina, es...

—¡Madre! —gritó Victoria, con la paciencia al límite—. Esto es muy injusto. En mi opinión, Gina es demasiado buena para lord Westcott. Esta noche he oído cosas sobre él que la sonrojarían.

—¡Oh, eso! —dijo su madre despectivamente—. Una chica sensata sabe cuándo mirar hacia otro lado. Todo joven tiene sus pecadillos.

Gina se aventuró a decir:

—Solo era un baile, milady, y no me lo habría pedido si sir Griffith no hubiera insistido.

—Entonces, sir Griffith debería haberlo sabido mejor —declaró la dama—. No está bien animar a las jóvenes a tener ideas por encima de su posición.

Victoria dio un grito ahogado y despertó a su padre, que hasta ese momento había parecido dormitar en un rincón del carruaje.

—Calla, mujer —dijo en tono lánguido—. No sabes de lo que estás hablando. Gina es de buena familia. Esta noche he conocido a su primo, el conde de Marlbrough. Sir Griffith nos presentó.

Lady Rockingham se quedó boquiabierta, Victoria la miró fijamente y Gina se sentó un poco más erguida.

—Un primo lejano por parte de madre —respondió en tono

ahogado—. Ah… espero que se encuentre bien.

—Oh, muy bien. Desgraciadamente, ha tenido que marcharse antes de tiempo porque su mujer se sentía acalorada. Por cierto, se alojan en nuestro hotel. Ah, y Marlbrough preguntó por su hermano, señorita.

—¿Su hermano? —inquirió lady Rockingham.

—Sí, milady —aseveró Gina—. ¿Recuerda que mencioné que tenía un hermano menor, Peter? Tiene dieciocho años y estudia en Oxford.

Su señoría asintió.

—Sí. Tengo un vago recuerdo. Pero sé con certeza que ni una sola vez mencionó usted a un pariente que fuera Conde.

Ella se encogió de hombros.

—No quería avergonzarlo admitiendo la conexión. Perdimos el contacto con los años y no me pareció correcto reivindicar la relación.

—Muy loable —intervino milord—. En cualquier caso, ya que nos alojaremos todos en el mismo hotel, he sugerido que él y lady Marlbrough se unan a nosotros mañana para almorzar.

—No puedo esperar —respondió Gina, esbozando una sonrisa.

En cuanto entró en su habitación, cerró la puerta con llave, se quitó el abrigo y se dejó caer en el sillón tapizado junto a la chimenea. Ni el fuego ni las velas estaban encendidos, pero su habitación daba a las Tullerías, y la luz de las lámparas se filtraba por los pequeños cristales de la ventana de su alcoba, proyectando un cálido resplandor.

Pensó que, de todos los momentos que había para hacer una entrada en su vida, su primo Marlbrough había elegido el peor. Hacía más de una semana que sabía que él y su esposa, Priscila, eran huéspedes del hotel. Priscila era difícil de pasar por alto. El mismo día de su llegada, había causado revuelo porque la habitación que le habían asignado tenía el número 13. Todo el mundo había oído hablar de ella. No es que hubiera mucha diferencia. El hotel estaba lleno y aquella era la única disponible.

Avisada de antemano, había intentado mantenerse al margen ya que sabía que Marlbrough querría reconocer la conexión, sin darse cuenta de que complicaría su posición. Había cambiado su apellido de Collins-Hill a Hill, porque al ser compuesto resultaba demasiado largo para alguien que era poco más que una sirvienta. Odiaba que la trataran como una curiosidad.

Con aquel pequeño engaño no esperaba que sir Griffith la reconociera. Hacía diez años que no se habían visto, desde el funeral de su padre. Esperaba que no la hubiera reconocido y, por lo menos, tuvo la presencia de ánimo de seguir su ejemplo y dirigirse a ella como «señorita Hill». Tal vez por eso había querido hablar con su primo, para advertirle que guardara su secreto. Ciertamente, lord Rockingham no dio señales de conocer su verdadero nombre.

Todo se había complicado. Nunca había ocurrido antes nada igual porque nadie la conocía, ya que había vivido casi toda su vida en el campo.

Por eso decidió que sería mejor revelar su nombre completo a

primera hora de la mañana, antes de que lord Rockingham y su esposa se enteraran por otra persona.

Imaginó que milady se enfadaría por no haber sabido nada, pero no duraría mucho. Pronto estaría cacareando a todo el que quisiera escucharla que la acompañante de lady Victoria era nada menos que la señorita Collins-Hill, prima de lord Marlbrough. ¿No sería aquello un broche de oro?

Gina suspiró. A lady Marlbrough no le haría ninguna gracia. Era muy consciente de su posición en la sociedad y sabía que no le gustaría estar emparentada con una simple dama de compañía.

Su esposo era muy diferente de ella. Era un hombre tranquilo y bienintencionado que acogió a Peter y a ella en su propia casa cuando murió su padre. Fue un acto generoso, ya que eran primos en tercer o cuarto grado, y no había necesidad de que se sintiera responsable de ellos. Pero así era él. Las cosas habían cambiado después de casarse. Priscila les hizo cosas tan desagradables que Gina se sintió obligada a llevarse a su hermano y emprender su propio camino. Luego los rechazó con una sonrisa en la cara. Marlbrough estaba desconcertado y solo se convenció de dejarlos marchar cuando Gina le confió que Peter y ella habían conseguido algo de dinero, suficiente para costear la educación del joven mantenerse ella hasta que encontrara un empleo.

Aquello era mejor que ser los parientes pobres que debían agradecer las migajas de la mesa de su esposa.

Lady Rockingham no era mucho mejor que ella y, una vez que

Graham la había escogido, no sabía lo que la mente inquieta de milady haría al respecto.

No la habría invitado a bailar si sir Griffith no le hubiera obligado prácticamente a ello.

Conocía las costumbres del mundo y sabía cómo rechazar una invitación sin ofender a nadie. El problema era que Graham la había ofendido y ella había dejado que su orgullo herido la condujera a una indiscreción.

Cuando sir Griffith trajo a Graham, su corazón dio un vuelco contra sus costillas. Lo primero que pensó fue que él no había olvidado a la adolescente torpe que lo había adorado hacía tantos años. Su esperanza se vio frustrada por la sonrisa cansada y el cinismo de sus ojos. Pero lo que más le dolió fue su condescendencia. No era diferente de los demás. Ella era una muchacha insignificante a sus ojos, una monótona niñera de ricos y famosos. Pensaba que le estaba haciendo un favor al sacarla a bailar. Y como si fuera aquella adolescente, quiso castigarlo con su lengua ácida.

Gimió al recordar cómo le había reprendido. Si hubiera sido cualquier otra persona, se habría mordido la lengua. Para eso le pagaban. Pero estaba destrozada, primero porque no quería que él viera hasta qué punto había caído, y luego porque había que empujarle para que la sacara a bailar.

Aquel hombre cínico y arrogante no era el chico que ella recordaba.

En su mente se formaron imágenes: Graham, cabalgando a toda

velocidad por los descensos mientras ella se aferraba aterrorizada a su espalda. Graham, secándole las lágrimas cuando el viejo Sal, al que había criado desde cachorro, expiró en sus brazos. Graham, dejándola caer con suavidad, cuando le prometió que lo esperaría para siempre el día que él regresara a Oxford.

Y eso fue lo último que supo de él hasta esa noche.

Risueño, alegre, receptivo, sensible, aquel era el chico que ella recordaba. El hombre en que se había convertido resultaba una triste decepción.

Lo mismo podía decirse de ella. Le daba escalofríos pensar en lo que diría su padre si pudiera verla en ese momento.

¿Cómo había llegado a aquello? ¿Por qué se ganaba la vida como dama de compañía de una de las mujeres más tontas de la cristiandad? ¿Por qué estaba siempre sacando a Peter de un apuro tras otro? Aquella no era la clase de vida que había imaginado para sí misma cuando sus padres estaban vivos.

Tragó saliva, se levantó y se acercó a la ventana para mirar hacia fuera. Observó la rue de Rivoli, tan concurrida como Piccadilly un viernes por la noche. Las farolas estaban encendidas y los carruajes iban de un lado a otro, traqueteando sobre los adoquines. A pesar de las gélidas temperaturas, los peatones se paseaban por las aceras. El hotel estaba en el centro de la vida parisina, o eso le parecía a ella. Las Tullerías, el Louvre y el Palais Royal estaban a solo cinco minutos a pie.

Iba al Palais Royal, aquel conocido nido de inmoralidad, para

cumplir una promesa que hizo a su madre en el lecho de muerte: cuidaría de su hermano pequeño y se aseguraría de que no sufriera ningún daño. No fue difícil. Peter era el niño de sus ojos, pero eso no significaba que estuviera ciega a sus defectos o que escapara al filo de su lengua cuando lo encontrara. Él no debía estar en París. Debería estar estudiando en Oxford, después de haber suspendido un examen importante. Y al día siguiente o al otro, cuando pagara sus deudas, se despediría de él personalmente, con las correspondientes amenazas de castigo si volvía a fallarle.

Soltó un largo suspiro. Supuso que Peter no era peor ni mejor que los jóvenes de todo el mundo.

Miró el reloj. Faltaba una hora para que Douglas, el amigo de Peter, fuera a buscarla. Eso le daba tiempo de sobra para prepararse. Su hermano, por supuesto, no se atrevía a mostrar su cara en público porque sus acreedores estaban tras él.

Acreedores. Era una forma educada de decir que los matones que trabajaban para el prestamista, que le había prestado a Peter el dinero para pagar sus deudas, exigían su libra de carne.

Tras despojarse de los guantes y deshacerse del odiado gorro de encaje, se quitó las horquillas que sujetaban su larga melena rojiza y la dejó caer hasta los hombros. Lo siguiente que se quitó fue el poco favorecedor vestido de crepé. Cuando hubo recogido todo, se lavó las manos y la cara con agua fría. Este pequeño ritual eliminaba todo vestigio de los polvos que utilizaba para parecer mayor y más sabia y eminentemente adecuada como compañera de una joven.

Invisible, de hecho.

Antes de que pudiera regodearse en su autocompasión, fue al armario y sacó el vestido que había planchado antes. Era de seda color marfil, tan fina que podría haberla hecho una bola para meterla en el bolsillo. Era tan delicado que se acarició las manos mientras lo colocaba sobre una silla. Después, dio un paso atrás y lo estudió con ojo crítico.

El problema con los vestidos de moda era que nunca duraban más de una temporada y había tenido que modificarlo. Aquel año, las cinturas eran más cortas y los dobladillos más altos. Los volantes y los fruncidos estaban a la orden del día, pero eran demasiado recargados para su gusto. Era más que un vestido para Gina. Era una inversión, su traje para el papel que iba a representar. Lord Rockingham y su esposa no sabían nada de su existencia y, de haberlo sabido, se habrían quedado perplejos. Ninguna vulgar dama de compañía podría haberse permitido una prenda de aquella calidad y solo las peores circunstancias podían obligarla a ponérselo. Unas terribles circunstancias que siempre giraban en torno a una desesperada necesidad de dinero. Tuvo que transformarse de la sencilla Gina Hill, dama de compañía, en la deslumbrante jugadora *madame* Cassandra, la única mujer que podía entrar un establecimiento en el que había mucho en juego.

La ropa adecuada y un uso juicioso de polvos y pintura era todo lo que se necesitaba para lograr la transformación. Aunque había otra cosa que era esencial. El dinero.

Guardaba suficiente para apostar en su bolso de satén, dinero que siempre reponía de sus ganancias. Si hubiera querido, podría haber convertido sus ahorros en una pequeña fortuna, pero siempre resistía la tentación; en primer lugar, porque era la hija de su padre y en segundo lugar porque el dinero no podía comprar las cosas que ella quería.

Cuando solo le quedaban unos minutos para encontrarse con Douglas, se echó una última mirada crítica en el espejo. Se sentía como un soldado vestido de gala. La seda marfil se complementaba con un sobrevestido verde esmeralda con un dobladillo acolchado que hacía juego con su bolso. Sus guantes de satén, que le llegaban por encima de los codos, y su antifaz y zapatos también eran de color verde esmeralda. Su única joya era un par de pasadores de plata que habían pertenecido a su madre.

Hasta ahí, todo bien. Ahora solo tenía que meterse en la piel de la deslumbrante y misteriosa *madame* Cassandra. Ya lo había hecho antes, podía volver a hacerlo.

Había un último ritual antes de dejar atrás a Gina Hill. Envió una pequeña oración al hermano de su madre, el tío Ted, dándole las gracias por transmitirle sus amplios conocimientos sobre el juego y los jugadores.



Cuando salió de su habitación, se detuvo para mirar y escuchar. Había

algunas velas en los apliques de la pared, pero no deseaba encontrarse con nadie en las escaleras. No es que alguien pudiera reconocerla con su atuendo, pero podrían empezar a hacer preguntas si la veían usar la llave para salir. Después de medianoche, todas las puertas estaban cerradas, y solo el portero tenía la llave para admitir huéspedes. No permitiría que Cassandra, una extraña, entrara o saliera y ella no podía dejar que esa contrariedad se interpusiera en su camino. Llevaba en la mano la llave de repuesto que le habían «prestado» en el despacho del director.

No había ni un alma a la vista. Bajó las escaleras deprisa y se dirigió a la puerta lateral, que emitió un sonido chirriante al abrirse. Después, salió y se adentró en la fría noche.

Douglas estaba justo donde había prometido estar.

—Ha sido más difícil de abrir de lo que pensé —susurró ella.

Sin mediar palabra, con su caballerosidad, le quitó la llave y cerró la puerta. Cuando se la devolvió, ella la dejó caer en su bolso y sonrió. Realmente, tenía los mejores modales.

Era el mejor amigo de Peter y estudiaban juntos en Oxford. Sin embargo, a diferencia de su hermano, le parecía bien hacer una escapada a París entre trimestres. Era aficionado a los libros, aprendía con facilidad y nunca había oído que suspendiera un examen.

Douglas le ofreció el brazo.

—¿Nadie te vio salir?

Ella sonrió de nuevo.

—Nadie. No te preocupes. Si alguien me hubiera visto, me habría dado la vuelta, habría regresado a mi habitación y lo único que pensarían es que el portero me ha dejado entrar. Te preocupas demasiado.

—Sí. Lo sé.

Él estaba allí de pie, mirándola como si nunca la hubiera visto antes. Gina le había dicho lo que iba a llevar, pero su expresión de sorpresa indicaba que no esperaba una transformación tan completa.

—Bueno, ¿dónde está el carruaje? —se interesó con gesto divertido.

Él se sonrojó.

—Ah… ¿El carruaje? Oh, nos está esperando en la rue de Rivoli.

—Espléndido.

Ella esperó hasta que estuvieron en el interior del coche de caballos y en camino antes de expresar algo que la preocupaba.

—¿Cuándo voy a ver a Peter?

Él apartó la mirada.

—Yo… Es decir… cuando las cosas se hayan calmado, supongo.

A Gina le caía bien aquel chico bien educado. Era alto, con el pelo negro rizado y una cara que era, aunque no del todo guapo, muy expresiva. El hecho de que, en ese momento, su expresión fuera introvertida y pareciera incómodo le dio que pensar.

Había algo que no le estaba diciendo.

Lo único que sabía era que Peter estaba en un lío, había acumulado deudas de juego y había gastado a manos llenas el dinero que no poseía. Y cuanto más se endeudaba, más jugaba, esperando ganar para poder pagar lo que debía.

Ella tenía parte de culpa. Lo único que hacía era tomarla como ejemplo. Cuando se encontraba en una situación desesperada, se dirigía a la casa de juego más cercana y siempre ganaba una fortuna. Peter rara vez ganaba, pero siempre esperaba que su suerte cambiara.

Tocó con una mano la manga de Douglas, obligándolo a mirarla a la cara.

—Eso no es suficiente —dijo—. Lleva casi un mes en París. ¿Por qué no quiere verme?

—Oh, no. Tienes una idea equivocada. No es que te evite. Se esconde de los hombres del prestamista.

Ella podría haberle creído si él no hubiera evitado sus ojos. Tan severa como pudo, insistió:

—Soy su hermana, Douglas. No es probable que lo traicione ante las autoridades. Dime dónde está.

Él dudó durante un momento más.

—En el hotel de MeuWiley, en la rue de l'Echiquier. Pero es un lugar cutre, no apto para una dama.

—Yo juzgaré eso.



El Palais Royal estaba iluminado como un faro. Aquel magnífico antiguo palacio real tenía un patio que los aurigas romanos habrían envidiado, y galerías en tres lados que parecían claustros. Durante el día era un lugar respetable, con tiendas y restaurantes que atraían a los visitantes y a la élite de la sociedad. Al caer la noche, las casas de juego, los teatros y los locales de mala reputación abrían sus puertas: aves del paraíso, soldados, jugadores y holgazanes en busca de problemas. Y las autoridades esperaban problemas, si el número de casacas rojas que entraban en el patio servía de indicio. París seguía siendo una ciudad ocupada, y los soldados británicos estaban siempre a mano para ayudar a mantener la paz.

En uno de los soportales, junto a una librería, había una puerta que conducía a los pisos superiores. Douglas la acompañó. Se alegró de que lo hiciera, porque no sabía nada de las casas de juego de París. Una mujer sola podía meterse fácilmente en problemas.

Cuando atravesaron la puerta de la casa de juego, a Gina se le aceleró el pulso.

En una habitación estaba la mesa *rouge-et-noir*. Echó un vistazo al interior y se apresuró a pasar cuando un grupo de caballeros se levantaba para marcharse.

Entró en la sala de juego y dejó que su mirada se perdiera. Esperaba algo mejor que aquella lúgubre habitación con su neblina de humo de tabaco. Había otras damas presentes, pero ninguna tan elegante como *madame* Cassandra. Sin embargo, tenían su propio

encanto. Sus atractivos estaban dispuestos como dulces en una confitería. No eran jugadoras. Eran *demireps*, o «damas de virtud fácil», como las llamaba lady Rockingham. Lo que les interesaba eran los hombres que ganaban las mayores sumas de dinero.

Su mirada se agudizó y se volvió más escrutadora. No tardó mucho en descubrir quiénes de los clientes eran empleados de la casa.

Un encargado salió a su encuentro, bien vestido con chaqueta y pantalón negro, muy sonriente porque debía pensar que Douglas y ella eran palomas fáciles de desplumar.

—*Monsieur* —saludó—. *¿Que voudriez-vous jouer?*

Douglas respondió en un francés entrecortado, como habían ensayado de antemano.

—*Je ne jouer pas. Mon… ma soeur…* Mi hermana es la jugadora.

Los ojos del hombre la midieron lentamente y luego brillaron en señal de reconocimiento. Su experimentado criterio la habría resumido como una dama con dinero para quemar. Para reforzar esa impresión, ella abrió su cartera para que él pudiera ver los billetes.

—Aquí tengo cinco mil francos, si quiere contarlos —invitó con lentitud—. Y mi hermano tiene una carta de crédito de nuestro banco en Londres.

Ella tenía los cinco mil francos, pero no la carta de crédito. Era un pequeño engaño. Si llegaba el caso y perdía sus ahorros, dejaría la mesa. Aún no había ocurrido.

El encargado sonrió y asintió.

—¿Qué le apetece, *madame*?

—*Cribbage* —declaró de inmediato—. Me han dicho que se me da muy bien.

Miró a Douglas, que asintió confirmando su jactancia. No había nada que le gustara más a un jefe de sala que un jugador entusiasta. Los jugadores ansiosos eran presas fáciles.

—Entonces, jugaremos a las cartas —aceptó. Todavía sonriente, le indicó una mesa para dos.

El *croupier* que jugaría contra ella, ya estaba sentado.

Cuando Gina ocupó su sitio, miró a Douglas. Él sabía lo que tenía que hacer. Debía vigilar detrás de ella para que nadie pudiera mirar por encima de su hombro y ver sus cartas.

Después de colocar el tablero y las fichas, el encargado que supervisaría el juego, entregó al empleado una baraja nueva. Todo se hizo de forma cortés y civilizada. Nadie esperaría que unos clientes de aspecto tan amable recurrieran a las trampas, a menos que tuvieran un tío Ted que les enseñara las costumbres del mundo.

Cuando el *croupier* empezó a repartir las cartas, dos hombres muy bien vestidos iniciaron una conversación en voz alta sobre la actriz que había sido asesinada el día de Año Nuevo, en el teatro del lado oeste del edificio. De eso hacía solo cuatro días. Gina había leído la historia en los periódicos y había oído hablar de ella en voz baja entre los amigos de sus patrones, pero sabiendo que se trataba de una estratagema para distraerla, mantuvo los ojos fijos en los dedos del empleado. Cuando sus dedos se detuvieron, ella levantó la vista.

Ya no sonreía tan ampliamente como antes. Tuvo que andarse con cuidado. No debía parecer demasiado confiada. A los jugadores que delataban que sabían utilizar el sistema en su beneficio pronto los echaban por la puerta.

—Pobre mujer —dijo, reprimiendo un escalofrío—. ¿Han encontrado al culpable?

—*Non, madame*, todavía no, pero lo harán. Creen que fue su joven amante y que está escondido en el Palais Royal.

Como sabía que hablaba solo para desconcentrarla, interpretó su papel.

—¡Espero que lo atrapen! —Fingió un escalofrío.

—No se preocupe. —Sus dedos se volvieron ágiles al repartir las cartas—. Aquí está a salvo.

Ella trató de parecer satisfecha.

Perdería un poco para empezar, para demostrar lo inocente que era. Y ella no iba a romper la banca. No era codiciosa. Cuando tuviera suficiente para las necesidades de Peter, recogería sus ganancias y se retiraría con elegancia.

Notas

[1] El mesmerismo (en francés *mesmérisme*), también conocido como la doctrina del «magnetismo animal», se refiere a un supuesto fluido invisible que permite el funcionamiento del cuerpo humano, pero cuya distribución errónea o un desequilibrio en el cuerpo es la causa de las enfermedades.

[2] Las banshees forman parte del folclore irlandés desde el siglo VIII. Son espíritus femeninos que, según la leyenda, se aparecen a una persona para anunciar con sus llantos o gritos la muerte de un pariente cercano. Son consideradas verdes hadas y mensajeras del otro mundo

[3] Doppelgänger es el vocablo alemán para definir el doble fantasmagórico o sosias malvado de una persona viva. La palabra proviene de doppel, que significa 'doble' y gänger: 'andante'. Su forma más antigua, acuñada por el novelista Jean Paul en 1796, es Doppeltgänger, 'el que camina al lado'

[4] dialectal, Inglaterra: precariamente equilibrado: INESTABLE